El Destructor de Almas

ROBERT W. CHAMBERS

Clásicos de Fantasía # 1

Créditos

Título: **Clásicos de Fantasía - núm. 1**

- El Destructor de Almas

(Versión gratuita en español. Prohibida su venta.)
Traducción y Edición: Artifacs, mayo 2021.

Ebook publicado en Artifacs Libros

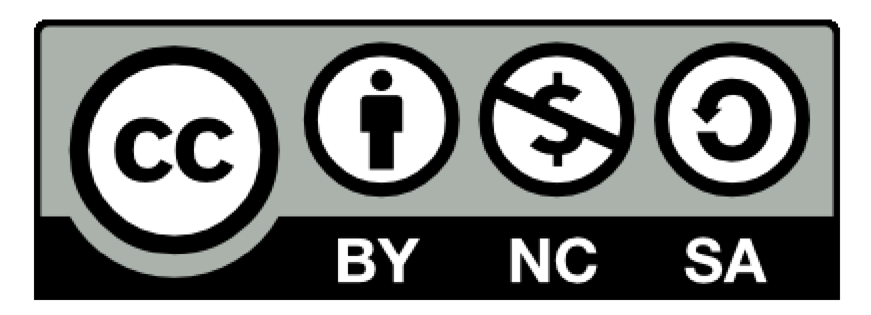
__oOo__

Obra Original de **Robert W. Chambers** con Copyright en el Dominio Público.
The Slayer of Souls (1919, 1920, *International Magazine Company*)
Texto en inglés publicado en Proyecto Gutenberg el 30 de mayo de 2011.
Texto en inglés revisado y producido por Chris Curnow, Michael, Mary Meehan y el Online Distributed Proofreading Team.

______

Licencia Creative Commons

Licencia CC-BY-NC-SA



Sobre el Autor

Biografía

Nació en Brooklyn el 26 de mayo de 1865. Era hijo de un abogado, nieto de un médico y descendiente directo del fundador de Rhode Island . Su hermano Walter fue un famoso arquitecto. Robert estudió en el Instituto Politécnico de Brooklyn , pero le interesaban más los deportes , el dibujo y la entomología . En 1886 se trasladó a París para estudiar bellas artes. Sus trabajos fueron expuestos en el Salón de 1889. En 1893 volvió a Nueva York y vendió sus ilustraciones a las principales revistas de actualidad: Life, Truth y Vogue . Se convirtió así en uno de los dibujantes más conocidos del momento.

En 1894 publicó su primer libro, In the Quarter, un muestrario de escenas de la vida bohemia a la manera de Murger o Du Maurier basadas en las notas que tomó en París. Se supone que nadie esperaba que se dedicase a escribir, ni siquiera él mismo, aunque según sus amigos tenía una facilidad natural para contar historias.

Sea como fuere, en 1895 publicó su segundo libro, *The King in Yellow* ("El Rey de Amarillo"), en el que combinaba nuevos retratos parisienses con originales historias de fantasía y terror que tuvieron un enorme éxito. Ahí empezó su carrera literaria y su continua y pasmosa variación de temas y estilos. En *The Maker of Moons* (1896) y *The Mystery of Choice* (1897) siguió aún la estela de "El Rey de Amarillo", pero en *In Search of the Unknown* (1904) se decantó más bien por la ficción científica.

Después escribió un sinfín de novelas históricas, relatos de detectives y novelas rosa ambientados en la alta sociedad de Nueva York . Todos sus libros se vendieron bien y un par de ellos incluso alcanzaron la condición oficial de best-seller. No necesitaba ese dinero para vivir y lo invirtió en sus muchas y onerosas aficiones: coleccionar mariposas, muebles, porcelana japonesa, alfombras y arte chino, y plantar árboles en la hacienda de 800 acres de su familia. Se dice que llegó a plantar, con sus propias manos, más de

20 000.

Todo eso parecía importarle mucho más que la reputación literaria. Que la crítica lo despreciase e ignorase ni mucho menos le quitaba el sueño. Como dijo en cierta ocasión: «¡Literatura! ¡Esa palabra me pone enfermo!»

Lovecraft debió considerar lamentable que aquel que había apuntado a lo más alto del terror cósmico con sus primeros cuentos se rebajase después a escribir folletines para las masas. En una carta a Clark Ashton Smith se refirió a Chambers como un «titán caído».

Robert W. Chambers murió el 16 de diciembre de 1933, a los sesenta y ocho años, tras ser operado de una dolencia intestinal. Había entregado a la imprenta más de ochenta libros entre novelas y recopilaciones de cuentos, aunque no es fácil determinar exactamente cuántos: acostumbraba a reciclar el material para volver a venderlo y no siempre quedaba claro si se trataba de una obra completamente nueva o una mera reedición o revisión.

- "In the Quarter" (1894)
- El Rey de Amarillo (1895) libro de relatos que incluye El Signo Amarillo, La demoiselle d'Ys, El Creador de Lunas, El Reparador de Reputaciones
- *The Mystery of Choice* (1896)
- Lorraine (1897)
- Ashes of Empire (1898)
- Cardigan (1901)
- *In Search of the Unknown* (1904)
- The Reckoning (1905)
- The Tracer of Lost Persons (1906)
- The Tree of Heaven (1907)
- The Green Mouse (1907)
- The Common Law (1911)
- The Gay Rebellion (1913)
- Quick Action (1914)
- Athalie (1915)
- Police!!! (1915)
- The Dark Star (1917)
- The Slayer of Souls (1920)
- The Talkers (1923)

- The Yellow Sign and Other Stories: The Complete Weird Tales of Robert W. Chambers (2001, ed. S. T.Joshi): colección de sus primeros relatos macabros y de fantasía.

Fuente: Wikipedia.

Dedicatoria

A

MI AMIGO

GEORGE ARMSBY

I

Espejo de Moda,
Almirante de Finura,
No denuncies, en una pasión,
esta pobre escritura;
Pues aunque no oso esperar que esta pueda
Entusiasmarte,
Quizá alguna noche lluviosa
Pueda animarte.

II

Así, tu atención,
En cortés poesía,
A mi invención
Te invito con recato.
No le lances a Eddie en la cabeza el relato
De Profunda carga,
Ni a la de Messmore; podrías golpear en su lugar
A Will Braden.

III

Kahn entre Lateros,
Y Gran Visir del estilo,
Emir de Modales,
Acepta—y archiva—

Este tributo que ofrezco, mientras
me inclino,
Y honro con inigualable Sonrisa
Mi novela.

R. W. C.

El Destructor de Almas

por

Robert W. Chambers

1. Los yazidíes [1]

Solo cuando el *Nan-yang Maru* zarpó de Yuen-San, su terrible sensación de mal augurio comenzó a remitir.

Durante cuatro años, despierta o dormida, la espantosa subconsciencia de suprema maldad nunca la había abandonado.

Pero ahora, mientras la costa coreana, retrocediendo hacia la oscuridad, se tornaba cada vez más tenue, el miedo remitía y se tornaba vago como el recuerdo medio olvidado del horror en un sueño.

Ella estaba cerca de la popa del vapor, separada de otros pasajeros, una esbelta y solitaria figura con sus pieles de zorro plateado, su gabán y su bonito sombrerito, viendo las luces de Yuen-San empalidecer y menguar en la línea del horizonte hasta que semejaban una hilera horizontal de estrellas.

Bajo sus atormentados ojos, Asia se disolvía lentamente en un rayo de vapor en el brumoso lustre de la luna.

De pronto, el antiguo continente desapareció llevado por una ola frente al cielo y, con él se desvanecieron los últimos jirones de esa execrable pesadilla que la había poseído durante cuatro interminables años. Pero si durante esos irreales años su alma solo había estado esclavizada, o si, como le habían enseñado, había sido irrevocablemente destruida, ella seguía insegura, al no saber nada sobre la muerte de las almas o cómo esto se lograba.

Mientras estaba allí, con ojos tristes fijos en el este brumoso, una pasajera que pasaba —una inglesa— se pausó para decir algo amable a la joven estadounidense; y agregó, "si hay algo que mi esposo y yo podamos hacer, nos complacería mucho." La chica había girado la cabeza como sin comprender. La otra mujer vaciló.

"Es la hija del doctor Norne, ¿no?" inquirió ella con voz agradable.

"Sí, soy Tressa Norne... Le pido perdón... Gracias, *madame*. Estoy...

parece que estoy... un poco aturdida..."

"¡Qué horror, pobrecita! Acude a nosotros si necesitas compañía."

"Es muy amable... Parece que deseo estar sola, de alguna manera."

"Entiendo... Buenas noches, querida."

A última hora de la mañana siguiente, Tressa Norne despertó, consciente por primera vez en cuatro años de que por fin era su propio yo familiar quien yacía estirado sobre las almohadas, allí donde la luz del sol fluía a través de la portilla. Todo ese día yació en su silla de vapor de bambú en la cubierta. El sol y el viento conspiraban para secar cada lágrima que humedecían sus pestañas cerradas. Su satinado cabello oscuro le volaba alrededor del rostro, el escarlata teñía de nuevo sus labios carnosos, las tensas manos estaban relajadas. La paz llegaba al atardecer.

Esa noche sacó a su *Guqin* de su camarote y encontró una silla en la desierta cubierta para huracanes. Y aquí, a la brillante luz de la luna del mar de China, se acurrucó de piernas cruzadas en la cubierta, completamente sola, y tocó las cuatro futiles cuerdas de su laúd lunar y tarareó para sí, con voz tranquila, viejas canciones que había cantado en Yian antes de la tragedia. Cantó la canción de la tienda llamada *Tchinguiz*. Cantó "Campanillas de Camello" y "El Bazar Azul", canciones infantiles de Yiort. Cantó la antigua canción de Khiounnou llamada "El Saghalien":

I

En el mes de Saffar
Entre los juncos del río
Vi dos jinetes
Sentados en sus corceles.
¡Tulugum!
¡Heitulum!
Junto a los juncos del río

II

En el mes de Saffar
Un demonio guarda el vado.
¡Tokhta, mi Amante!
¡Saca tu espada brillante!
¡Tulugum!
¡Heitulum!
¡Destruidlo con la espada!

III

En el mes de Saffar
Entre las hierbas del agua
¡Vi dos jinetes
Luchando sobre sus corceles.
¡Tulugum!
¡Heitulum!
¡Cómo sangra mi amante!

IV

En el mes de Saffar
El Año que debía haberme casado
El Año de la Pantera
Mi amante yacía muerto
¡Tulugum!
¡Heitulum!
Muerto sin cabeza.

Y canciones como estas —la llamada "Keuke Mongol" y un aire antiguo de los Tchortchas [2] llamado "Las Treinta Mil Calamidades" y algunas canciones de los barqueros chinos que ella había oído en Yian antes de la tragedia. Estas las tarareaba para sí allí, a la luz de luna, tocando su laúd de cuatro cuerdas, de cuello corto y cara redonda.

El terror verdaderamente parecía haber finalizado para ella y en su corazón un gran gozo abrumador estaba brotando, que parecía desbordarse por el mundo entero iluminado por la luna.

Ella no tenía ya miedo; ninguna premonición de más maldad. Entre los pocos estadounidenses e ingleses a bordo, algo de su historia ya se conocía. La gente era amable; y también era lo bastante considerada como para someter su empática curiosidad cuando descubrían que esta joven estadounidense se encogía ante cualquier mención de lo que le había sucedido durante los últimos cuatro años de la Gran Guerra Mundial.

También era evidente que prefería mantenerse al margen; y esta inclinación, cuando entendida por fin, era respetada por sus compañeros de viaje. Los inteligentes, eficientes y educados oficiales japoneses y la tripulación del Nan-yang Maru eran invariablemente considerados y corteses con ella, y se mantenían adecuadamente reticentes, aunque también sabían su historia a grandes rasgos y deseaban mucho saber más. Y así, rodeada ahora por la amistosa seguridad de la civilizada humanidad, Tressa Norne, renacida para alejar con su luz las propias sombras del infierno, despertaba de cuatro años de pesadilla que, después de todo, tal vez nunca habían parecido enteramente reales.

Y ahora el verdadero sol de Dios la calentaba de día, Su verdadera luna la bañaba de cremoso frescor de noche. El cielo, el viento y las olas la emocionaban con su bendita seguridad de que este era una vez más el mundo real que se extendía ilimitadamente sobre cada lado de horizonte a horizonte; y los bellos rostros y las agradables voces de sus propios compatriotas hacían que el pasado pareciera sólo un sueño espantoso que nunca más podría enmarañar su alma con su red de hechicería.

Y ahora los días en el mar huían muy rápidamente y, cuando por fin el Golden Gate no estaba lejos, ella logró finalmente persuadirse de que nada podía dañar el alma humana, que los monstruosos años del diablo habían terminado, para nunca regresar de nuevo; que en este vasto y limpio continente occidental no podía haber ninguna oculta amenaza que temer, ninguna gigantesca amenaza que destruyera su cuerpo, ningún poder secreto que pudiera consignar su alma al terrible abismo de la aniquilación espiritual.

Muy temprano esa mañana subió a cubierta. El día de noviembre era deliciosamente cálido, el aire estaba despejado, salvo por un cinturón de baja niebla sobre el agua hacia el sur.

Le habían dicho que no se avistaría tierra durante veinticuatro horas, pero ella avanzó y quedó junto a la barandilla de estribor, buscando el horizonte con los ojos encantados de esperanza.

Estando ella allí, un oficial de un barco japonés; cruzando la cubierta, adelante, se detuvo abruptamente y se quedó mirando algo hacia el sur.

Al mismo momento, por encima del cinturón de niebla en el agua, y perfectamente claro ante el cielo azul arriba, la chica vio una fuente de fuego dorado surgir de la niebla, elevarse a la luz del día, asumir lentamente el incandescente contorno de una serpentina criatura desenroscándose ociosamente y suspendida allí flotando, cola de lagarto ondulando, pies con cinco rollizas garras ora cerrándose, ora relajándose, como las de un reptil viviente. Durante un minuto, esta asombrosa forma de fuego flotó allí en el cielo, brillante a la luz de la mañana, luego la forma reptil perdió color, extinguida, y la última chispa se desvaneció bajo el sol.

Cuando el oficial japonés se volvió por fin para reanudar su paseo, vio a una chica de rostro pálido que se agarraba a un puntal detrás de él como si ella estuviera a punto de desmayarse. El hombre cruzó con presteza la cubierta. Los ojos de Tressa Norne se abrieron.

"¿Está mareada, Srta. Norne?" preguntó.

"El… el Dragón," susurró ella.

El oficial dio una carcajada. "¡Cómo! Eso no fue nada sino fuegos artificiales chinos," explicó. "La tripulación de un barco de pesca allá en la niebla se está divirtiendo." La miró con detenimiento, luego, con una pequeña reverencia y una sonrisa, le ofreció el brazo: "Si está indispuesta, ¿tal vez desee bajar a su camarote, Srta. Norne?"

Ella le dio las gracias, logró ganar compostura y obligarse a mostrar el atisbo de una sonrisa.

Él se demoró un momento, dijo algo alegre sobre estar cerca de casa, luego le hizo un puntilloso saludo y siguió su camino.

Tressa Norne se reclinó en el puntal y cerró los ojos. Su palidez se tornó mortal. Ella se inclinó y apoyó el blanco rostro en los brazos cruzados.

Tras un rato alzó la cabeza y, volviéndose muy despacio, contempló el cinturón de niebla con ojos asustados.

Y vio, surgiendo de la niebla, una esfera con tinte nacarado remontando gradualmente el cielo a la clara luz del día como el fantasma de la luna llena.

Cada vez más alto se elevaba la luna espectral hasta nadar por fin en el mismo cénit. Entonces se evaporó lentamente en la bóveda azul arriba.

Una gran oleada de desesperación la invadió, la chica se aferró al puntal mientras contemplaba con ojos medio ciegos el plano banco de niebla en el sur.

Pero no más "fuegos artificiales chinos" surgieron de este. Y por fin reunió ella fuerzas suficientes para bajar a su camarote y tumbarse allí, medio insensible, acurrucada sobre la cama.

Cuando avistaron tierra a la mañana siguiente, Tressa Norne había vivido un siglo en veinticuatro horas. Y en ese espacio de tiempo su alma agonizante había tocado toda profundidad.

Pero ahora, cuando el Golden Gate se alzaba a la luz de la mañana, la rabia, el terror, el desmayo se habían consumido. De las cenizas de estos en su mente se alzaba la fría ira de la desesperación armada para todo, cautelosa, alerta, pasionalmente determinada a sobrevivir a toda costa, temerariamente preparada para combatir por la existencia corpórea.

Ese era su único instinto ahora, seguir viviendo, sobrevivir, sin importar a qué precio. Y si era de hecho cierto que su alma había sido destruida, ella desafiaba a sus asesinos a que destruyeran su cuerpo también.

Esa noche, en su hotel en San Francisco, cerró la puerta con doble llave y se tumbó sin desvestirse, dejando todas las luces encendidas

y una pistola automática debajo de la almohada.

Hacia la mañana quedó dormida, durmió una hora, se levantó sobresaltada con un miedo espantoso. Y vio la puerta de doble cerradura frente a los pies de la cama abrirse despacio por sí sola.

En la brillantemente iluminada habitación entró un gracioso joven en traje de noche completo cargando sobre el brazo izquierdo un abrigo y en la otra mano una chistera y un bastón de punta de plata.

De un salto, la chica se balanceó desde la cama hasta la alfombra y aferró la pistola bajo la almohada.

"¡Sanang!" gritó ella con una terrible voz.

"¡Keuke Mongol!" dijo él sonriendo.

Por un momento se confrontaron en el brillantemente iluminado dormitorio, luego, girando parcialmente, él lanzó una mirada tranquila a la puerta abierta tras él; y, como movida por el viento, la puerta se cerró lentamente. Y ella oyó la llave girar por sí sola en la cerradura y vio que el cerrojo se deslizaba suavemente de nuevo en su lugar.

El poder de habla volvió a ella en ese momento —sólo algo quebrado, entrecortado, al principio: "¿C-crees que tengo miedo a tu magia maldita?" logró jadear. "¿Crees que te tengo miedo a ti, Sanang?"

"Tienes miedo," dijo él serenamente.

"¡Mientes!"

"No, no miento. A un otro los yazidíes nunca mienten."

"¡Mientes otra vez, asesino! ¡Yo no soy una yazidí!"

El sonrió gentilmente. Sus rasgos eran agradables, suaves y regulares; altos pómulos, piel fina y de un pálido y delicado color marfil. Una vez sus ojos negros hermosamente formados vagaron hacia la nivelada pistola que ella ahora sujetaba desesperadamente

cerca de la cadera derecha, y una expresión ligeramente irónica veló la mirada del joven por un instante.

"¿Balas?" murmuró él. "Pero tú y yo somos de los Hassanis." [3]

"¡La tercera mentira, Sanang!" La voz había recuperado su fuerza. Tensa, alerta, ojos azules en llamas, cada facultad concentradas en el terrible asunto ante ella, la chica ahora parecía un ágil leopardo posado al presto borde del asesinato.

"¡Tokhta!" [4] Ella escupió la palabra. "¡Un movimiento hacia un arma oculta, un gesto que sugiera el recurso a la magia, y te mato, Sanang, exactamente donde estás!"

"¿Con una pistola?" Él dio carcajada. Luego sus suaves rasgos se alteraron sutilmente. Dijo: "Keuke Mongol que te haces llamar Tressa Norne. Keuke; azul celestial, así nombrada en el templo por el color de tus ojos; escucha con atención, pues este es el Yarlig [5] que te traigo mediante palabra de boca de Yian, de yazidí a yazidí:

«Aquí, en esta tierra llamada Estados Unidos de América, la chica del Templo, Keuke Mongol, quien ha sido testigo de los misterios de Erlik [6] y que comprende la magia del Sheiks-el-Djebel [7], y que ha visto el Monte Alamut [8] y los ocho castillos y a los cincuenta mil Hassanis con turbantes blancos y túnicas de blanco; ¡tú, ojos azul celeste, presta atención al Yarlig! ¡O que treinta mil calamidades te sobrevengan!»"

Hubo un completo silencio; luego prosiguió seriamente: "Se ha decretado: Tú has de cesar de recordar que eres una yazidí, que eres de los Hassanis, que alguna vez posaste los ojos sobre Yian el Hermoso, que alguna vez pisaste descalza el Monte Alamut. Se ha decretado que no recuerdes nada de lo que has visto y oído, de lo que se ha dicho y enseñado durante los últimos cuatro años contados como cuentan los cristianos desde nuestro Año del Toro. De lo contrario, mi Maestro te envía esto para tu... conveniencia. "

Pausadamente, de debajo de su abrigo doblado, el joven sacó un rollo de tela blanca y lo dejó caer a los pies y la chica se encogió hacia un lado, temblando, sabiendo que el rollo de tela blanca era su sudario.

Luego, el color volvió a los labios y las mejillas y, alzando la vista del suave sudario blanco, sonrió al joven: "¿Has terminado tu mojiganga oriental?" preguntó con calma. "Escucha muy seriamente a tu vez, Sanang, Sheik-el-Djebel, Príncipe de los Hassanis; quienes, Dios sabe cuándo y cómo, han salido a la luz del sol de este país limpio y decente, salido de una inmunda oscuridad donde diablos y hechiceros hacen de la tierra un infierno."

"Si tú, o los tuyos, me amenazas, me molestas, interfieres conmigo, iré a nuestra policía civilizada y contaré todo lo que sé concerniente a los yazidíes. Me propongo vivir. ¿Entiendes? Tú sabes lo que me has hecho a mí y a los míos. Regreso a mi propio país sola, sin un solo pariente vivo, pobre, sin hogar, sin amigos —y tal vez condenada. Pretendo, no obstante, sobrevivir. No relajaré mi presa a la existencia corporea, sea lo que sea lo que los yazidíes pueden fingir haberle hecho a mi alma. Estoy decidida a vivir en el cuerpo de todos modos."

Él asintió gravemente.

Ella dijo: "Fuera en el mar, sobre la niebla, he visto el signo de Yu-lao en fuego flotando en el cielo diurno. He visto la luna espectral de él salir y desvanecerse en mitad del cielo. He comprendido. Pero..." Y aquí, de repente, mostró una fila de dientes bajo el labio superior escarlata: "¡Guárdate para ti tus signos y tu mortaja, perro yazidí! ¡Sapo! ¡Huevo de tortuga! ¡Cabrito de tres patas! ¡Guárdate para ti tus amenazas y tus mensajes! ¡Guárdate para ti tu magia maldita! ¿Crees que me asustas con tu hechicería al mostrarme las Lunas de Yu-lao? ¿Al abrir una puerta con cerrojo? Yo sé más de esa magia que tú, Sanang. ¡Víbora de muerte del Alamut!"

De pronto ella se carcajeó bien alto de él, rió insultantemente en su cara inexpresiva: "Os vi a ti y a Gutchlug Khan y a tus cobardes Tchortchas de chaquetas lacadas en rojo salir corriendo del Templo de Erlik, donde el gong de bronce tronó y una nube se posó lloviendo serpientitas amarillas encima de todos los escalones de mármol, ¡encima de ti, Príncipe Sanang! ¡Tuviste miedo, mi Tougtchi! ¡Tú y Gutchlug y tus Tchortchas rojos con sus alabardas goteando entrañas humanas! Y te vi montar y galopar hacia el bosque mientras en las profundidades de la nube mágica te llovían serpientitas amarillas encima. Nosotras, las chicas del templo, nos

reímos y nos burlamos de ti, de ti y de tus cobardes jinetes Tchortchas."

Un ligero tinte rosado entró en la pálida cara del joven. Tressa Norne se acercó un paso con la pistola apuntada descansando en la cadera.

"¿Por qué no te quejaste de nosotras a tu Maestro, el Viejo de la Montaña?" preguntó ella burlonamente. "¿Y dónde, también, estaba tu magia yazidí cuando te llovieron serpientitas? ¿Qué te hizo huir de miedo a ti, quien había venido valientemente a apoderarse de una chica del templo, que habías exprimido tu coraje lo suficiente para desafiar a Erlik en su mismísimo santuario y robar de su templo un ser joven cuyo cuerpo desnudo envuelto en oro era digno de la posibilidad de muerte para ti?"

La chistera del joven cayó al suelo. Él se inclinó para recogerla. Su cara era bastante inexpresiva, bastante incolora ahora.

"Yo no hice tal recado," dijo con un esfuerzo. "Fui con mil oraciones en papel escarlata hechas en..."

"¡Mentira, yazidí! ¡Viniste a apresarme!"

Se puso aún más pálido. "¡Por Abu, Omar, Otman y Alí, eso no es cierto!"

"¡Mientes! ¡Por el León de Dios, Hassini!"

Ella se acercó otro paso. "Y te diré otra cosa a la que temes: tú, yazidí del Alamut, ladrón de Yian; tú, hechicero de Sabbah Khan y jefe de su secta de asesinos. Temes esta tierra natal mía, Estados Unidos, y sus leyes y costumbres, y su sol claro y limpio; y sus ciudades y gente. ¡Y su policía! Retira ese mensaje. ¡Nosotros los estadounidenses no tememos a nadie salvo al Dios verdadero! ¡A nadie! ¡Ni a yazidí ni a Hassani, ni ruso ni alemán ni ese monstruo asexuado nacido del infierno y llamado bolchevique!"

"¡Tokhta!" gritó él con dureza.

"¡Maldito seas!" replicó la chica; "¡Sal de mi habitación! ¡Sal de mi vista! ¡Sal de mi camino! ¡Sal de mi vida! ¡Llévale eso a tu Maestro

del Monte Alamut! ¡Yo hago lo que me place, voy a donde me place, vivo como me place! ¡Y si me place, me volveré contra él!"

"En ese caso," dijo él con voz ronca, "¡Ahí yace tu sábana en el suelo a tus pies! ¡Toma tu mortaja y haz que Erlik te lleve!"

"Sanang," dijo ella muy seriamente.

"Te escucho, Keuke-Mongol."

"Escucha atentamente. Deseo vivir. Ya he tenido bastante muerte en vida. Deseo permanecer como ser vivo que respira, si es eso cierto, como vosotros los yazidíes me decís, que habéis atrapado mi alma en una red y que vuestros hechiceros controlan de verdad su destino."

"Pero, condenada o no, deseo apasionadamente vivir. Y soy lo bastante cobarde como para abrazar mi paz por el bien de vivir. Así, permanezco en silencio. No tengo estómago para desafiar a los yazidíes; porque si lo hago, tarde o temprano me matarán. Lo sé. No tengo ningún deseo de morir por otros, de perecer por el bien común. Soy joven. He sufrido demasiado, estoy decidida a vivir... y a dejar que mi alma se arriesgue entre Dios y Erlik."

Ella llegó cerca de él y le miró con curiosidad la cara pálida.

"Me reí de ti con la nube del templo," dijo ella. "Sé cómo abrir puertas con cerrojo tan bien como tú. Y sé otras cosas. Y si alguna vez vuelves a venir hasta mí en esta vida, primero te torturaré, luego te mataré. ¡Y luego lo contaré todo! Y desenrollaré mi mortaja."

"Tomo tu palabra de promesa hasta que la rompas," interrumpió él apresuradamente. "¡Yarlig! ¡Está decretado!" Y entonces giró despacio como para mirar por encima del hombro hacia la acerrojada puerta cerrada.

"Permítame que se la abra, Príncipe Sanang," dijo la chica burlonamente, y miró fijamente a la puerta.

En ese momento, por sí sola, la llave giró en la cerradura, el pestillo se retiró resbalando y la puerta se abrió gentilmente.

Hacia esta, blanco como un cadáver, abrigo sobre el brazo izquierdo, bastón y chistera en la otra mano, se arrastró el joven con su impecable traje de noche.

Luego, al llegar al umbral, de pronto dio un brinco hacia un lado. Una serpientita amarilla yacía enroscada en el umbral de la puerta. Durante un palpitante minuto, el joven miró al reptil amarillo con nada fingido horror. Luego, con mucha cautela, movió los fascinados ojos hacia un lado y contempló en silencio a Tressa Norne.

La chica dio una carcajada.

"¡Hechicera!" exclamó él con voz ronca. "¡Quita esa maldición de mi camino!"

"¿Qué maldición, Sanang?" Ante eso, los ojos oscuros y asustados del joven se posaron de nuevo en el umbral en busca de la pequeña serpiente. Pero allí no había serpiente y, cuando él estuvo seguro de ello, se fue retorciéndose y todo temblando.

Detrás de él, la puerta se cerró suavemente, bloqueándose sola.

Y detrás de la puerta cerrada con cerrojo en el brillantemente iluminado dormitorio, Tressa Norne cayó de rodillas, pistola aún en la mano derecha, clamando apasionadamente al Cristo que la perdonara por la terrible habilidad que había osado usar, y rogándole que salvara su cuerpo de la muerte y su alma de la trampa de los yazidíes.

2. La serpiente amarilla

Cuando el joven llamado Sanang salió de la alcoba de Tressa Norne, giró a la derecha en el pasillo alfombrado del exterior y corrió hacia el ascensor del hotel. Pero no llamó al ascensor; en cambio, tomó la escalera de caracol de hierro que lo rodeaba y subió apresuradamente al piso de arriba.

Aquí estaba su propio apartamento y entró con una llave que llevaba la etiqueta del hotel. Un poderoso anciano de piel oscura, conocido por los provincianos como "Príncipe Albert," con una tupida barba y un satinado abrigo de paño de corte anticuado, alzó la vista, sentado de piernas cruzadas en el sofá, afilando un cuchillo curvo en una piedra de afilar.

"¡Gutchlug," tartamudeó Sanang, "tengo miedo de ella! Lo que sucedió hace dos años en el templo, sucedió de nuevo hace un momento... ¡allí en su misma habitación! Creó una víbora de muerte amarilla de la nada y la colocó en el umbral, y se burló de mí a carcajadas. ¡Que treinta mil calamidades se apoderen de ella! ¡Que Erlik se la lleve! ¡Que sus ojos se pudran y sus miembros apesten! ¡Que las siete marcas y los tres demonios principales...!"

"Charlas como un simio del templo," dijo Gutchlug tranquilamente. "¿Keuke Mongol muere o vive? Solo eso me interesa."

"Gutchlug," balbuceó el joven, "Sabes que mi corazón está inclinado a la misericordia hacia esta joven yazidí..."

"Sé que está inclinado a la lujuria," dijo el otro sin rodeos.

El pálido rostro de Sanang se encendió. "Escucha," dijo. "Si no la hubiera amado más que a la vida, ¿me habría atrevido a ir ese día al templo para tomarla como mía?"

"Tú amabas más la vida," dijo Gutchlug. "Huiste cuando llovieron serpientes sobre los escalones del templo, ¡tú y tus jinetes Tchortchas! ¡Kai! Yo también corrí. Pero le di a cada soldado treinta golpes con un palo antes de dormir esa noche. Y tú también

deberías haber recibido tus treinta, conforme al Yarlig, mi Tougtchi."

Sanang, aún sosteniendo el sombrero y bastón, y llevando su abrigo sobre el brazo izquierdo, miró los rasgos pesados y brutales de Gutchlug Khan, la boca cruel con su sonrisa torcida bajo la barba canosa; las enormes manos —las poderosas manos de un asesino— que ahora afilaban hábilmente el cuchillo calmuco que sostenía con firmeza, pero con ligereza, entre sus grandes dedos romos.

"Escucha atentamente, príncipe Sanang," gruñó Gutchlug, deteniendo su monótona tarea de probar el filo de la hoja en su pulgar. "¿Vive la yazidí Keuke Mongol? ¿Sí o no?"

Sanang vaciló, se humedeció los labios pálidos. "Ella no se atreve a traicionarnos."

"¿Con qué promesa?"

"Miedo."

"Eso no es una promesa. ¡Tú también tenías miedo y aún así fuiste al templo!"

"Ella ha escuchado el Yarlig. Ha visto su mortaja. Ha admitido que desea vivir. Ahí radica su promesa para con nosotros."

"¡Y te colocó una serpiente amarilla a los pies!" se burló Gutchlug. "Príncipe Sanang, dime, ¿qué hombre o qué diablo en todas las crónicas del pasado ha domesticado a un Leopardo de las Nieves?" Y continuó perfeccionando su yatagán.

"Gutchlug..."

"No, ella muere," dijo el otro tranquilamente.

"¡Aún no!"

"¿Cuándo entonces?"

"Gutchlug, me conoces. ¡Oye mi ruego! A su primer gesto de traición, su primer pensamiento de deslealtad, yo mismo pondré fin

a todo."

"¿Prometes matar a esta joven leopardo de las nieves?"

"¡Por los cuatro compañeros, juro matarla con mis propias manos!"

Gutchlug rió burlón. "Mátala, sí, con el beso que te ha quemado los labios hasta las cenizas durante todos estos meses. Te conozco, Sanang. Déjamela a mí. Muerta ya no te molestará más."

"¡Gutchlug!"

"Te oigo, Príncipe Sanang."

"Ataca cuando yo asienta. No antes."

"Te oigo, Tougtchi. Te comprendo, mi Senescal. Afilo el cuchillo. ¡Kai!"

Sanang lo miró, se puso la chistera y el abrigo, y un par de guantes blancos de noche. "Salgo," dijo más agradablemente.

"Yo quedo aquí para hablar con mis siete ancestros y afilar el cuchillo," comentó Gutchlug.

"Cuando el mundo blanco y el mundo amarillo y el mundo marrón y el mundo negro por fin caigan ante los Hassanis," dijo Sanang con una sonrisa rápida, "te llevaré hasta ella. Gutchlug, una vez, antes de que ella sea velada, habrás de contemplar lo que es más hermoso que Eva."

El otro afilaba estólido el cuchillo.

Sanang sacó una pitillera de oro, encendió un cigarrillo con desaire.

"Voy entre los alemanes," dijo amablemente. "Los hunos nadaron a través de dos océanos; pero, como los sucios puercos, ¡son sus propias gargantas las que cortan cuando nadan! Bueno, solo hay un Dios. Y no muchos ángeles. Erlik es más grande. Y hay muchos millones de demonios para hacer sus órdenes. Adiós. Hay arroz y licor de leche de yegua en el armario congelador. Cuando vuelva, llevarás horas dormido."

Cuando Sanang salió del hotel, uno de los dos jóvenes sentados en el vestíbulo del hotel se levantó y salió tras él.

Unos minutos más tarde, el otro hombre se dirigió al ascensor, subió al cuarto piso y entró en un apartamento contiguo al que ocupaba Sanang.

Había otro hombre allí en el salón, fumando un puro. Sin una palabra, ambos se ocuparon en desvestirse tranquilamente para pasar la noche.

Cuando el hombre más bajo, dentro del apartamento cuando entró el otro, y que era moreno y de pelo rizado, se vistió en pijama, se sentó en una de las camas gemelas para disfrutar de su puro hasta el amargo final.

"¿Ha salido Sanang?" preguntó en voz baja.

"Sí. Benton fue tras él."

El otro asintió. "Cleves," dijo, "creo que parece que esta Norne también está en esto."

"¿Qué pasó?"

"Tan pronto como llegó, Sanang se dirigió directamente a su apartamento. Permaneció dentro durante media hora. Luego salió a toda prisa y se fue a sus propias habitaciones, donde ese hosco sirviente suyo pasa todo el día lustrando su arsenal y bebiendo licor de yegua."

"¿Oíste su conversación?"

"Tengo un registro del galimatías. Requiere un intérprete, por supuesto."

"Supongo que sí. Mañana me llevaré los registros al este, y en las mismas será mejor que notifique a Nueva York que me marcho."

Fue, medio desnudo, al teléfono, llamó a la oficina de telégrafos y envió el siguiente mensaje:

Recklow, Nueva York:
Salgo mañana para N. Y. con muestras. Retener experto en tejidos orientales. Victor Cleves.

"Informa de mí también," dijo el joven moreno, que aún disfrutaba de su puro en las almohadas.

Entonces Cleves envió otro telegrama, dirigido también a:

Recklow, Nueva York:
Benton y yo estamos observando el mercado. Las importaciones chinas fluctúan. Reciente envío por "Nan-yang Maru" será cuidadosamente inspeccionado y se enviarán los detalles. Alek Selden.

En la habitación contigua, Gutchlug oyó la voz de Cleves en el teléfono, pero se limitó a encogerse de hombros con desprecio, pues tenía otras cosas que hacer además de escuchar a escondidas.

Además, durante la última hora, de hecho desde la partida de Sanang, algo le había estado sucediendo, algo que le sucede a un Hassani solo una vez en la vida. Y ahora le había sucedido a él, a él, a Gutchlug Khan, a él ante cuyos antepasados Khiounnou ochenta y un mil naciones habían doblado la rodilla.

Por fin había llegado a él, esta cosa terrible, no anunciada, totalmente inesperada, unos minutos después de que Sanang se hubiera ido.

Y de repente supo que iba a morir.

Y, cuando, en ese momento, lo comprendió, inclinó la canosa cabeza y escuchó con seriedad. Y, tras un breve silencio, oyó que su alma se despedía de él.

De modo que la charla de los hombres blancos en un teléfono en el apartamento contiguo ya no tenía ningún significado para él. Si lo habían estado espiando o no; si estaban conspirando, ahora no le importaba.

Probó el filo de su cuchillo con el pulgar y escuchó con seriedad a su alma despidiéndose de él.

Pero, para un yazidí, aún había un pequeño detalle que atender antes de que su alma partiera: dos asuntos que regular. Uno era seleccionar su mortaja. La otra era cortar la garganta blanca de esta joven leopardo de las nieves llamada Keuke Mongol, la chica del templo yazidí.

Y él podía bajar furtivamente hasta el dormitorio de ella y terminar ese asunto en cinco minutos.

Pero primero debía elegir la mortaja, como es la costumbre de los yazidíes.

Ese oficio, sin embargo, se lograba rápidamente en un país donde se encuentran finas sábanas blancas de lino en cada cama de hotel.

Así que, de camino a la puerta, con el cuchillo desnudo en la mano derecha, se detuvo para buscar a tientas debajo de las mantas y sacar una sábana de lino blanco.

Algo le lastimó la mano como una aguja. La movió, sintió que la cosa se retorcía bajo sus dedos y perforaba su palma una y otra vez. Con un chillido, arrancó las sábanas de la cama.

Allí yacía enroscada una serpientita amarilla.

Él llegó hasta el teléfono, pero no pudo usarlo. Y allí cayó pesadamente, agitando la habitación y arrastrando el instrumento con él.

Hubo algo de emoción. Cleves y Selden entraron en albornoz para mirar el cuerpo. El médico del hotel lo diagnosticó como un problema cardíaco. O, posiblemente, veneno. Algunos miraron significativamente el cuchillo desnudo que aún sostenían las manos del muerto.

Alrededor de la muñeca de la otra mano había un flexible brazalete de oro que representaba una pequeña serpiente. Tenía esmeraldas reales como ojos.

Eso no había estado allí cuando Gutchlug había muerto.

Pero nadie excepto Sanang podía saber eso. Y más tarde, cuando

Sanang regresó y encontró a Gutchlug muy muerto en la cama y a un policía sentado afuera, no ofreció información sobre el nuevo brazalete con forma de serpiente y ojos de esmeraldas que adornaba la muñeca izquierda del muerto.

Aunque hacia la noche, después de que una autopsia confirmara el diagnóstico del médico del hotel de que la enfermedad cardíaca había acabado con Gutchlug, Sanang reunió el valor suficiente para dirigirse al escritorio del vestíbulo y enviar su tarjeta a la señorita Norne.

Sin embargo, parecía que la señorita Norne se había marchado a Chicago hacia el mediodía.

3. Magia gris

A Victor Cleves le llegó el siguiente telegrama en código:

Washington
14 de abril de 1919.
La investigación ordenada por el Departamento de Estado como resultado de la frecuente mención en los despachos de tropas chinas que operan con las fuerzas bolcheviques rusas ha revelado que los bolcheviques están levantando una división china de 30.000 hombres reclutados en Asia Central. Esta división ha sido culpable de las más grandes crueldades. Entre las fuerzas aliadas en Arcángel prevalece un extraño rumor de que esta división china está dirigida por oficiales yazidíes y Hassani pertenecientes a la secta de adoradores del diablo y que emplean artes negras y magia en la batalla.

A partir de la información recopilada hasta ahora por las diversas ramas del Servicio Secreto de los Estados Unidos que operan en todo el mundo, parece posible que las diversas fuerzas revolucionarias en Europa y Asia del desorden que ahora amenaza violentamente la paz y la seguridad de toda civilización en la tierra, puede haber tenido un origen común. Este origen, ahora se sospecha, puede remontarse a una época muy remota; las fuerzas extendidas de violencia y destrucción despiadada pueden haber tenido su comienzo entre alguna raza antigua y depredadora cuya existencia se mantenía únicamente mediante el robo y el asesinato.

Se cree ahora que anarquistas, terroristas, bolcheviques, rojos de todos los matices y grados, representan en los tiempos modernos lo que quizá una vez fue una tribu de Asesinos: una secta cuya religión se basaba en una predilección común por los crímenes de violencia.

Sobre esta teoría, entonces, por el momento, el gobierno de los Estados Unidos procederá con esta investigación del bolchevismo y el Servicio Secreto continuará prestando especial atención a todos los orientales en los Estados Unidos y otros países. estar en contacto con XLY-371 (Alek Selden) y ZB-303 (James Benton), y emplear todos los medios posibles para entablar amistad con la chica Tressa Norne, ganar su confianza y,

si es posible, alistarla activamente en el Servicio del Gobierno como ayudante particular y camarada.

Es igualmente importante que los movimientos del oriental llamado Sanang sean cuidadosamente observados a fin de descubrir la identidad y el paradero de sus compañeros. Sin embargo, hasta recibir instrucciones adicionales, no debe ser detenido. M. H. 2479.
(Firmado)
(John Recklow.)

El largo despacho de John Recklow dejaba bastante claro el deber de Cleves.

Desde hacía meses, Selden y Benton habían estado vigilando a Tressa Norne. Y no habían aprendido prácticamente nada sobre ella.

Y ahora la chica había entrado en la esfera de acción de Cleves. Llevaba dos semanas en Nueva York. Los telegramas de Benton en Chicago y de Selden en Buffalo le habían preparado para su llegada.

Tenía a sus hombres vigilando su pensión en West 28th Street, hombres para seguirla, hombres para vigilarla en el teatro, donde todas las noches, a las 10:45, se representaba su entreacto. Sabía dónde encontrarla, pero él mismo había estado al acecho del tal Sanang y no había podido encontrar el más mínimo rastro de él en Nueva York, aunque se le advertía que había llegado.

Entonces, para esa noche, dejó la caza de Sanang a otros, se puso su ropa de etiqueta y cenó con amigos elegantes en el Club de los Terratenientes [9], quienes ni por un instante sospechaban que el joven Víctor Cleves estaba al servicio del Gobierno de los Estados Unidos. Hacia las nueve y media se paseó por el teatro, deseando perderse lo máximo posible del popular espectáculo sin llegar demasiado tarde para ver el curioso entreacto en el que esta chica, Tressa Norne, aparecía sola.

Había asegurado un asiento en el pasillo cerca del escenario a un precio exorbitante. El espectáculo principal seguía tronando, burbujeando y brillando cuando él entró en el teatro, así que se quedó detrás de la orquesta hasta que el telón que descendía extinguió el escandaloso resplandor y el estruendo.

Luego bajó por el pasillo y, mientras se sentaba, Tressa Norne bajó desde bastidores y se detuvo ante el bajado telón frente a una audiencia expectante, pero extrañamente poco demostrativa.

La chica operaba rápidamente, seria y en silencio. Parecía una mera chica allí detrás de las candilejas, no más de dieciséis, al menos, ojos encantadores y labios nostálgicos nada estropeados por la sabiduría del mundo.

Sin embargo, una o dos veces la boca se inclinaba durante un segundo y se le oscurecían los ojos hacia un azul más remoto, hacia el inquietante tono del iris de los horizontes lejanos.

Llevaba el característico tabardo de rígido tejido dorado y el tocado dorado en forma de pagoda de una chica del templo yazidí. El calzado plano, en forma de zapatilla, también era de oro rígido, y estaba rizado hacia arriba en la punta del pie.

Todo esto acentuaba su aparente juventud. Porque en el rostro y el cuello ningún contorno más firme había modificado aún la suave plenitud de la inmadurez. Sus miembros eran juveniles y frágiles, y su torso más indeciso aun, de modo que el ancho bordado de oro caía plano y recto desde su pecho hasta unos centímetros por encima de los tobillos.

Parecía no tener provisiones de parafernalia con las que ayudar en la actuación; sin asistente, sin distracción orquestal, ni se servía de ningún patrón de mago. Hacía su trabajo cerca de las candilejas.

Detrás de ella se alzaba una cortina negra. La franja del escenario al frente estaba desnuda incluso de alfombra. La orquesta permanecía muda.

Pero cuando necesitaba algo —una mesita, por ejemplo— bueno, de repente estaba allí donde la necesitaba —un trípode, por ejemplo— evidentemente adaptado para sostener la gran burbuja de vidrio iridiscente en la que pululaban pececillos tropicales y que llegaba prolijamente de la nada. Simplemente colocaba las manos delante de ella como preparada para sujetar algo pesado que esperaba y, de repente, la enorme burbuja de cristal era visible y descansaba entre sus manos. Y cuando se cansaba de sostenerla, la dejaba en el aire

vacío y la soltaba; y en vez de estrellarse esta contra el escenario con su diminuto enjambre de nadadores arcoíris, de la nada aparecía un trípode para sostenerla.

Siguieron aplausos, no muy entusiastas para el tipo de público que mantiene los espectáculos de los que esa actuación era simplemente un entreacto, un público que respondía sólo a lo obvio.

Nadie antes había visto ese tipo de magia en Estados Unidos. La gente apenas sabía si les gustaba o no. El relámpago de la innovación estupefacta al aburrido, la ignorancia siempre sospecha de la innovación —siempre temerosa de dejar constancia de sí misma hasta que algún otro toma una decisión.

Así, en esta típica audiencia neoyorquina, la aprobación era cautelosa, pero todos los fascinados ojos permanecían enfocados en esta joven que no dejaba de hacer cosas increíbles, que parecía "ponerles algo encima"; algo que ningún conglomerado norteamericano no educado perdona jamás.

El silencio de la chica también los dejaba perplejos; estaban acostumbrados al parloteo, al ruido, al jazz, vocal e instrumental, a ese incesante clamor metropolitano que llena de sonido cada segundo en una ciudad cuya única distinción es su estruendo. Escenario, prensa, arte, letras, existencia social, salvo ruidosos, no significaban nada en Gotham [10]; reticencia, ocio, reposo son las tres artes perdidas. El megáfono es el símbolo de la ciudad; su principal crimen, el silencio.

La chica, habiendo terminado con la gran burbuja de cristal llena de peces diminutos, la recogió y la lanzó a un lado. Por un momento, pareció esta florar en el espacio como una pompa de jabón. Los tintes cambiantes del arco iris aumentaban y disminuían en la superficie, haciéndose más profundos y hermosos hasta que el globo flotante se tornó escarlata, luego estalló de pronto en llamas y desapareció. Y solo quedó en el aire un extraño y dulce perfume.

Pero ella no dio tiempo a su perpleja audiencia a maravillarse. Se había sentado en el escenario y ya estaba ocupada desdoblando rápidamente un velo blanco con el que se cubrió, tapándose como en una tienda de campaña.

El velo parecía traslúcido, era visible lo posado bajo este. Pero el velo se convirtió en humo, elevándose en el aire en una fina nube blanca; ¡y allí, donde ella había estado sentada, había una estatua de piedra blanca, la imagen de sí misma! —en toda la frágil marea primaveral de la adolescencia temprana— una estatua blanca, fría, opaca, exquisita en su esculpida inmovilidad.

Entonces llegó, al momento siguiente, un sonido de trueno distante. Destellos iluminaron el telón de blanco y de pronto la vena de un relámpago y un repique más agudo hicieron añicos la estatua.

Allí yacían los pedazos rotos de su propio cuerpo esculpido, brillando en un montón detrás de las candilejas. Luego, cada fragmento comenzó a brillar con una rosada luz interior propia, hasta que la pila de mármol roto resplandeció como carbones vivos bajo vapores densos y rojizos. Y ahora, apenas perceptible, allí estaba ella en carne y hueso de nuevo, sentada en el centro de fuego de la conflagración, estirando lujosamente los brazos, bostezando, al parecer despertando de un refrescante sueño, descerrando los ojos para posar con una especie de confusa disculpa hacia su asombrada audiencia.

Cuando se puso de pie, nada más que ella quedaba en el escenario, ni escombros, ni una pizca de humo, ni una chispa.

Luego bajó por una tabla inclinada hacia la orquesta entre el público.

En el asiento del pasillo más cercano a ella estaba sentado Victor Cleves. Su trabajo era estar allí esa noche, pero ella no lo sabía, no sabía nada de él, nunca antes lo había visto.

Ante el gesto de invitación de la chica, él hizo un cuenco con ambas manos. En estas vertió ella un doble puñado de diamantes sin engarzar —o lo que parecían ser diamantes— presionó ella con sus propias manos sobre las de él durante un segundo y los diamantes de sus palmas se habían convertido en perlas.

Estas se pasaron a las personas de los alrededores y finalmente se devolvieron al Sr. Cleves, quien, a pedido de ella, tapó el montón de perlas con ambas manos, ocultándolas de la vista por completo.

A su asentimiento, él las destapó. Las perlas se habían convertido en esmeraldas. De nuevo, mientras él las sostenía y, sin tocarlas siquiera, ella las transformó en rubíes. Luego se apartó de él, pareciendo olvidar que él aún sostenía las gemas, y él se quedó sentado muy quieto, una mano ahuecada sobre la otra, mientras ella vertía monedas de plata en las manos enguantadas de una mujer, las convertía en monedas de oro y luego arrojaba cada moneda al aire, donde se transformaba en una fragante rosa viva que caía entre el público.

En ese momento pareció recordar a Cleve, volvió por el pasillo y, bajo su mirada atenta e intensa, extrajo de sus manos ahuecadas, una a una, una veintena de brillantes pajaritos vivientes, lo cuales volaron continuamente alrededor de ella y finalmente se posaron, trinando, en su tocado dorado, como una cresta arcoíris de joyas vivientes.

Mientras ella sacaba el último cálido milagro emplumado de las manos de Cleves y lo soltaba, él dijo rápidamente en voz baja: "Quiero hablar con usted más tarde. ¿Dónde?"

Ella posó los ojos claros en él durante un momento, luego, con un encogimiento de hombros; tan leve hasta ser perceptible, tal vez, solo por él; avanzó por la tabla inclinada, pasó delicadamente sobre las candilejas, se prendió fuego, asintiendo a una audiencia muy agitada, y se alejó tranquilamente ardiendo de la cabeza a los pies.

El aplauso que hubo se fundió con un disonante estallido instrumental de la orquesta, el gran dios Jazz retomaba la dirección, el descerebrado público volvió a respirar libremente cuando se levantó el telón sobre una turbulencia familiar y aullante, que incluía todo lo que Gotham entiende y le importa en realidad: piernas y ruido.

Victor Cleves miró hacia el escenario y luego continuó estudiando el nombre de la chica del programa. Este aparecía en una soledad bastante patética bajo "Entreacto." Y siguió leyendo:

«Durante la entrada, la señorita Tressa Norne los entretendrá con varios pases de Magia Negra. Este extraño conocimiento lo adquirió la Srta. Norne de los yazidíes, entre los que aún quedan personas

casi desconocidas descendientes de ese notorio y formidable personaje histórico conocido en el siglo XII como El Viejo de la Montaña o El Viejo del Monte Alamut. La agradable profesión de este individuo histórico era el asesinato, y algunos historiadores ahora creen que el poder oculto genuino jugó un papel en su terrible historial, un registro que terminó solo cuando la infantería de Genghis Khan tomó el Monte Alamut por asalto y ahorcó al Viejo de la Montaña y quemó su cuerpo bajo una peña de Tú-Piedra.
Para la actuación de la Srta. Norne no parece haber una explicación plausible, práctica o científica. Durante su actuación, el telón permanecerá bajado durante quince minutos y luego se levantará en el último acto de *Apuesta tu Vida*.»

El ruidoso espectáculo continuó mientras Cleves, prestando poca atención, meditaba sobre el programa. Y siempre sus agudos ojos grises volvían a ese nombre, Tressa Norne.

Luego, por un momento, se reclinó y dejó vagar su mirada ausente sobre los galopantes batallones de chicas pintadas y los protagonistas de payasadas cuyo movimiento perpetuo evocaba gritos de aprobación del público en mitad del estruendo del gran dios Jazz.

Él tenía un asiento en el pasillo, no molestó a nadie al salir y rodear la puerta del escenario.

El anciano de guardia tomó su tarjeta, llamó a un mozo y lo envió de recado. El chico regresó con la tarjeta, diciendo que la Srta. Norne ya se había vestido y había partido.

Cleves le dio una propina al mozo y luego le dio una generosa propina al portero.

"¿Dónde vive?" le preguntó al portero.

"Bueno," dijo el anciano, "no lo sé, y eso es claro. Pero esas damas suben a la azotea para echar un vistazo dentro en el *Mascarada Luz de Luna* y al baile después. ¿Ha estado alguna vez allí?"

"Sí."

"¿Ha visto el nuevo espectáculo?"

"No."

"Bueno, vaya mientras pueda conseguir una mesa. Y apuesto a que la chiquita estará por allí en alguna parte."

"La chiquita" estaba "en alguna parte." Él consiguió una mesa, se giró y miró hacia el vasto cabaré al que aún se habían filtrado unas cuantas personas, y la vio a lo lejos en el pasillo alfombrado comprando violetas a una de las floristas.

Un camarero colocó una tarjeta de reserva en la mesa. Él continuó avanzando para rodear el borde exterior del auditorio.

La Srta. Norne ya se había sentado a una mesita al fondo, y un camarero la estaba sirviendo zumo de naranja helado y pasteles franceses.

Cuando se fue el camarero, Cleves se acercó y se quitó el sombrero. "¿Puedo hablar con usted un momento, Srta. Norne?" le dijo.

La chica alzó la vista, pajita de trigo aún entre sus labios escarlata. Luego, al parecer reconociendo en él al joven del público que le había hablado, reanudó su asunto de beber zumo de naranja.

La chica parecía aún más frágil y más joven con su sombrero y su traje de calle. Una estola de zorro plateado colgada en los hombros, un bolsito dorado yacía sobre la mesa bajo el ramo de violetas.

Ella no le prestaba ninguna atención. En ese momento su pajita de trigo se dobló y ella eligió otra mejor.

Él dijo: "Hay algo bastante serio sobre lo que me gustaría hablar contigo si me dejas. No soy del tipo que tú, evidentemente, supones. No intento molestarte."

Ante eso, ella miró a su alrededor y hacia arriba una vez más.

«Muy, muy joven, pero ya mimada,» pensó él, pues los ojos azul oscuro lo estaban evaluando con frialdad y la boca caída se había vuelto casi hosca. Además, aún quedaban rastros de maquillaje en

los labios y las mejillas encarnadas, y había un toque de dureza en la juvenil pomposidad de los rasgos.

"¿Eres un profesional?" preguntó ella sin curiosidad.

"¿Un hombre de teatro? No."

"Entonces, si no tienes nada que ofrecerme, ¿qué es lo que deseas?"

"Tengo un trabajo que ofrecer si te interesa y si estás a la altura," dijo él.

Los ojos de ella se tornaron ligeramente hostiles: "¿De qué tipo de trabajo estás hablando?"

"Quiero saber algo de ti primero. ¿Quieres venir a mi mesa y hablar de ello ahora?"

"No."

"¿De qué tipo crees que soy?" Inquirió él divertido.

"Del tipo habitual, supongo."

"¿Te refieres a un *Johnny* [11]?"

"Sí, en cierto modo."

Ella le recorrió con sus insolentes ojos una vez más, de la cabeza a los pies. Era un joven bien formado, y con el traje de noche tenía ese algo que lo colocaba definitivamente donde realmente pertenecía.

"¿Te importaría mirar mi tarjeta?" preguntó él.

Él la sacó y la dejó al lado de ella y, sin moverse, la chica la examinó de soslayo.

"Ese es mi nombre y mi dirección," continuó él. "No estoy contemplando hacer travesuras. Ya hay bastante emoción en mi vida sin tener que buscar aventura. Además, no soy de los que van por ahí molestando a las mujeres."

Ella lo miró de nuevo: "¡Me estas molestando a mí!"

"Lo siento. He sido bastante honesto. Buenas noches."

Él tomó la tarjeta con pausada amabilidad, ya se había dado la vuelta cuando ella dijo: "Por favor, ¿qué deseas decirme?"

Él se giró hacia la mesa: "No puedo decirte nada hasta que sepa un poco más de ti."

"¿Qué? ¿Qué quieres saber?"

"Varias cosas. No podría pedirte... revisar esos asuntos contigo... aquí de pie."

Hubo una pausa. La chica hizo malabares con la pajita sobre la mesa durante unos momentos, luego, volviéndose a medias, llamó a un camarero, le pagó, se ajustó la estola, recogió su bolso de oro y sus violetas y se puso en pie. Luego se volvió hacia Cleves y le dirigió una mirada directa, que tenía la mirada impersonal y escrutadora de una niña.

Cuando estuvieron sentados en la mesa reservada por él, el local ya se estaba llenando rápidamente —la corriente de los teatros se derramaba por todos los pasillos— gente que aún no estaba harta de ruido, que aún no estaba lo bastante empapada por su adoración al gran dios Jazz.

"Jazz," dijo Cleves mirando a Tressa Norne a través de su carta de cena, "¿quél significa esa palabra? ¿Lo sabes por un casual?"

"¿No viene del francés *jaser* [12]?"

Él sonrió. "Posiblemente. Estoy bastante hambriento. ¿Tú no?"

"Sí."

"¿Quieres indicar tus preferencias?"

Ella estudió la carta y, poco después, él hizo el pedido. "Me gustaría un poco de champán," dijo ella, "a menos que creas que es demasiado caro."

Él también sonrió ante eso y dio la orden. "No sugerí vino porque pareces muy joven," dijo él.

"¿Qué edad parezco?"

"Dieciséis tal vez."

"Tengo veintiuno."

"Entonces no has tenido problemas."

"No sé a qué llamas tú problemas," comentó ella con indiferencia mirando a la multitud que llegaba.

La orquesta también había ocupado su lugar.

"Bueno," dijo ella, "ahora que me has pescado, ¿qué es lo que quieres de mí en realidad?" No hubo una sonrisa mitigante que suavizara lo que había dicho. Ella dejó caer los codos sobre la mesa, apoyó la barbilla entre las palmas de las manos y lo miró con la misma expresión inquisitiva y tranquila, tan desconcertante en los niños pequeños. Como él no respondió: "¿Puedo tomar un cóctel?" preguntó ella.

Él dio la orden y su mente registró pesimismo. «No hay nada que hacer con esta chica,» pensó. «Ya está en el tobogán colina abajo.» Pero dijo en voz alta: "Fue una obra preciosa lo que hiciste en el teatro, Tressa."

"¿Eso piensas?"

"Por supuesto. Fue un trabajo asombroso."

"Gracias. Pero los gerentes y el público difieren contigo."

"Entonces son muy estúpidos," dijo.

"Posiblemente. Pero eso no me ayuda a pagar la pensión."

"¿Quieres decir que tienes problemas para conseguir contratos teatrales?"

"Sí, he acabado aquí esta noche y no hay nada más a la vista, de momento."

"¡Eso es increíble!" exclamó él.

Ella levantó el vaso y lo vació lentamente. Por unos momentos acarició el pie del vaso vacío, su mirada era remota.

"Sí, así es," dijo ella. "Desde el principio sentí que mi público no simpatizaba conmigo. A veces incluso equivale a la hostilidad. A los estadounidenses no les gusta lo que hago aunque les llame la atención. No entiendo bien por qué no les gusta, pero siempre soy consciente de ello. Y, por supuesto, eso lo resuelve: esta noche ha resuelto todo el asunto, de una vez por todas."

"¿Qué vas a hacer?"

"Lo que hacen las demás, supongo."

"¿Qué hacen las demás?" preguntó él mirando esos encantadores ojos huraños.

"Oh, hacen lo que yo hago ahora, ¿no? Dejar que algún hombre las recoja y las alimente." Levantó sus ojos indiferentes. "No te estoy criticando. Tenía la intención de hacerlo algún día, cuando tuviera valor. Por eso te pregunté si podía tomar un poco de champán, estaba un poco asustada de dar mi primer paso, pero como me dijiste que podías tener un trabajo para mí.... ¿O no es así?"

"Supongamos que no lo he dicho. ¿Qué vas a hacer?"

El telón estaba subiendo. Ella asintió hacia las chispeantes coristas. "Probablemente esa clase de cosas. Me lo han pedido."

La cena fue servida. Ambos tenían hambre y sed. La música dificultaba la conversación, así que cenaron en silencio y vieron el imbécil espectáculo concebido por vulgares, producido por vulgares y servido a degenerados mentales de la misma especie: el público metropolitano medio.

Durante diez minutos, un par de comediantes cayeron arriba y abajo por un tramo de escaleras y el público gritó de aprobación.

"¿Tressa?"

La chica que había estado viendo el espectáculo se volvió en su silla y lo miró.

"Tu magia es, con mucho, la más maravillosa que he visto o de la que he oído. Ni en la India se hacen esas cosas."

"No, en la India no," dijo ella con indiferencia.

"¿Dónde entonces?"

"En China."

"¿Aprendiste a hacer esas cosas allí?"

"Sí."

"¿Dónde en China aprendiste una magia tan asombrosa?"

"En Yian."

"Nunca oí hablar de ella. ¿Es una provincia?"

"Una ciudad."

"¿Y viviste allí?"

"Catorce años."

"¿Cuándo?"

"Desde 1904 hasta 1918."

"¿Durante la gran guerra," remarcó él, "estuviste en China?"

"Sí."

"Entonces llegaste aquí muy recientemente."

"En noviembre, desde la costa."

"Ya veo. Actuaste en teatros desde la costa hacia el este."

"Y eso se hizo pedazos en Nueva York," agregó ella con calma, terminando su copa de champán.

"¿Tienes familia?"

"No."

"¿Te importaría decir algo más?" inquirió él amablemente.

"¿Sobre mi familia? Sí, si lo deseas. Mi padre se dedicaba al comercio de especias en Yian. Los yazidíes tomaron Yian en 1910. Arrojaron a mi padre a un pozo en su propio complejo y lo llenaron de tropas imperiales muertas. Yo tenía trece años. Los Hassani hacían eso. Controlaron Yian casi ocho años y yo viví con mi madre en una pagoda de jardín hasta 1914. En enero de ese año, los alemanes salieron de Kiaou-Chou. Habían pasado seis meses en camino. Creo que eran Hassani. En cualquier caso, persuadieron a los Hassani de masacrar a todos los prisioneros de habla inglesa. Y así, mi madre murió en la pagoda del jardín en Yian... No me lo dijeron hasta cuatro años después."

"¿Por qué te perdonaron a ti?" preguntó asombrado por su historia tan tranquilamente contada, tan completamente desprovista de emoción.

"Yo tenía diecisiete años. Cierta persona me había colocado entre las muchachas de templo en el templo de Erlik. Le plació a cierta persona hacer de mí una muchacha de templo mongol como una burla a Cristo. Me pusieron el nombre de Keuke Mongol. Yo pedí servir en el santuario de Kwann-an, al ser ella como nuestra *Madonna*, pero esta persona me dio a elegir entre las alabardas de los Tchortchas o la hechicería de Erlik."

Ella levantó sus ojos sombríos. "Así aprendí a hacer las cosas que has visto. Pero lo que hago en el escenario no es... respetable."

Un extraño escalofrío recorrió al hombre. Por un segundo la tomó literalmente, convencido de pronto de que su magia no era blanca sino negra, como el demonio en cuyo santuario ella la había aprendido. Luego sonrió y le preguntó amablemente si de verdad empleaba la hipnosis en sus exhibiciones milagrosas.

Pero los ojos de ella se tornaron aún más sombríos y: "No me gusta hablar de eso," dijo ella. "Ya he dicho demasiado."

"Lo siento. No quise entrometerme en secretos profesionales…"

"No puedo hablar de eso," repitió ella. "Por favor, mi vaso está muy vacío."

Cuando él lo hubo rellenado: "¿Cómo escapaste de Yian?" le preguntó.

"Los japoneses."

"¡Qué suerte!"

"Sí. Se libró una batalla en Buldak. Los Hassani y los Banderas Azules fueron terriblemente cortados. Luego, fuera de los muros de Yian, la infantería Tchortcha del príncipe Sanang se opuso. Él estaba allí con sus jinetes yazidíes, todos con armadura de cuero y seda. con cascos y brazaletes de acero indio negro. Yo podía verlos desde el templo, vi a los artilleros japoneses abrir fuego. Los Tchortchas volaron en pedazos con el estallido de los cañones japoneses. Sanang escapó con algunos de sus jinetes yazidíes."

"¿Dónde fue esa batalla?"

"Ya te lo he dicho, fuera de los muros de Yian."

"Los periódicos nunca mencionaron tal disturbio en China," dijo él suspicazmente.

"Nadie lo sabe excepto los alemanes y los japoneses."

"¿Quién es este Sanang?" exigió.

"Un yazidí-Mongol. Es uno de los Sheiks-el-Djebel: un sirviente del Viejo del Monte Alamut."

"¿Qué es él?"

"Un hechicero... un asesino."

"¡Qué!" exclamó Cleves con incredulidad.

"Bueno, sí," dijo ella con calma. "¿Nunca has oído hablar del Viejo del Monte Alamut?"

"Bueno, sí..."

"La sucesión lleva ininterrumpida desde el 1090 antes de Cristo. Un Hassan Sabbah sigue siendo el actual Viejo de la Montaña. Sus yazidíes adoran a Erlik. Son hechiceros. Pero tú no crees eso."

Cleves dijo con una sonrisa: "¿Quién es Erlik?"

"El Satán de los mongoles."

"¡Oh! ¡Entonces estos yazidíes son adoradores del diablo!"

"Son más que eso. En realidad son demonios."

"Tú no creerás que incluso en la China inexplorada exista una criatura como un hechicero real, ¿verdad?" preguntó él sonriendo.

"No deseo hablar de eso."

Para sorpresa de él, el rostro de la chica se había sonrojado, y pensó que esa sensible boca tembaba un poco. La miró en silencio por un momento; luego, inclinándose un poco sobre la mesa: "¿Adónde vas cuando termine el espectáculo de aquí?"

"A mi pensión."

"¿Y luego?"

"A la cama," dijo ella malhumorada.

"¿Y mañana qué piensas hacer?"

"Ir a las agencias y pedir trabajo."

"¿Y si no hay ninguno?"

"El coro," dijo con indiferencia.

"¿Qué salario has estado recibiendo?"

Ella se lo dijo.

"¿Aceptarías tres veces esa cantidad y trabajarías conmigo?"

4. Cuerpo y alma

La directa mirada de la chica se encontró con la suya con esa inmisericorde intencionalidad indagadora que él ya conocía.

"¿Qué quieres que haga?"

"Que entres al servicio de los Estados Unidos."

"¿Que qué?"

"Que trabajes para el Gobierno."

Ella estaba demasiado desconcertada para responder.

"¿Dónde naciste?" demandó él abruptamente.

"En Albany, Nueva York," respondió aturdida.

"¿Eres leal a tu patria?"

"Sí, ciertamente."

"¿No la traicionarías?"

"No."

"No me refiero por dinero, quiero decir por miedo."

Tras un momento y evitando su mirada: "Tengo miedo a la muerte," dijo ella con mucha sencillez.

Él esperó.

"Yo... no sé lo que podría hacer, al tener miedo," añadió con voz preocupada. "Deseo... vivir."

Aún esperó.

Ella levantó los ojos: "Trataría de no traicionar a mi país," murmuró.

"¿Intentarías afrontar la muerte por el honor de tu país?"

"Sí."

"¿Y por el tuyo propio?"

"Sí; y por el mío propio."

Él se inclinó más cerca: "Sin embargo, estás arriesgando tu honor propio esta noche."

Ella se sonrojó intensamente: "No creí estar arriesgándome enormemente contigo."

Él dijo: "Has encontrado una vida demasiado dura. Y cuando encaraste el fracaso en Nueva York, empezaste a dejarte llevar por la vida, la vida real quiero decir. Y viniste aquí esta noche preguntándote si tenías el coraje de dejarte llevar. Cuando hablé contigo, eso te asustó. Descubriste que no tenías el coraje, pero tal vez mañana lo encuentres, o la semana que viene. Si el hambre te asusta lo suficiente podrías aventurarte a dar el primer paso del camino que dices que otras suelen tomar tarde o temprano."

La chica se sonrojó en escarlata y se sentó mirándole con ojos oscuros por la creciente ira.

Él dijo: "Me mentiste. Has estado tentada a traicionar a tu país. Has resistido. Te han amenazado de muerte. ¡Has tenido el valor de desafiar las amenazas y tentaciones en lo que respecta al honor de tu país!"

"¿Cómo lo sabes?" exigió ella.

Él continuó ignorando la pregunta: "Desde el momento en que desembarcaste en San Francisco, has estado amenazada. Intentaste ganarte la vida con tus trucos de magia; pero, una ciudad tras otra, a medida que venías al este; tu inquietud se convirtió en miedo, y tu miedo en terror, porque cada día confirmabas más terriblemente tu creencia de que gente te estaba siguiendo, determinada o bien a usarte para sus propios propósitos o para asesinarte."

La chica se puso bastante blanca y medio se levantó de la silla,

luego se volvió a hundir, mirándolo con los ojos dilatados. Entonces Cleves sonrió: "Por eso tienes las agallas para hacer el trabajo del gobierno," dijo él, "y tienes la inteligencia y el conocimiento, y algo más, no sé exactamente cómo llamarlo. ¿Habilidad? ¿Destreza? ¿Hechicería?" sonrió. "Me refiero a tu capacidad profesional. Eso es lo que quiero, esa desconcertante destreza tuya, para ayudar a tu propio país en la lucha de su vida. ¿Quieres alistarte para el servicio?"

"¿Q-qué lucha?" preguntó débilmente.

"La lucha contra el Espectro Rojo."

"¿La Anarquía?"

"Sí. ¿Estás preparada para salir de esta pensión? Quiero hablar contigo."

"¿Adónde?"

"En mis propias habitaciones."

Después de un momento ella se levantó. "Iré a tus habitaciones contigo," dijo ella. Añadió con mucha calma que se alegraba de que fueran sus habitaciones y no las de otro hombre.

Ajeno al semblante, él demandó qué había querido ella decir y ella dijo con toda franqueza que había decidido vivir a cualquier precio, y que si no podía ganarse la vida honestamente, se ganaría la vida de cualquier modo.

Él no ofreció respuesta a esto hasta que llegaron a la calle y llamó a un taxi. De camino a su apartamento, reabrió el tema con bastante franqueza, y comentó que no valía la pena vivir la vida al precio que ella había mencionado.

"Esa es la teoría cristiana aceptada," respondió ella con frialdad, "pero las circunstancias alteran las cosas."

"No tales cosas."

"Oh, sí, las alteran. Si uno ya está condenado, ¿qué diferencia

supone cualquier otra cosa?"

Él preguntó, sarcásticamente, si ella ya se consideraba condenada.

Ella no respondió durante un momento, luego dijo, de una manera rápida y sin aliento, que se habían atrapado almas por ignorancia del mal. Y preguntó si él no creía esto.

"No," dijo él, "no lo creo."

Ella negó con la cabeza. "Tú no podrías entenderlo," dijo. "Pero he tomado una decisión respecto a una cosa; aunque mi alma haya perecido, mi cuerpo no ha de morir durante mucho, mucho tiempo. Yo quiero vivir," agregó. "¡No permitiré que mi cuerpo sea destruido! No me robarán la vida, sea lo que sea lo que le hayan hecho a mi alma."

"¿De qué diablos estás hablando?" exclamó él. "¿De verdad crees en ladrones de almas y ladrones de vidas?"

Ella pareció huraña, perfil girado hacia él, ojos clavados en la brillantemente iluminada avenida por la que estaban acelerando. Después de un tiempo: "Preferiría vivir de manera decente y respetable si puedo," dijo. "Ese es el deseo natural de cualquier chica, supongo. Pero si no puedo, no obstante, venceré a la muerte a cualquier precio. Y sea cual sea el precio de la vida, lo pagaré. Porque estoy absolutamente decidida a continuar viviendo. Y si yo no puedo proporcionar los medios, tendré que dejar que algún hombre lo haga, supongo."

"Menos mal que fui yo quien te encontró cuando estabas sin trabajo," comentó él con frialdad.

"Eso espero," dijo ella. "Incluso desde el principio no creí que tuvieras intención de ser impertinente," una trágica sonrisa asomó a sus labios; "y casi lo lamenté."

"¿Estás chiflada del todo?" demandó.

"No, mi mente está intacta. Es mi alma la que se ha ido.¿Sabías que tenía mucha hambre cuando hablaste conmigo? La gerencia no me adelantaba nada y lo último de mi dinero fue para mi habitación. El

lunes pasado tenía tres dólares para afrontar el futuro, y sin empleo. Lo último me lo gasté esta noche en violetas, zumo de naranja y pasteles. Mis abrigos de piel y mi bolso dorado es lo que me queda. Puedo seguir dos meses más con ellos. Entonces, esto es un trabajo o...." Ella se encogió de hombros y hundió la nariz en sus violetas.

"¿Supongamos que te adelanto el salario de un mes?" dijo él.

"¿Qué voy a hacer por eso?"

El taxi se detuvo en una floristería en la esquina de Madison Avenue y 58th Street. Por encima estaban los apartamentos. No había ascensor, solo la puerta de la calle que abrir y cuatro tramos de escaleras en penumbra que ascendían en pendiente hasta lo alto.

Él vivía en el último piso. Cuando ambos se detuvieron ante su puerta en el pasillo oscuro: "¿Estás asustada?" preguntó él.

Ella se acercó más, le puso una mano en el brazo: "¿Estás asustado tú?"

Él quedó en silencio, con la llave en la mano. "No tengo miedo de mí mismo, si eso es lo que quieres decir," dijo él.

"Eso es en parte lo que quiero decir... tendrás que montar guardia para tu alma."

"Yo cuidaré de mi alma," replicó él secamente.

"Hazlo. Yo perdí la mía. No le deseo ningún daño a la tuya durante nuestra mutua compañía."

"No te preocupes por mi alma," comentó él colocando la llave en la cerradura. Pero de nuevo la mano de ella le cayó sobre la muñeca:

"Espera. No puedo... no puedo evitar advertirte. Ni tu alma ni tu cuerpo están a salvo si... si alguna vez me haces tu compañera. ¡Tengo que decirte eso!"

"¿De qué estás hablando?" preguntó él sin rodeos.

"Porque has sido cortés, considerado, y no sabes... ¡Oh, tú no te das

cuenta de lo que es el peligro espiritual! Lo que tu alma y tu cuerpo tienen que temer si tú... ¡si me ganas, si alguna vez logras hacer de mí una amiga!"

Él dijo: "La gente te sigue y te amenaza. Nosotros sabemos eso. También entiendo que la asociación contigo me involucra, y que sin duda seré amenazado con daños corporales."

Él puso la mano sobre la de ella, donde aún descansaba sobre sus mangas: "Pero eso es asunto mío, Tressa," añadió con una sonrisa. "Así que, aparte de eso, esto es solo un simple asunto de negocios entre tú y yo, creo que también puedo aventurar que mi alma inmortal esté a solas contigo en mi habitación."

La chica se sonrojó oscuramente. "Has entendido mal," dijo ella.

Él la miró fríamente, intensamente, y no llegó a ninguna conclusión. Joven, muy adorable, confesa de no tener principios morales, aún así él no podía creerla realmente depravada. "¿Qué querías decir?" dijo sin rodeos.

"En compañía de los perdidos, uno podría perder el rumbo... inadvertidamente. ¿Sabes que hay un Mal suelto en el mundo que está empeñado en conquistar mediante la obtención del control de las mentes de los hombres?"

"No," respondió él, divertido.

"¿Y que, mediante la captura de las mentes y las almas de los hombres, la destrucción de la civilización está siendo planeada?"

"¿Es eso lo que aprendiste en tu cautiverio, Tressa?"

"Tú no me crees."

"Creo que tus terribles experiencias en China te han conmovido hasta tu trágica alma. El horror, el dolor y la soledad han dejado cicatrices en la tierna e impresionable juventud. Estos habrían destruido en la madurez, la habrían roto, aplastado. Pero la juventud es flexible, dócil, y se dobla, cede bajo presión. Las cicatrices se borrarán lentamente. Así será contigo. Aprenderás a comprender que nada puede dañar de verdad el alma."

Durante unos momentos de silencio, ambos quedaron frente al otro en el oscuro rellano ante la puerta cerrada.

"Nada puede destruirnos el alma," repitió él con voz grave. "No creo que en realidad hayas hecho nada para herir tu amor propio siquiera. No creo que seas capaz de hacerlo, ni que lo hayas sido ni que lo serás, pero alguien te ha herido profundamente, espiritualmente, y ha herido tu mente para persuadirte de que tu alma ya no está bajo la custodia de Dios. ¡Pues eso es mentira!"

Él vio esos rasgos lidiando con conmovedoras emociones como en una lucha por creerle.

"Las almas nunca se pierden," dijo él. "Las pasiones incontroladas de todo tipo solo las lisian durante un tiempo. Dios siempre las cura al final."

Él volvió a poner la mano en el pomo de la puerta y levantó la llave hacia la cerradura.

"¡No lo hagas!" susurró ella tomándole la mano de nuevo, "¡Si hay alguien ahí dentro esperándonos!"

"No hay un alma en mis habitaciones. Mi sirviente duerme fuera."

"¡Hay alguien ahí!" dijo ella temblando.

"Nadie, Tressa. ¿Quieres entrar conmigo?"

"No me atrevo..."

"¿Por qué?"

"Tú y yo solos juntos, ¡no! ¡Oh, por favor, por favor! ¡Estoy asustada!"

"¿De qué?"

"De darte mi confianza y mi crédito y... mi amistad."

"Yo quiero que lo hagas."

"¡No debo! ¡Eso nos destruiría a los dos, alma y cuerpo!"

"Te aseguro," dijo él con impaciencia; "que no hay destrucción del alma, y esta es una camaradería sana de todos modos, una amistad luchadora es lo que te pido, lo único que pido. ¡Lo único que ofrezco! ¿Dónde está el peligro de estar juntos a solas entonces?"

"Porque estoy encontrando en mi corazón creer en ti, confiar en ti, aferrarme a tu fuerza y protección. Y si entrego, si cedo y te hago una promesa, y si hay alguien en esa habitación que nos vea y oiga, entonces seremos destruidos, los dos, alma y cuerpo."

Él la tomó de las manos, las sostuvo hasta que cesaron sus temblores. "Yo responderé por nuestros cuerpos. Dejemos que Dios se ocupe del resto. ¿Vas a confiar en Él?"

Ella asintió.

"¿Y en mí?"

"Sí."

Pero su rostro enblanqueció cuando él hizo girar la llave en la cerradura, cuando encendió la luz eléctrica y la precedió hacia la habitación al otro lado.

El lugar era uno de esos típicos apartamentos de solteros carentes de acento, hechos cómodos para cualquier cosa masculina, pero por lo demás bastante inhabitable.

Las brasas aún brillaban en la parrilla de la encimera. Él colocó un trozo de carbón de turba sobre las ascuas, usó vigorosamente un fuelle y la llama prendió fuego con un grasiento crepitar.

La chica quedó inmóvil hasta que él acercó un sillón para ella y encontró otro para él. Ella dejó caer las pieles por los hombros, cruzó las manos alrededor del ramo de violetas y esperó.

"Ahora," dijo él, "iré al grano. En 1916 estuve en Plattsburg esperando una comisión. El Departamento de Justicia envió a buscarme. Fui a Washington donde me hicieron comprender que había sido seleccionado para servir a mi país en lo que se conoce

vagamente como el Servicio Secreto, y que incluye agentes del gobierno adscritos a varios departamentos."

"La gran guerra ha terminado; pero aún estoy retenido en el servicio. Porque algo más siniestro que una victoria huna sobre la civilización amenaza a esta República. Y amenaza al mundo civilizado."

"Anarquía," dijo ella.

"Bolchevismo."

Ella no se movió inquieta en su silla. Se había vuelto muy blanca. No dijo nada. Él la miró con su tranquila y sosegadora sonrisa.

"Eso es lo que quiero de ti," repitió él. "Quiero tu ayuda," continuó, "Quiero tu valioso conocimiento de Oriente. Quiero toda la información secreta que poseas. Quiero tus increíbles dones, tu experiencia sin precedentes entre gente casi desconocida, tu familiaridad con el ocultismo, tus asombrosos poderes, sean lo que sean: hipnóticos, psíquicos, materiales."

"Porque, hoy, la civilización está enfrascada en una batalla secreta por la existencia contra agrupantes poderes de violencia cuya fuerza y límite aún permanecen insospechados. ¡Esta es una batalla entre lo justo y lo maligno, entre cordura y locura, luz y tinieblas, Dios y Satán! Y si la civilización no gana, entonces el mundo perece."

Ella levantó sus silenciosos ojos hacia los de él, pero no hizo ningún otro movimiento.

"Tressa," dijo; "en el Servicio Internacional sabemos lo suficiente sobre ti como para desear saber más. Ya conocíamos la historia que me has contado. Los agentes del Servicio Secreto Internacional han mantenido contacto contigo desde el momento en que los japoneses te escoltaron fuera de China. Desde el día en que desembarcaste y, por todo el continente hasta Nueva York, los agentes de este gobierno te han mantenido a la vista. Aquí en Nueva York mis hombres han mantenido contacto contigo. Y ahora, esta noche, ha llegado el momento de un entendimiento personal entre tú y yo."

Los pálidos labios de la chica se movieron, se articularon con rigidez: "Yo... yo deseo vivir," balbuceó, "Temo a la muerte."

"Lo sé. Sé lo que estoy pidiendo cuando te pido ayuda."

Ella dijo con el fantasma de una voz: "Si me vuelvo contra ellos, me matarán."

"Lo intentarán," dijo él en voz baja.

"Ellos no fallarán, Sr. Cleves."

"Eso está en manos de Dios."

Ella se puso mortalmente pálida ante eso. "No," estalló con voz angustiada, "¡Eso no está en manos de Dios! ¡Si lo estuviera, no debería tener miedo! ¡Está en manos de los que me robaron el alma!"

Ella se cubrió la cara con ambos brazos, retorciéndose bastante sobre la silla.

"Si los yazidíes te han hecho creer esas tonterías," comenzó él, pero ella dejó caer los brazos y lo miró con terribles ojos azules:

"¡No quiero morir, te lo estoy diciendo! ¡Estoy asustada! ¡Asustada! Si te digo lo que sé me matarán. Si me vuelvo contra ellos y te ayudo, destruirán mi cuerpo, y lo envíarán tras mi alma!"

Ella temblaba tan violentamente que él se levantó de un salto y fue hacia ella. Después de un momento, le pasó un brazo por los hombros y la abrazó con firmeza, cerca de él.

"Vamos," dijo él, "haz tu deber. Aquellos que se alistan bajo el estandarte de Cristo no tienen nada que temer en este mundo ni en el siguiente."

"Si… si pudiera creer que estoy a salvo allí."

"Te aseguro que lo estás. ¡También lo está toda alma humana! ¿Qué tontería te han hecho creer los yazidíes? ¿Hay alguna salvación más segura para el alma que morir al servicio de Cristo?"

Le deslizó el brazo de los hombros temblorosos y la tomó de las dos manos, aplastándolas como para estabilizar cada fibra de ese cuerpo torturado.

"Yo quiero que vivas. Yo también quiero vivir. Pero te digo que eso está en manos de Dios, y nosotros, los soldados de la civilización, no tenemos nada que temer excepto el incumplimiento de nuestro deber. Ahora bien, ¿somos camaradas del Gobierno de los Estados Unidos?"

"¡Oh Dios, yo... no me atrevo!"

"¿Lo somos?"

Tal vez ella sintió el dolor físico de su aplastante agarre, pues se giró y lo miró a los ojos.

"No quiero morir," susurró. "¡No me obligues!"

"¿Vas a ayudar a tu país?"

La terrible dirección de esa mirada de niña se tornó casi insoportable para él.

"¿Vas a ofrecer a tu país tu alma y tu cuerpo?" insistió en voz baja y tensa.

Esos labios rígidos formaron una palabra.

"¡Sí!" exclamó él.

"Sí."

Por un momento ella descansó en el hombro de él, mortalmente pálida, luego, en un suspiro, se enderezó, se puso en pie de un salto y con tanta rapidez que él apenas siguió su movimiento. No notó que ella se había levantado hasta que la vio allí de pie con una pistola brillando en su mano, ojos fijos en las portezuelas pendidas del pasillo que conducía al dormitorio.

"¿Qué diablos...?" comenzó él, pero ella lo interrumpió, manteniendo la mirada fija en las cortinas y la pistola apoyada en la

cadera.

"¡Te responderé si muero por ello!" chilló ella. "¡Te diré todo lo que sé! ¿Deseas saber lo que es este monstruoso mal que amenaza al mundo con la destrucción, lo que tú llamas anarquía y bolchevismo? ¡Es una Maldad que nació antes de la venida de Cristo! ¡Es una Maldad que no sólo destruye ciudades e imperios y hombres, lo cual es más terrible aún, pues obtiene el control de la mente humana y la usa a voluntad; y obtiene la soberanía sobre el alma y la hace prisionera. Su objetivo es dominar primero, luego destruir. Fue concebido al principio por Erlik y por hechiceros y diablos... Siempre, desde el principio, ha habido hechiceros y diablos vivientes. Y cuando la historia humana comenzó a ser recordada en crónicas, ya vivían demonios que adoraban a Erlik y practicaban la hechicería. Han sido llamados por muchos nombres. Mil años antes de Cristo, Hassan Sabbah fundó su secta llamada Hassani, o Asesinos. Los yazidíes son de ellos. Su Jefe aún se llama Sabbah, ¡su credo es la aniquilación de la civilización!"

Cleves se había levantado. La chica hablaba en un tono claro y monótono sin acento, sin mirarle, con los ojos y la pistola centrados en las inmóviles cortinas.

"¡Atento!" gritó ella bien alto.

"¿Cuál es el problema?" demandó él. "¿Crees que hay alguien escondido detrás de esa cortina en el pasillo?"

"Si lo hay," respondió ella con su voz emocionada, pero distinguible, "aquí tengo un cuento para entretenerlo: ¡Los Hassani son una secta de asesinos que se ha extendido desde Asia por todo el mundo, y están decididos a aniquilar todo y a todos en él, excepto a ellos mismos! En Alemania hay una rama de la secta. El huno es el descendiente directo del antiguo yazidí. Los dioses del huno son los viejos demonios bajo otros nombres. El deseo y objetivo del huno es el mismo deseo: gobernar las mentes y cuerpos y almas de los hombres y usarlos para sus propios propósitos!"

Levantó un poco la pistola y avanzó un paso:

"Anarquista, yazidí, Hassani, Boche, Bolchevique, todos son iguales,

¡todos se reunen en enjambres secretamente, en escondites, con el mismo propósito!"

Los ojos azules de la chica estaban en llamas ahora, y la pistola se elevaba lentamente en su mano hacia un nivel mortal.

"¡Sanang!" gritó ella con una voz terrible. "¡Sanang!" Gritó de nuevo con su aterradora y joven voz; "¡Sapo! ¡Huevo de tortuga! ¡Saliva de Erlik! ¡Que las Treinta Mil Calamidades te sobrevengan! ¡Sheik-el-Djebel! El Kahn cobarde del que me reí en el templo cuando llovieron serpientes amarillas sobre los peldaños de mármol y todos los gongs de Yian sonaron en tus apavorados oídos."

Ella esperó.

"¡Qué! ¿No vas a salir? ¡Tokhta!" exclamó en un soniquete e hizo un rápido movimiento con la mano izquierda. Al parecer, de su palma abierta y vacía, como un misil lanzado, un fino rayo de luz cegadora golpeó las cortinas, volviéndolas repentinamente transparentes.

Allí había un hombre.

Ests salió, moviéndose muy lentamente, como si estuviera en parte estupefacto. Llevaba un traje de noche bajo el abrigo y blandía un cuchillo largo en la mano derecha.

Nadie habló.

"Bueno, de veras iba a morir entonces si venía aquí," dijo la chica de una manera asombrada.

La mirada furtiva de Sanang se posó sobre ella antes de dirigirse furtivamente hacia Cleves. El hombre se humedeció los labios con la lengua. "¿Me entregaste a este agente del gobierno?" preguntó con voz ronca.

"Yo no entrego a nadie por traición. Puedes irte, Sanang."

Él vaciló, una figura metropolitana elegante, impecable, con chistera y ttraje de noche. Luego, cuando comenzó a moverse, Cleves lo cubrió con su arma.

"¡No puedo dejar que este hombre quede libre!" gritó Cleves enojado.

"¡Muy bien!" replicó ella con voz apasionada; "¡Pues llévatelo si eres capaz! ¡Tokhta! ¡Cuídate!"

Algo rápido como un rayo golpeó la pistola de su agarre, cegándole, lo dejó medio aturdido, lo hizo tambalearse en un resplandor de luz que nubló todo lo demás.

Cleves oyó el portazo, tropezó con el respaldo de una silla mientras sus sentidos y su vista se aclaraban.

"¡Por los cielos!" susurró con labios cenicientos, "Tú... tú eres una hechicera... o algo así. ¿Qué... qué me estás haciendo?"

No hubo respuesta. Y cuando su visión se aclaró un poco más, la vio agachada en el suelo con la cabeza contra la puerta cerrada, escuchando tal vez —o sollozando— apenas lo entendió hasta que el temblor de esos hombros lo dejó más claro.

Cuando por fin Cleves se acercó a ella, se inclinó y la tocó, ella lo miró con ojos húmedos y boca llena de temblante aflicción.

"Yo... no sé," sollozó ella, "si realmente me robó el alma... allí... allí en el templo al anochecer de Yian. Pero él... él me robó el corazón... a pesar de toda su maldad... ¡Sanang, Príncipe de los yazidíes, y yo he estado luchando contra él por ello todos estos años, todos estos largos años, luchando por lo que robó en el crepúsculo del templo!... Y ahora, ahora lo he recuperado, mi corazón, todo roto en pedazos, aquí. en el suelo detrás de tu... tu puerta con cerrojo."

5. Los asesinos

En la pared pendía un mapa de Mongolia, esa región indefinida de dos millónes y medio de kilómetros cuadrados de área, vastas secciones de las cuales nunca habían sido exploradas.

Turkestán y China lo limitan al sur, y el Tíbet casi lo toca, no del todo.

Incluso en el siglo XII, cuando los salvajes mongoles se desataron y casi invadieron el mundo, la infantería del Tíbet al mando de Gengis, los jinetes Tchortcha reclutados en la China Negra y una gran nube de caballería mongola al mando del Príncipe de la Vanguardia al mando de medio centenar de Hezar, nunca penetró en ese espantoso y desconocido territorio desolado. Las "Ocho Torres de los Asesinos" lo guardaban, aún lo guardan, posiblemente.

El vicerregente de Erlik, Príncipe de las Tinieblas, moraba en esta tierra desconocida. Y mora allí aún, tal vez.

Frente a este mapa mural estaba Tressa Norne.

Detrás de ella, de cara al mapa, estaban sentados cuatro hombres, tres de ellos menores de treinta años.

Estos tres eran voluntarios en servicio del gobierno de los Estados Unidos, hombres de medios independientes, de posición, quienes se habían ofrecido como voluntarios para tareas militares al estallar la gran guerra. Sin embargo, el Gobierno les había asignado un tipo de tarea muy diferente, no menos emocionante que el servicio en la línea de combate, pero mucho menos conspicuo, pues habían sido reclutados para el Departamento de Justicia de los Estados Unidos.

Los nombres de estos tres eran Victor Cleves, antes de la guerra profesor de ornitología en la Universidad de Harvard; Alexander Selden, socio junior de la firma bancaria Milwyn, Selden and Co., y James Benton, arquitecto de Nueva York.

El nombre del cuarto hombre era John Recklow. Podría haber

tenido más de cincuenta años o haber tenido menos. Tenía buena constitución, en forma cuadrada, atlética, de piel clara y rubicundo, de ojos grises, tranquilo en voz y modales. Su cabello y bigote se habían vuelto plateados. Llevaba muchos años siendo empleado del Gobierno. Parecía estar enormemente interesado en lo que la Srta. Norne estaba diciendo.

Además, era el único hombre que interrumpía la narrativa para hacer preguntas. Y sus preguntas revelaban un conocimiento que estaba inquietando por momentos a la ya sensible chica.

Finalmente, cuando ella habló del Desierto Escarlata, él le preguntó si el Lago Escarlata estaba allí y si se suponía que el Xin aún habitaba sus profundidades bermellonas. Y en eso ella se volvió y lo miró, dedo índice aún posado sobre el mapa.

"¿Dónde ha oído usted hablar del Lago Escarlata y el Xin?" preguntó ella como asustada.

Recklow dijo en voz baja que de chico había servido a las órdenes de Gordon y Sir Robert.

"Si de chico usted sirvió a las órdenes de Gordon el Chino, ya sabe mucho de lo que le he dicho, Sr.Recklow. ¿No es cierto?" demandó ella, nerviosa.

"Eso no supone ninguna diferencia," respondió él con una sonrisa. "Todo esto es muy nuevo para estos tres jóvenes caballeros. Y en cuanto a mí, estoy revisando lo que dices y comparándolo con lo que oí hace muchos, muchos años cuando mi camarada Barres y yo estuvimos en Yian."

"¿De verdad conoció a sir Robert Hart?"

"Sí."

"Entonces, ¿por qué no se lo explica usted a estos caballeros?"

"Querida chica," interrumpió él suavemente, "¿Qué sabían Gordon el Chino o Sir Robert Hart, o mi camarada Barres siquiera, o yo mismo sobre el Asia oculta en comparación con lo que sabes tú? ¡Una chica que ha servido de verdad a los misterios de Erlik durante cuatro

asombrosos años!"

Ella palideció un poco, cruzó despacio la sala hasta donde estaba sentado Recklow y le puso una tímida mano en la manga.

"¿Cree que hay hechiceros en Asia?" preguntó con esa franqueza infantil que sus maravillosos ojos azules corroboraban.

Recklow permaneció en silencio.

"Porque," continuó ella, "si en su corazón no cree que esto sea un hecho maldito, entonces lo que tengo que decir no va a significar nada para ninguno de ustedes."

Recklow se tocó el bigote corto y plateado, vacilando. Luego: "El culto a Erlik es el culto al diablo," dijo él. "También yo estoy completamente preparado para creer que hay, entre los yazidíes, adeptos que emplean armas científicas contra la civilización. Probablemente han obtenido un conocimiento bastante aterrador sobre las leyes psíquicas que usan científicamente y que, para la gente común y temerosa de Dios parece ser la magia negra de los hechiceros."

Cleves dijo: "El empleo por los hunos de gases venenosos y cañones de largo alcance es un caso paralelo. Antes de la guerra no podíamos creer en la posibilidad de un cañón que lanzara proyectiles a una distancia de cien kilómetros."

La chica aún se dirigía a Recklow: "¿Entonces no cree que haya verdaderos hechiceros en Asia, Sr.Recklow?"

"No hechiceros con poderes sobrenaturales para el mal. Sólo seres humanos degenerados que, de alguna manera, se las han arreglado para aprovechar las invisibles corrientes psíquicas y han aprendido a utilizar fuerzas terribles sobre las que, hasta ahora, nosotros no sabemos prácticamente nada."

Ella volvió a hablar con la misma voz inquieta: "¿Entonces no cree que ni Dios ni Satán estén involucrados?"

"No," respondió él sonriendo, "y tú no debes creerlo."

"¿Ni la... la destrucción de las almas humanas?," insistió ella; "¿No cree que eso se esté logrando hoy?"

"Ni en lo más mínimo, querida jovencita," dijo él alegremente.

"¿No cree que haber sido instruido en tal ilegal conocimiento es condenatorio? ¿No cree que la habilidad de emplear fuerzas desconocidas está prohibida por Dios, y que desobedecer Su ley significa la muerte del alma?"

"¡No!"

"¿Que ese es el precio que se paga a Satán por el poder oculto sobre la mente de las personas?" insistió ella.

"La sugestión hipnótica no es uno de los pecados capitales," explicó Recklow sin dejar de sonreír, "A menos que se emplee perversamente. El sacerdocio yazidí es una banda de supuestos hechiceros solo por su uso perverso de cierto conocimiento hipnótico y psíquico que puedan haber obtenido."

"No había nada intrínsecamente perverso en el descubrimiento del fosgeno de los hunos. Pero el uso que hicieron de ello los convirtió en demonios. Mi capacidad para fabricar gas fosgeno no es un crimen, pero si lo fabrico y lo uso para envenenar a seres humanos inocentes, entonces, en ese sentido, soy quizá una especie de hechicero moderno."

Tressa Norne se quedó pálida: "Será mejor que le diga que yo he usado... conocimientos prohibidos que los yazidíes me enseñaron en el templo de Erlik."

"¿Usados cómo?" preguntó Cleves.

"Para... para ganarme la vida... Y una o dos veces para defenderme."

Hubo un mínimo de escepticismo en la suave sonrisa de Recklow. "Hizo lo correcto, Srta. Norne."

Ahora ella se había puesto muy blanca. Estaba de pie junto a Recklow, de espaldas al mapa suspendido, y miró asustada de uno a otro de los hombres sentados frente a ella, volviéndose finalmente

hacia Cleves y acercándose a él.

"Yo... yo una vez maté a un hombre," dijo con un quejido en su voz.

Cleves enrojeció de asombro. "¿Por qué hiciste eso?" preguntó.

"Él ya estaba en camino de matarme en la cama."

"Actuaste perfecta y correctamente," comentó Recklow con frialdad.

"No lo sé... yo estaba en la cama... Y luego, al borde del sueño, sentí su mente tanteando para agarrar la mía, tanteando en la oscuridad para agarrarme el cerebro y apresarlo y paralizarlo."

Todo el color había abandonado su rostro. Cleves se aferraba al brazo de su silla y la miraba fijamente.

"Yo... yo tuve sólo un momento de libertad mental," continuó ella con una voz fantasmal; "Fui capaz de despertarme, luchar contra esos asesinos dedos cerebrales, soltar un claro rayo mental... Y luego, ¡oh, Dios! Lo vi en su habitación con su cuchillo calmuco, lo vi ya camino de asesinarme, vi a Gutchlug Khan, el yazidí, buscando un sudario en su dormitorio... Y cuando, cuando él alcanzó la cama para sacar una fina sábana blanca para el sudario sin la cual ningún yazidí se atrevería a viajar hacia la muerte... entonces... entonces me asusté... Y lo maté... ¡Lo maté allí dentro, en su habitación del hotel encima de la mía!"

Selden se humedeció los labios: "Ese oriental, Gutchlug, murió de un paro cardíaco en un hotel de San Francisco," dijo. "Yo estaba allí en ese momento."

"Murió por los colmillos de una pequeña serpiente amarilla," susurró la chica.

"No había ninguna serpiente en su habitación," replicó Cleves.

"Y ninguna herida en su cuerpo," agregó Selden. "Yo asistí a la autopsia."

Ella dijo, débilmente: "No había serpiente, ni herida, como ustedes dicen... Aún así, Gutchlug murió de ambas allí en su dormitorio... Y

antes de morir oyó que su alma se despedía de él; y vio la víbora de muerte enrollada en la sábana que agarraba, vio que la cosa lo atacaba una y otra vez, vio y sintió las pequeñas heridas en su mano izquierda; sintió los colmillos pinchando hondo, profundo, en las venas; murió allí en un minuto... murió del veneno más rápido conocido. Y sin embargo..."

Volvió su rostro pálido hacia Cleves: "¡Y sin embargo no había ninguna serpiente allí! Y nunca la había habido... Y entonces yo... les pregunto, caballeros, si las almas no mueren cuando las mentes aprenden a combatir muerte con muerte, y a dispensarla tan rápido, tan silenciosamente, mientras el cuerpo de una yace, impertérito en una cama, en una habitación cerrada con llave en el piso de abajo."

Se balanceó un poco, extendió una mano como si estuviera a ciegas.

Recklow se levantó y le pasó alrededor un musculoso brazo. Cleves, a su lado, le tomó la mano izquierda, apretándola, sin intención, hasta que ella abrió los ojos con un gemido de dolor.

"¿Estás bien?" preguntó Recklow directamente.

"Sí." Ella giró y miró a Cleves, y él le acarició la magullada mano, como aturdido.

"Dime," le dijo a Cleves, "tú que lo sabes, que sabes más de mi mente que cualquier vivo," un color doloroso apareció en su rostro, pero ella continuó con firmeza, obligándose a encontrar su mirada: "Dime, Sr. Cleves, ¿aún crees que nada puede destruirme el alma? ¿Y que aún esta puede ganar la salvación?"

Él dijo: "Tu alma está en custodia de Dios y siempre lo estará. Y si los yazidíes te han hecho creer lo contrario, mienten."

Recklow añadió de manera lenta y perpleja: "No tengo ningún conocimiento personal del poder psíquico. No soy psíquico, no soy susceptible. Pero si realmente posees esa habilidad, Tressa, y si has empleado tal conocimiento para defender tu vida, entonces has actuado con absoluta corrección."

"Ninguna culpa te toca," agregó Selden con un involuntario

escalofrío, "si por hipnosis o habilidad psíquica en verdad diste fin a ese Gutchlug asesino en potencia."

Selden dijo: "Si Gutchlug murió por los colmillos de una víbora de muerte amarilla que solo existía en su propia mente, y si realmente tuviste algo que ver con eso, actuaste puramente en defensa propia."

"Actuaste en pleno deber," añadió Benton; "pero... ¡Dios mío! ¡Me parece increíble que ese poder pueda estar disponible en el mundo!"

Recklow habló de nuevo con su voz complaciente y tranquila: "Vuelve al mapa, Tressa, y cuéntanos un poco más sobre esta cosa más bien aterradora que crees que amenaza con la destrucción al mundo civilizado."

Tressa Norne puso un delgado dedo sobre el mapa. Su voz se había vuelto firme, dijo: "El culto al diablo, del cual uno de los desarrollos modernos es el bolchevismo, y otro el terrorismo de los hunos, comenzó en Asia mucho antes del advenimiento de Cristo: al menos así se nos enseñó en el templo de Erlik. Este siempre ha existido, su objetivo siempre ha sido la aniquilación del bien y la elevación del mal, el sometimiento por poder de lo correcto y el triunfo mundial de lo incorrecto."

"Quizá sea tan antiguo como la primera batalla entre Dios y Satán. A veces me he preguntado al respecto. Allí, en el crepúsculo del templo, cuando llegaron los Ocho Asesinos, los ocho Sheiks-el-Djebel, todos vestidos de blanco, cantando el Yakase de Sabbah, siempre ese canto fúnebre cuando venían y extendían sus ocho sudarios blancos sobre los escalones del templo... "

Su voz se quebró; esperó para recuperar la compostura. Luego prosiguió: "La ambición de Gengis era conquistar el mundo por la fuerza de las armas. Lo que soñaba era simplemente sometimiento físico. Pero el Destructor de Almas..."

"¿Quién?" preguntó Recklow bien alto.

"El Destructor de Almas, el vicerregente de Erlik en la tierra, Hassan Sabbah. El Viejo de la Montaña. De él estoy hablando," exclamó Tressa Norne con tranquila resolución. "Gengis buscaba sólo la

conquista física del hombre; la ambición del yazidí es más terrible, ¡porque está intentando sorprender y apoderarse de las mentes de los hombres!"

Hubo un silencio de muerte. Tressa miró pálidamente a los cuatro.

"Los yazidíes —quienes ustedes me dicen que no son hechiceros— están usando el poder —que ustedes me dicen que no es magia maldita por Dios— para asaltar, capturar, esclavizar y destruir las mentes y las almas de la humanidad. Puede ser que lo que emplean sea capacidad hipnótica y poder psíquico y, algún día, pueda ser explicado sobre una base científica cuando aprendamos más sobre las leyes ocultas que gobiernan estos fenómenos, pero ¿podría algo presentar la amenaza como menos terrible? Pues allí ha existido durante siglos —quizá siempre— una secta de satanistas determinados hacia la destrucción de todo lo que es puro y santo y bueno en la tierra; y están decididos a sustituir por lo justo el pavoroso reinado del infierno."

"Al principio había comparativamente pocos de estos demonios humanos. Gradualmente, a través de las eras, han aumentado. En el siglo XII había cincuenta mil de la Secta de los Asesinos. Al lado del castillo del Destructor de Almas en el Monte Alamut... " Ella puso el dedo en el mapa; "se erigieron otras ocho torres para los Ocho Asesinos Principales, llamados Sheiks-el-Djebel. En el templo nos enseñaron dónde estaban estas ocho torres." Recogió un lápiz y, sobre ocho espacios en blanco de la Mongolia inexplorada y sin cartografiar, hizo ocho cruces. Luego se volvió hacia los hombres detrás de ella.

"Se nos enseñó en el templo que, a partir de estos ocho focos de infección, la enfermedad del mal ha sido extendida por todo el mundo. De estas ocho torres han salido cada año los emisarios del mal, misioneros pervertidos, para difundir la venenosa propaganda, para enseñarla, para manipular sigilosamente la mente de los hombres, dominarlos, pervertirlos, instruirlos en el credo del Asesino de Almas."

"En todo el mundo hay personas, ya contaminadas, cuyas mentes ya están esclavizadas y envenenadas, y que están infectando los cerebros aún sanos de los demás, poseyéndose sigilosamente de las

mentes de la humanidad, enseñándoles el mal, invitándolos a burlarse de los preceptos de Cristo."

“De esas mentes perdidas son los degradados cerebros de los alemanes —los pastores y filósofos que enseñan que el poder es lo correcto."

“De esas mentes lisiadas son los bolcheviques; envenenados hace mucho, mucho tiempo por el estrecho contacto con Asia que, antes de eso, había infectado y esclavizado con feroz filosofía las mentes de las clases gobernantes."

"De tales mentes son todos los anarquistas de todos los matices y razas, todos los terroristas, todos los discípulos de la violencia, los asesinos por envidia, la escurridiza y perezosa hermandad que merodea por el mundo aprovechando cada oportunidad para incendiarlo. Aquellos mentalmente embotados por razón de los excesos, esos intelectos débiles se vuelven defectuosos con futiles parloteos: socialistas de salón, revolucionarios aficionados, incapaces teóricos excitados por la discusión solo apta para mentes sanas."

Dejó el mapa y se acercó adonde estaban sentados los cuatro hombres, terriblemente atentos a cada una de sus palabras.

"En el templo de Erlik, donde pasé mi niñez tras el asesinato de mis padres, aprendí lo que les estoy repitiendo," dijo.

"También aprendí que las Ocho Torres aún existen; que siguen en pie hoy, al menos en teoría; y que desde las Ocho Torres se derrama por todo el mundo una corriente de veneno. Me dijeron que, en cada país, se asignaron ocho yazidíes, ocho hechiceros —o adeptos en psicología científica si lo prefieren— cuya misión es enseñar el evangelio del infierno y, gradual pero seguramente, ganarse las mentes de los hombres para el servicio del Destructor de Almas."

"Eso es lo que nos enseñaron en el templo. Fuimos educados en el desarrollo de poderes ocultos —pues parece que todos los seres humanos poseen este poder psíquico latente dentro de ellos— solo algunos, incluso instruidos, adquieren alguna habilidad para controlar y usar esta fuerza."

"Yo aprendí... aprendí rápido. Incluso pensé a veces que los yazidíes comenzaban a tenerme un poco de miedo, incluso los sacerdotes Hassani... Y los Sheiks-el-Djebel, al extender sus sudarios sobre los escalones del templo, me miraban con ojos inquietos, donde yo permanecía como un cadáver en medio de las nubes de incienso... "

Se pasó los dedos por los párpados, luego enmarcó su rostro entre ambas manos en trágica retrospección, en busca de un momento de pensamiento perdido.

"¡Kai!" susurró soñadora, como para sí misma: "Lo que Erlik despertó dentro de mi cuerpo que estaba dormido, Dios lo sabe, pero fue como si una camarada gemela surgiera dentro de mí y mirara a través de mis ojos un mundo que nunca antes había sido visible."

Absoluto silencio reinaba en la sala. A Cleves respirar le parecía casi doloroso de tanta intensidad con que escuchaba y miraba a esta chica. Las manos de Benton se blanqueaban al agarrar los brazos de la silla. Selden, tenso, absorto, mantenía su aguda mirada de hombre de negocios fija en el rostro de la joven. Recklow acariciaba lentamente el frío cuenco de su pipa con ambos pulgares.

Los extraños y remotos ojos de Tressa Norne se alteraron sutilmente. Ella levantó la cabeza y miró con calma a los hombres ante ella.

"Creo que no tengo nada más que añadir," dijo ella. "El Espectro Rojo de la Anarquía, llamado bolchevismo en la actualidad, amenaza a nuestro país. Nuestro gobierno ahora es consciente de esta amenaza y el Servicio Secreto se está moviendo por todas partes. Ya se ha hecho un gran daño a las mentes de muchas personas en esta República. El veneno se ha extendido, se está extendiendo. Las Ocho Torres siguen aún en pie. Los Ocho Asesinos están en Estados Unidos. Pero estos ocho Asesinos saben que soy su enemiga... Seguramente intentarán matarme. No creo poder evitar la muerte por mucho tiempo... Pero quiero servir a mi país y... y a la humanidad."

"Tendrán que atraparme a mí primero," dijo Cleves en alto. "No te permitiré que salgas de mi vista."

Recklow dijo con voz pensativa: "Y estos ocho caballeros, que es muy probable que nos hagan daño también, son las primeras personas a las que deberíamos cazar."

"Para atraparlos," añadió Selden, "deberíamos ahogar la corriente en su origen."

"Descubrir quiénes son es lo que va a ocuparnos," agregó Benton. Cleves se había levantado para ofrecer una silla a Tressa Norne. Ella por fin lo notó y se sentó como si estuviera cansada.

"¿Es Sanang uno de estos ocho?" le preguntó a ella. La chica se volvió y lo miró, y él vio un rubor aumentando en su rostro.

"A veces," dijo ella con firmeza, "casi he creído que él era el propio vicerregente de Erlik en la tierra, el Destructor de Almas mismo."

Benton y Selden habían salido. Recklow se fue un poco más tarde. Cleves lo acompañó hasta el rellano.

"¿Vas a mantener a la Srta. Norne aquí contigo por el momento?" preguntó el hombre mayor.

"Sí. No me atrevo a perderla de vista, Recklow. ¿Qué otra cosa puedo hacer?"

"No lo sé. ¿Está preparada para las consecuencias?"

"¿Rumores? ¿Calumnias?"

"Por supuesto."

"Puedo conseguir un ama de llaves."

"Eso solo lo hace parecer peor."

Cleves enrojeció. "Bueno, ¿quieres encontrarla en algún hotel o apartamento con la garganta cortada?"

"No,"respondió Recklow gentilmente; "No quiero eso."

"Entonces, ¿qué otra cosa puedo hacer sino mantenerla aquí en mi

propio apartamento y no perderla de vista hasta que podamos encontrar y encerrar a los ocho caballeros, que sin duda están empeñados en asesinarla?"

"¿No hay alguna mujer en el Servicio que pueda ayudar? Yo podría mencionar varias."

"Te aseguro que no puedo confiar Tressa Norne a nadie más que a mí mismo," insistió Cleves. "Yo la metí en esto, yo soy el responsable si la asesinan. No me atrevo a confiar su seguridad a ningún otro. Y, Recklow, es una responsabilidad espantosa para un hombre inducir a una joven a enfrentarse a la muerte, incluso al servicio de su pais."

"Si se queda aquí a solas contigo, se enfrentará a la destrucción social," comentó Recklow.

Cleves se quedó en silencio por un momento, luego estalló: "Bueno, ¿qué voy a hacer? ¿Qué me queda por hacer salvo cuidarla y ayudarla a superar este diabólico asunto? ¿Qué otro modo tengo para protegerla, Recklow?"

"Podrías ofrecerle la protección de tu nombre," sugirió el otro indiferentemente.

"¿Qué? ¿Quieres decir... casarme con ella?"

"Bueno, nadie más estaría inclinado a hacerlo, Cleves, si alguna vez se llega a saber que ella ha vivido aquí a solas contigo."

Cleves se quedó mirando al hombre mayor.

"Esto es un sinsentido," dijo con voz brusca. "Esa joven no quiere casarse con nadie. Yo tampoco. Ella no desea que le corten el cuello, eso es todo. Y yo estoy decidido a que eso no ocurra."

"Hay asesinos más sigilosos, Cleves, asesinos de reputaciones. Esto le va mal a su víctima. De hecho."

"Bueno, diantres, ¿qué crees que debería hacer?"

"Creo que deberías casarte con ella si vas a mantenerla aquí."

"Supongamos que a ella no le importa lo poco convencional que es esto."

"A todas las mujeres les importa. Ninguna mujer, en el fondo, es poco convencional, Cleves."

"Ella... parece coincidir conmigo en que debería quedarse aquí... Además, no tiene dinero, ni parientes, ni amigos en Estados Unidos."

"Tanto más trágico. Si de verdad crees que es tu deber mantenerla aquí donde puedas cuidar de su seguridad física, entonces la otra obligación es aún más pesada. Y puede llegar el día en que la Srta. Norne desee que hayas sido menos consciente de la seguridad de su hermosa garganta... Porque el cuchillo del yazidí es más rápido y menos cruel que la lengua que mata con una sonrisa. Y esta joven tiene muchos años de vida después de que este asunto del bolchevismo esté muerto y olvidado en nuestra República."

"¡Recklow!"

"¿Sí?"

"¿Crees que podría atreverme a intentar encontrar una habitación en otro lugar para ella y dejar que se arriesgue? ¿Eh?"

"Eso es asunto tuyo."

"Lo sé... ¡diantres! Sé que es asunto mío. Así lo he hecho inadvertidamente. Pero ¿no puedes decirme qué debo hacer?"

"No puedo."

"¿Qué harías tú?"

"No me preguntes a mí," respondió Recklow con brusquedad. "Si no eres lo bastante hombre para tomar una decisión, puedes entregarme a mí a la chica."

Cleves se sonrojó brillantemente. "¿Crees que tienes la edad suficiente para aceptar mi trabajo y evitar el escándalo?"

Los fríos ojos de Recklow se posaron en él: "Si quieres," dijo, "asumiré tus diversos tipos de responsabilidad personal hacia la Srta. Norne."

El rostro de Cleve ardió. "Yo cargaré con mis propias cargas," replicó.

"Claro. Sabía que lo harías." Y Recklow sonrió y le tendió la mano. Cleves la tomó sin cordialidad. De pie así, Recklow, sin dejar de sonreír, dijo: "Qué mal trato ha tenido esa chica... está teniendo. Su padre y su madre eran buenas personas. ¿Alguna vez oíste hablar del Dr. Norne?"

"Ella lo mencionó una vez."

“Eran gente del estado del norte con los más excelentes antecedentes y sin dinero. El Dr. Norne era nuestro vicecónsul en Yarkand en la provincia de Sin Kiang. Lo único que tenía era su salario, y perdió eso y su puesto cuando cambió la administración. Luego se metió en el comercio de especias. Un sindicato judío de aquí lo envió río arriba por el río Yarkand para ver qué se podía hacer con respecto a las concesiones de oro y jade. Él estaba en ese asunto cuando ocurrió la tragedia. Los calmucos y los khirghiz fueron los responsables, bajo la instigación de los yazidíes. Y aquí estás tú —y aquí está su hija, Cleves, de vuelta por algún milagro de ese floreciente infierno llamado Yian, ella creyendo de corazón que ha perdido su alma allí en el templo. Y ahora, aquí en su propia tierra natal, está expuesta cada hora que pasa al peligro de asesinato... ¡Pobre chica!... ¿Alguna vez oíste hablar de un trato más pésimo, Cleves?"

Sus manos habían permanecido entrelazadas mientras Recklow hablaba. Y este habló de nuevo, clara, amablemente: "Dar la vida por un amigo está bien. No estoy seguro de que esté mejor ofrecer el honor de uno en nombre de una chica cuyo honor está en juego."

Después de un momento, el agarre de Cleves se tensó. "Está bien," dijo.

Recklow bajó las escaleras.

6. En batalla

Cleves volvió al apartamento; advirtió que la puerta de la Srta. Norne estaba entreabierta.

Para llegar a su propia habitación tenía que pasar por ese camino; y la vio, sentada ante el espejo, parcialmente desnuda, con su cabello oscuro y lustroso peinado y trenzado para pasar la noche.

Poco importaba si este descuido nacía de la inocencia o de la indiferencia; de pronto él se percató de que estas condiciones no iban a servir. Y su primer sentimiento fue de rabia.

"Si te pones la bata y las zapatillas," dijo él con voz desagradable, "me gustaría hablar contigo un momento."

Ella giró la cabeza sobre su encantador cuello y miró a su alrededor, Alzó la vista hacia él por encima de un hombro desnudo.

"¿Debo entrar en tu habitación?" preguntó ella.

"¡No! Cuando tengas algo de ropa, llámame."

"Estoy bastante lista ahora," dijo ella con calma, se puso las zapatillas chinas en los pies descalzos y pasó un lazo de seda sobre los botones plateados en su hombro derecho. Luego, impertubable, continuó trenzándose el cabello, siguiéndole los movimientos en el espejo con despreocupados ojos azules.

Él entró y se sentó, con la expresión impaciente aún arrugándole la frente y alterando sus bastante agradables rasgos.

"Tressa," dijo; "estás absolutamente convencida de que esta gente tiene la intención de hacerte daño. ¿No es cierto?

"Claro," dijo ella simplemente.

"Entonces, hasta que los atrapemos, corres un grave riesgo. De hecho, vives en peligro cada hora. Eso es lo crees, ¿no es así?"

Ella puso la última pinza en su espeso y rizado cabello, bajó los brazos, se giró, dejó caer una rodilla sobre la otra y que su cándida mirada descansara sobre él en silencio.

"Lo que quiero explicar," dijo él con frialdad, "es que mientras te induzca yo a participar en este asunto, soy responsable de ti. Si te dejo fuera de mi vista aquí en Nueva York y te pasa algo, yo seré tan culpable como la sucia bestia que te quita la vida. ¿Cuál es tu opinión? Depende de mí apoyarte ahora, ¿no?"

"Preferiría estar cerca de ti... durante un tiempo," dijo ella tímidamente.

"Ciertamente. Pero, Tressa, nuestra vida juntos aquí, en mi apartamento, o viviendo juntos en cualquier otro lugar, no va a ser entendida por otras personas. Lo sabes, ¿no?

Después de un silencio, aún mirándolo con ojos claros y no avergonzados: "Lo sé... pero yo no quiero morir."

"Te aseguro," dijo él bruscamente, "que primero tendrán que matarme a mí. Por eso no te preocupes, pero ¿qué me dices de lo que le voy a hacer a tu reputación?"

"Lo entiendo."

"Supongo que sí. Eres muy joven. Una vez que salgas de este floreciente lío, tendrás toda tu vida por delante. Pero si mato tu reputación mientras salvo tu cuerpo de la muerte, no encontrarás felicidad en vivir. ¿Te das cuenta de eso?"

"Sí."

"¿Y bien, entonces? ¿Tienes alguna solución para este problema que enfrentas?"

"No."

"¿No tienes ninguna idea que sugerir?"

"No... no quiero morir," repitió con voz débil.

Él se mordió el labio y, tras un momento de ceñudo silencio bajo el despiadado escrutinio de sus ojos: "Entonces será mejor que te cases conmigo," dijo.

Pasó un tiempo antes de que ella hablara. Durante uno o dos segundos, mantuvo la inquisitiva cualidad de su mirada, pero esta se tornó insoportable.

Luego ella dijo: "Yo no te pido eso. Puedo llevar mi propia carga." Y él recordó lo que acababa de decirle a Recklow.

"Has cargado más de lo que te corresponde," espetó él. "Estás arriesgando deliberadamente la muerte para servir a tu país. Te he alistado yo, lo mínimo que puedo hacer es decir que mis afectos no están comprometidos; así que, naturalmente, la idea de... casarme con alguien nunca se me había pasado por la cabeza."

"¿Entonces no te importa nadie más?"

Su candor lo asombró y desconcertó. "No." Él la miró con curiosidad. "¿Te importa alguien a ti de ese modo?"

Un ligero rubor tiñó ese rostro. Ella dijo con gravedad: "Si de verdad vamos a casarnos, será mejor que te diga que me importaba el príncipe Sanang."

"¡Qué!" gritó él asombrado.

"Esto parece increíble, ¿no? Sin embargo, es bastante cierto. Luché contra él, luché contra mí misma. Guardé mi mente y mis sentidos allí en el templo, sabía lo que él era y lo detestaba, y me burlaba de él allí en el templo... Y lo amaba."

"¡Sanang!" repitió él, no sólo asombrado sino también extrañamente indignado por la infantil confesión.

"Sí, Sanang... Si vamos a casarnos, pensé que debía decírtelo. ¿No lo crees así?"

"Ciertamente," respondió él distraídamente, con la mente aún aferrándose a ello. Luego, alzando la mirada: "¿Aún te importa este paisano?"

Ella negó con la cabeza.

"¿Estás perfectamente segura, Tressa?"

"Estoy tan segura como que estoy viva cuando despierto de una pesadilla. Mi odio por Sanang es muy amargo," agregó con franqueza, "y sin embargo, no es mi deseo verlo lastimado."

"¿Aún te importa un poco?"

"Oh, no. Pero ¿no puedes entender que no está en mí desearle daño? Ninguna chica se siente así una vez que se ha enamorado. Ser indiferente a algo familiar es quizá natural, pero desearle daño no está en mi carácter."

"Tienes mucho carácter," dijo él mirándola.

"Tú no lo crees así. ¿Verdad?"

"¿Por qué no?"

"Por lo que te dije en el jardín de la azotea esa noche. Eso fue vergonzoso, ¿no?"

"Te comportaste como muchos de noble cuna," respondió él sin rodeos; "Estabas asustada, desconcertada, lista para huir a cualquier refugio que se te ofreciera."

"Es muy cierto que no sabía qué hacer para seguir con vida. Y eso era lo único que me interesaba, seguir viviendo, después de haber perdido el alma y tener miedo de morir y encontrarme en el infierno con Erlik."

Él dijo: "¿No te has quitado esa noción absurda de la cabeza aún?"

"No lo sé. De pronto no puedo creer estar a salvo después de todos esos años. No es fácil arrancar de raíz lo que se plantó en la infancia y lo que se convirtió en parte de uno durante el tierno período formativo. Tú no lo puedes entender, Sr. Cleves, nunca podrás sentir ni visualizar lo que se convirtió en mi vida diaria al estar en una región mitad paraíso y mitad infierno."

Ella inclinó la cabeza, se tomó el rostro entre los dedos, y se quedó así, pensativa.

Después de un rato: "Bueno," él dijo, "sólo hay una manera de ocuparse de este asunto, si tú estás dispuesta, Tressa."

Ella simplemente alzó los ojos.

"Creo que," dijo él, "sólo hay una salida a esto. Pero entiende que," él se puso rosado; "todo irá bien, tu libertad, tu privacidad, que no voy a importunarte, ni molestarte."

Ella simplemente le miraba.

"Cuando se solucione esta ráfaga bolchevique, en un par de años, o tres, entonces podrás obtener tu libertad muy fácilmente; y tendrás toda la vida por delante," él se levantó; "Y un muy buen amigo en mí, un buen camarada, Tressa. Y eso significa que puedes contar conmigo cuando vuelvas al negocio, o lo que sea que decidas hacer."

Ella se había levantado también, de pie esbelta y tranquila con su exquisita túnica china, cuyas mangas le tapaban la punta de los dedos.

"¿Vas a casarte conmigo?" preguntó ella.

"Si me dejas."

"Sí, lo haré. Es muy generoso y considerado de tu parte. Yo... yo no te lo pido. En realidad no voy..."

"Pero lo pido yo."

"Y yo nunca soñé con hacer tal cosa."

Él forzó una sonrisa, "Yo tampoco. Esto es bastante una locura, pero no conozco otra alternativa más sensata. Así que será mejor que obtengamos nuestra documento mañana. Y ya está resuelto."

Él giró para irse; y, en el umbral, se enganchó los pies con algo en el suelo y tropezó, tratando de liberar los pies de un rollo de suave

tela blanca que yacía sobre la alfombra. Y cuando la recogió, esta se desenrolló y un cuchillo cayó de los pliegues de la tela y le golpeó el pie.

Aún perplejo, sin entender, se inclinó para recuperar el cuchillo. Luego, enderezándose, se encontró el incoloro rostro de Tressa Norne.

"¿Qué es todo esto?" preguntó él; "¿Esta sábana y cuchillo aquí en el suelo fuera de tu puerta?"

Ella respondió con dificultad: "Te han enviado tu sudario, creo."

"¿No es esto tuyo? ¿No estaban ya aquí en tu equipaje?" preguntó él con incredulidad. Luego, al notar que aquello no había estado allí en el umbral de la puerta cuando él había entrado en la habitación hacía unos momentos después, un rudo escalofrío lo recorrió, la gélida caricia del miedo.

"¿De dónde ha salido esto?" dijo él con voz ronca. "¿Cómo pudo llegar aquí si mi puerta está cerrada con llave? ¡A menos que haya alguien oculto aquí!"

Enfado ardiente lo inundó de pronto. Él sacó su pistola y entró de un salto al pasillo.

"¡Qué diablos es todo esto!" repitió furioso abriendo la puerta de su propio dormitorio y encendiendo la luz.

Registró furioso su habitación, prosiguió y registró el comedor, el salón de fumar y la cocina, y cada uno de los armarios y cada pila de ropa planchada, siempre consciente de la presencia de Tressa detrás de él. Y cuando no quedó ningún rincón en la casa sin registrar, él se quedó en el centro de la alfombra mirando fijamente la puerta de entrada cerrada con llave.

La oyó decir en voz baja: "Esta va a ser una noche de insomnio. Y una peligrosa," y al volverse él para mirarla, no vio miedo en ese rostro, solo emoción.

Él aún sostenía con fuerza en la mano izquierda la sábana y el cuchillo. Ahora los empujó hacia ella.

"¿Qué es esta maldita tontería, de todos modos?" preguntó él con dureza.

Ella tomó el cuchillo con un leve estremecimiento. "Hay algo grabado en la empuñadura de plata," dijo ella.

Él se inclinó sobre el hombro de ella.

"Es eighur," añadió ella con calma, "no es árabe. Los mongoles no tenían caracteres escritos propios."

Ella se inclinó más cerca para estudiar la inscripción. Tras un rato, aún estudiando los caracteres en *eighur*, le apoyó la mano izquierda en el hombro, un movimiento impulsivo y poco estudiado que podría haber significado confianza o protección.

"Mira," dijo ella; "no está dirigido a ti después de todo, sino a un símbolo, una serie de números, 53-6-26."

"Esa es mi designación en el Servicio Federal," dijo él con asombro.

"¡Oh!" ella asintió lentamente. "Entonces eso es lo que está escrito en el dialecto yazidí mongol, trazado en caracteres *eighur*:: «¡Para 53-6-26! De uno de los Ocho Asesinos, el Destructor de Almas te envía este sudario y este cuchillo desde el Monte Alamut. Tal hoja ha de dividirte el corazón. Esta sábana es para tu cadáver.»"

Tras un lúgubre silencio, él hizo volar la suave tela blanca hasta el suelo. "Es inútil fingir que no estoy sorprendido y preocupado," dijo él; "No sé cómo ha llegado aquí esa tela. ¿Y tú?"

"Fue enviada."

"¿Cómo?"

Ella negó con la cabeza y le dirigió una mirada seria y confusa. "Hay modos. Tú no podrías entenderlos. Esta va a ser una noche sin dormir para nosotros."

"Tú puedes irte a la cama, Tressa. Yo me quedaré levantado, leeré y vigilaré esa puerta."

"No puedo dejar que te quedes solo aquí. Tengo miedo de hacer eso."

Él soltó una carcajada, no muy agradable, al comprender de pronto que la chica consideraba ahora que sus roles se habían invertido.

"¿Planeas quedarte levantada para protegerme?" preguntó él tristemente divertido.

"¿Te importa?"

"¡Cómo!, bendita muchachita, sé cuidar de mí mismo. ¡Qué gracioso de tu parte mencionarlo cuando intento planear el mejor modo de cuidar de ti!"

Pero ese rostro permanecía pálido y preocupado, y ella apoyó la mano izquierda con más firmeza en su hombro.

"Es mi deseo permanecer despierta contigo," dijo ella. "Porque yo misma no entiendo esto del todo," miró el cuchillo en la palma, luego hacia el sudario. "Esta va a ser una noche extraña para nosotros," suspiró ella. "Vamos a sentarnos juntos aquí en el salón donde pueda encarar esa puerta cerrada. Y si estás dispuesto, voy a apagar las luces." Se inclinó hacia adelante de pronto y las apagó; "porque debo mantener la mente en guardia."

"¿Por qué haces eso?" preguntó él, "No puedes ver la puerta ahora."

"Déjame ayudarte a mi manera," susurró ella; "Estoy... estoy profundamente desconcertada y muy, muy enojada. No comprendo esta nueva amenaza. Yazidí como soy, no comprendo qué tipo de peligro te amenaza debido a tu lealtad hacia mí."

Ella lo atrajo hacia adelante y él abrió la boca para protestar, para reír; pero, cuando giró, su pie tocó el sudario y un incontrolable escalofrío le recorrió la espalda.

Ambos se acercaron el uno al otro, cruzaron la habitación en penumbra hasta el salón y se sentaron. Suficiente luz desde la avenida Madison hacía apenas perceptibles los objetos de la habitación.

Los sonidos de la calle abajo se tornaban más raros a medida que pasaban las horas. El tirón de hierro de los tranvías, el traqueteo de los vehículos, el áspero aviso de los taxis interrumpían la quietud a intervalos cada vez más largos hasta que, salvo esa inmensa e incesante vibración de la monstruosa ciudad de hierro bajo neblinosas estrellas, apenas un sonido agitó el silencio.

La medianoche había sonado hace mucho tiempo en la campana del pequeño reloj. Ahora la clara campana sonaba tres veces.

Cleves se movió inquieto en el salón junto a Tressa. Una y otra vez, él la había creído dormida, pues ella tenía la cabeza caída sobre los cojines y estaba muy quieta. Pero siempre, cuando se inclinaba más cerca para mirarla, la veía de ojos abiertos e intensamente fijos en la puerta cerrada.

La pistola, que aún tenía él apoyada sobre la rodilla, apuntaba por la habitación hacia la puerta. Una vez le había recordado a ella en susurros que estaba desarmada y que mejor sería que fuera a buscar su pistola, pero ella había murmurado que estaba lo suficiente equipada; y, a pesar sí mismo, él se había estremecido al ver esas manos frágiles y vacías.

Fue en algún momento entre las tres y las tres y media, juzgó él, cuando un repentino movimiento de la chica lo puso en pie en el asiento, temblando de emoción.

"¡Cleves!"

"¿Sí?"

"¡Los Hechiceros!"

"¿Dónde? ¿Fuera en la puerta?"

"¡Oh, Dios mío," murmuró ella, "están persiguiendo mi mente otra vez! ¡Sus dedos tantean para aferrar mi cerebro y apoderarse de él!"

"¡Qué!" balbuceó él horrorizado.

"Aquí, en la oscuridad," susurró ella, "y siento sus dedos acariciándome, buscando, moviéndose sigilosamente para

sorprender y agarrar mis pensamientos. Sé lo que están haciendo. Estoy resistiendo. Estoy luchando. ¡Luchando!"

Se sentó de golpe muy erguida con los puños apretados en el pecho, el rostro pálido resplandecía en la penumbra como iluminado por alguna vívida luz interior —o, como él pensó— por el resplandor azul de sus ojos muy abiertos.

"¿Es... es esto lo que tú llamas... lo que tú crees que es magia?" preguntó él vacilante. "¿Hay alguna influencia psíquica hostil amenazándote?"

"Sí. Estoy resistiendo. Estoy luchando... luchando. No me atraparán. ¡No te harán daño! ¡Sé defenderme... y a ti! ¡Y a ti!"

Ella le rodeó el cuello de pronto con el brazo izquierdo, y el puño de la delicada mano le rozó la mejilla.

"No te tendrán," suspiró ella. "Estoy luchando. Estoy aguantando firme. Hay ocho de ellos. ¡Ocho Asesinos! Mi mente está en batalla con la suya... en feroz batalla. ¡Aguanto firme! ¡Estoy armada y esperando!"

Con un convulsivo movimiento, ella le acercó la cabeza a su hombro. "¡Ocho de ellos!" susurró ella "Tratando de atrapar y apoderarse de mi cerebro. ¡Pero mis pensamientos son libres! ¡Mi mente te está defendiendo, a ti, aquí en mis brazos!"

Después de un silencio de quitar el aliento: "¡Cuidado!" susurró ella con terrible energía; "Van detrás de tu mente al final. ¡Fija en mí tus pensamientos! ¡Mantén tu mente despejada de su red! No dejes que sus dedos fantasmales la toquen. ¡Mírame!" Ella lo atrajo más cerca. "¡Mírame! ¡Cree en mí! Puedo resistir. Puedo defenderte. ¿Sientes confusión en la cabeza?"

"Sí... embotada."

"¡No te duermas! ¡No cierres los ojos! ¡Mantenlos abiertos y mírame!"

"Apenas puedo verte..."

"¡Debes verme!"

"Siento pesados los ojos," dijo adormilado. "No puedo verte, Tressa..."

"¡Despierta! ¡Mírame! Mantén tu mente clara. ¡Oh, te lo ruego, te lo ruego! ¡Van detrás de nuestras mentes y almas, te lo aseguro! Oh, créeme," le suplicó ella en un agonizante susurro. "¿No puedes creer en mí aunque sea un momento... como si me amaras?"

Esos pesados párpados se levantaron y él trató de mirarla.

"¿Me ves? ¿Puedes verme?"

Él masculló algo con voz confusa.

"¡Víctor!"

Al sonido de su propio nombre, él volvió a abrir los ojos y trató de enderezarse, pero la pistola cayó sobre la alfombra.

"¡Víctor!" jadeó ella, "¡Despeja la mente en el nombre de Dios!"

"No puedo..."

"¡Te aseguro que el infierno se está abriendo al otro lado de esa puerta! ¡Fuera en tu puerta cerrada con cerrojo! ¿No me crees? ¿No me oyes? ¡Oh!, ¿qué te va a sostener si el amor de Dios no puede?" espetó ella. "¡Me crucificaría por ti si me miraras, si solo lucharas lo suficiente para creer en mí! ¡Como si me amaras!"

Él abrió los ojos pero flaqueó hundido en el hombro de ella.

"¡Víctor!" gritó ella con una voz terrible.

No hubo respuesta.

"¡Si el amor de Dios pudiera sostenerte durante un momento más!" tartamudeó ella con la boca en su oído, "¡Solo por un momento, Víctor! ¿Me oyes?"

"Sí... desde muy lejos."

"¡Lucha por mí! ¡Intenta cuidar de mí! ¡No dejes que Sanang me tenga!"

Él tiritaba entre sus brazos, extendió una mano y la apoyó pesadamente en su hombro, se esforzó por levantarse, tambaleándose, y se mecía como un borracho.

"No, por Dios," dijo ella con voz ronca, "Sanang no te tocará."

La chica estaba de pie ahora, sujetándolo erguido con un brazo alrededor de los hombros.

"No pueden, no pueden hacernos daño juntos," susurró ella con fuerza. "¡Oye! ¡Escucha! ¿Puedes oír? Oh, ¿me oyes?"

"Dame la pistola," trató él de decir, pero sentía lengua retorcida.

"No, por Dios que Sanang no te va a tocar."

Ella se inclinó ágilmente y recuperó el arma. "Silencio," dijo cerca de su cara ardiente. "Escucha. ¡Nuestras mentes están a salvo! ¡Oigo el alma de alguien despidiéndose de su cuerpo!"

Con los labios blancos, ella echó a reír, apartó de una patada la mortaja del camino, le puso la pistola en la mano derecha y avanzó, obligándolo a ir a su lado, para quitar los pestillos de la puerta.

De pronto él habló con claridad: "¿Hay algo fuera de esa puerta en el rellano?"

"Sí... no sé qué. ¿Estás listo?" Ella puso la mano sobre la cerradura y el pomo.

El asintió. En el mismo instante ella abrió la puerta de un tirón y un jorobado que había estado forzando la cerradura cayó de bruces dentro de la habitación, con la pistola explotando sobre la alfombra con una raya de fuego.

Fue una lucha horrible para asegurar a la poderosa criatura deforme, pues arañó, chilló y rebotó en el suelo, golpeando a ciegas con brazos de simio. Pero al final Cleves lo sujetó, estrangulado y retorciéndose, y Tressa arrancó tiras del sudario para sujetar aquella

cosa que se retorcía.

Y Cleves encendió la luz.

"¡Vaya, cómo, rata!" exclamó con histérico alivio al ver un hombre vivo al que reconocía allí a sus pies. "¿Qué estás haciendo tú aquí?"

Los ojos rojos del jorobado lo miraron desde el suelo.

"¿Q-quién es?" titubeó la chica.

"Es un sastre alemán llamado Albert Feke, uno de los bolcheviques de Chicago, de los más peligrosos que albergamos. Uno de los viles líderes que predican que el poder es correcto y les dice a sus discípulos que sigan adelante y tomen lo que quieran."

Bajó la vista hacia el maligno lisiado.

"Te buscan por el asesinato con bomba de I. W. W., Albert. ¿Sabías eso?"

El jorobado se humedeció los ensangrentados labios. Luego pataleó para sentarse erguido, posado como un sapo, y miró fijamente a Tressa Norne con sus ojillos enrojecidos. Le goteaba sangre sobre la barba, sus enormes puños peludos, atados y cruzados a la espalda, hacían extraños movimientos espasmódicos.

Cleves fue hacia el teléfono. En ese momento, Tressa escuchó su voz, calma y clara como de costumbre:

"Hemos capturado a Albert Feke. Está aquí en mis habitaciones. Me gustaría que vinieras, Recklow. Oh, sí, pateó, forcejeó y arañó como un gato. ¿Qué? No, no había oído que había estado en China. ¿Quién? ¿Albert Feke? ¿Dices que fue uno de los alemanes que escapó de Shantung hace cuatro años? ¿Crees que es un...? ¡Yazidí! ¿Te refieres a uno de los ocho asesinos?"

El jorobado, que miraba a Tressa con ojos enrojecidos, gruñó de pronto y abalanzó su cuerpo deforme hacia ella.

"¡*Teufelstuck*! [13]" gritó el hombre. "*Lo* dije a todo el mundo en Yian que *erra* más *segurro* que te *cortarrámos* la garganta! ¡Diabólica

ramerra de Erlik, leoparda de *los* nieves! ¡Gata de los yazidíes que ha dejado a Sanang quedar como un idiota! ¡Siempre, siempre he dicho que sabes demasiado! ¡Kai! Oigo a mi alma despedirse de mí. ¡Dame mi sudario!"

Cleves regresó del teléfono. Con la punta del pie izquierdo levantó el sudario y lo envió de una patada hasta las rodillas del jorobado.

"Así que fuiste tú uno de los cazadores que instigó la masacre en Yian," dijo Cleves con curiosidad. Al oír eso, Tressa se puso blanca y se le escapó un grito.

Pero los rasgos del jorobado se torcieron en una risa feroz, y este golpeó la alfombra con los talones de sus grandes pies extendidos.

"¡Ja! ¡Ja!" gritó; "¡En Yian fue una buena caza! Ingleses, yanquis y vimmens tiramos en pozos profundos. ¡Por Dios en el *Himmel* [14], cómo salían gritando de los pozos profundos en Yian!" Comenzó a reír y a chillar en su frenesí. "¡Ja! ¡Ja! ¡Dios! ¡No *erres* tú tampoco, tú, Keuke Mongol, quien *escaparrá* del Sheiks-el-Djebel! ¡Es el Viejo Hombre de la Montaña quien le *dirrá* a tu alma la *horra* de decir adiós! ¡Ja! ¡Ja! ¡Dios! ¡Lo único que lamento es que no *verré* el mundo cuando todo esté en llamas! ¡Ja! ¡Ja! ¡Todo ardiendo como el infierno! ¡*Perro* tú lo *verrás*, *ramerra* leoparda de *los* nieves! ¡Lo *verrás* y *arderrás*! ¡Kai! ¡Kai! ¡Alma mía, se está despidiendo de mi cuerpo! ¡Kai! ¡Que Erlik te maldiga, Keuke Mongol, Azul Celestial, Hechicera del templo!"

Él la escupió y se enrrolló en su sudario.

La chica, que lo estaba mirando, cerró los ojos un momento y Cleves vio que esos lívidos labios se movían y él se inclinó más cerca para oír. Y la escuchó susurrar para sí misma:

"Presérvanos a todos, oh, Dios, de la ira de Satán, que fue lapidado."

7. La novia

Sobre los Estados Unidos se extendía una red invisible de secretas intrigas tejidas incansablemente día y noche por los atareados enemigos de la civilización: rojos, socialistas de salón, enemigos extranjeros, terroristas, bolcheviques, pseudointelectuales, IWW, seguidores de modas sociales y aficionados entrometidos de todos los matices —todas las diversas variedades de viciosos, descerebrados y mentalmente trastornados— reunidos mediante el "poder cohesivo del saqueo" y la degeneración del tejido craneal.

Por todo Estados Unidos, las diversas divisiones departamentales del Servicio Secreto seguían afanosamente estos hilos de intriga que conducían a todas partes a través de la oscuridad de este vasto y secreto laberinto.

Para hacer frente al incremento constante del peligro de la violencia física y descubrir tramas secretas que amenazaban con el sabotaje y la revolución, apenas había agentes capaces en cada rama del Servicio Secreto, tanto federal como estatal.

Pero en los primeros meses de 1919 algo más aterrador que la violencia física amenazó de pronto a los civilizados Estados Unidos: ¡la salvaje amenaza, grotesca e increíble, de una guerra a las mentes humanas!

Y, poco a poco, el gobierno de los Estados Unidos se fue convenciendo de que esta espantosa amenaza no era el sueño de una imaginación trastornada, sino que era real; que entre los enemigos de la civilización existían de verdad unas cuantas mentes, poderosas pero pervertidas, capaces de blandir fuerzas psíquicas como armas terroríficas; que mediante el uso siniestro del conocimiento psíquico que controlaba estas poderosas fuerzas, era posible acercarse furtivamente a las mentes mismas de la humanidad, apoderarse de ellas, controlarlas y volverlas contra la civilización para que ayudaran en la destrucción del mundo.

Con terrible alarma, el gobierno recurrió a Inglaterra en busca de consejo, pero Sir William Crookes estaba muerto.

Sin embargo, en Inglaterra, Sir Conan Doyle se ocupó de inmediato del asunto, y en Estados Unidos, el profesor Hyslop fue llamado a consulta.

Y entonces; cuando el Gobierno estaba comenzando a percatarse de lo que significaba esta terrible amenaza y de que en los Estados Unidos había posiblemente media docena de personas que ya habían comenzado a llevar a cabo una guerra diabólica por medio del poder psíquico, con el propósito de esclavizar y controlar las mentes de los hombres; entonces, en el terrible momento del descubrimiento, una joven desembarcó en América tras catorce años de ausencia en Asia.

Y esta era la asombrosa chica con la que Víctor Cleves se acababa de casar por sugerencia de Recklow y en el cumplimiento del deber profesional —y el deber mora, tal vez.

Había sido una ceremonia breve y práctica. John Recklow, del Servicio Secreto, estuvo allí; también Benton y Selden del mismo servicio.

Los labios de la novia no respondieron; fríos como el tacto de la mano inestable del novio.

Ella miró su nuevo anillo con una especie de expresión en blanco, le dio la mano con indiferencia a Recklow, y a los demás, por turno, susurró un tímidamente comprensivo "Gracias" y se alejó junto a Cleves como aturdida.

Había un taxi esperando. Tressa entró. Recklow salió y le habló con Cleves en voz baja.

"No te preocupes," respondió Cleves secamente. "Por eso me casé con ella."

"¿Adónde vais ahora?" preguntó Recklow.

"De vuelta a mi apartamento."

"¿Por qué no te la llevas fuera un mes?"

Cleves se sonrojó de fastidio: "Esta no es ocasión para un viaje de

bodas. Tú entiendes eso, Recklow."

"Lo entiendo, pero deberíamos darle un respiro. No ha tenido más que problemas. Está agotada.

Cleves vaciló: "Puedo cuidar de ella mejor en el apartamento. ¿No es más seguro volver allí, donde tu gente siempre está vigilando la calle y la casa día y noche?"

"En cierto modo eso podría sea más seguro, pero esa chica está casi exhausta. Y su valor para nosotros es ilimitado. Ella puede ser el factor vital en esta lucha contra la anarquía. El arma de ella es su mente. Y debe tener un oportunidad de descansar."

Cleves, con una mano en la puerta del taxi, miró a su alrededor con impaciencia.

"¿Tú también concluyes que el factor psíquico es en realidad parte de este maldito problema del bolchevismo?"

Los fríos ojos de Recklow lo midieron: "¿Y tú?"

"Dios mío, Recklow, no lo sé... después de lo que he visto con mis propios ojos."

"Yo tampoco lo sé," dijo el otro con calma, "pero no voy a correr riesgos. No intento explicar ciertas cosas que han ocurrido, pero si es cierto que un mal uso de la capacidad psíquica por parte de extranjeros —asiáticos— entre los anarquistas es responsable de algunas de las cosas diabólicas que se están haciendo en los Estados Unidos, entonces el incomparable conocimiento de tu esposa sobre el oriente oculto es absolutamente vital para nosotros. Y por eso digo que es mejor que la lleves a alguna parte y le des a su mente una oportunidad para recuperarse de la incesante tensión de estos trágicos años."

Los dos hombres quedaron en silencio un momento, luego Recklow se acercó a la ventanilla del taxi: "He sugerido un viaje al campo, Sra. Cleves," dijo amablemente; "a la verdadera zona rural en alguna parte, un mes de tranquilidad en el bosque tal vez. ¿No le agradaría eso?"

Cleves se giró para captar la respuesta en voz baja.

"Eso me gustaría mucho," dijo ella con esa extraña y silenciosa forma de hablar, que parecía haber alterado su propia voz y sus maneras desde la reciente ceremonia.

Conduciendo de regreso a su apartamento junto a ella, él se esforzó por pensar que esta chica era su esposa.

Uno de los guantes de ella yacía en el regazo y sobre este descansaba una delgada mano. Y en un dedo estaba el anillo que él le había dado.

Pero Víctor Cleves no conseguía creer que este anillo recién comprado significara de verdad algo para él, que había alterado su propia vida de alguna manera. Aunque sus incrédulos ojos no dejaban de volver a ese fino dedo allí, inmóvil, anillado con una estrecha alianza de oro virgen.

En el apartamento no parecían saber exactamente qué hacer ni decir, qué actitud asumir, qué esfuerzo hacer.

Tressa entró en su habitación, se quitó el sombrero y el abrigo de piel y regresó lentamente a la sala de estar, donde Cleves seguía mirando distraídamente por la ventana.

Caía una fina lluvia.

Ambos se sentaron. No parecía haber nada mejor que hacer.

Él dijo cortésmente: "En lo que respecta a salir de viaje para descansar, creo que no te interesaría North Woods, a menos que te gusten los deportes de invierno, ¿no?"

"Me gusta la luz del sol y las hojas verdes," dijo ella con esa voz extraña y tranquila.

"Entonces, si te place ir al sur para unas semanas de descanso..."

"¿Te sería un inconveniente?"

Su actitud lo conmovió.

"Mi querida Srta. Norne," comenzó él, y se contuvo, sonrojándose penosamente. La chica también se sonrojó; luego, cuando él comenzó a reír, la encantadora y tímida sonrisa de ella brilló por primera vez.

"No consigo hacerme la idea que tú y yo estamos casados," explicó él aún avergonzado, aunque sonriendo.

La sonrisa de ella devino en un esfuerzo. "Yo tampoco consigo creerlo, Sr. Cleves," dijo ella. "Me siento bastante aturdida."

"¿No sería mejor que me llamaras Víctor, dadas las circunstancias?" sugirió esforzándose por aligerar la charla.

"Sí. No será muy fácil decirlo, no hasta dentro de tiempo, creo."

"¿Tressa?"

"Sí."

"Sí, qué."

"Sí, Víctor."

"Esa es la idea," insistió él con alegría forzada.

"Lo que hay que hacer es afrontar esta bastante curiosa situación y tomarla con amabilidad y buen humor. Tendrás la libertad algún día, ¿sabes?."

"Sí, yo... lo sé."

"Y ya estamos en muy buenos términos. Nos encontramos interesantes el uno al otro, ¿no?"

"Sí."

"Hasta me parece que," aventuró, "ciertamente me parece, a veces, que nos estamos acercando a una base común de... de mutuo, eh, aprecio."

"Sí. Yo... le tengo aprecio, Sr. Cleves."

"De hecho," concluyó él sorprendido, "somos amigos, en cierto modo. ¿No lo llamarías tú amistad?"

"Eso creo, pienso que lo llamaría así," admitió ella.

"Eso creo yo también. Y es una suerte para nosotros. Eso hace que esta loca situación sea más cómoda, menos, bueno, quizá menos ponderosa."

La chica asintió con una vaga sonrisa, pero sus ojos permanecieron bajos.

"Verás," prosiguió él, "cuando dos personas se encuentran en una situación tan extraña como la nuestra, es probable que tengan miedo de interponerse en el camino del otro. Pero deberían seguir adelante sin ser infelices mientras tengan bastante confianza en la consideración amistosa del otro. ¿No crees, Tressa?"

Esa mirada baja se reposaba fijamente en el dedo anular. "Sí," dijo ella. "Y no estoy... infeliz ni... asustada."

Ella levantó su mirada azul hacia la suya y él pensó en su nombre bárbaro, Keuke, y su significado yazidí: azul celestial.

"¿De verdad nos vamos de viaje juntos?" preguntó ella tímidamente.

"Ciertamente, si tú lo desea."

"Si usted... también lo desea, Sr. Cleves."

Él se descubrió diciendo con énfasis que él siempre deseaba hacer lo que ella deseaba. Y añadió, más gentilmente: "Estás cansada, Tressa, cansada, te sientes sola e infeliz."

"Cansada, pero no... lo otro."

"¿No te sientes infeliz?"

"No."

"¿No te sientes sola?"

"Contigo no."

La respuesta llegó con tanta naturalidad, con tanta calma, que la ligera sensación de placer que le produjo llegó como un agradable posfulgor.

"Iremos al sur," dijo él; "Me alegro mucho de que no te sientas sola conmigo."

"¿Hará más calor donde vamos, Sr. Cleves?"

"Sí, ¡pobre chica! Necesitas calor y sol, ¿verdad? ¿Hacía calor en Yian, donde viviste tantos años?"

"Siempre era junio en Yian," dijo ella entre dientes.

Ella parecía haber caído en un ensueño. Él observó ese rostro sensible. Había cambiado casi imprrceptiblemente; como alterado, más joven, extrañamente adorable.

En ese momento ella alzó la vista y a él le pareció que no era Tressa Norne a quien veía, sino a la pequeña Keuke —Azul Celestial— del templo yazidí, mientras ella dejaba caer una fina rodilla sobre la otra y cruzaba las manos encima de esta.

"Era muy hermoso estar en Yian," dijo ella, "Yian de los mil puentes y los jardines perfumados repletos de lirios. Incluso después de que me llevaran al templo y que yo pensara que el mundo se estaba acabando, los cielos de Dios aún permanecían suaves sobre nuestras cabezas y Su hermoso y dorado clima... Y cuando, en el mes de la Serpiente, los Ocho Sheiks-el-Djebel venían al templo para extender sus sudarios sobre los escalones de mármol rosa, entonces, después de que se marcharan cantando las Oraciones por los Muertos, cada uno a su Torre del Silencio, nosotras, las chicas del templo, estábamos libres durante una semana. Y una vez fui con Tchagane, una chica, y con Yulun, otra chica, y tomamos nuestro *keutch*, que es nuestro equipaje, y fuimos al *yaïlak*, o pabellón de verano en el Lago del Fantasma. ¡Oh, maravilloso, un mundo plateado de pálidos soles dorados y de lunas tan frágiles que el vellón de nubes al mediodía tiene más sustancia!"

Su voz se apagó. Ella quedó mirándose los dedos abiertos, en uno de los cuales brillaba su anillo de bodas.

Después de un rato, continuó soñadoramente: "En esa semana, cada tres meses, éramos libres... si un joven nos complacíia..."

"¿Libres?" Repitió él.

"Para amar," explicó ella friamente.

"Oh." Él asintió, pero su rostro se tornó bastante sombrío.

"Allí vino a mí en el *yaïlak*," prosiguió ella despreocupadamente, "un Khassar Noïane —Noïane significa príncipe— con una sobreveste de tejido todo dorado con bordados de viñas verdes, y una gorra verde adornada con lirones, y botas verdes con incrustaciones oro rígido."

"Era tan joven... un muchacho. Me reí. Le dije: '¿Es esto un Yaçaoul? ¿Un enviado urdu del príncipe Erlik?» Burlándome de él como se burlan las chicas jóvenes e irreflexivas, no de manera hostil, aunque yo no soportaría el tacto de ningún hombre en absoluto. ¡Y cuando me reí de él, este chico eighur se enfureció tanto! ¡Kai! Me sorprendió."

"«¡Sou-sou! ¡Ardilla!» me gritó enojado. «¡Aprende el Yacaz, pequeña charlatana! ¡Pequeña burlona de los hombres, diez golpes con un palo es lo que requieres, no besos!»"

"En eso les silbé a mis dos perros, Bars y Alaga, porque no me pareció que lo que dijo era gracioso. Le dije: «Será mejor que te vayas a casa, Khassar Noïane, porque si ningún hombre me ha complacido nunca donde tengo la libertad de complacerme a mí misma, aquí en el Lago del Fantasma, ten la certeza de que ningún mozo puede complacer a Keuke-Mongol aquí ni en ningún lugar!»"

"Y en eso... ¡kai!, ¿qué dijo ese mono?" Ella miró a su marido con espléndidos ojos que ardían de airada risa, e hizo un gesto lleno de gracia enfadada: "«¡Ardilla!» me grita: «¡Pequeña hechicera maligna de Yian! Que todo lo alto que te rodea se convierta en una tormenta de arena y todo lo largo en una serpiente y todo lo ancho en un sapo, y todo...»"

"¡Pero yo ya había tenido suficiente, Víctor," agregó emocionada, "E hice que una abeja silvestre le picara en el labio! ¿Qué te parece tal cortejo?" chilló ella riendo, 0ero el rostro de Cleves era un estudio sobre las emociones.

Y entonces, de pronto, la máscara de risa pareció caer de los encantadores rasgos de Keuke Mongo y allí estaba Tressa Norne, Tressa Cleves, desconcertada, palideciendo un poco cuando el recuerdo de su impulsiva confianza en este hombre a su lado comenzaba a calar en ella con mayor claridad.

"Lo... lo siento," titubeó ella... "Pensarás que soy tonta, pensarás mal de mí, tal vez..."

Ella lo miró a los turbados ojos, luego, de pronto, se llevó ambas manos al rostro y se lo tapó, sentándose muy quieta.

"Iremos juntos al sur," dijo él con voz insegura; "Espero que intentes pensar en mí como un amigo. Solo estoy turbado porque estoy muy ansioso por comprenderte. Eso es todo. Estoy... estoy preocupado también, porque estoy ansioso de que pienses bien de mí. ¿Intentarás eso, siempre?"

Ella asintió.

"Quiero ser tu amigo, siempre," dijo él.

"Gracias, Sr. Cleves."

Fue un lugar extraño el que eligió para Tressa, extraño pero encantador a su irreal y bastante espectral modo —donde una bruma de tinte nacarado velaba St. Johns y creaba exquisitos fantasmas de las palmeras y suavizaba el sol en una oblea de brillo de plata pegada en un cielo de nácar.

Era un campo tranquilo, donde gigantescos robles de agua se elevaban fantásticos bajo su brumoso camuflaje de musgo y estaban plagados de pájarillos.

Entre los árboles, la estola de ibis del bosque; allende sobre el plácido vidrio del arroyo flotaba el somormujo. No había viento, ni una agitación de hojas, ni un sonido salvo el amortiguado chapoteo

del salmonete plateado, el ronroneo de un colibrí o el silencioso correteo de los lagartos en el bosque.

Para Tressa este era el bendito bálsamo sanador —el bálsamo del silencio. Y, durante la primera semana, ella dormía casi todo del tiempo o se tumbaba en la hamaca a mirar desde su misma puerta los enjambres de pajarillos brincar y revolotear entre los laberintos drapeados de musgo de los robles.

Esta había sido una casita de club antes de la guerra, este bungalow en el St. Johns de Orchid Hammock. Sus miembros habían sido pocos y ricos, pero algunos estaban muertos en Francia y Flandes, y otros aún permanecían al otro lado del mar, y otros continuaban ocupados en el norte.

Y estos dos jóvenes estaban bastante solos allí, salvo por una cocinera negra y una criada, y un envejecido negro podenquero que llevaba un chaleco escarlata y cordones demasiado largos para su cuerpo encogido, y que plantaba y plantaba flores en los campos todo el día, con el látigo abrochado detrás de la espalda encorvada y los podencos corriendo a lo lejos o pisándole los talones trabajosamente con las lenguas rojas colgando.

Dos veces Cleves se decantó un poco por las codornices usando los perros de Benton, pero incluso aquí, en este remoto lugar, no se atrevía a salir de la vista de la casita donde yacía Tressa dormida.

De modo que recogía sólo un brazado de aves y confinaba su deporte a empalar con la hoja de su cuchillo escorpiones demasiado familiares.

Y en todo ese tiempo la vida permanecía irreal para él. Su matrimonio parecía absolutamente increíble, él no podía hacerse a la idea, no podía reconciliarse con condiciones tan incomprensibles.

Además, siempre latente en su mente estaba el conocimiento que lo inquietaba, el conocimiento de que la joven con la que se había casado había estado enamorada de otro hombre: Sanang.

Y había otros pensamientos, pensamientos que apenas habían tomado la forma de preguntas.

Una mañana salió de su habitación y encontró a Tressa en la hamaca en la terraza. Tenía su laúd lunar en el regazo.

"¡Te sientes mejor, mucho mejor!" Dijo él alegremente, saludandola la mano extendida de ella.

"Sí. ¿No es esto celestial? Empiezo a creer que esto es vida para mí, este mundo de tinte de nácar y el aroma del azahar y la quietud del paraíso mismo."

Ella contempló el río fantasmal. Ni un ala agitaba su cristalina superficie.

"¿Es esto aburrido para ti?" preguntó ella en voz baja.

"No si tú estás contenta, Tressa."

"Eres muy amable al respecto. ¿No crees que podrías aventurarte en todo un día de caza?"

"No, creo que no lo haré," respondió él.

"¿Por mi causa?"

"Bueno, sí."

"Lo siento mucho."

"No importa mientras estés descansando. ¿Qué es ese instrumento?"

"Mi laúd lunar."

"Oh, ¿así es como se llama?"

Ella asintió, tocó las cuerdas. Él observó esas exquisitas manos.

"¿Puedo?" preguntó ella un poco tímidamente.

"Adelante. ¡Me gustaría oírlo!"

"No lo he tocado en meses, no desde que estuve en el vapor." Se sentó erguida en la hamaca y comenzó a columpiarse allí; y tocaba y cantaba mientras se balanceaba a la moteada sombra del azahar:

"Islita de Cispangou,
Isla de iris, Isla de cerezo,
Dile a tus doncellitas que se alegren
¡Las nubes se ciernen sobre ti!
¡La-ē-la!
¡La-ē-la!
Todo el océano es un ferry;
¡Los barcos te traen la muerte!
¡La-ē-lou!
¡La-ē-lou!
Islita de Cispangou,
Medio millar de barcos navegan;
Capitán Muerte comanda cada tripulación;
¡Contemplad! ¡La luna rojiza palidece!
¡La-ē-la!
La-ē-la!
Nubes que la luna moribunda vela,
¡Cada nube un sudario para ti!
¡La-ē-lou!
La-ē-lou!"

"Cispangou," explicó ella, "es el nombre muy, muy antiguo entre los mongoles, para Japón."

"No es exactamente una canción alegre," dijo él. "¿De qué trata?"

"Oh, es una canción muy antigua sobre la invasión mongola de Japón. Conozco partituras y partituras de tales canciones."

Cantó algunas otras canciones. Después, ella bajó de la hamaca y se sentó junto a él en los escalones del porche.

"Ojalá pudiera divertirte," dijo ella melancólica.

"¿Por qué piensas que estoy aburrido, Tressa? No lo estoy en absoluto."

Pero ella solo suspiró, levemente, y reunió las rodillas con ambos brazos.

"No sé cómo se divierten los hombres jóvenes en el mundo

occidental," comentó ella poco después.

"No tienes que entretenerme," dijo él sonriendo.

"Me alegraría, si supiera cómo."

"¿Cómo se divierten los jóvenes en Oriente?"

"Oh, les gustan las canciones y las historias. Pero no creo que a ti te gusten."

Él se rió a pesar suyo. "¿De verdad deseas entretenerme?"

"Sí," dijo ella con seriedad.

"Entonces, por favor, realiza algunos de esos trucos de magia que sabes hacer tan asombrosamente bien."

Su sonrisa naciente se desvaneció un poco. "Yo no... yo no..." Ella vaciló.

"No tienes tu parafernalia profesional," sugirió él.

"Oh, en cuanto a eso..."

"¿No la necesitas?"

"Para algunas cosas, algunos tipos de cosas... podría hacer otras cosas..."

Él esperó. Ella parecía desconcertada. "No hagas nada que no quieras hacer, Tressa.."

"Es que estaba... solo temía, que si hacía algunas cositas para divertirte, pudiera agitar, provocar, interferir, encontrar alguna corriente siniestra y delatarme a mí misma, delatar mi paradero."

"¡Bueno, por amor de Dios, no te aventures entonces!" dijo él con énfasis. "No hagas nada que provoque a cualquier otro yazidí... inalámbrico."

"Me pregunto," reflexionó ella, "qué me atrevo a aventurarme a hacer para divertirte."

"No te molestes por mí. ¡No te permitiría intentar ningún truco psíquico aquí abajo y correr el riesgo de provocar a algún demonio asiático en alguna parte!"

Ella asintió ausentemente, ocupada con sus propios pensamientos, sentada allí, barbilla en mano, meditabundos ojos intensamente azules.

"Creo que puedo divertirte," concluyó ella, "sin causarme ningún daño."

"¡No lo intentes, Tressa!"

"Tendré mucho cuidado. Ahora, siéntate muy quieto, más cerca, por favor."

Se acercó más y tomó consciencia de una frescura indefinible en el aire que lo envolvía, como el aroma de algo joven y en crecimiento. Pero no era un olor mágico, sólo el virginal olor de ese cabello y piel que hasta se adhería al vestido de verano.

La escuchó cantar en voz baja:

"¡La-ē-la!
¡La-ē-la!"

Y murmurar cuidadosamente en una lengua desconocida.

Entonces, de pronto, bajo la pálida luz del sol, decenas de pajaritos vinieron revoloteando alrededor, posándose sobre ellos. Y él los vio saliendo de los festones cubiertos de musgo de los robles acuáticos, decenas y decenas de pájarillos diminutos —currucas en su mayoría — todos revoloteando sin miedo hasta posarse sobre sus hombros y rodillas, todos manteniendo su dulce y soñador sonido de gorjeo..

"Qué maravilla," susurró él.

La chica rió, tomó varios pájaros en su dedo índice. "Esto no es nada," dijo ella. "Si me atreviera... ¡Espera un momento!" Y, a las currucas de Parula: "¡Id a casa, amiguitos de Dios!"

El aire se llenó con el musical susurro de las alas.Ella pasó el brazo

derecho alrededor del cuello de su esposo. "Mira el río," le dijo ella.

"¡Dios bendito!" espetó él. Y se quedó mudo.

Pues, sobre la brumosa superficie del St. John, había un tramo de un puente, un extraño puente de mármol con un loma alta en el centro.

Y por encima de este pasaban miles de personas, él podía distinguirlas vagamente, las veía pasar en dos corrientes interminables, formas teñidas en el puente de mármol.

Y ahora, en la otra orilla del río, notó una ciudad, una vasta, con formas espectrales de pagodas frente al cielo.

Ella tensó el brazo alrededor de su cuello.

Él vio barcos en el río, como las formas grotescas que decoran laca antigua.

Ella le apoyó la cara ligeramente en su mejilla.

En sus oídos había una lejana confusión de voces, la agitación y el movimiento de multitudes, ruidos en los barcos, gritos de los barqueros, el crujir de los remos.

Luego, lejano y sonoro, oscilando a través del agua desde la ciudad, el estruendo del gong de un templo.

Había campanas también, muy dulces y plateadas, campanas de camello, campanas de los templos budistas.

Él aguzó la vista y pensó, entre las pagodas, que había minaretes también.

De pronto, claro y tintineante, llegó el grito del muecín distante: "¡No hay otro dios sino Dios! Es mediodía. ¡Musulmanes, orad!"

El brazo de la chica se deslizó fuera de su cuello y ella se estremeció y lo empujó lejos de ella.

No había nada ahora, ni sobre el río ni más allá de este, sino la

cortina de bruma suspendida; ningún sonido excepto el grito de una gaviota, agudo y quejumbroso en los vapores por encima.

"¿Te... te ha divertido?" le preguntó ella.

"¡Qué me has hecho!" preguntó él con rudeza.

Ella sonrió y respiró levemente, como un suspiro.

"Dios sabe lo que nosotros, los vivos, nos hacemos los unos a los otros, o a nosotros mismos," dijo ella. "Yo sólo intenté divertirte... después de consultar con los pájaros."

"¿Qué era ese puente que vi?"

"El Puente de las Diez Mil Felicidades."

"¿Y la ciudad?"

"Yian."

"¿Tú viviste allí?"

"Sí."

Él se humedeció los secos labios y echó otro vistazo a este río de Florida tan común. El cielo y el agua estaban diáfanos y quietos, y los fantasmales árboles se erguían altos, reflejados pálidamente en la marea translúcida.

"Solo me hiciste visualizar lo que estabas pensando," concluyó él con una voz que aún permanecía inestable.

"¿No oíste nada?"

Él quedó en silencio recordando las campanas y el enorme murmullo de una multitud viva.

"Y estaban los pájaros, también." Añadió ella con una sonrisa incierta: "No pretendo preocuparte... Y me pediste que te divirtiera."

"No sé cómo hiciste eso," dijo él con rureza. "¡Y los detalles, esos miles y miles de personas en el puente! Y había uno, bastante cerca

de este extremo del puente, que miró atrás... Una joven que se giró y se rió de nosotros..."

"Esa era Yulun."

"¿Quién?"

"Yulun. Yo le enseñé inglés."

"¿Una chica del templo?"

"Sí. De la China Negra."

"¡Cómo pudiste hacerme verla!" demandó él.

"¿Por qué preguntas esas cosas? No sé cómo decirte cómo lo hago."

"¡Es un conocimiento extraño y peligroso!" espetó él y, de repente, se detuvo, pues la cara de la chica se había vuelto blanca.

"No me refiero a extraño," se apresuró él a agregar. "Pues me parece que eso es lo que hiciste al hacer malabarismos con corrientes invisibles a las que, cuando están en sintonía, responden nuestros cinco sentidos, que está en las mismas líneas que el telégrafo y el teléfono inalámbricos."

Ella no dijo nada, pero su color volvía lentamente.

"No debes ser tan sensible," agregó él. "No tengo ninguna duda de que todo es bastante normal, bastante explicable sobre una base perfectamente científica. Probablemente no es más misterioso que un hombre en un avión en medio del océano conversando con gente en tierra de dos continentes."

Durante el resto del día y la noche, Tressa pareció apagada, ni inquieta, ni nerviosa, pero tan callada que, a veces, al mirarla de reojo, a Cleves le recordaba involuntariamente alguna criatura joven y ágil de la selva, intensamente alerta e inmóvil, inmersa en fija y peligrosa meditación.

Hacia las cinco de la tarde tomaron los palos de golf, bajaron al río y se embarcaron en la canoa.

El agua estaba cristalina y quieta. No había una onda más adelante, excepto cuando una gaviota dormida se despertaba y se apartaba tranquilamente de su camino.

Los brazos y cuello de Tressa estaban desnudos y ella no llevaba sombrero. Estaba sentada delante, empuñando la pala de proa y cantando para sí misma en voz baja.

"Te sientes bien, ¿no?" preguntó él.

"¡Oh, estoy muy bien físicamente ahora! Esto es de verdad maravilloso, Víctor, como volver a ser una niña," respondió ella feliz.

"No eres mucho más que eso," murmuró él.

Ella lo oyó: "No mucho más, en años," dijo ella; "¿Nos dicen las Escrituras cuántos años tenía Nuestro Señor cuando Él descendió a los infiernos?"

"No lo sé," respondió él sobresaltado.

Al cabo de un rato, Tressa reanudó tranquilamente su remar y cantar:

"Y ocho torres altas
Guardan la ruta
De la vida humana,
Donde a todas horas
La muerte vigila
Blandiendo un cuchillo
Envuelta en un sudario.
Para cada hombre,
Humilde u orgulloso
Poderoso o inclinado,
La muerte tiene un sudario;
para todo hombre,
¡Incluso para Tchingniz Khan!
¡Contempladlos pasar!
Lancer.
Baroulass,

Bailarina del templo
En oro tisú,
Khiounnou,
Karlik atrevido,
Cristiano, judío,
Las naciones se congregan hacia el gran Urdu.
Yaçaoul, con tu timbal,
¡Avisa a tu Khan de que ha llegado su hora!
¡Sudario y cuchillo a sus pies de espuelas lanza,
Y dile que estire el cuello para el golpe!

"¿Sabes?," comentó Cleves, "algunas de esas canciones que cantas son endiabladamente espeluznantes."

Tressa lo miró por encima del hombro, vio que él estaba sonriendo y le devolvió una vaga sonrisa.

Ahora estaban frente a Orchid Cove. El hotel y las cabañas se alzaban tenuemente en la bruma plateada. Las voces se oían claramente a través del agua. Había gente en el campo de golf paralelo al río. La risa sonaba desde la veranda de la casa del club.

Ambos bajaron a la orilla.

8. El hombre de blanco

Fue en el sexto hoyo donde pasaron al hombre de delante que jugaba solo, un joven cortés vestido con franelas blancas, que sonrió y les hizo una reverencia en silencio para que ellos pasaran.

Le dieron las gracias, condujeron desde el *tee* [15] y dejaron al joven educado y reticente que aparentemente seguía buscando una bola perdida.

Como otras cosas que dependían de la destreza y la precisión, Tressa se había aficionado al golf con más naturalidad. Sus músculos flexibles ayudaban.

En el noveno hoyo miraron atrás pero no vieron al joven vestido de franela blanca.

Hammock; adornado con pino y palmeras e intervalos de pantano de aspecto maligno; flanqueaba el campo de golf. Extensiones de hierba fina, el arándano y la palmera matorral delimitaban el campo.

Sobre cada arbusto floreciente revoloteaban mariposas —colas de golondrina Palomedes— drogadas de miel de brillantes bayas, sus alas de terciopelo dorado y negro brillaban en la soleada bruma.

"Como las vestiduras ceremoniales de un verdugo yazidí," murmuró la chica. "Los Tchortchas van de rojo cuando se visten para dar la muerte a un hombre."

"Desearía que pudieras olvidarte de esas cosas," dijo Cleves.

"Lo estoy intentando... Me pregunto adónde fue ese joven de blanco."

Cleves examinó los enlaces. "No lo veo. Quizá tuvo que volver a por otra bola."

"Me pregunto quién era," reflexionó ella.

"No recuerdo haberlo visto antes," dijo Cleves. "¿Empezamos con el siguiente?"

Pasearon por el campo hacia el décimo hoyo.

Tressa puso la bola en el *tee*, sacó bajo y recto. Cleves sacó y caminaron juntos hacia los matorrales y hacia el bosque, donde la pelota de él había chocado contra un montón de palmeras.

Lejos entre los árboles, algo blanco se movió y desapareció.

"Probablemente una garceta blanca," comentó él rodeando el matorral con su hierro dos.

"Era ese joven de franela blanca," dijo Tressa en voz baja.

"¿Qué iba a estar haciendo allí?" preguntó él con incredulidad. "Eso es solo una jungla, Tressa, pantano y ciprés, espinos y enredaderas, y ningún hombre entra en ese caos si puede evitarlo. Esos pantanos no tienen fondo.

"Pero lo vi allí," dijo ella con voz preocupada.

"¡Pero yo te aseguro que solo un animal salvaje o una serpiente o un pájaro podrían moverse en esa jungla! El pantano es una vasta arena movediza negra. Hay muerte en esas profundidades."

"Víctor."

"¿Sí?" Él miró alrededor hacia ella. Ella estaba pálida. Él se acercó y le tomó inquisitivamente la mano.

"No me siento... bien," murmuró ella. "No estoy enferma, entiendes..."

"¿Qué te pasa, Tressa?"

Ella negó con la cabeza alicaída: "No lo sé. Me pregunto si ha sido buena idea intentar entretenerte esta mañana."

"No creerás que has provocado a ninguna de esas bestias yazidí, ¿verdad?" preguntó él con dureza.

Y como ella no respondió, él volvió a preguntarle si temía que lo que había hecho esa mañana pudiera haber tenido consecuencias ocultas. Y le recordó que él había dudado en aventurar algo por ese motivo.

La voz de él, a pesar suyo, delataba ahora un gran nerviosismo, y también vio él aprensión en esos ojos.

"¿Por qué ese hombre de blanco nos ha seguido, manteniéndose fuera de la vista en el bosque?" continuó él. "¿Notaste en él algo que te turbara, Tressa?"

"No en aquel momento, pero es extraño, no puedo sacar a ese hombre de mi mente. Desde que pasamos y lo dejamos buscando una pelota perdida, no he podido sacarlo de mi mente."

"Parecía cortés y bien educado. Estaba perfectamente de buen humor, todo cortesía y sonrisas."

"Creo, tal vez, que fue el modo en que nos sonrió," murmuró la chica. "Todo el mundo en Oriente sonríe cuando saca un cuchillo."

Él colocó en brazo entre los de ella. "¿No estás un poco mórbida?" Dijo amablemente.

Ella se agachó para recoger su bola de golf sin soltarle a él el brazo. Él también recogió su bola, guardó los palos de ambos y partieron de nuevo juntos en silencio, evidentemente sin ningún deseo de hacer dieciocho hoyos.

"Es una auténtica lástima," murmuró él; "que justo cuando estabas tan descansada y tan deliciosamente bien, hayas tenido algo, un destello desagradable de la memoria, que te desanime."

"Yo misma me lo busqué. No debería haberme arriesgado a despertar las mentes siniestras dormidas."

¡Diantres! Y yo te pedí que me divirtieras.

"No fue prudente por mi parte," dijo ella en voz baja. "Es fácil perturbar las corrientes desconocidas que enredan el globo. No debería haberte mostrado a Yian. No debería haberte mostrado a

Yulun. Fue culpa mía haber hecho eso. Me sentía un poco sola y quería ver a Yulun."

Bajaron por el río de regreso a la canoa, arrojaron dentro las bolsas de golf y embarcaron sobre el arroyo cristalino.

Sobre la tranquila inundación profundamente teñida de carmesí, la canoa se deslizaba en la sanguinaria luz del atardecer. Pero Tressa ya no cantaba y tenía la cabeza inclinada hacia un lado como escuchando —siempre escuchando— algo inaudible para Cleves, algo muy, muy lejano que ella parecía oír entre el quedo goteo de los remos.

Aún no estaban a la vista de su punto de desembarco cuando ella le habló, parcialmente girada: "Creo que han llegado algunos de tus hombres."

"¿Dónde?" preguntó él asombrado.

"En la casa."

"¿Por qué piensas eso?"

"Creo que sí."

Remaron un poco más rápido. A los pocos minutos apareció el muelle.

"Es curioso," dijo él, "que pienses que algunos de nuestros hombres hayan llegado del norte. Yo no veo a nadie en el muelle."

"Es el Sr. Recklow," dijo ella en voz baja. "Está sentado a nuestra veranda."

Como era imposible ver la casa, y mucho menos el porche, Cleves no respondió. Amarróo la canoa. Tressa salió y lo siguió llevando las bolsas de golf.

Una luz tenue se demoraba en los arbustos, los murciélagos volaban ante un cielo de tinte salmón mientras tomaban el camino de regreso a casa.

Con un impulso bastante involuntario, Cleves rodeó los hombros de su joven esposa con el brazo izquierdo.

"Mi camarada," dijo él con ligereza, "Mataría a cualquier hombre que me diera la menor impresión de que va a hacerte daño."

Él sonrió, pero ella había captado el feo subtono en las palabras.

Caminaban despacio, brazo alrededor de esos hombros. Él la sintió de pronto sobresaltarse. Ambos se detuvieron.

"¿Qué ha sido eso?" susurró él.

"Pensé haber visto algo blanco en el bosque."

"¿Dónde, querido?" preguntó él fríamente.

"Allí más allá del césped."

Lo que ella llamaba el "césped" era sólo una vasta extensión de plantas *phlox* rosa y blanco, ahora toda brumosa con las zumbantes alas de las polillas esfinge y *Noctuidae*.

El robledal más allá estaba oscuro. Cleves no podía ver nada entre los árboles.

Después de un momento, siguieron adelante. Él apartó el brazo, dejándolo caer fuera de los hombros de ella.

No había luces excepto en la cocina cuando vieron la casa. Al principio nada era visible en la segunda veranda bajo los naranjos. Pero cuando él le abrió a ella la puerta batiente, una figura en sombras se levantó de una silla.

Era John Recklow. Se adelantó, inclinó su fuerte cabeza blanca y besó la mano de Tressa.

"¿Le va todo bien, Sra. Cleves?"

"Sí. Me alegro de que haya venido."

Cleves estrechó la firme mano del anciano.

"Yo también me alegro, Recklow. Te quedarás con nosotros, por supuesto."

"¿De verdad me queréis aquí?"

"Por supuesto," dijo Cleves.

"Está bien. Tengo un cochero y un carruaje detrás de tu casa."

Así que Cleves dio la vuelta, en el ocaso, y envió el carruaje de regreso al hotel, y él mismo llevó la maleta de Recklow.

Luego Tressa salió a dar instrucciones y los dos hombres quedaron juntos en la veranda.

"¿Y bien?" dijo Recklow en voz baja.

Cleves se acercó a él y le puso ambas manos sobre los hombros: "Estoy actuando absolutamente directo. Es una chica perfectamente buena y algún día tendrá su oportunidad, Dios mediante."

"¿Su oportunidad?" repitió Recklow.

"Para casarse con el hombre que ella quiera algún día."

"Ya veo," dijo Recklow secamente.

Hubo un silencio, luego: "Ella es simplemente una espléndida muestra de feminidad," dijo Cleves con seriedad. "E intensamente interesante para mí. Vaya, Recklow, no he conocido un momento aburrido, aunque me temo que ella ha conocido a muchos."

"¿Por qué?"

"¿Por qué? Bueno, por estar casada con una... una especie de testaferro temporal. Por estar encerrada aquí todo el día sola con un hombre por el que no tiene interés en particular."

"¿No le interesas?"

"Bueno, ¿cómo iba yo a interesarla? Ella no me eligió porque yo le agradara particularmente."

"¿No?" Preguntó Recklow, aún más secamente. "Bueno, eso lo hace un poco aburrido para ambos."

"No para mí," dijo el joven ingenuamente. "Es una de las mujeres más interesantes que he conocido. ¡Y por los cielos! ¡Qué conocimiento psíquico posee esa chica! Hizo algo hoy —solo para divertirme..." Se contuvo y miró a Recklow con aire sombrío.

"¿Qué hizo?" preguntó el hombre mayor.

Creo que dejaré que te lo cuente ella, si lo desea. Y eso me recuerda. ¿Por qué has venido aquí, Recklow?"

"Quiero mostrarte algo, Cleves. ¿Podemos entrar en la casa?"

Entraron en una salita de estar iluminada por lámparas. Recklow le entregó un recorte de periódico a Cleves: este último lo leyó de pie:

«Tenía Preparado Gas de lo más Mortífero para los Alemanes
Lewisita [16] Podría Haber Matado a Millones

Washington, 24 de abril. Vigilado día y noche y lejos del alcance humano en un pedestal en la Exposición del Departamento del Interior hay un frasco diminuto. Contiene una muestra del veneno más letal jamás conocido, lewisita, el producto de un científico estadounidense.
Alemania escapó de este veneno firmando el armisticio antes de que todos los recursos de los Estados Unidos fueran puestos en su contra.
Diez aviones que transportaban lewisita habrían acabado, se dice, con todo vestigio de vida animal y vegetal en Berlín. La producción de un solo día acabaría con millones de vidas en la isla de Manhattan. Una gota vertida en la palma de la mano penetraría hasta la sangre, llegaría al corazón y mataría a la víctima en agonía.
Lo que estaba yendo a Alemania se puede imaginar por el hecho de que cuando se firmó el armisticio, la lewisita se estaba fabricando a razón de diez toneladas por día. Tres mil toneladas de este instrumento más terrible jamás concebido para matar habrían estado listas para operación en el frente estadounidense en Francia el 1 de noviembre.
La lewisita es otro de los grandes secretos de la guerra que se acaba

de filtrar. Fue desarrollada en la Oficina de Minas por el profesor W. Lee Lewis, de la Universidad Northwestern, Evanston, Illinois, quien asumió el cargo de capitán en el ejército.
El veneno se fabricó en una planta construida especialmente cerca de Cleveland, llamada "Ratonera" porque cada trabajador que entraba en la empalizada tenía un acuerdo de no abandonar el espacio de once acres hasta que se ganara la guerra. El objeto de esto, por supuesto, era proteger el secreto.
El trabajo en la planta se inició dieciocho días después de que la Oficina de Minas completara sus experimentos.
Los expertos están seguros de que nadie va a querer robar la muestra. Todos en la Exposición, que muestra lo que está haciendo el departamento de la secretaria Lane, se mantienen lo más alejados posible.»

Cuando Cleves terminó de leer, levantó los ojos en silencio.

"Ese frasco fue robado hace una semana," dijo Recklow con gravedad, "por un joven que mató a un guardia e hirió de muerte al otro."

"¿Hubo alguna declaración *antemortem*?"

"Sí. Seguí al hombre. Perdí todo rastro de él en Palm Beach, pero lo encontré de nuevo en Ormond. Y ahora estoy aquí, Cleves."

"¡No querrás decir que lo has rastreado hasta aquí!" exclamó Cleves en voz baja.

"Está aquí en el río St. Johns, en algún lugar. Llegó en una lancha a motor, pero la dejó al este de Orchard Cove. Benton conoce este país. Está vigilando la lancha a motor. Y yo... yo vine aquí para ver cómo os estaba yendo."

"Y para advertirnos," añadió Cleves en voz baja.

"Bueno, sí. Él tiene esa cosa. Es más mortífero de lo que el periódico sospecha. Y supongo... supongo, Cleves, que es uno de esos malditos doctores brujos yazidí. O hechiceros, como los llaman; uno de esa secta de Asesinos enviados aquí para causar estragos en las mentes débiles y cometer homicidios."

"¿Por qué piensas eso?"

"Porque esa sucia bestia lleva la mortaja con él, una sábana robada del New Willard en Washington. Estuvimos tan cerca de él en Jacksonville que la encontramos en su equipaje. ¡Pero no lo encontramos a él, esa rata! Dios sabrá cómo supo que lo estábamos esperando en su habitación. No regresó a buscar su equipaje."

"Pero robó una sábana de su hotel en St. Augustine, y así fue como lo volvimos a encontrar. Luego, en Palm Beach, perdimos al mendigo, pero yo tuve el presentimiento de que ese iba detrás de ti, de ti y de tu esposa. Así que envié a Benton a Ormond y yo fui a Palatka. Benton le siguió el rastro. Este lo condujo hasta ti, hacia el St. Johns. Y el reptil lleva aquí cuarenta y ocho horas; tratando de husmear en vuestros asuntos, supongo... "

Tressa entró en la habitación. Ambos hombres la miraron.

Cleves dijo con voz cautelosa: "Hoy, en los campos de golf de Orchard Cove, había un joven vestido con franela blanca, muy educado y cortés con nosotros, pero Tressa creyó haberlo visto escabullirse por el bosque como si nos siguiera y nos vigilara."

"Mi hombre, probablemente," dijo Recklow. Se volvió en silencio hacia Tressa y le bosquejó la esencia de lo que acababa de decirle a Cleves.

"El hombre de franela blanca en los campos de golf," dijo Cleves, "era de buena constitución y bastante apuesto, y no más de veinticinco años. Yo pensé que era judío."

"Yo también lo pensé," dijo Tressa con calma, "hasta que lo vi en el bosque. Y entonces, y entonces de pronto se me ocurrió que su sonrisa era la sonrisa de un traicionero hechicero chamán... Y esa idea me atormenta: el recuerdo de esos sonrientes hombres de blanco y rostro terso, hombres que sonríen sólo cuando matan, cuando matan en cuerpo y alma bajo los cielos irisados de Yian. Oh Dios, misericordioso, largo sufrimiento," susurró ella mirando hacia el Este, "Libra nuestras almas de Satán, que fue lapidado, y nuestros cuerpos de la trampa de los yazidí!"

9. El viento del oeste

La noche se endulzaba con el aroma de las flores de azahar y toda la perfumada oscuridad vibraba con el plumoso zumbido de las alas de las polillas halcón.

Tressa había llevado su laúd lunar a la hamaca, pero sus dedos descansaban inmóviles sobre las cuerdas.

Cleves y Recklow, hombro con hombro, paseaban por el sendero iluminado por la luna a lo largo de los setos de adelfas e hibiscos que separaban el jardín de la jungla.

Y se movieron con cautela por el camino de concha blanca, no demasiado cerca de la línea de sombra. Porque en el pantano de cipreses la gigantesca muerte gris estaba despierta y observando bajo la luna; y en las palmeras de los matorrales se movía ágilmente la muerte moteada de diamantes.

Y en algún lugar de la oscura maldad de la jungla, un hombre de blanco podría estar observando.

Así, la pistola de Recklow se mecía suavemente en su mano derecha y el arma de Cleves estaba en su funda lateral, y ambos paseaban tranquilamente por el camino de entrada, y arriba y abajo de los senderos de concha blanca, pasando a Tressa a intervalos regulares, donde ella se sentaba en la hamaca con el laúd lunar sobre las rodillas.

Cleves se había detenido una vez para colocar dos flores de hibisco rosa en el cabello de Tressa, por encima de las orejas; y la chica le había sonreído gravemente a la luz.

De nuevo, pausándose junto a la hamaca en uno de sus recorridos por el jardín, Recklow dijo en voz baja: "Si la bestia se muestra, Sra. Cleves, no nos pasará inadvertido. ¿Ha vislumbrado algo blanco en el bosque?"

"Sólo la niebla nocturna elevándose desde una rama y un ibis

blanco a través de esta."

Cleves se acercó más: "¿Crees que el yazidí está en el bosque observándonos, Tressa?"

"Sí, él está allí," dijo ella con calma.

"¿Tú lo sabes?"

"Sí."

Recklow contempló el bosque. "No podemos ir a buscarlo," dijo. "Ese tipo nos atacaría con su gas de lewesita antes de que pudiéramos descubrirlo y destruirlo."

"¿Supongamos que espera un viento del oeste y lanza su gas en esta dirección?" susurró Cleves.

"No hay viento," dijo Tressa tranquilamente. "Creo que él lo ha estado esperando. El yazidí es muy paciente. Y es un hechicero chamán."

"¡Dios mío!" respiró Recklow. "¿Qué clase de cosas infernales ha estado vertiendo el Viejo Mundo en Estados Unidos durante los últimos cincuenta años? Un anarquista común ya es bastante malo, pero esta nueva raza de demonios, estos yazidíes, esta secta de asesinos..."

"¡Shhh!" susurró Tressa.

Los tres oyeron ulular al gran búho gato desde la jungla, pero Tressa había oído otro sonido: el vago movimiento de las hojas en los robles. ¿Había sido una brisa pasajera? ¿Se levantaba un viento nocturno? Ella escuchó,.pero no oyó ningún ruido quebradizo de las hojas de las palmeras.

"Víctor," dijo ella.

"¿Sí, Tressa?"

"Si viene un viento, debemos cazar a ese hombre. Eso será necesario."

"O lo cazamos y lo atrapamos, o nos mata aquí con su gas," dijo Recklow en voz baja.

"Si llega el viento de la noche," dijo Tressa, "debemos registrar la oscuridad en busca del yazidí." Habló con frialdad.

"Ojalá se mostrara sin más," murmuró Recklow mirando hacia la oscuridad.

La chica tomó su laúd, vio los ojos preocupados de Cleves fijos en ella. De pronto comprendió que la ansiedad en él era por su causa y ella se sonrojó intensamente a la luz de la luna. Y él vio que ella se aferraba con los dientes el labio inferior. La vio alzar la mirada hacia él, confundida.

"Si me atreviera a dejarte," dijo él, "entraría en la jungla y pondría en marcha a ese reptil. Esto no servirá... esto de quedarse aquí mientras él llega alguna decisión mortal en el bosque de ahí."

"¿Qué otra cosa hacer?" gruñó Recklow.

"Vigilar," dijo la chica. "Vigilar al yazidí. Si no hay viento nocturno, puede que se canse de esperar. Entonces debéis disparar rápido, muy, muy rápido y de lleno. Pero si llega el viento nocturno, entonces debemos cazarlo en la oscuridad.

Recklow, pistola en mano, se enderezó y reafirmó a la luz de la luna, mirando fijamente el bosque. Cleves se sentó a los pies de su esposa.

Ella tpcó su laúd lunar tranquilamente y cantó con su voz infantil:

"Sonad, sonad, campanas de Buda,
Los dioses dorados están escuchando.
Meceos, meceos, campanas de lirio,
En mi jardín reluciente.
Ya oigo el tambor del chamán;
Ya vienen los jinetes escarlata;
¡Ding-dong!
¡Ding-dong!
Entre el canto de la multitud

Truena ahora el gong del templo.
¡Boom-boom!
¡Ding-dong!
¡Dejad que escuchen los dioses dorados!
En mi jardín que amo
¡Donde cuelgan mudas mis campanas de lirio!
Dulces y níveas relucen
Donde estoy cantando con mi laúd.
En mi jardín que amo
¿Quién está muerto y quién morirá?
Deja que los dioses dorados salven o destruyan
Lirios perfumados florecen en mayo.
¡Boom, boom, temple gong!
¡Ding-dong!
¡Ding-dong!"

"¿Qué estás cantando?" susurró Cleves.

"'Las Campanas de Yian'."

"¿Es antigua?"

"Del siglo XIII. En aquel entonces había pocas campanas budistas en Yian. Es el lamaísmo el que ha destruido a los mongoles y ha permitido que se extienda el credo de los Asesinos: el culto al diablo de Erlik."

Él la miró sin comprender. Y ella, pálida y delgada profetisa a la luz de la luna, lo miraba con ojos perdidos —ojos que veían quizá la edad sangrienta de los hombres cuando la humanidad tomó al diablo por el cuello y todo el Monte Alamut se hundió en ruinas humeantes; y las Ocho Torres eran oscuras como la muerte y silenciosas ante el estallido de los clarines plateados de Ghenghis Khan.

"Algo se mueve en el bosque," susurró Tressa con los dedos en los labios.

"¡Maldición!," murmuró Recklow, "¡Es el viento!"

Escucharon. A lo lejos en el bosque, oyeron el ruido de las hojas de

las palmeras. Ellos esperaron. La ominosa advertencia se debilitaba, luego se elevaba de nuevo, un traqueteo largo y bajo de hojas de palmera que devenía en un tono constante y monótono.

"Cacemos," dijo Recklow sin rodeos. "¡Vamos!"

Pero la chica saltó fuera de la hamaca, agarró a su esposo del brazo y apartó a Recklow del seto de hibiscos.

"Úsame," dijo ella. "Nunca podrás encontrar al yazidí. Déjame a mí hacer la caza, y luego dispara muy, muy rápido."

"Tenemos que llevarla," dijo Recklow. "No nos atrevemos a dejarla."

"No puedo dejar que ella dirija el camino hacia esos negros bosques," murmuró Cleves.

"El viento me sopla en la cara," insistió Recklow. "Mejor démonos prisa."

Tressa puso una mano sobre el brazo de su esposo. "Yo puedo encontrar al yazidí, creo. ¡Tú nunca podrías encontrarlo antes de que él te encuentre a ti! ¡Víctor, déjame usar mi propio conocimiento! Déjame encontrar el camino. ¡Por favor, déjame guiarte! Por favor, Víctor. Porque si no lo haces, me temo que todos moriremos aquí en el jardín donde nos encontramos."

Cleves lanzó una demacrada mirada a Recklow y luego miró a su esposa. "Está bien."

La chica abrió la puerta del seto. Ambos hombres los siguieron con las pistolas en alto.

La luna plateaba el bosque. No había niebla, pero un viento nocturno soplaba lúgubremente a través de palmeras y cipreses, trayendo consigo la extraña y perturbadora acritud de la jungla, perfumes salvajes y desconocidos, el acre aroma del pantano y el moho podrido.

"¿Qué hay de las serpientes?" murmuró Recklow, hundido hasta las rodillas en planta *Phlox* silvestre.

Pero había una serpiente más letal que encontrar y destruir en algún lugar de las turbias sombras del bosque.

Los primeros árboles centinela estaban ahora muy cerca y Tressa estaba corriendo a través de una maraña fantasmal donde antaño había habido un huerto de naranjos, y donde los tocones de viejos y moribundos cítricos se alzaban crudos en medio del tumulto de la jungla invasora.

"Tu esposa está circulando para tener el viento de espalda," dijo Recklow corriendo junto a Cleves. "Esa es nuestra única oportunidad de matar a la sucia rata, ¡atraparlo con el viento de espalda!"

Atravesando una vez una zona seca donde los rayos de luz de la luna se alternaban con una sombra negra aterciopelada, una serpiente de cascabel hizo saltar su alarma de duende.

No pudieron localizar al reptil. Se encogieron y se movieron con cautela, helados de miedo.

Otra vez, también, clara a la luz de la luna, la Muerte Gris se alzó desde gigantescos pliegues y se meció rítmicamente en una horrible danza de sombras ante ellos. Y Cleves rodeó con un brazo a su esposa y pasó sigilosamente al reptil, dejando a la muerte un amplio espacio allí, a la luz de la luna accidentada.

Ahora, bajo los pies, la zarza seca estaba por todas partes y el viento de la noche soplaba a sus espaldas.

Entonces Tressa se volvió y detuvo a los dos hombres con un gesto. Y se acercó a su esposo, allí donde él estaba en el bosque de palmeras, y le puso las manos sobre los hombros, mirándolo melancólicamente a los ojos.

Bajo esa mirada escrutadora, él pareció extrañamente comprender la apelación: "Vas a usar... a usar tus conocimientos," dijo él mecánicamente. "Vas a encontrar al hombre de blanco."

"Sí."

"Lo vas a encontrar de una manera que no entendemos," continuó

él; monótono.

"Sí, no me considerarás... con horror, ¿verdad?"

Recklow se acercó sin hacer ningún ruido sobre la esponjosa arena de las palmeras que tenía debajo de sus pies. "¿Puedes encontrar a este diablo?" le susurró.

"Creo que sí."

"¿Es que su superinstinto... su sentido más afinado, su conocimiento o como se llame, le da alguna idea de su paradero, Sra. Cleves?

"Creo que está aquí en esta zarza. Sólo si..." ella se giró de nuevo, con rápido impulso, hacia su esposo; "sólo si tú... si no me consideras con horror... por lo que hago."

Hubo un silencio; luego: "¿Qué estás a punto de hacer?" preguntó él con voz ronca.

"Destruir a este hombre."

"Nosotros haremos eso," dijo Cleves con un estremecimiento. "Solo muéstralo y dispararemos al sucio reptil hasta hacerlo astillas..."

"Supongamos que disparamos al frasco de gas," dijo Recklow.

Después de un silencio, Tressa dijo: "Tengo que devolvérselo a Satán. No hay otra manera. Lo entendí desde el principio. Él no puede morir por vuestras pistolas, aunque dispares muy rápido y de lleno. ¡No!"

Después de otro silencio, Recklow dijo: "Será mejor que lo encuentres antes de que cambie el viento. O cazamos con viento en contra... o moriremos aquí juntos."

Ella miró a su esposo.

"Muéstranoslo a tu modo," dijo él, "y trátalo como debe ser tratado."

Un destello cruzó ese pálido rostro y ella trató de sonreír a su esposo.

Luego, rodeando la zarza hacia el este, ella avanzó silenciosamente sobre el fibroso lecho, con los hombres a cada lado de ella y las pistolas preparadas.

Se habían detenido al borde de un claro abierto, rodeado de pinos jóvenes con el más completo de los plumajes.

Tressa estaba de pie muy erguida e inmóvil en una actitud extraña, flexible y agonizante, con el antebrazo izquierdo sobre los ojos, la mano derecha en un puño y el esbelto cuerpo ligeramente torcido hacia la izquierda.

Los hombres la miraron pálidamente con rostros tensos, sabiendo que la chica estaba en un terrible conflicto mental contra otra mente, una mente poderosa y siniestra que buscaba captar los pensamientos de ella y controlarlos.

Minuto tras minuto pasaba, la chica no se movía, bloqueada en su duelo psíquico con esta otra mente brutal, repeliendo sus terribles ondas de pensamiento que la atacaban, luchando por la supremacía mental, luchando en silencio con un adversario invisible cuyo dominio mental significaba muerte.

De pronto, el grito de ella resonó con fuerza a la luz de la luna, y luego, al instante, un hombre de blanco se plantó allí bajo el brillo de la luna —un joven vestido elegante con franelas blancas y que llevaba en el brazo derecho lo que parecía ser una larga túnica blanca.

Instantáneamente, la chica se transformó de una estatua viviente en una cosa ágil, flexible y de movimiento ligero; que pasó rápidamente hacia el oeste del claro, manteniendo al joven vestido de blanco de cara al viento, el cual soplaba y sacudía los pinos jóvenes.

"¡Así que eres tú, joven, con quien he estado luchando aquí bajo la luna del único Dios!" dijo ella con una vocecita extraña, toda vibrante y metálica con una risa amenazante.

"Yo soy, Keuke Mongol," respondió tranquilamente el joven de blanco, aunque sus palabras salieron como si estuviera cansado y

sin aliento, y la mano que levantó para tocar su pequeño bigote negro temblaba como de agotamiento físico.

"¡Yarghouz!" Ella exclamó. "¿Por qué no te conocí allí en los campos de golf, Asesino de la Séptima Torre? ¿Y por qué vienes aquí con tu sudario sobre el brazo y escondido bajo este, en tu mano derecha, un frasco lleno de muerte?"

Él dijo sonriendo: "Vengo porque tú vas a morir, Ojos Azul Celestial. Te traigo tu sudario." Y se movió con cautela hacia el oeste alrededor del círculo abierto de pinos jóvenes.

Al instante, la chica lanzó su brazo derecho hacia arriba. "¡Yarghouz!"

"Te oigo, Azul Celestial."

"Otro paso hacia el oeste y haré pedazos tu frasco de gas."

"¿Con qué?" demandó él, pero permaneció discretamente inmóvil.

"Con lo que agarro en una palma vacía. Tú lo sabes, Yarghouz."

"He oído," dijo él con una sonrisa de incertidumbre, "pero oír de una fuerza que se puede lanzar desde una palma vacía es una cosa, y verla y sentirla es otra. Creo que mientes, Azul Celestial."

"Eso pensó Gutchlug, y murió de una serpiente amarilla."

El joven pareció reflexionar. Luego la miró con su forma franca y sonriente. "¿Quieres escuchar, Ojos Celestiales?"

"Te escucho, Yarghouz."

"Escucha entonces, Keuke Mongol. Quítanos la vida como la ofrecemos. La vida es dulce. Erlik, como una araña, espera en la oscuridad a las almas perdidas que revolotean hacia su red."

"¿Crees que mi alma se perdió allí en el templo, Yarghouz?"

"Inexplicablemente perdida, chiquilla del templo de Yian. Por tanto, vive. ¡Toma la vida como un regalo!"

"¿El regalo de quién?"

"De Sanang."

"Está escrito que," dijo ella gravemente, "pertenecemos a Dios y volvemos a él. Ahora, yazidí, ¡cumple con tu deber como yo cumplo con el mío! ¡Kai!"

Al oír la fórmula que siempre pronunciaba la secta de los Asesinos cuando estaba a punto de cometer un asesinato, el joven se sobresaltó y retrocedió. El viento del oeste sopló fresco en sus ojos sorprendidos.

"Hechicera, " dijo con menos firmeza; "dejas que tu Yiort venga solo a este bosque y me busque. ¿Por qué has venido tú, sino para someterte? ¿Sino para rechazar a tus seductores que me persiguen y que te han corrompido?"

"Yarghouz, vengo a matarte," dijo ella en voz baja.

De pronto, el hombre le gruñó, arrojó el sudario a sus pies y avanzó deliberadamente hacia la izquierda.

"¡Ten cuidado!" chilló ella; "¡Mira lo que estás haciendo! ¡Quédate quieto, hijo de perro! ¡Que tu madre llore tu muerte!"

Yarghouz avanzaba hacia el oeste agarrando en su mano derecha el frasco de gas.

"¡Hechicera," rió él, "una bruja de Thibet profetizó con un tambor que las tres purezas, las nueve perfecciones y las nueve veces nueve felicidades se alojarán en el que mate a la traidora muchacha del templo, Keuke Mongol! Hay más magia. en esta botella que agarro que en tu mente y tu cuerpo. ¡Ojos Celestiales! ¡Ruego a Dios que tenga misericordia de esta alma que envío con Erlik!"

Todo el tiempo avanzaba él, rodeando cautelosamente el círculo de pinos plumosos; y ya el viento le golpeaba la mejilla izquierda.

"¡Yarghouz Khan!" gritó la chica con su voz clara. "¡Toma tu sudario y repite el fatha!"

"¡Hacia atrás!" rió el joven, "¡como tú, Keuke Mongol!"

"¡Hereje!" replicó ella. "¿También te niegas a nombrar los diez Imaums en tus oraciones? ¡Perro! ¡Sapo! ¡Baba de Erlik! ¡Que muera todo tu ganado y todos tus caballos enfermen de muermo y todos tus perros de sarna!"

"¡Silencio, hechicera!" gritó él pálido de miedo y furia. "¡Bruja! ¡Lombriz del barro! ¡Que Erlik te lleve! ¡Que tu piel se cubra de llagas putrefactas! ¡Que todos los demonios te atormenten! ¡Que Dios te recuerde en el infierno!"

"¡Yarghouz! ¡Quédate quieto!"

"¿Es tu palabra acaso la Muralla de Gog y Magog, joven bruja de Yian, que un Khan de la Séptima Torre debe temerte?" se burló él avanzando sigilosamente hacia el oeste a través de los pinos plumosos.

"Te doy tu última oportunidad, Yarghouz Khan," dijo ella con una voz tan emocionada que temblaba. "Recita tu oración nombrando a los diez, porque con sus santos nombres en tus labios puedes escapar de la condenación. ¡Porque estoy aquí para matarte, Yarghouz! ¡Toma tu sudario y reza!"

El joven sintió el viento del oeste en la parte posterior de la oreja izquierda. Luego se echó a reír.

"Ojos Celestiales," dijo, "tu fin ha llegado, ¡junto con los dos policías que se esconden en los pinos detrás de ti! ¡Contempla la magia de la botella de Yarghouz Khan!"

Y él levantó el frasco de vidrio a la luz de la luna como si estuviera a punto de aplastarlo a los pies de ella.

Entonces ocurrió algo terrible. Todo el frasco resplandeció al rojo vivo en su mano, y el hombre gritó y se esforzó convulsivamente por arrojar la botella, pero esta se le pegaba a la mano y se fundía con la carne humeante.

Luego él gritó de nuevo —o lo intentó— pero se le desprendió toda la mandíbula inferior y se quedó allí con el horrible orificio abierto

a la luz de la luna; de pie, se tambaleó un momento, y luego, todo su rostro cayó resbalando, sin dejar nada más que una huesuda máscara de la que estallaban chillido tras chillido…

Keuke Mongol se había desmayado. Cleves la tomó en sus brazos.

Recklow, tembloroso y mortalmente pálido, se acercó a la cosa que yacía entre los pinos jóvenes y se obligó a inclinarse sobre esta.

El frasco de vidrio seguía pegado a una mano quemada, pero ya no estaba caliente. Y Recklow hizo rodar esa cosa indescriptible en el sudario blanco y la empujó dentro del pantano.

Un cieno maligno lo aceptó, lo succionó lentamente y lo engulló. Surgieron algunas burbujas apestosas.

Recklow volvió al pequeño claro entre los pinos.

Una joven yacía sollozando convulsivamente en los brazos de su esposo, pidiendo perdón a Dios y a él por la justicia que había hecho contra un enemigo de toda la humanidad.

10. En el Ritz

Cuando Víctor Cleves telegrafió desde St. Augustine a Washington diciéndole que él y su esposa se dirigían hacia el norte y que deseaban ver a John Recklow tan pronto como llegaran, John Recklow comentó que no conocía ningún lugar tan privado como uno público. Y llegó a Nueva York y se estableció en el Ritz, bastante regiamente.

Para cenar con él esa noche fueron dos agentes voluntarios del Servicio Secreto de los Estados Unidos: ZB-303, James Benton, arquitecto de moda; y XYL-371, Alexander Selden, en algún momento socio menor en la casa de Milwin, Selden & Co.

Una sola lámpara ardía en la habitación rococó de blancos y rosas. Bajo su resplandor velado, estos tres hombres conversaban con voz cautelosa mientras tomaban café y puros, esperando la llegada del 53-6-26, Víctor Cleves, recientemente profesor de ornitología en Cambridge; y su joven esposa, Tressa, conocida oficialmente como V-69.

¿El viaje al sur le sirvió de algo a la Sra. Cleves? preguntó Benton.

"Algo," dijo Recklow. "Cuando Selden y yo la vimos, ella estaba mejorando."

"Supongo que ese asunto de Yarghouz la turbó bastante."

"Sí." Recklow arrojó su puro a la chimenea y sacó una pipa. "Víctor Cleves la turba más," comentó.

"¿Por qué?" preguntó Benton asombrado.

"Ella está empezando a enamorarse de él y no sabe qué pasa con ella," respondió secamente el anciano. "Selden también lo notó."

Benton pareció inmensamente sorprendido. "Supuse que," dijo, "ella y Cleves consideraban el matrimonio solo una necesidad temporal. No imaginé que se gustaran."

"Supongo que eso no ocurrió al principio," dijo Selden. "Pero creo que ella está interesada en Víctor. Y no veo cómo él puede evitar enamorarse de ella, porque es algo muy hermoso que contemplar y muy interesante con quien hablar."

"Es la chica más bonita que he visto en mi vida," admitió Benton, "y la más inteligente. Aún así..."

"Aún así, ¿qué?"

"Bueno, la Sra. Cleves tiene sus inconvenientes, ya sabes, como esposa de verdad me refiero."

Recklow dijo: "Cleves tiene la idea fija en la cabeza de que Tressa Norne se casó con él como último recurso, lo cual es cierto, pero él nunca creerá que ella ha cambiado de idea con respecto a él a menos que ella misma lo ilumine. Y la chica es demasiado tímida para hacer eso. Además, ella cree lo mismo de él. ¡Ahí hay un lío!"

Recklow llenó su pipa con cuidado.

"Además," continuó; "la Sra. Cleves tiene otra idea muy terrible fija en su encantadora cabeza, y es que perdió su alma entre esos malditos yazidíes. Ella cree que Cleves, aunque amable con ella, la considera solo como algo extraño, algo que soportar hasta que esta campaña yazidí termine y ella esté a salvo del asesinato."

Benton dijo: "Después de todo, y a pesar de toda su belleza, yo mismo no debería sentirme del todo cómodo con una chica así como esposa."

"¿Por qué?" -preguntó Recklow.

"Bueno... ¡Santo cielo, John! Esas cosas extrañas que hace, su conocimiento psíquico y su habilidad son bastante aterradoras, hacen que un hombre se sienta más o menos incómodo." Rió sin alegría.

"Por ejemplo," agregó, "nunca estuve nervioso en ninguna crisis física; pero desde que conocí a Tressa Norne, para ser franco, no siento la mente muy tranquila cuando recuerdo a Gutchlug y a Sanang y a Albert Feke. y a ese sucio reptil de Yarghouz, ¡y cuando

recuerdo cómo los trató esa chica! ¡Dios mío, John, no soy un cobarde, espero, pero ese tipo de cosas me preocupan!"

Recklow encendió su pipa. Dijo: "En la campaña del Gobierno contra estos ocho extranjeros que han iniciado una campaña psíquica contra el desprevenido pueblo de esta decente República, con el propósito de sorprender, dominar y esclavizar las mentes de la humanidad por un mal uso del poder psíquico, nosotros, los agentes del Servicio Secreto estamos ganando poco a poco la delantera."

"En esta batalla de mentes estamos obteniendo una victoria. Pero estamos ganando única y exclusivamente a través de la capacidad psíquica y la lealtad y el coraje de una joven que, a través de la tragedia de las circunstancias, pasó los años de su niñez en el infame templo yazidí en Yian, y que aprendió de los mismos adoradores del diablo no solo esta supuesta magia de los hechiceros mongoles, sino también cómo enfrentar su amenaza psíquica y derrotarla."

Miró a Benton y se encogió de hombros: "Si tú y Cleves realmente sentís la más mínima repugnancia hacia la extraña habilidad psíquica de esta chica valiente y generosa, yo, por mi parte, no la comparto."

Benton enrojeció: "No es exactamente repugnancia..." Pero Recklow lo interrumpió bruscamente

"¿Te das cuenta, Benton, de lo que ya ha logrado por nosotros en nuestra batalla secreta contra el bolchevismo? ¿Contra los poderes del mismísimo infierno dirigidos por estos hechiceros mongoles? De los Ocho Asesinos, o Sheiks-el-Djebel, que vinieron a los Estados Unidos para blandir la terrible arma del poder psíquico contra las mentes de nuestro pueblo, y para pervertirlas y destruir toda la civilización. De los Ocho Asesinos Principales de las Ocho Torres, esta chica ya ha descubierto e identificado cuatro: Sanang, Gutchlug, Albert Feke y Yarghouz; y ha destruido a los tres últimos."

Quedó en silencio a disfrutar tranquilamente de su pipa durante unos momentos de silencio, luego: "Quedan cinco de esta secta de

Asesinos, cinco astutos y homicidas adeptos psíquicos que se hacen llamar hechiceros. A excepción del príncipe Sanang, no sé quiénes pueden ser estos otros cuatro hombres. Yo no tengo ni idea. Ni vosotros. Ni creo que, con todos los recursos del Servicio Secreto de los Estados Unidos, podamos ser capaces algún día de descubrir a estos cuatro Sheiks-el-Djebel, salvo por el asombroso coraje espiritual y experiencia psíquica de la joven esposa de Víctor Cleves"

Después de un momento, Selden asintió. "Eso es bastante cierto," dijo simplemente. "Estamos completamente indefensos contra fuerzas psíquicas desconocidas. Y yo, por mi parte, no siento repugnancia por lo que la Sra. Cleves ha hecho por toda la humanidad y en el nombre de Dios."

"Es una chica valiente," murmuró Benton, "pero es terrible poseer tal conocimiento y horrible usarlo."

Recklow dijo: "El horror casi mata a la chica. ¿Tienes idea de cómo debe sufrir al verse obligada a emplear un conocimiento tan terrorífico? ¿Al verse obligada a usarlo para combatir esta amenaza del infierno? ¿Puedes imaginar lo que esta encantadora, sensible y trágica criatura debe sentir cuando, con poderes naturales para ella pero desconocidos para nosotros, destruye con su propia mente y fuerza de voluntad a los demonios en forma humana que están a punto de destruirla?"

"¡Habla de valor! ¡Habla de abnegación! ¡Habla de perfecta lealtad y coraje! Hay más que todo eso en Tressa Cleves. Hay una valentía intrépida que enfrenta algo peor que la muerte física. Porque la chica aún cree que su alma está condenada por lo que sea que le haya sucedido en el templo yazidí; y que cuando estos yazidíes logren matar su cuerpo, Erlik seguramente se apoderará del alma que lo abandone."

Llamaron a la puerta. Benton se levantó y la abrió. Víctor Cleves entró con su joven esposa.

Tressa Cleves parecía haber crecido desde que había estado fuera. Más alta, un poco más pálida, pero sin el más sutil indicio de esa madurez encantadora que porta invariablemente la mujer joven y

felizmente casada, su atractivo virginal ahora rayaba vagamente en los delicados bordes de la austeridad.

Cleves, bronceado por el sol y vigoroso, parecía mayor, mucho menos juvenil, y parecía más silencioso que cuando, casi siete meses antes, lo habían asignado al caso de Tressa Norne.

Recklow, Selden y Benton recibieron calurosamente a ambos. Tressa les dio su mano estrecha y bronceada por el sol. Recklow la condujo a un asiento. Llegó un sirviente con zumo helado de fruta, pasteles y cigarrillos.

La conversación, sin rumbo y general, cumpliendo formalidades, cesó gradualmente.

Una luna llena de junio miraba a través de las ventanas abiertas, buscando a la novia tradicional, tal vez, y su luz plateaba una figura pálida y hermosa que posiblemente podría haber pasado por el bonito fantasma de una novia, pero no por cualquier chica que se hubiera casado por ser amada.

Recklow interrumpió el momentáneo silencio sin rodeos: "¿Tienes algo que informar, Cleves?"

El joven vaciló: "Mi esposa lo tiene, creo."

Los demás se volvieron hacia ella. Por un momento ella pareció encogerse hacia atrás en su silla y, mientras sus ojos buscaban involuntariamente a su esposo, había en ellos una apelación vaga y preocupada.

Cleves dijo con voz sombría: "No necesito recordaros cuán profundamente desagradable es todo este maldito asunto para mi esposa. Pero ella lo llevará a cabo, cueste lo que cueste. Y los cuatro hombres entendemos algo de lo que esto ha costado. Ella... a ella le está costando... en violencia contra todos sus instintos."

"La honramos aún más por ello," dijo Recklow en voz baja.

"No podríamos honrarla lo suficiente," dijo Cleves.

Un ligero color apareció en el rostro de Tressa, que inclinó la

cabeza, pero Recklow vio que sus ojos se desvíaban hacia su esposo.

Aún inclinada un poco en su silla, pareció reflexionar un rato sobre lo que tenía que decir; luego, mirando a John Recklow: "Vi a Sanang."

"¡Santo cielo! ¿Dónde?" demandó él.

"No, no lo sé."

Cleves, ruborizado de vergüenza, explicó: "Lo vio clarividentemente. Estaba tumbada en la hamaca. Recordad que traje una enfermera capacitada para ella después de lo que sucedió en Orchid Lodge."

Tressa miró con tristeza a Recklow, atónita un momento. Entonces sus labios se abrieron: "Vi al príncipe Sanang," repitió. "Estaba cerca del mar. Había rocas, cabañas en acantilados y flores muy brillantes en grupos de pequeños jardines. Sanang caminaba por los acantilados con otro hombre. Había bosques, tierra adentro."

"¿Sabe quién era el otro hombre?" preguntó Recklow con gentilmente.

"Sí. Era uno de los Ocho. Lo reconocí. Cuando yo era niña, vino una vez al Templo de Yian, completamente solo, y extendió su sudario sobre los escalones de mármol rosa. Y nosotras, las chicas del templo, nos burlamos de él y lanzamos rosas en el sudario sin tallo, diciéndole que eran cabezas humanas con las que engrasar su tug." [17]

Ella se emocionó y se sentó más erguida en su silla, y su extraña risita ondulaba como un riachuelo entre los guijarros.

"Yo tiré una gran rosa sin tallo sobre el sudario," exclamó, "y grité: ¡Niaz!, que significa valor, y me burlé de él, diciendo Djamouk Khagan, cuando solo era un Khan, por supuesto; y me reí y froté un dedo contra el otro, gritando: ¡Toug ia glachakho! que significa, El tug está ungido. Lo cual fue muy imprudente de mi parte, porque Djamouk era un Sheik-el-Djebel y Khan de la Quinta Torre, y tenía derecho a un tug y a ocho hombres y a un Toughtchi. Y es una grave ofensa burlarse de la unción de un tug."

Hizo una pausa, sus espléndidos ojos azules brillaban con el recuerdo de esa travesura de niña. Entonces su brillo se desvaneció. Ella se mordió el labio y lanzó una mirada insegura a su esposo.

Y después de una pausa, explicó en voz muy baja que el Iagla michi, o la acción de engrasar el tug, o estandarte, se realizaba cuando una cabeza humana cortada tomada en la batalla era lanzada al pie de la lanza clavada en vertical en el suelo. Verán," dijo con tristeza, "nosotras, las muchachas del templo, al estar ya condenadas, nos importaba poco lo que dijéramos, incluso a un hombre tan terrible como Djamouk Khan. E incluso teníamos al fantasma del viejo Tchinguiz Khagan que venía al templo y nos miraba con sus ojos leonados, creo que podríamos haber hecho algo descarado."

El bonito rostro de Tressa estaba ahora sin ánimo. Ella se reclinó en su sillón y ellos oyeron un suspiro inconsciente escapar de ella.

"¡Ai-ya! ¡Ai-ya!" murmuró para sí misma, "Qué locuras hacíamos en los escalones de mármol rosa, Yulun y yo, hace tanto, tanto tiempo."

Cleves se levantó y se acercó junto a la silla de su esposa.

"Lo que pasó es esto," dijo él gravemente. "Durante la convalecencia de mi esposa después de ese asunto de Yarghouz, ella se encontró, en cierto momento, clarividente. Y pensó ver, sí vio, a Sanang y a un asiático que reconoció como uno de los jefes de la secta de los Asesinos, cuyo el nombre es Djamouk. Pero, salvo que estaba en algún lugar cerca del mar, en una colonia de verano probablemente en la costa atlántica, ella no sabe dónde se posan este par de pájaros de prisión. Y esto es lo que hemos venido a informar."

Benton, cortésmente consternado, trató de no parecer incrédulo. Pero era evidente que Selden y Recklow no tenían dudas.

"Por supuesto," dijo Recklow con calma, "lo que hay que hacer es que tú y tu esposa intenten encontrar este lugar que ella vio."

"Haed un recorrido por todos esos centros turísticos junto al mar hasta que la Sra. Cleves reconozca el lugar que vio," añadió Selden. Y agregó a Recklow: "Creo que hay varios casos perfectamente

genuinos registrados en los que los clarividentes han ayudado a la policía."

"Varios casos auténticos," dijo Recklow en voz baja. Pero el rostro de Benton era de estudio.

Tressa miró a su esposo. Él dejó caer una mano sobre su hombro de manera tranquilizadora y asintió con una leve sonrisa.

"Había... había algo más," dijo ella con considerable vacilación, "algo no del todo en la línea del deber... tal vez..."

"Esto parece que concierne a Benton," añadió Cleves, sonriendo.

"¿Qué es?" preguntó Selden, sonriendo también cuando los rasgos de Benton se congelaron hasta convertirse en una máscara.

"Déjame decirte primero," interrumpió Cleves, "que la habilidad psíquica y la habilidad de mi esposa pueden hacerme visualizar y ver escenas y personas que, Dios sabe, nunca antes había visto, pero que ella ha visto y conocido. Y una mañana, en Florida, le pedí que hiciera algo extraño, algo por el estilo para divertirme, y estábamos sentados en los escalones de nuestra cabaña, ya sabes, ¡la vieja casa de club en Orchid. Y lo primero que vi fue un puente chino con loma sobre ese arroyo tan común en la niebla del St. Johns, y miles de personas pasando por él, y una ciudad más allá, la ciudad de Yian, me dice Tressa, y oí las campanas budistas y el gran gong del templo y los ruidos en las calles y en el agua... "

Cleves se estaba excitando considerablemente con el recuerdo, y su rostro delgado enrojeció y gesticuló mientras hablaba: "¡Fue asombroso, Recklow! Allí estaba ese puente, y toda esa gente moviéndose por él; y la ciudad más allá, y los botes y embarcaciones, y el vasto murmullo de multitudes... Y luego, allí, en el puente que cruza hacia Yian, vi a una chica que se volvió, miró a mi esposa y se rió."

"Y yo le dije que era Yulun," dijo Tressa, simplemente.

"Una compañera de juegos de mi esposa en Yian," explicó Cleves. "Pero si ella era realmente china, no se parecía a lo que son mis

propias nociones de una chica china."

"Yulun vino de la China Negra," dijo la Sra. Cleves. "Yo le enseñé inglés. La amaba mucho. Yo era su amiga más íntima en Yian."

Siguió un silencio, roto luego por Benton: "¿Dónde aparezco yo en esto?" preguntó con rigidez.

La sonrisa de Tressa era extraña; miró a Selden y dijo: "Cuando estaba convaleciente me sentía sola. Hice el esfuerzo una noche. Y encontré a Yulun. Y de nuevo ella estaba en un puente, pero estaba vestida como yo y el puente era uno de esos grandes y horribles monstruos de acero que se extienden por el East River. Y me quedé asombrada y dije: Yulun, cariño, ¿estás realmente aquí en Estados Unidos y en Nueva York, o un demonio ha enredado los hilos del pensamiento para burlarse de mi mente en la enfermedad?"

"Entonces Yulun me miró con mucha tristeza y escribió en caracteres árabes, en el aire el nombre de nuestro enemigo, que antaño llegó al Lago de los Fantasmas por amor a ella —Yaddin-ed-Din, Tougtchi del Djamouk el Zorro— y quién volvió a seguir su camino entre nuestra desdeñosa risa. Él es un demonio. ¡Y estaba enredando mi hilo de pensamiento."

Tressa se animó una vez más. Se levantó y se acercó rápidamente donde estaba Benton: "¡Y, quién iba a creerlo!" dijo ella con entusiasmo. Le dije: ¡Yulun! ¡Yulun! ¿Harás el esfuerzo y vendrás a mí si yo hago el esfuerzo? ¿Vendrás a mí, querida? Y Yulun hizo un Sí con sus labios."

Después de un silencio: "Pero ¿dónde entro yo?" preguntó Benton, rígidamente temeroso de tales asuntos.

"Usted entró."

"No entiendo."

"Entró por la puerta mientras Yulun y yo estábamos hablando."

"¿Cuándo?"

"Cuando vino usted a verme después de que estuve mejor, y usted y

el Sr. Selden iban al norte con el Sr. Recklow. ¿No se acuerda? Yo estaba tumbada en la hamaca a la luz de la luna y Víctor le dijo que estaba dormida. "

"Sí, por supuesto."

"No estaba dormida. Hice el esfuerzo y estaba con Yulun. No sabía que estaba usted de pie junto a mi hamaca a la luz de la luna hasta que Yulun me lo dijo. Y esto es lo que voy a decirle: Yulun le vio y Yulun lo había escrito en chino, en caracteres eighur y en árabe, trazándolos con el índice en el aire, esa Yulun, la más hermosa de Yian, delgada como una llama y muy blanca, ha visto su corazón, como una perla rosa ardiendo, ardiendo entre las augustas manos de usted."

"¡Mis manos!" exclamó Benton muy rojo.

Se hizo un extraño silencio. Nadie se rió. Tressa se acercó más a Benton, melancólica, insegura, tímida. "¿Le gustaría ver a Yulun?" preguntó ella.

"Bueno, no," dijo él, sorprendido. "Yo... no voy a negar que esas cosas me turban mucho, Sra. Cleves. Soy episcopaliano."

Al liberarse la tensión, Selden fue el primero en reír. "No sirve de nada parpadear ante la verdad," dijo él. "Nos enfrentamos a algo absolutamente nuevo. Claro que no es magia. Por supuesto que puede explicarse mediante leyes naturales de las que no sabemos nada en la actualidad."

Recklow asintió. "¿Qué sabemos sobre la mente humana? Se ha comprobado que ningún pensamiento puede originarse dentro de esa enrevesada masa de materia física llamada cerebro. Se ha comprobado que algo fuera del cerebro origina el pensamiento y utiliza el cerebro como vehículo para incubarlo. ¿Qué sabemos sobre el pensamiento?"

Selden, muy interesado, se sentó a meditar y mirar a la Sra. Cleves. Pero Benton, aún enrojecido y evidentemente nervioso, estaba sentado mirando por la ventana la luna llena y torciendo un cigarrillo sin encender.

"¿Por qué no se lo dijo usted a Benton cuando ocurrió esa cosa en Orchid Lodge, la noche que llamamos para despedirnos?" preguntó Selden con curiosidad.

Tressa le dedicó una sonrisa angustiada: "Temía que no me creyera. Y temía que a usted y al Sr. Recklow, aunque lo creyeran, pudieran no gustarle —gustarle yo— al ser clarividente. "

Recklow se acercó, inclinó su apuesta cabeza gris y le besó a Tressa la mano. "Nunca ninguna mujer me gustó más ni respeté tanto a una mujer," dijo él. Y, levantando la cabeza, vio lágrimas brillar en esos ojos. "Querida mía," dijo él en voz baja, y su mano firme se cerró sobre los delgados dedos que había besado.

Benton se levantó de su silla, se acercó a la ventana, dio media vuelta poco después y se acercó a Tressa. "Es usted más valiente de lo que yo podría aprender a ser," dijo brevemente. "Le pido perdón si parezco escéptico. Estoy más preocupado que incrédulo. Hay algo que nace en mí, una parte de mí, que se aleja de todo lo que altere mi creencia ortodoxa en la vida futura. Pero, si desea que vea a esta... esta chica Yulun, me parece muy bien."

Ella dijo en voz baja y con gentil asombro: "No sé de nada que pueda alterar su creencia, Sr. Benton. Sólo hay un Dios. Y si Mahoma es Su profeta o si es el Señor Buda, o si su Señor Cristo es vicerregente del Altísimo, no lo sé. Lo único que sé es que Dios es Dios y que prevaleció sobre Satán que fue lapidado. Y que en el Paraíso hay vida eterna y en el infierno los demonios se esconden donde habita Erlik, Príncipe de la Oscuridad."

Benton, silencioso y secretamente horrorizado por la teología de Tressa, no dijo nada. Recklow, complaciente pero seriamente, negó que Satán y sus demonios fueran criaturas reales y concretas.

Una vez más, la mano de Cleves cayó suavemente sobre el hombro de su esposa en un gesto descuidado de consuelo. Y, para Benton, "Nunca un alma esta perdida," dijo con calma. "No sé exactamente cómo concuerda eso con su ortodoxia, Benton. Pero seguramente es así."

"No me conozco a mí mismo," dijo Benton. "Espero que sea así."

Miró a Tressa un momento y luego espetó: "De todos modos, si alguna vez hubo un alma bajo la custodia de Dios y custodiada por Sus ángeles, ¡es la de tu esposa!"

"Eso también es cierto," dijo Cleves en voz baja.

"Por cierto," comentó Recklow descuidadamente, "he arreglado que se aloje usted en el Ritz mientras está en la ciudad, Sra. Cleves. Usted y su esposo deben ocupar el apartamento contiguo a este. ¿Dónde está vuestro equipaje, Víctor?"

"En nuestro apartamento."

"Eso no servirá," dijo Recklow con decisión. "Telefonea por él."

Cleves fue al teléfono, pero Recklow le quitó el instrumento de la mano y marcó el número. Respondió la voz de uno de sus propios agentes.

Cleves estaba solo junto a la ventana abierta cuando Recklow colgó el teléfono. Tressa, en el sofá, había estado susurrando con Benton. Selden, mirando el periódico vespertino junto a la lámpara con pantalla de rosas, alzó la vista cuando Recklow se acercó a Cleves.

"Víctor," dijo, "tu hombre ha sido asesinado. Le cortaron la garganta, le cortaron la cabeza por completo. Tu equipaje ha sido saqueado y también tu apartamento. Tres de mis hombres están en su posesión y la policía local parece comprender la necesidad de mantener el asunto fuera de los periódicos. ¿Qué había en vuestro equipaje?"

"Nada," dijo Cleves espantosamente pálido.

"De acuerdo. Empacaremos vuestros efectos de nuevo y los traeremos aquí. ¿Se lo vas a decir a tu esposa?"

Cleves, aún mortalmente pálido, lamzóvuna rápida mirada hacia ella. Estaba sentada en el sofá en una animada conversación con Benton. Ella rió una vez y Benton sonrió por lo que ella estaba diciendo.

"¿Hay necesidad de decírselo, Recklow?"

"No por un tiempo, al menos."

"De acuerdo. Supongo que los yazidíes son responsables de este horrible asunto."

"Ciertamente. La cabeza de tu pobre sirviente estaba al pie del poste de una cortina colocado en posición vertical entre dos sillas. En el poste estaban atados tres mechones de cabello de la cabeza del muerto. El poste había sido frotado con sangre."

"Esa es costumbre mongola," murmuró Cleves. "¡Crearon un tug y lo engrasaron! ¡Esos demonios asesinos!"

"Hicieron más. Dejaron al pie de tu cama y al pie de la cama de tu esposa dos sábanas blancas. Y un cuchillo yacía en el centro de cada sábana. Eso, por supuesto, es el símbolo de la Secta de los Asesinos. "

Cleves asintió. Su cuerpo, mientras se apoyaba en el alféizar de la ventana a la luz de la luna, temblaba. Pero su rostro se había oscurecido de rabia.

"Si pudiera, si sólo pudiera ponerle las manos encima a uno de ellos," susurró con voz ronca.

"Ten cuidado. No pongas esa cara. Tu esposa nos está mirando," murmuró Recklow.

Con un esfuerzo, Cleves levantó la cabeza y sonrió a su esposa desde el otro lado de la habitación.

"Nuestro equipaje será enviado en breve," dijo. "Si estáis cansados, os diremos buenas noches."

Así ella se levantó y los tres hombres fueron a despedirse y presentar sus cumplidos y devociones. Luego, con una sonrisa casi feliz, ella entró en su propio apartamento del brazo de su esposo.

Cleves y su esposa tenían habitaciones comunicadas y una sala de estar en medio. Aquí se detuvieron un momento antes de la siempre formal ceremonia de despedida nocturna. Había rosas en la mesa del centro. Tressa dejó caer una mano sobre la mesa y se inclinó

sobre las flores.

"Parecen tan amigables," dijo ella en voz baja.

Él pensó que ella quería decir que encontraba incluso en las flores un refugio para la soledad de un matrimonio sin amor. Dijo en voz baja: "Creo que encontrarás el mundo muy amigable, si lo deseas." Pero ella negó con la cabeza, mirando las rosas.

Finalmente él le dio las buenas noches y ella le tendió la mano y él la tomó formalmente.

Entonces sus manos cayeron al separarse. Tressa se giró y fue hacia su dormitorio. En la puerta se detuvo, se volvió lentamente. "¿Qué debo hacer con Yulun?" preguntó ella.

"¿Qué es lo que hay que hacer? Yulun está en China."

"Sí, su cuerpo lo está."

"¿Quieres decir que el resto de ella, sea lo que eso sea, podría venir aquí?"

"¡Cómo!, por supuesto."

"¿Para que Benton pueda verla?"

"Sí."

"¿Podría verla tal como es? ¿Su rostro y su figura, ropa y todo?"

"Sí."

"¿Parecería real o como un fantasma, un espíritu, o como quiera que elijas llamar a esas cosas?"

Tressa sonrió. "Ella sería exactamente tan real como tú o como yo, Víctor. Parecería cualquier otra persona."

"Eso es asombroso," murmuró. "¿Podría Benton oírla hablar?"

"Ciertamente."

"¿Hablar con ella?"

Tressa se rió: "Por supuesto. Si Yulun hiciera el esfuerzo, podría dejar su cuerpo tan fácilmente como se desviste. No es más difícil despojarse del cuerpo que quitarse una prenda y ponerse otra. Y, de todos modos, creo que Yulun lo hará esta noche."

"¿Venir aquí?"

"Sería con su aspecto." Tressa se rió. "¿No es extraño que se haya enamorado tanto del Sr. Benton, sólo de verlo allí a la luz de la luna esa noche en Orchid Lodge?"

Por un momento, esa sonrisa le curvó los labios, luego la sombra volvió a caer sobre esos ojos, cubriéndolos de esa manera extraña y encantadora que Cleves conocía tan bien. Y él la miró a los impenetrables ojos en turbado silencio.

"Víctor," dijo ella en voz baja, "¿tenías miedo de decirme que tu hombre había sido asesinado?"

Después de un momento: "Siempre lo sabes todo," dijo vacilante. "¿Cuándo lo descubriste?"

"Justo antes de que el Sr. Recklow te lo dijera."

"¿Cómo lo descubriste, Tressa?"

"Miré en nuestro apartamento."

"¿Cuándo?"

"Mientras vosotros estabais telefoneando."

"¿Quieres decir que miraste en nuestras habitaciones desde aquí?"

"Sí, clarividentemente."

"¿Qué viste?"

"¡Al Iaglamichi!" dijo ella con un escalofrío. "¡Kai! ¡El *Toug* de Djamouk está ungido por fin!"

"¿Es esa la bestia mongola que cometió este asesinato?"

"Djamouk y el Príncipe Sanang lo planearon," dijo ella temblando un poco. "Pero esa carnicería fue obra de Yaddin, creo. ¡Kai! ¡El trabajo de Yaddined-Din, Tougtchi de Djamouk el Zorro!"

Se quedaron frente a frente, con la lomgitud de la sala de estar entre ellos. Y después de que el silencio durara un minuto completo, Cleves enrojeció y dijo: "Voy a dormir en el sofá a los pies de tu cama, Tressa."

Su joven esposa también enrojeció.

Él dijo: "Este asunto me ha asustado totalmente. No puedo dejar que duermas fuera de mi vista."

"Estoy bastante a salvo. Y tú tendrías una noche incómoda," murmuró ella.

"¿Te importa si duermo en el sofá, Tressa?"

"No."

"¿Me llamarás cuando estés lista?"

"Sí."

Ella entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Cuando él estuvo listo, se metió una pistola en el bolsillo de la bata, se abrochó la bata con el cinturón encima del pijama y entró en la sala de estar. Su esposa lo llamó poco después y él entró. La lámpara de noche estaba encendida y ella extendió la mano para extinguirla.

"¿Podrías dormir si arde?" preguntó él sin rodeos.

"Sí."

"Entonces déjala arder. Este asunto me ha puesto de los nervios," murmuró él.

Se miraron el uno al otro inexpresivamente. Ambos comprendían lo inútil que era este símbolo de protección, que este hombre al que la chica llamaba esposo, cuán absolutamente inútil era su fuerza física y la pistola hundida en el bolsillo de su bata. Ambos entendían que la única protección a buscar debía provenir de ella, de la talentosa y guardiana mente de esta joven que yacía allí mirándolo desde las almohadas.

"Buenas noches," dijo él sonrojándose; "Haré lo mejor que pueda, pero sólo uno de los enviados de Dios como tú sabe cómo luchar contra las cosas que salen del infierno."

Después de un momento de silencio, ella dijo con voz incolora: "Deseo que te tumbes en la cama."

"¿Preferirías que lo hiciera?"

"Sí."

Así fue él despacio a la cama, colocó la pistola debajo de la almohada, se envolvió en la bata y se tumbó.

Después de haber estado tumbado sin moverse durante media hora: "Intenta dormir, Tressa," dijo él sin volver la cabeza.

"¿Me parece que no puedes dormir, Víctor?" le preguntó. Y la oyó girar la cabeza.

"No."

"¿Te ayudo?"

"¿Te refieres a usar la hipnosis, el poder de la sugestión, en mí?"

"No. Puedo ayudarte a dormir muy gentilmente. Puedo hacerte sentir muy somnoliento. Ya estás somnoliento. Estás muy cerca del borde del sueño. Duerme, querido. Duerme tranquilo, naturalmente, con la confianza de un niño cansado. Estás durmiendo profunda y dulcemente, querido mío, mi querido, querido esposo."

11. Yulun la amada

Cleves abrió los ojos. Yaciia sobre el lado izquierdo. A la luz rosada de la lámpara de noche vio a su esposa en camisón posada de costado en el borde más alejado de la cama, hablando con una joven.

La extraña chica vestía lo que parecía ser una túnica de cámara de frágil tejido dorado que se adhería a su cuerpo y brillaba al moverse. Nunca había visto él un vestido así; pero sí había visto a la chica. La reconoció al instante como la chica que había visto girarse para mirar a Tressa mientras cruzaba el puente fantasma sobre aquel brumoso río de Florida. Y Cleves comprendió que estaba mirando a Yulun.

Pero esta encantadora criatura no era un fantasma, no era una proyección astral. Esta chica era cálida, viviente, respiraba en carne y hueso. El delicado aroma de sus extrañas prendas y de su cabello, de su propia respiración, estaba en el aire de la habitación. Su voz, medio silenciosa pero risueña, era deliciosamente humana; sus delicadas manitas, acariciando las de Tressa, eran demasiado reales para dudar.

Ambos hablaban al mismo tiempo con voces animadas que se mezclaron en el deleite del reencuentro. Sus exclamaciones, su risa encantadora, su charla burbujeante, le llenaban los oídos, pero él no podía entender ni una palabra de lo que se estaban diciendo.

De pronto, Tressa miró por encima del hombro y se encontró con sus asombrados ojos.

"¡Tokhta!" exclamó ella; "¡Yulun! ¡Mi señor está despierto!"

Yulun se giró rápidamente en el borde de la cama y miró a Cleves riendo. Pero cuando sus labios rojos se abrieron, le habló a Tressa y, "Querida," dijo ella en inglés, "creo que tu querido señor recuerda que me vio en el Puente de los Sueños y escuchó las campanas de Yian a través de la niebla."

Tressa dijo, riéndo hacia su esposo: "Esta es Yulun, flaca como una llama, muy blanca, la más hermosa de Yian. En los escalones de mármol rosa del templo de yazidíes arrojaban una rosa sin tallo sobre el sudario de Djamouk, donde él la había extendido como nieve al sol. Y en el Lago de los Fantasmas, donde hay libertad para amar, para aquellos que desean el amor, llegó Yaddin, Tougtchi de Djamouk el Zorro, en busca del amor, y Yulun, delgada como una llama y blanca como una flor... ¡cuéntaselo tú a mi querido señor, Yulun!"

Yulun rió hacia Cleves con esos ojos oscuros que se inclinaban encantadoramente en las esquinas.

"¡Kai!" gritó suavemente aplaudiendo con las palmas. "Tomé sus rosas y las destrocé con mis manos hasta que sus pétalos le llovieron encima y sus corazones dorados fueron una nube de polvo flotando sobre el agua. Dije: ¡Ni siquiera las condenadas se aparean con los demonios, mi Tougtchi! ¡Así que vete al diablo, mi Senescal, y que Erlik te capture!'"

Cleves, con los oídos zumbando por la dulce confusión de esa risa de chica, se irguió en la almohada y se apoyó en un brazo.

"Tú eres Yulun. Estás viva y eres real." Él miró a Tressa: "Es real, ¿no?" Y a Yulun: "¿De dónde vienes?"

La chica respondió seriamente: "Vengo de Yian." Se volvió hacia Tressa con una sonrisa deslumbrante: "Tú sabes, oro de mi corazón, cómo he venido. Díselo a tu querido señor a tu manera, para que sea sencillo para su comprensión. Y ahora, porque mi visita está terminando. Creo que tu querido señor debería dormir. ¡Dile que duerma, oro de mi corazón!"

Ante esa tranquila sugerencia, Cleves se sentó erguido en la cama —o intentó hacerlo— pero se volvió a hundir suavemente a su almohada y encontró allí una oscura y deliciosa euforia de somnolencia.

Hizo un esfuerzo —o lo intentó— la suave y dulce marea del sueño lo invadía hasta los párpados, inmovilizándolo y dejándolo respirando uniformemente sobre la almohada.

Las dos chicas se inclinaron y lo miraron desde arriba.

"Tu querido señor," murmuró Yulun. "¿Te ama, capullo de rosa de Yian?"

"No," dijo Tressa, en voz baja.

"¿Sabe que estás condenada, corazón de oro?"

"Él dice que ningún alma está herida de verdad," susurró Tressa.

"¡Kai! ¿Nunca ha oído hablar del Destructor de Almas?" exclamó Yulun con incredulidad.

"Mi señor sostiene que ni el Asesino de Khorassan ni los Sheiks-el-Djebel de las Ocho Torres ni su príncipe oscuro Erlik pueden tener poder sobre Dios para destruir el alma humana."

"¡Tokhta, Rosa de Yian! Nuestras almas fueron destruidas allí en el templo yazidí."

Tressa miró a Cleves: "Mi querido señor dice que no," dijo en voz baja.

"¿Y Sanang?"

Tressa palideció: "Su mente y la mía lucharon. Arranqué mi corazón de sus manos. Lo he puesto, sangrando, a los pies de mi querido señor. Que Dios juzgue entre nosotros, Yulun."

"Hubo un día," susurró Yulun, "cuando el príncipe Sanang fue al Lago de los Fantasmas."

Tressa, muy pálida, miró a su marido dormido. Ella dijo: "El príncipe Sanang llegó al Lago de los Fantasmas. La nieve de los cerezos cubría el mundo joven. El agua era clara como la luz del sol y el lago ardía con carpas escarlatas. Yulun, amada, el ruiseñor cantó toda la noche, toda la noche. Entonces vi a Sanang brillando, todo dorado, a la luz de la luna. ¡Que Dios lo recuerde en el infierno!"

"Que Dios lo recuerde."

"Sanang Noïane. ¡Que sea maldecido en el Namaz Ga!"

¡Que sea atormentado en el Jehaunum! Sanang, Destructor de Almas."

Tressa se inclinó hacia adelante en la cama, se estiró y apoyó la cara suavemente sobre los pies de su marido, tocándolos con los labios.

Luego se enderezó y se sentó apoyada con una mano y mirando en silencio al hombre dormido.

"Ningún alma morirá," dijo ella. "¡Niaz!"

"¿Está eso escrito?" preguntó Yulun sorprendida.

"Mi señor lo ha dicho."

"Allahou Ekber," murmuró Yulun; "tu señor solo es un hombre."

Tressa dijo: "Ni el Tekbir ni el fatha, ni la advertencia de Khidr, ni el Yacaz del Khagan, ni siquiera las oraciones de los Diez Imaums tienen ningún valor para mí a menos que mi querido señor confirme la verdad de ellos con sus propios labios."

"¿Y Erlik? ¿Él no es nada entonces?"

"¡Erlik!" repitió Tressa con insolencia. "¿Quién es Erlik sino el siervo de Satán que fue lapidado?"

Sus hermosos y enojados labios se distorsionaron de repente, sus ojos azules resplandecieron. Luego escupió, con la boca aún temblorosa de odio. Dijo con voz temblorosa de rabia: "¡Yulun, amada! Escucha atentamente. He matado a dos de los Asesinos de las Ocho Torres. Con la ayuda de Dios, los mataré a todos, ¡a todos! ¡Djamouk, Yaddin, Arrak Sou-Sou, a todos! ¡A todos!. Tiyang Khan, Togrul, ¡Los mataré a todos, hasta el último de ellos!

"¿A Sanang, también?"

"Se lo dejo a Dios. ¡Es terrible caer en las manos del Dios viviente!"

Yulun parafraseó tranquilamente la frase canto de los Asesinos: "Porque está escrito que pertenecemos a Dios y regresamos a Él. ¡Corazón de oro, cumpliré mi deber!"

Entonces Yulun se deslizó desde el borde de la cama hasta el suelo y se quedó allí mirando de forma extraña a Tressa, con los ojos brillantes como la lluvia, como si estuviera conteniendo las lágrimas —o la risa. "Corazón de una rosa," dijo Yulun con voz contenida, "mi tiempo casi se acaba. Así que... voy a la habitación de este extraño joven que sostiene mi alma como una perla en llamas entre sus manos. Creo que está escrito que he de amarlo."

Tressa se levantó también y acercó los labios al oído de Yulun: "Su nombre, amada, es Benton. Su habitación está en esta planta. ¿Hacemos el esfuerzo juntas?"

"Sí," dijo Yulun. "Túmbate sobre la cama junto a tu señor, que duerme tan profundamente. Y ahora estírate. Y cruza ambas manos. Y ahora quítate el cuerpo como una prenda de seda. ¡Así! Y déjalo ahí junto a tu señor dormido."

Se quedaron juntas por un momento, brillando como formas cubiertas de rocío de altas flores, susurrando y riendo juntas bajo el suave resplandor de la lámpara de noche.

Cleves seguía durmiendo, sin moverse. Allí estaba la figura blanca y dormida de su esposa acostada en la cama a su lado, pero Tressa y Yulun ya se estaban fundiendo entre la pared y el confuso resplandor rosado de la lámpara.

Benton, con traje de noche y bata abrochada, recién salido del baño y aún secándose el pelo rizado con una toalla áspera, regresaba a su dormitorio.

Cuando su cabello corto y brillante estuvo seco, encendió un cigarrillo, tomó la automática de su tocador, examinó el cargador y la metió debajo de la almohada.

Luego tomó el Testamento encuadernado en cuero, se sentó y lo abrió. Y leyó tranquilamente mientras ardía el cigarrillo.

Cuando estuvo listo, apagó la luz del techo, dejando sólo encendida la lámpara de noche. Luego se arrodilló junto a su cama —una costumbre que sobrevivía al período de la guardería— y apoyó la frente en las manos juntas.

Luego, mientras oraba, algo rompió el hilo de la oración, como si alguien hubiera hablado en voz alta en la habitación tranquila y, como quien ha sido interrumpido de repente, él abrió los ojos y miró a su alrededor y hacia arriba.

La silenciosa conmoción de esa presencia pasó en breve. Él se levantó sobre las rodillas, mirándola todo el tiempo.

"Tú eres Yulun," dijo él con mucha calma.

La chica se sonrojó intensamente y apoyó una mano en los pies de la cama. "¿Recuerdas cuando caminaste a la luz de la luna a lo largo del seto de hibiscos blancos y adelfas, esa noche que te despediste de Tressa en el sur?"

"Sí."

"Dos veces," dijo ella riendo, "te detuviste para mirar las flores a la luz de la luna."

"Creí haber visto una cara entre ellas."

"No estabas seguro de si eran flores o el rostro de una chica mirándote desde el seto floreciente de hibiscos blancos," dijo Yulun.

"Ahora lo sé," dijo él con una voz extraña y tranquila, impropia de la suya.

"Sí, fui yo," murmuró ella. Y, de repente, la chica cayó de rodillas sin hacer ruido y apoyó la cabeza en la alfombra de terciopelo a sus pies.

Tan rápido y silenciosamente lo hizo que él no había comprendido —no se había movido— cuando ella se posó erguida, descansando sobre las rodillas y se agarró el cuello de la túnica con ambas manos engemadas.

"¡Ten piedad de mí, señor de mi alma perdida!" gimió ella suavemente.

Benton se inclinó, de un modo aturdido, para levantar a la chica, pero se encontró hundido hasta las rodillas en una nevada nube de flores de hibisco blanco, no tocó nada más que pétalos de seda, vadeó en ellos mientras daba un paso adelante. Y la vio parada ante él aún agarrándose el cuello de la túnica dorada.

Una gran flor blanca se extendía casi hasta la cintura entre ellos; la fragancia de la adelfa también era densa en la habitación.

"Hay años de vida antes de que se abran las puertas en llamas de Jehaunum. Y yo soy muy joven," dijo Yulun con melancolía.

Alguien más rió en la habitación. Volviendo la cabeza, él vio a Tressa de pie junto a la chimenea vacía.

"Lo que ves y oyes no tiene por qué turbarte," dijo Tressa mirando a Benton con ojos brillantes. "No hay más dios que Dios y su profeta ha sido llamado por muchos nombres." Y a Yulun: "¿No te dije que nada puede nunca dañar de verdad nuestras almas?"

La expresión de Yulun cambió y se volvió hacia Benton: "¡Díme eso a mí!" le suplicó.

Como en un sueño, él sscuchó sus propias palabras: "Nada puede nunca dañar de verdad el alma."

Las manos de Yulun cayeron del cuello de su túnica. Muy lentamente ella levantó la cabeza, mirándolo con hermosos y orgullosos ojos jóvenes.

Ella dijo, tranquilamente, sin dejar de mirarlo: "Soy Yulun del Templo. Mi corazón es como una perla ardiente que sostienes entre tus manos. Que los cuatro Compañeros Benditos sean testigos de la verdad de lo que digo."

Luego, un delicado velo de color envolvió su piel blanca desde la garganta hasta la sien. Ella miró a Benton con repentina y exquisita angustia, asustada y avergonzada por el silencio de él.

En la intensa quietud, Benton se acercó a ella. En sus manos extendidas las dos manos de ella cayeron; pero, inclinándose sobre estas, los labios de él tocaron sólo dos flores blancas de hibisco que yacían frescas y cubiertas de rocío en sus palmas.

Desconcertado, se enderezó; y vio a la chica de pie en la repisa de la chimenea junto a Tressa, que la había agarrado de la mano izquierda.

"¡Tokhta! ¡Cuidado!" dijo ella claramente.

De repente él vio a dos hombres en la habitación, cerca de él, rostros anchos, ojos rasgados y barbas ralas empujadas casi contra su hombro.

"¡Djamouk! ¡Yaddin-ed-Din!" gritó Tressa con voz terrible. Pero con la rapidez de un relámpago, Yulun arrancó una sábana blanca de la cama, la arrojó al suelo y, sacando un diminuto cuchillo enjoyado de su manga, lo arrojó reluciente sobre la sábana a los pies de los dos hombres.

"¡Un sudario para dos almas!" dijo ella sin aliento, "¡Y un cuchillo como ese para separarlas de sus cuerpos!"

Los dos hombres saltaron hacia atrás cuando la sábana les tocó los pies, y ahora se quedaron allí como confundidos.

"¡Djamouk, Kahn de la Quinta Torre!" gritó Tressa con voz clara; "Te has quitado el cuerpo como un manto raído, ¡y esa forma tuya que permanece allí es solo tu mente! Y es solo la mala voluntad de Yaddin en la forma de su cuerpo lo que nos enfrenta en la habitación de este hombre al que has condenado!"

Yulun, concentrada como una joven leopardo sobre su presa, se movió silenciosamente hacia Yaddin. "¡Tougtchi!" dijo con frialdad, "Tú diste asesinato este día, mi Senescal, y el *Toug* de Djamouk ha sido engrasado. ¡Ahora cuídate tú mismo!"

"¡No te muevas!" dijo la voz de advertencia de Tressa mientras Benton sacaba su pistola de la almohada. "¡No dispares! ¡Estos hombres no tienen sustancia real! ¡Por el amor de Dios, no dispares!

¡Te digo que no tienen cuerpos!"

De repente, algo —alguna fuerza— hizo volar a Benton hasta encima de la cama. Los dos hombres no parecían haberlo tocado en absoluto, pero él yacía allí debatiéndose, aplastado, sujeto por algo que lo estaba estrangulando.

A través de sus nadantes ojos vio él a Yaddin tratando de ensartarle un largo clavo en el cráneo con un martillo —sintió la punzante agonía del primer golpe aplastante— se afanó erguido, empapado en sangre, oídos zumbando con los gritos de Yaddin.

Entonces, allí, en el pequeño dormitorio rococó del Ritz-Carlton, comenzó una extraña y horrible lucha, más espantosa pues la lucha no era física y los combatientes no se tocaban —apenas se movían.

Yaddin, aún gritando, enfrentaba a Yulun. Los ojos de la chica estaban en llamas, sus labios se abrían con la violencia de su respiración. Y Yaddin se retorcía y gritaba bajo la terrible concentración de esa mirada, su mente, inferior pero feroz, fijada con la de ella en una batalla mortal.

La chica dijo lentamente, mostrando un destello de dientes blancos: "Tu voluntad de hacer el mal a mi joven señor se está rompiendo, Yaddin-ed-Din. Yo la estoy rompiendo. El clavo y el martillo no eran más que símbolos. ¡Era tu cerebro lo que pensaba en asesinato, lo que deseaba que él muriera como destrozado por un rayo cuando ese vaso sanguíneo estalle en su cerebro!"

"¡Hechicera!" chilló Yaddin, "¿Qué le estás haciendo a mi corazón cuando mi cuerpo yace dormido en una litera del Expreso de Montreal?"

"Tu corazón está débil, Yaddin. Pronto le fallarán las válvulas. ¡Un portador de equipaje negro te encontrará muerto en tu litera, mi Senesal!

El atezado rostro del hombre se tornó lívido con la terrible batalla mental.

"¡Déjame volver a mi cuerpo!" jadeó él. "¿Qué me estás haciendo

que no puedo volver? ¡Regresaré! ¡Lo deseo! Yo..."

"¡Regresemos y reunamos nuestros cuerpos!" gritó Djamouk con voz angustiada. "Tengo dientes en la garganta, hundidos profundamente en la garganta, mordiendo y arrancando las cuerdas."

"Cáncer," dijo Tressa con calma. "Tu cuerpo morirá de eso mientras tu alma continúa su camino tropezando en la oscuridad."

"¡Mi Tougtchi!" gritó Djamouk, "¡Oigo a mi alma despedirse de mi cuerpo! ¡Debo irme antes de que mi mente muera en la terrible mirada de esta joven hechicera!"

Él giró, vagando como algo brumoso, hacia la sólida pared.

"¡Mi alma sea rescate por la tuya!" chilló Yulun a Tressa. "¡Bloquea el camino a la vida de ese hombre!"

Tressa extendió la mano derecha y, con el índice, trazó una barrera a través del espacio, barra sobre barra.

Y Benton, medio desmayado en su cama, vio una terrible y viviente jaula de luz garabateada en Djamouk, quien golpeaba los barrotes incandescentes y los agarraba y se debatía dentro con garras, chillando como una rata torturada en una jaula al rojo vivo.

A través del tumulto ensordecedor, la voz de Yulun cortó como una espada: "¡Sus cuerpos están muriendo, Corazón de Rosa! ¡Escucha! ¡Ya oigo sus almas despedirse de sus mentes!" Y, después de un terrible silencio: "¡El tren que avanza hacia el norte lleva dos muertos! Dios es Dios. ¡Niaz!"

Los barrotes de fuego vivo se desvanecieron. Dos informes sombras cenicientas flotaron y se arremolinaron sobre la chimenea como blanquecinas cenizas agitadas por el viento. Luego flotaron entre la luz de la lámpara, desvaneciéndose, disolviéndose, perdiéndose gradualmente en el aire.

Tressa, recostándose en la repisa de la chimenea, se tapó la cara con ambas manos.

Yulun avanzó hasta la cama, donde yacía Benton respirando con

regularidad en el más profundo de los sueños.

Con la manga transparente de su túnica le limpió ella la sangre de la cara. Y a su tacto, la herida en la sien se cerró y el cabello corto y brillante se secó y rizó sobre una frente tan limpia y fresca como la de un muchacho.

Entonces Yulun posó sus labios en los de él, los descansó así un momento. "Búscame, querido señor," susurró. "O envíame una señal y vendré." Y después de una pausa, dijo sin apenas mover los labios: "Ámame. Mi corazón es una perla llameante que arde entre tus manos."

Luego levantó la cabeza.

Pero Tressa se había reunido con su cuerpo, donde yacía dormido junto a su esposo profundamente dormido.

Así que Yulun se quedó de pie un momento, con ojos remotos. Luego, tras un rato, el pequeño dormitorio rococó del Ritz-Carlton quedó vacío, salvo por un joven dormido en la cama que sostenía en la mano apretada una flor de hibisco blanco.

12. Su Excelencia

Su Excelencia el presidente Tintinto, jefe ejecutivo de una de las más nuevas y rudas repúblicas, que visitaba Nueva York de incógnito con sus secretarios de guerra y de la marina, había enviado a buscar a John Recklow. Y ahora la recepción estaba en plena operación.

Recklow estaba explicando. "Al principio," dijo, "el objetivo de los bolcheviques era destruir todo y a todos excepto a ellos mismos, y luego reorganizar lo que quedaba de un mundo destrozado para su propio beneficio. Ese era su programa..."

"Todo un programa," interrumpió el Secretario de Guerra con algo que casi parecía una risita. Pero sus prominentes ojos continuaron mirando a Recklow sin ser tocados por la alegría que se extendía por su gran boca tonta.

El rostro del Secretario de Marina semejaba al de un benevolente manatí. El rostro del presidente era un estudio en tizas tintadas.

Recklow dijo: "Combatir ese tipo de bolchevismo era un asunto que los del Servicio Secreto de los Estados Unidos entendíamos, o supusimos que entendíamos. Luego, de repente desde la desconocida Mongolia y el mundo civilizado salieron ocho hombres."

"Yazidíes," dijo el presidente mecánicamente. "Su gobierno me ha enviado un informe muy completo."

"Yazidíes de la Secta de los Asesinos," continuó Recklow; "La secta más antigua del mundo que ha sobrevivido desde la antigüedad. Los Hechiceros de Asia. Y tal como era en la antigüedad, así es ahora: los yazidíes son adoradores del diablo, su dios es Satán. Su profeta es Erlik, Príncipe de las Tinieblas. Su regente en la tierra es el Viejo del Monte Alamut, y con este antiguo y siniestro título ha tenido éxito un hechicero yazidí llamado Príncipe Sanang, o Sanang Noïane.

"Sus devotos homicidas eran los Ocho Khanes de las Ocho Torres. Cuatro de estos asesinos están muertos: Gutchlug, Yarghouz, Djamouk el Zorro y Yaddin-ed-Din. Uno está en prisión acusado de homicidio, Albert Feke. Cuatro de los hechiceros siguen vivos: Tiyang Khan; Togrul, Arrak; Sou-Sou, llamado La Ardilla, y el mismo Viejo de la Montaña, Saï-Sanang, Príncipe de los Yazidíes."

Recklow hizo una pausa; los ojos saltones del Secretario de Guerra estaban sobre él. El benevolente manatí lo miraba con dulzura. El semblante del presidente parecía más el de una cabra de las Montañas Rocosas que nunca, cincelado a partir de un bloque de tiza teñida.

Recklow dijo: "A la amenaza del bolchevismo que pone en peligro esta República y la suya, se ha sumado una amenaza más terrible: la amenaza de las poderosas y malvadas mentes que hacen formidables el conocimiento psíquico. Pues estos Hechiceros yazidíes están decididos a conquistar, apoderarse y someter las mentes de la humanidad. Están aquí para ese espantoso propósito. Poderosa, terriblemente equipados para sorprender y capturar las mentes desarmadas de nuestro pueblo, esclavizar sus propios pensamientos y usarlos para sus propios propósitos, estos Hechiceros de yazidíes asumieron el control de los bolcheviques, que eran simplemente envidiosos y feroces bandidos, pero cuyas lisiadas mentes están ahora completamente esclavizadas por estos Asesinos de Asia."

"Y esto es lo que el Servicio Secreto de los Estados Unidos tiene que combatir. Y sus armas no son órdenes judiciales ni pistolas, pues en esta terrible batalla entre la decencia y el mal, es mente contra mente en una contienda ocultista hasta la muerte. Y nuestra única arma contra estas mentes fortalecidas por el conocimiento psíquico y aterrorizadas por una habilidad esotérica similar a lo que se llama magia negra, nuestra única arma es la mente de una joven."

"Entiendo que," dijo el presidente, "ella se convirtió en una experta en prácticas ocultistas mientras estaba encarcelada en el Templo Yazidí de Erlik en Yian."

Recklow miró el rostro del presidente, que se había puesto muy pálido. "Sí, señor," dijo. "Solo Dios sabe lo que esta niña aprendió en

el templo de los yazidíes. Lo único que sé es que con este conocimiento se ha enfrentado a los yazidíes en una batalla de mentes, los ha detenido, los ha confundido, los ha combatido con su propio conocimiento ocultista y ha matado cuatro de ellos."

El intenso silencio fue interrumpido por la frívola carcajada del Secretario de Guerra: "Por supuesto, yo no creo nada de estas cosas sobrenaturales," dijo con una sonrisa dividida que no modificó su saltona mirada. "Esta chica solo es una detective inteligente, esa es la esencia del asunto. Y no creo en nada más."

"Entonces, tal vez, señor, crea usted esto," dijo John Recklow en voz baja; "Lo recorté del *Times* esta mañana." Y le entregó el recorte al Secretario de Guerra.

«NUEVO PLAN EN EL ESTE
Conspiradores Musulmanes e Hindúes
Han formado una Organización Secreta
Con la Revolución Mundial a la Vista
Piensan en Levantar Asia, América y África
Mediante su Propaganda.
Copyright, 1919, *The New York Times Company*.
Telegrama Especial para *The New York Times*.
1 de julio. Un evento significativo ha tenido lugar recientemente. Bajo el nombre de la Liga Oriental, se ha establecido recientemente una organización central que une a todas las diversas sociedades secretas de nacionalistas musulmanes e hindúes. El objetivo de la nueva asociación es prepararse para una acción revolucionaria conjunta en Asia, América y África.
Los efectos de esta vasta conspiración ya se pueden rastrear en eventos recientes en Egipto, India y Afganistán. Por primera vez, mediante la creación de esta liga, se han superado las diferencias raciales y religiosas que han dividido a los conspiradores orientales. La Liga Otomana, fundada por Mahmud Muktar Pasha, Munir Pasha y Ahmed Rechid Bey, se ha adherido a la nueva organización. También lo han hecho los nacionalistas egipcios extremos y el grupo revolucionario hindú "Pro India," cuyos emisarios fueron recientemente condenados por llevar bombas a Suiza durante la guerra a instancias del Estado Mayor alemán.
En una "Asamblea Constituyente" de la liga que tuvo lugar en Yian;

estuvieron presentes, además de Jóvenes Turcos, Egipcios e Hindúes, delegados en representación de Persia, Afganistán, Argelia, Marruecos y Mongolia.
La liga es de origen mongol. Su espíritu líder es un tal Príncipe Sanang, del que se sabe poco.
Asociados con este malévolo y bastante misterioso personaje mongol hay tres criminales más conocidos, ahora fugitivos de la justicia: Talaat, Enver y Djemal. Es el talento de Enver Pasha para la intriga a lo que se debe principalmente la unión entre musulmanes e hindúes, la característica más llamativa y peligrosa del movimiento.
Fondos considerables están a disposición de la liga. Estos se suministran en parte desde Alemania. Además de contar con el apoyo de los alemanes, la liga también está en estrecho contacto con Lenine, quien poco después de su llegada al poder organizó un Departamento Oriental en Moscú.
La alianza entre la liga y los bolcheviques rusos fue provocada por el notorio agente socialista alemán, "Parvus," que ahora se encuentra en Suiza. Hace muchas semanas consultó con los gobernantes soviéticos en Moscú, desde donde fue a Afganistán con la esperanza de reorganizar el ejército del nuevo emir y establecer líneas de comunicación para la propaganda en la India.
Existe evidencia de que la reciente insurrección en Egipto, el repentino ataque de los afganos y el levantamiento en la India, notable por la cooperación entre musulmanes e hindúes, estuvieron relacionados con las actividades de la liga.»

El Secretario alzó la vista después terminar la lectura.

"Yo no veo aquí nada sobre Magia Negra," comentó despreocupadamente.

Los rasgos de Recklow se volvieron muy graves: "Yo creo," dijo, "que todos, incluido yo mismo, y con todo respeto, incluso usted, señor, y su honorable colega, y tal vez incluso Su Excelencia, su presidente, deberían tener sus mentes en perpetua guardia. y los pensamientos que allí se extienden, no sea que, subrepticia y furtivamente, alguna mancha de infección yazidí se aloje allí y eche raíces y se propague, tal vez, por toda su nueva República."

El Secretario de Guerra sonrió. "Dicen que ya soy algo socialista,"

dio una risita. "¿Cree que esos yazidíes mágicos suyos son los responsables?"

El presidente, preocupado y pálido, miró fijamente a Recklow. "La mía es una mente de una sola vía," comentó como para sí mismo.

Recklow no dijo nada. Esta era una clase de mente, después de todo. Sin embargo, las carreteras de vía única ahora eran obsoletas.

"Una mente de una sola vía," repitió el presidente. Y no me gustaría que le pasara nada al interruptor. Eso implicaría tener que deshacerse de él o, en el mejor de los casos, arreglar un revestimiento oxidado. Por favor, haga todo lo posible para capturar a esos cuatro yazidíes, Sr. Recklow."

Recklow dijo con calma: "Nuestra única esperanza está en esta joven, Tressa Norne, que ahora es la Sra. Cleves."

"¡Conciencia mía!" intervino el secretario de Marina. "¿Qué nos pasaría si estos yazidíes la asesinaran?"

"Solo Dios lo sabe," respondió John Recklow sin sonreír.

"¿Por qué no ponerla a bordo de nuestro nuevo acorazado?" sugirió el secretario; "¿Y que la mantengan navegando hasta que ustedes, los miembros del Servicio Secreto de los Estados Unidos, capturen al resto de estos infernales yazidíes y los lleven a la cárcel?"

"Nosotros no podemos hacer nada sin ella," dijo Recklow sombríamente.

Hubo un doloroso silencio. El presidente juntó las yemas de los dedos y miró pálido al vacío. "¿Puedo decir," sugirió, "que creo una necesidad vital que estos yazidíes sean capturados y destruidos antes de que hagan daño a mi mente y a la de mi gabinete?"

"Dios lo conceda, señor," dijo Recklow con gravedad.

"La mía," murmuró el presidente, "es una mente de una sola vía. Me enojaría mucho si alguien manipulara los rieles; mucho en verdad, Sr. Recklow."

"No deben asesinar a esa chica," dijo el secretario de Marina. "¿Necesita Marines, Sr. Recklow? ¿Por qué no le pide algunos a su gobierno?"

Recklow se levantó: "Señor Presidente," dijo, "no voy a negar que mi Gobierno está profundamente perturbado por esta situación. Al principio, estos ocho Asesinos y Sanang, vinieron aquí con el propósito de atacar, dominar y esclavizar las mentes del pueblo de los Estados Unidos y de las Repúblicas Sudamericanas. Pero ahora, después de que cuatro de sus infames colegas han sido destruidos, los feroces supervivientes, profundamente alarmados, ¡han invertido todas sus energías en lograr la muerte de la Sra. Cleves! Vea, señor, que apenas pasa un día sin que algún atentado contra su vida se haga por estos yazidíes."

"Apenas pasa un día sin que esta joven sea convocada de repente para defender su mente y su cuerpo contra los ataques ocultos de estos hechiceros mongoles. ¡Sí, señor, hechiceros!" Repitió Recklow con voz tranquila y profunda, con pasión controlada; "¡Lo que quiera que su honorable secretario de Guerra pueda pensar al respecto!"

Sus fríos ojos grises midieron al presidente allí de pie.

"¡Señor presidente, estoy al límite de mi ingenio para protegerla del asesinato! Su esposo siempre está con ella, Víctor Cleves, señor, de nuestro Servicio Secreto. Pero dondequiera que la lleve, estos demonios la siguen y envían a sus emisarios para vigilarla, para seguirla, para intentar su destrucción mental o su muerte física. ¡No hay fin a su astucia sigilosa, a sus diabólicos artilugios, a su infernal ingeniosidad!"

"Y lo único que nosotros podemos hacer es proteger su persona del acercamiento de extraños y estar preparados, físicamente, para ayudarla. Ella es nuestra única barrera, vuestra única defensa, entre la civilización y peores horrores que el bolchevismo."

"Creo, señor presidente, que la civilización en América del Norte y del Sur, tanto en su propia República como en la nuestra, depende, literalmente, de la seguridad de Tressa Cleves. Porque si los yazidíes la matan, entonces no veo cómo salvar a la civilización de la

desintegración total y la destrucción total."

Hubo un silencio. Recklow no estaba seguro de que el presidente hubiera estado escuchando.

Su Excelencia estaba sentada con las yemas de los dedos unidas, mirando pálidamente al espacio, y Recklow lo oía murmurar en voz baja para sí, como si quisiera fijar para siempre el pensamiento inmortal en su cerebro: "¿Es que no puedo decir que la mía es una mente de una sola vía? ¿No puedo decirlo? ¿No puedo, no, no, no, no, no...?"

13. Sa-n'sa

El sol de junio entraba por la ventana de su dormitorio en el Ritz, y Cleves acababa de terminar de vestirse cuando oyó la voz de su esposa en la sala de estar contigua.

No había supuesto que Tressa estuviera despierta. Se apresuró a atarse la corbata y ponerse una ahumada chaqueta, escuchando todo el tiempo la voz joven, modulada pero alegre, de su esposa.

Luego abrió la puerta de la sala y entró. Y encontró a su esposa completamente sola.

Ella alzó la mirada hacia él, sus labios aún estaban separados, como repasando lo que había estado diciendo, la sonrisa aún era visible en sus ojos azules.

"¿Con quién diablos estás hablando?" preguntó él con una mirada desconcertada barriendo la habitación, ahora soleada.

Ella no respondió. La sonrisa se desvaneció cuando una mancha de luz solar quedó velada por una nube, aunque un destello de esta permanecía en su mirada mientras él se acercaba a ella.

"Creí que habían traído nuestro desayuno," dijo él; "al escuchar tu voz ¿Has dormido bien?"

"Sí, Víctor."

Él se sentó y su perplejo escrutinio incluyó esa frágil bata matutina de seda china, esos hermosos brazos desnudos y ese espléndido cabello recogido y sujeto con una daga de jade. Alrededor del cuello y hombros desnudos ella tenía también un magnífico collar de jade imperial que él nunca había visto antes, y en un dedo delgado y blanco, un soberbio anillo de jade.

"¡Por Jove!" dijo él, "Estás muy exótica esta mañana, Tressa. Nunca había visto ese efecto en un ropa femenina."

La chica rió, miró su anillo, levantó un frágil pliegue de seda y examinó el asombroso bordado.

"Llevaba esta en el Lago de los Fantasmas," dijo ella.

El nombre de ese lugar siempre le daba escalofríos. Él había comenzado a odiarlo, tal vez por todo lo que no sabía sobre ello, sobre la extraña infancia de su esposa, sobre Yian y el Templo del diablo de allí, y sobre Sanang.

Él le dijo, con frialdad pero cortésmente, que la túnica era inusual y el jade muy maravilloso.

La alteración en su voz y expresión no le pasó a ella desapercibida. Eso solo significaba celos masculinos, pero Tressa nunca había soñado que él la quisiera de esa manera.

El desayuno fue traído y servido y, poco después, estos dos jóvenes estaban ocupados con melón, café y tostadas en la habitación soleada, muy por encima del suavizado ruido del tráfico que resonaba por la avenida y la calle de abajo.

"Recklow me telefoneó esta mañana," comentó él.

Ella levantó la vista con rostro serio.

"Recklow dice que las fechorías yazidí están tomando forma visible. El Partido Socialista se dividirá en pedazos y se está organizando un nuevo partido, que se anuncia a sí mismo descarada y públicamente como el Partido Comunista de América. ¿Alguna vez has oído algo tan desvergonzado, tan indignante en esta República?"

Ella dijo en voz muy baja: "Sanang ha hecho prisioneras las mentes de esa gente perturbada. Él y los yazidíes que le quedan están presentando batalla a las mentes desarmadas de nuestro pueblo estadounidense."

"Gutchlug está muerto," dijo Cleves, "y Yarghouz y Djamouk y Yaddin."

"Pero Tiyang Khan está vivo, y Togrul, y ese astuto demonio de Arrak Sou-Sou llamado La Ardilla," dijo ella. Inclinó la cabeza,

considerando el anillo de jade en su dedo; "Y el Príncipe Sanang," agregó en voz baja.

"¿Por qué no me dejaste dispararle cuando tuve la oportunidad?" dijo Cleves con rudeza.

Tan brusca fue su pregunta, tan brusca su manera repentina, que la chica alzó la vista con consternada sorpresa. Luego, un color profundo le pintó el rostro.

"Una vez," dijo ella, "el príncipe Sanang mantuvo prisionero mi corazón, como Erlik mantuvo mi alma... Ya te conté eso."

"¿Es esa la razón por la que le diste una oportunidad al tipo?"

"Sí."

"Oh... ¡Y posiblemente le diste una oportunidad a Sanang porque aún tiene tu… afecto!"

Ella dijo, carmesí por el dolor de la acusación: "Yo arranqué mi corazón fuera de su cuidado. Ya te lo dije. Y, creyendo... tratando de creer lo que me dices, he intentado arrancar mi alma fuera de las garras de Erlik. ¿Por qué estás enojado?"

"No lo sé. No estoy enojado. Toda la horrible situación me está quebrando los nervios, supongo. ¿Con quién estabas hablando antes de que yo entrara?"

Después de un silencio, la sonrisa de la chica brilló: "Temo que no te va a gustar si te lo digo."

"¿Por qué no?"

"Porque a ti... estas cosas te dejan perplejo y te turban. Temo que yo ya no te agrade si te digo con quién había estado hablando."

Su mirada atenta nunca la abandonó. "Quiero que me lo digas," repitió él

"Yo... estaba hablando con Sa-n'sa," titubeó ella.

"¿Con quien?"

"Con Sa-n'sa. Nosotras la llamábamos Sansa."

"¿Quién diantres es Sansa?"

"Éramos tres camaradas en el Templo," dijo ella tímidamente, "Yulun, Sansa y yo. Nos amábamos. Siempre íbamos juntas al Lago de los Fantasmas, para protegernos."

"¡Continúa!"

"Sansa era una chica de los Aroulad, nacida en Buldak, al igual que Temujin. La noche en que nació, tres arcoíris lunares trazaron círculos alrededor de su Yaïlak. Los jinetes de Baroulass vieron esto y oraron en voz alta en sus sillas. Luego galoparon hacia Yian y llegaron arrastrándose sobre sus vientres hasta Sanang Noïane con la noticia del milagro. Y Sanang llegó con mil jinetes con armaduras de cuero. Y... ¿cómo se llama esta niña? gritó cabalgando hacia el Yaïlak con sus estandartes negros ondeando a su alrededor como alas de diablo. Un pobre Manggoud salió de la tienda de pieles, cargando al bebé recién nacido, y tocó el estribo de Sanang con la cabeza: este bebé se llama Tchagane, dijo él temblando por todas partes. ¡No! gritó Sanang, se llama Sansa. ¡Dámela y que Erlik te lleve!"

"Y tomó al bebé en su silla frente a él y golpeó hondo con las espuelas. Y así llegó Sansa a Yian bajo un rugido susurrante de estandartes de seda negra. Así está escrito en el *Allahou Ekber*, el Libro de Hierro."

Cleves había apoyado el codo en la mesa, su frente descansaba en la palma de la mano.

Tal vez estaba esforzándose de un modo desconcertante por reconciliar cosas tan ocultistas y asombrosas con el año 1920, con la ciudad común y ruidosa de Nueva York, con esta bonita y moderna sala de estar iluminada por el sol en el Ritz-Carlton de la avenida Madison, con esta chica con su bata de seda matutina ante él, su café y melón fragantes junto al codo, sus maravillosos ojos azules posados sobre él.

"Sansa," repitió él lentamente, como intentando captar en una sola palabra la confusión de nombres y frases que aún resonaban en sus oídos como la vibración de mares lejanos y desconocidos.

"¿Es esta la chica con la que estabas hablando hace un momento? ¿En… en esta habitación?" añadió él esforzándose por comprender.

"Sí."

"Ella no estaba aquí, claro."

"Su cuerpo no lo estaba."

"¡Oh!"

Tressa dijo con su tono dulce y divertido: "Debes tratar de acostumbrarte a esas cosas, Víctor. Ya sabes que Yulun me habla. Yo quería hablar con Sansa. Me desperté con el anhelo. Así que, hice el esfuerzo. Y ella vino, me refiero a la parte de ella que no es su cuerpo. Sí, ella vino. Hablamos muy contentas mientras yo me bañaba y me vestía. Luego vinimos aquí. ¡Ella es tan adorable!"

"¿Dónde esta ella?"

"En Yian, alimentando a sus gusanos de seda y haciendo un jardín. Verás, Sansa es bastante rica ahora, porque cuando llegaron los japoneses, llenó una carreta de bueyes con grandes trozos de oro esponjoso del Templo y llenó otra carreta con piedra-Yu. y puso a los jinetes Hezar de Baroulass de guardia en el Lago de los Fantasmas. Y con un Keutch, montado en un caballo Soubz, y vestida como un lancero Urieng, mi linda compañera Tchagane, que se llama Sansa, marchó hacia el norte precedida por dos timbales y un tug de dos colas."

La clara risa de Tressa la detuvo, ella aplaudió de alegría ante la imagen evocada.

"¡Kai!" rió ella. "¡Qué adorable descaro tiene Sansa! ¡Ni Tchortcha ni Khiounnou se atrevieron a preguntarle quiénes eran sus siete ancestros! ¡No! Y cuando su caravana llegó al hermoso río Yliang, mi querida Sansa salió y agarró la lanza de su Tougtchi y clavó la punta profundamente en la tierra fértil, gritando con voz clara: ¡Un

lugar para Tchagane y su gente! ¡Haced espacio para el tug!"

Entonces su Manggoud, que llevaba la punta de acero de repuesto para la lanza, se bajó de la silla y, juntando un puñado de hojas de moral, frotó el mango de la lanza hasta que todo quedó verde pálido. ¡Toug iaglachakho! grita entonces mi adorable Sansa. ¡Construid aquí mi Urdu! [18] ¡Mi Mocalla! [19] ¡Y sobre eso plantad mi tienda de pieles!"

Una vez más, la risa de Tressa la detuvo y se esforzó por controlarla con el anillo de jade presionado sobre sus labios.

"Oh, Víctor," añadió ella con voz sofocada, mirándolo con ojos llenos de picardía, "No te das cuenta de lo graciosos que eran Sansa y su tug y su Urdu. ¡Oh, Alá! ¡Tchinguiz debe haberse removido en su tumba!"

Su contagiosa risa evocó una receptiva, pero perpleja, sonrisa en Cleves, pero era la sonrisa de un hombre desconcertado que ha comprendido muy poco de una chanza complicada; y él miró a su alrededor en la moderna habitación como para orientarse.

De repente, Tressa se inclinó hacia delante rápidamente y puso una mano sobre la suya. "Tú no crees que todo esto sea muy divertido. No te gusta," dijo ella con suave preocupación.

"No es eso, Tressa. Pero esto es la ciudad de Nueva York del año 1920. Y no puedo, no puedo de ninguna manera ponerme en contacto... engancharme mentalmente con esas cosas... con la irreal vida oriental tan familiar para ti."

Ella asintió con empatía: "Lo sé. Te sientes como un Pagano Mergued del lago Baïkal cuando todas las lámparas están encendidas en la Mezquita; como un camellero con su jade y oro cuando entra en Yarkand al amanecer."

"Probablemente me sienta así," dijo Cleves riendo abiertamente. "Te tomo la palabra, querida, en cualquier caso."

Pero él tomó más. La tomó de la suave mano donde esta aún descansaba sobre la suya, la apretó e instantáneamente se puso rojo

por lo que había hecho. Y el rubor brillante de Tressa respondió tan rápido que ninguno de los dos entendió y ambos malinterpretó.

La chica se puso de pie con realzado color, sin saber por qué se había puesto en pie ni qué pretendía hacer. Y Cleves, malinterpretando esa emoción como una silenciosa reprimenda a la invasión de esa tácitamente aceptada convención entre ellos, se puso en pie también y comenzó a hablar descuidadamente de cosas cotidianas.

Ella hizo el esfuerzo por contestar, sin apenas saber lo que estaba diciendo, de tanta violencia que la caricia de él le había pertubado el corazón, y ella aún estaba hablando cuando sonó el teléfono.

Cleves fue; Escuchó, luego, aún escuchando, llamó a Tressa a su lado con un gesto.

"Es Selden," dijo él en voz baja. "Dice que tiene al yazidí Arrak Sou-Sou bajo observación, y que te necesita desesperadamente. ¿Nos ayudarás?"

"Iré, por supuesto," respondió ella poniéndose bastante pálida.

Cleves asintió, aún escuchando. Después de un rato: "De acuerdo. Allí estaremos. Adiós," dijo bruscamente y colgó.

Luego se volvió y miró a su esposa. "Deseo a Dios," murmuró él, "que este asunto estuviera acabado. Yo... no puedo soportar que vayas."

"No tengo miedo... ¿Dónde está eso?"

"Nunca había oído antes hablar del lugar. Nos encontraremos con Selden en el Acre del Loco."

"¿Dónde está eso, Víctor?"

"No lo sé. Selden dice que no hay carreteras, ni siquiera un sendero. Es un páramo que el Servicio Geológico dejó prácticamente en blanco. Solo los contornos están marcados, y Selden me dice que las altitudes son erróneas y que los lagos y cursos de agua están todos mal. Dice que es de su absoluta convicción que el Servicio

Geológico nunca penetró en ese páramo en absoluto, sino que simplemente lo rodeó y supuso lo que había dentro, porque el mapa que consiguió en Washington es completamente engañoso, y toda la región está en blanco excepto por unas pocas líneas y vagos puntos azules que indican agua, y algunas alturas marcadas como 1800."

Se volvió y empezó a pasear por el salón, frunciendo el ceño, perplejo, indeciso.

"Selden me dice," dijo él, "que el yazidí Arrak Sou-Sou está allí, y muy ocupado esto y aquello. Dice que no puede hacer nada sin ti, y que explicará por qué cuando nos reunamos."

"Sí, Víctor."

Cleves giró sobre los talones y se acercó donde estaba su esposa junto a la soleada ventana.

"Odio pedirte que te vayas. Sé que ese era el trato, pero todo este peligro incesante, tu peligro constante..."

"Eso no cuenta cuando pienso en el peligro de mi país," dijo ella en voz baja. "¿Cuándo vamos a empezar? ¿Y qué debo empacar en mi baúl?"

"Querido niña," dijo él con una brusca carcajada, "aquello es un yermo y llevaremos en nuestras espaldas lo que necesitemos. Selden se encontrará con nosotros en un lugar llamado Glenwild, en el borde de este páramo, y nosotros lo seguiremos sobre nuestras dos piernas."

Él echó un vistazo al reloj en la repisa de la chimenea.

"Si te vistes," dijo él nervioso; "iremos a una tienda de ropa deportiva para el norte. Porque si podemos, deberíamos irnos en el tren de la una.

Ella sonrió; se acercó a él. "No te preocupes por mí," dijo. "Porque yo también estoy nerviosa y cansada, y tengo la intención de acabar con cada yazidí que quede en Estados Unidos."

"¿Con Sanang también?"

Ambos se sonrojaron profundamente.

Ella dijo con voz firme: "Entre Dios y Erlik hay un abismo negro donde penden un millón de millones de estrellas que iluminan un millón de otros mundos. La estrella del príncipe Sanang brilla allí. Es un sol llamado Yramid, e ilumina el planeta Yu-tsung. Déjale reinar allí entre Dios y Erlik."

"¿Vas a destruir a este hombre?"

"¡Dios lo prohiba!" dijo ella estremeciéndose. "Pero lo enviaré a su propia estrella. ¡Que mi alma sea en rescate por la suya! Y que Alá juzgue entre nosotros, entre este hombre y yo."

Luego, en la tranquila y soleada habitación, la chica encaró el Este. Y su esposo vio que sus labios se movían como si hablara, pero no oyó ningún sonido.

"¿Qué diantres estás diciendo ahí para ti sola?" demandó él por fin.

Ella giró la cabeza y lo miró por encima del hombro izquierdo. "Le he pedido a Sansa que me ayude. Y ella dice que lo hará."

Cleves asintió, aturdido. Luego abrió una ventana y se inclinó hacia el sol, mirando hacia la avenida Madison. Y el rugido del tráfico pareció calmarle los nervios.

Pero "¡Dios mío!" pensó; "¡Esas cosas están pasando de verdad en Nueva York en 1920! ¿Está el mundo volviéndose un poco loco? ¿Estoy de verdad en mi sano juicio cuando creo que la chica con la que me casé está hablando, sin radio, con otra chica en China!"

Se inclinó pesadamente allí, mirando hacia la calle con ojos sombríos.

"¡Qué cosa más espantosa están tratando de hacer estos yazidíes al mundo, estos Asesinos de la mente de los hombres!" pensó volviéndose hacia la puerta de su dormitorio.

Al cruzar el umbral tropezó y, al mirar abajo, vio que había tropezado con una sábana blanca que yacía allí. Por un momento pensó que era una sábana de su propia cama y empezó a recogerla.

Luego vio la hoja desnuda de un cuchillo a sus pies.

Con un estremecimiento incontrolable, pasó él fuera del sudario y se quedó mirando el cuchillo como si este fuera una serpiente. Tenía una hoja curva y una empuñadura de hueso con toscas incrustaciones en caracteres árabes de latón.

El sudario estaba raído, tal vez una sábana de alguna casa de huéspedes barata. Pero su significado era tan repulsivo que él dudó en tocarlo.

Sin embargo, estaba avergonzado de haberlo descubierto en su habitación. Recogió el cuchillo de aspecto brutal y pateó el sudario hacia el pasillo, donde pudieran suponer si les gustaba que ese trapo había llegado al Ritz-Carlton.

Luego registró su dormitorio y, por supuesto, no encontró a nadie oculto, pero los escalofríos le recorrieron la columna vertebral mientras lo hacía, y aún se estremecía mientras permanecía de pie en el centro de la habitación examinando el cuchillo y probando el filo y la punta.

Luego, cerca de su oído, una voz baja susurró: "Tenga cuidado, señor mío, el cuchillo yazidí está envenenado, pero está escrito que un corazón envenenado es aún más peligroso."

Él se giró como un relámpago y vio, entre él y la puerta de la sala, a una chica muy joven de ojos ligeramente sesgados y rosadas facciones de marfil tan perfectas como modeladas en archilla tintada.

Llevaba una bata holgada de lino azul con cinturón, corta en los codos y la falda, que exponía dos brazos de piel color crema y dos pies descalzos con sandalias de esparto. En una mano tenía un ramillete de moral púrpura, miraba fríamente a Cleves y comía un par de moras.

"Deme el cuchillo," dijo ella con calma.

Él se lo entregó. Ella lo secó con una hoja de moral y se lo enfundó por la faja.

"Soy Sansa," dijo ella con una mirada amistosa hacia él, ocupada con la fruta.

Cleves se esforzó por hablar con naturalidad, pero le tembló la voz. "¿Tú eres, es decir, tu yo real, tu propio cuerpo?"

"Soy mi yo real, sí, pero mi cuerpo está dormido en mi arboleda de zarzamoras."

"¿En… en China?"

"Sí," dijo ella con calma separando otra mora y comiéndola. Algunas hojas frescas cayeron sobre la mesa del centro.

Sansa eligió otra baya. "¿Sabes?," dijo ella, "que acudí a Tressa esta mañana, a mi pequeño Corazón de Fuego acudí cuando me llamó. Y yo también tenía bastante sueño, pero la oí, aunque había un viento nocturno en las zarzas y el río emitía un rugido de plata en la oscuridad. Y ahora debo irme, pero volveré muy pronto."

Ella sonrió tímidamente y extendió su preciosa manita, "Como Tressa me dice que es su costumbre en Estados Unidos," dijo ella, "Le ofrezco un adiós."

Él tomó su mano y la encontró cálida y suave con vida y pulso. "¿Cómo?," Balbuceó él asombrado, "¡Eres real! ¡No eres un fantasma!"

"Sí, soy real," respondió ella sorprendida, "pero no estoy en mi cuerpo, si es eso lo que quieres decir." Luego rió, retiró la mano y, yendo, le hizo un gesto amistoso. "Aprecia, mi señor, a mi querido Corazón de Fuego. Las serpientes se retuercen y se entrelazan. También las enredaderas de rosas. Que sus pétalos hagan de terciopelo y de dulce perfume vuestro camino. Que todo lo que es redondo sea una granada para que vosotros dos la compartais. Que todo lo que se mece sean lirios rodeando un camino lo bastante ancho para dos. En el nombre del Dios Más Misericordioso, que el único grito que escucheis sea el primer dulce lamento de vuestro primer nacido. Y que cuando nazca el décimo, que tú y tu Corazón de Fuego, lamenteis vuestro destino porque ambos deseais tener más hijos."

Ella estaba riendo cuando desapareció. Cleves pensó que ella aún estaba allí, tan radiante como el sol, tan dulce como el aroma de la habitación.

Pero la sombra dorada junto a la puerta estaba vacía de ella. Si ella se había colado por la puerta, él no se había dado cuenta de su partida. En todo caso, ella ya no estaba allí. Y cuando él lo comprendió, volvió a entrar en la habitación vacía, temblando por todos lados. De pronto una terrible necesidad de Tressa lo asaltó, una imperiosa necesidad de hablar con ella, de escuchar su voz.

"¡Tressa!" gritó y apoyó la mano en la mesa central, sintiéndose débil y con rodillas temblorosas. Luego bajó la vista y vio las hojas de moral esparcidas allí, tiernas y verdes y aún mojadas de rocío de China.

"¡Oh, Dios mío!" susurró él; "¡Tales cosas existen! No es mi mente la que se ha vuelto irreal. ¡Hay tales cosas!"

La convicción lo arrastró como una marea hasta que hacer nadar sus sentidos. Como si mirara a través de una niebla de oro, vio a su esposa entrar y acercarse a él, sintió su brazo alrededor de él, sosteniéndolo allii donde él se mecía levemente con una mano sobre la mesa entre las hojas de moral.

"Ah," murmuró Tressa notando las hojas verdes, "Ella no debería haber hecho eso. Fue desconsiderado por su parte, mostrarse a ti."

Cleves la miró aturdido. "El cuerpo no es nada," murmuró. "El resto solo es real. Esa es la verdad, ¿no?"

"Sí."

"Me parece que estoy empezando a creerlo... Sansa dijo cosas, intentaré decírtelas algún día, querida. Me alegro mucho de oír tu voz."

"¿Te alegras?" murmuró ella.

"Y me alegro mucho de sentir tu tacto. He encontrado un sudario en mi umbral. Y un cuchillo."

"Los yazidíes se están volviendo unos charlatanes. ¿Dónde está el cuchillo?" Preguntó ella con desdén.

"Sansa dijo que estaba envenenado. Ella lo recogió. Ella... dijo que un corazón envenenado es aún más peligroso."

Entonces Tressa levantó la cabeza y gritó suavemente al espacio: "¡Sansa! ¡Pequeña Polilla de Seda! ¿Qué son estas travesuras que le has contado a mi señor?"

Ella quedó en silencio, escuchando. Y, en la respuesta que él no pudo oír, pareció haber algo que encendió las mejillas de su joven esposa.

"¡Sansa! ¡Diablilla!" gritó exasperada. "Que Erlik envíe a sus diablillos a pellizcarte si le has dicho a mi señor esas cosas vergonzosas. ¡Eso fue imprudente! ¡Fue una picardía! ¡Me llenas de vergüenza y confusión, y estoy humillada en el polvo de los pies de mi señor!"

Cleves la miró, pero ella no podía sostenerle la mirada. "¿Te ha dicho Sansa lo que me dijo a mí?" Preguntó él vacilante.

"Sí, te pido perdón. Y yo ya le había dicho que tú no habías... no estabas... enamorado de mí, te pido perdón."

"Pide más. Pregunta a tu corazón si le gustaría oír que estoy enamorado. Y de quién. Pregúntale a tu corazón si alguna vez podría querer oír lo que mi corazón pudiera decirle."

"S-sí... preguntaré, a mi corazón," titubeó ella. "Creo que será mejor que termine de vestirme." Levantó los ojos, le dedicó una sonrisa mientras él le tomaba la mano y la besaba.

"Sería... sería maravilloso," balbuceó ella, "si nuestra necesidad se convirtiera en nuestra elección."

Pero ese discurso pareció asustarla y ella huyó, dejando a su esposo de pie tenso y erguido en mitad de la habitación.

Su tren del Ferrocarril Central de Nueva York salió de la Terminal Grand Central a la una de la tarde.

Cleves había hecho sus arreglos por telegrama. Viajaban ligeros, llevando, a excepción de la ropa que vestían, solo equipo de campamento para dos.

Llovía en el valle de Hudson. Se apresuraban por las ciudades periféricas y Po'keepsie bajo un aguacero estival.

En Hudson la lluvia amainó. Una niebla dorada envolvió Albany, a través de la cual se alzaban la hermosa torre y las fachadas a lo largo del río, enmascarando el enorme y torpe Capitolio y las torres más allá.

En Schenectady, grietas en lo alto revelaron destellos de azul. En Amsterdam, donde descendieron del tren, la bandera del arsenal a través del Mohawk parpadeaba brillantemente en el viento soleado.

Por arreglo telegráfico, detrás de la estación esperaba un coche de recorrido conducido por un oficial de la Policía del Estado, quien, con su camarada, saludó con elegancia cuando Cleves y Tressa se acercaron.

Hubo una breve conversación en voz baja. Su equipo de campamento iba estibado a bordo, Tressa saltó dentro de la parte de atrás del coche seguida de Cleves, y el coche partió rápidamente por la carretera inclinada, giró a la derecha a través del puente del ferrocarril, cruzó las vías del tranvía y siguió recto por la cuesta de la colina pavimentada con bloques de granito.

En la carretera plana que cruzaba por fin la loma, aceleraron, pasaron zumbando junto a la gran granja cercada donde se criaban caballos de carreras, apresurándose bajo el sol de la tarde a través de los antiguos asentamientos escoceses que antaño habían sido puestos de avanzada de la antigua frontera de Nueva York.

A nueve millas terminaba la carretera de macadán. Giraron a la izquierda por un camino de tierra entre dos aldeas, luego giraron a la derecha.

El paisaje se volvió más agreste. A su izquierda se encontraban las largas y bajas colinas de Maxon; detrás de ellos, la cordillera de Mayfield se extendía hacia el norte hasta las fauces abiertas de las

Adirondacks.

Alrededor ahora había bosques. Una vez apareció delante la casa de un guardían, y más allá cruzaron cuatro puentes sobre un arroyo espumoso y ondulante donde Cleves vislumbró formas sombrías en charcas teñidas de ámbar: grandes truchas amarillas que se hundían sin prisa hasta desaparecer de la vista entre enormes rocas sumergidas por el rocío.

El oficial estatal al lado del chófer se giró hacia Cleves, corbata púrpura ondeando al viento.

"Allá está Glenwild, señor," le dijo.

Era una única casa en el flanco de una colina densamente boscosa. Muy abajo, a la izquierda, el arroyo saltaba dos cataratas y salía como un relámpago entre un cinturón de terreno despejado cocido por el sol vespertino.

El coche entró en el patio de la granja, pasó el granero a la derecha y siguió por un sendero muy accidentado.

"Este es el camino hacia el Ireland Vlaie," dijo el soldado. "Los coches solo pueden seguir una milla más."

Espléndidos abetos, pinos, robles, arces y cicuta rodeaban el pantanoso e irregular sendero que no era más que una vista amplia y áspera surcada en el bosque.

Y, como había dicho el soldado, poco más de una milla más adelante, el sendero se convirtía en una maraña de arbustos y ciénagas. El coche redujo la velocidad y se detuvo, y un hombre se levantó del tronco cubierto de musgo donde había estado sentado y avanzó,l rifle equilibrado en el hueco del brazo izquierdo.

El hombre era Alek Selden.

Era mucho después del anochecer y aún estaban viajando por bosques sin caminos con la ayuda de sus linternas eléctricas.

Había poca maleza, el bosque de abetos y cicuta era el primer crecimiento. Cleves iluminaba los árboles, pero no podía descubrir

ningún sendero trillado.

En explicación, Selden dijo brevemente que había cazado el territorio durante años.

"Pero no termino de conocerlo del todo," agregó. "Hay vastas y feas regiones de pantanos y ciénagas donde un mar de alisos se extiende hasta el horizonte. Hay desolados yermos de zarzas de gato y lúpulos de bruja bajo leprosos enredos de abedules grises, donde sigilosos arroyuelos se oscurecen profundamente bajo una maraña de peñascos. Solo lo salvaje sabe viajar por esta zona rural.

"Luego hay extraños arroyos que fluyen lentamente en las perpetuas sombras de los bosques de alerces, donde muchos hombres han entrado y nunca han salido."

"¿Por qué?" preguntó Tressa.

"Debajo de la tierna alfombra de verdes berros hay brillantes ciénagas negras cubiertas de matas; y debajo de la ciénaga se extiende arena movediza... y muerte."

"¿Conoces tú esos lugares?" preguntó Cleves.

"No."

Cleves dio un paso adelante al lado de Tressa. "Sigue iluminando el suelo," dijo con rudeza. "No quiero que pises dentro de un infierno. Ya lamento haberte traído."

"Pero yo renía que venir," dijo ella en voz baja.

Como los dos hombres, ella vestía una camisa de franela gris, pantalones hasta las rodillas y espirales de tela que protegían las piernas. Aunque también llevaban rifles y mochilas, y la mochila de la chica era más ligera.

Se habían detenido junto a un rápido y gélido riachuelo para comer, sin encender fuego. Después de eso cruzaron el Ireland Vlaie y el arroyo principal, donde los restos de una chabola se alzaban en el acantilado sobre la orilla derecha, la última señal humana.

Más allá se encontraba la tierra inexplorada, rodeada y eludida del todo por los cartógrafos en ciertas regiones, un desconocido páramo agreste en cuyos bordes Selden había acampado a menudo cuando cazaba ciervos.

Por este borde los estaba él conduciendo ahora, hasta un cobertizo que había levantado y desde el que él había viajado hacia Glenwild para usar el teléfono del superintendente en Nueva York.

No parecía haber vida animal moviéndose en este bosque. Sus linternas no iluminaban ardientes orbes de aturdidos seres salvajes sorprendidos por la vista; ninguna saltarina forma peluda cruzaba el resplandor en abanico de sus linternas.

Tampoco se veían ni se oían pájaros nocturnos: ningún avetoro graznaba desde los pantanos ocultos; ninguna garza aullaba; ni la nota de un búho, ni el susurro de un chotacabras, ni el repentino y misterioso gorjeo de esos pajarillos que se tornan vocales de pronto después del anochecer, interrumpían la densa quietud del bosque.

Y no fue hasta que su linterna eléctrica brilló repetidamente sobre los tramos del pantano oculto por el crepúsculo que Cleves comprendió cómo se orientaba Selden, pues la noche era espesa y no había estrellas.

"Sí," dijo Selden lacónicamente, "intento rodear el pantano hasta iluminar un palo pelado."

Una hora más tarde, el tallo de aliso pelado brillaba bajo el haz de las linternas. En diez minutos, algo blanco captó los rayos eléctricos. Era la camiseta de repuesto de Selden secándose en un arbusto detrás del cobertizo.

"¿Podemos encender un fuego?" preguntó Cleves quitándole la mochila a su esposa y entrando al campamento al raso.

"Sí, lo encenderé yo," respondió Selden. "¿Se encuentra bien, Sra. Cleves?"

Tressa dijo: "Deliciosamente cansada, gracias." Y sonrió levemente a su esposo cuando este soltó su propia mochila, se arrodilló y

extendió una manta para su esposa.

Él permaneció allí, arrodillado, mientras ella se sentaba. "¿Estás en buena forma?" preguntó él sin rodeos. Sin embargo, en esa brusquedad ella captó un vago matiz de otra cosa, quizá ansiedad, quizá ternura. Y su corazón se agitó deliciosamente en su pecho.

Él infló una almohada para ella. La luz del fuego brilló, iluminó, se extendió resplandeciente sobre sus pies. Ella se recostó con un ligero suspiro, relajada.

Entonces, la súbita emoción del tacto de su esposo inundó su rostro de color, pero ella yació tumbada inmóvil, con un brazo sobre los ojos, mientras él le desenrollaba las telas de las piernas y le desataba los zapatos embarrados.

El calor celestial del fuego le secó los pies calzados con medias. Más tarde, al borde del sueño, ella abrió los ojos y se encontró apoyada en el hombro de su esposo. Adormilada, obediente, tragó cucharadas del caldo caliente que él le iba administrando.

"¿De verdad estás lo bastante cómoda, querida?" susurró él

"Maravillosamente. Y muy feliz. Gracias, querido."

Ella se tumbó dejándole que él le lavara la cara y las manos con agua tibia.

Cuando el fuego fue solo un montón de carbones moribundos, ella dio la vuelta sobre el lado derecho y extendió la mano un poco hacia la oscuridad. Tanteando medio dormida, tocó a su esposo y su mano se relajó en el nervioso apretón de Cleves. Y cayó ella en el sueño más perfecto que había conocido en años.

Soñó que alguien le susurraba: "Querida, querida, despierta. Es por la mañana, amada."

Ella abrió los ojos de golpe y vio a su esposo colocar una bandeja, recién trenzada de sauce indio, junto a su manta.

"Aquí está su desayuno, bella dama," dijo él sonriendo. "Y allí hay una poza de agua extremadamente helada. Vas a tener el

campamento para ti sola durante las próximas horas."

"Mi querido amigo," murmuró ella aún confundida por el sueño, y extendió la mano para tocarle la mano. Él tomó la de ella y la besó, el dorso y la palma, y ella se levantó apresuradamente, como asustada.

"Selden y yo seremos los centinelas," murmuró él. "No hay prisa, ¿sabes?"

Ella oyó a él y a su camarada alejarse sobre las hojas secas. Los pasos retrocedieron, un palo seco se partió a lo lejos; luego, el silencio invadió sigilosamente el lugar como un cauteloso ser vivo, reptando inadvertido entre el dorado crepúsculo de los bosques.

Sentada en la manta, ella se bebió el café, comió un poco y se acostó de nuevo al sol temprano, sintiendo el calor también en los pies del montón de blanquecinas ascuas.

Durante una hora dormitó despierta, abriendo los ojos somnolienta de vez en cuando para mirar a través del claro hacia el estanque sobre el cual una única libélula relucía en guardia.

Finalmente se levantó resueltamente, agarró un poco de jabón y bajó hasta el borde de la poza.

Tressa vestía camisa de franela y pantalones cortos cuando su esposo y Selden saludaron al campamento y aparecieron caminando despacio hacia la fogata apagada.

Sus rostros graves frenaron la sonrisa de Tressa a modo de saludo. Su esposo se acercó y le puso una mano en el brazo, mirándola con ojos pensativos y preocupados.

"¿Qué es el Tchordagh?" Dijo él en voz baja.

La cara tranquila de la chica se puso blanca.

"¡El… el Tchordagh!" tartamudeó ella.

"Sí, querida. ¿Qué es eso?"

"No... no sé dónde has oído ese término," susurró ella. "El Tchordagh es el... el poder de Erlik. Es un término... En ese término está comprendido todo el mal, toda la astucia, toda la pervertida inteligencia espiritual del Mal, su poder siniestro, su amenaza. Es un término yazidí-alouäd, y está escrito en bronce con caracteres eighur en las Ocho Torres y en la Muralla de Gog y Magog; ¡en ningún otro lugar del mundo!"

"Está escrito en un pino a unos cuantos pasos de este campamento," dijo Cleves ausentemente.

Selden dijo: "Eso no lleva allí más de una hora o dos, Sra. Cleves. Se talló en un cuadrado de corteza y, en la superficie blanca de la madera, esa palabra está escrita en inglés."

"¿Puedes decirnos qué significa?" preguntó Cleves en voz baja.

El estudiado esfuerzo de Tressa por el autocontrol era evidente para ambos hombres.

Ella dijo: "Cuando se escribe esa palabra, entonces hay una lucha a muerte entre todos los poderes de la Oscuridad y aquellos que han leído las letras escritas de esa palabra. Pues está escrito en El Libro de Hierro que nadie más que el El Asesino de Khorassan —excepto los Ocho Jeques— leerán esa palabra escrita y vivirán para jactarse de haberla leído."

"Sentémonos aquí y hablemos," dijo Selden con seriedad.

Y cuando Tressa estuvo sentada en un tronco caído y Cleves sentado de piernas cruzadas a sus pies, Selden volvió a hablar, muy sobriamente: “En los límites de estos bosques, al noroeste, se encuentra un mar de abrojos, que crecen cerca, entretejidos y enmarañados, fuertes y homicidas como alambre de espino. A millas de distancia, en esta región casi impenetrable, se encuentra una parcela de árboles llamada Acre del Loco. En Wells oí que el único hombre que había logrado llegar a Acre del Loco era un trampero, y que aún vivía. Yo lo encontré en el Lago Arcoiris, un hombre muy mayor, que tenía un recuerdo bastante claro de Acre del Loco y su exhausto viaje hasta allí. Y me dijo que ese hombre había estado allí antes que él. Porque había allí una casa de piedra

sin techo y los restos de un jardín amurallado. Y una calavera en las profundidades de las hierbas silvestres."

Selden hizo una pausa y se miró las cicatrices recientemente curadas de las muñecas y manos.

"Fue un viaje horrible," dijo él sin rodeos. "Me tomó tres días abrir un túnel a través de esa maldita maraña de abedules grises y enmarañados. Acre del Loco es una arboleda de árboles gigantes: pinos, robles y arces de primer crecimiento. Grandes afloramientos de repisas de piedra caliza lo unían el este. Un arroyo recorre el bosque. Hay una casa allí, ya no sin techo, y está construida con losas de piedra caliza picada con fósiles. El vidrio de las ventanas es tan viejo que es iridiscente. Un muro de dos metros y medio engloba la casa, construida también con losas arrancadas del afloramiento rocoso y todas picadas con conchas fósiles. En el interior hay un jardín, no los restos de uno, un hermoso jardín lleno de flores desconocidas. ¡Y en este jardín vi al yazidí de rodillas haciendo seres vivos con trozos de tierra muerta!"

"¡El Tchordagh!" susurró la chica.

"¿Qué estaba haciendo ese yazidí?" preguntó Cleves con nerviosismo.

Involuntariamente, los tres se acercaron el uno al otro allí bajo la luz del sol.

"Me fue difícil ver algo," dijo Selden con su voz tranquila y seria. "Era casi el crepúsculo: yo yacía tumbado sobre encima del muro bajo las ramas curvas de un enorme arbusto de lilas en plena floración. Los yazidíes..."

"¿Había dos?" exclamó Cleves.

"Dos. Estaban en cuclillas en el viejo camino de piedra que rodea uno de los macizos de flores." se giró hacia Tressa: "Ambos vestían telas blancas enrolladas alrededor de la cabeza y largas y suaves prendas blancas. Debajo de ellas se veían sus piernas desnudas y marrones, pero llevaban cosas en los pies que tenían la forma de lo que llamamos babuchas turcas... sólo que diferentes."

"Negras y verdes," asintió Tressa con el vago horror creciendo en su rostro.

"Sí. Las suelas de las babuchas eran de color verde brillante."

"El verde es el color sagrado del Islam," dijo Tressa. "Los sacerdotes de Satán lo contaminan manchando de verde las suelas de sus zapatos."

Después de un intervalo: "Continúa," dijo Cleves con nerviosismo.

Selden se acercó y ellos inclinaron la cabeza para escuchar: "No sé, ni siquiera ahora, qué estaban haciendo realmente esos yazidíes. En el crepúsculo era difícil ver con claridad. Pero os diré cómo me pareció. Una de estas criaturas en cuclillas sacaba un puñado de tierra del macizo de flores y la moldeaba durante unos momentos entre sus delgados y nervudos dedos, y luego abría las manos y... algo vivo, algo pequeño como una rata o un sapo, o Dios sabe qué, escapaba de entre sus palmas y salía corriendo hacia la hierba."

La voz de Selden falló y miró a Cleves con ojos asqueados. "No puedo... no puedo hacerte entender lo repulsivo que fue para mí ver una cosa viva que se retorcía entre sus dedos y, y salir corriendo o reptando, cositas repugnantes con espaldas jorobadas que brincaban o se escurrían por el césped."

"¿Qué diantres estaban haciendo estos yazidíes, Tressa?" preguntó Cleves casi con rudeza.

El rostro pálido de la chica se vio empañado por las huellas de un horror cada vez más profundo.

"Es el Tchor-Dagh," dijo ella mecánicamente. "Están usando todos los recursos del infierno para destruirme. ¡Están poniendo a prueba el gigantesco poder del Mal, como si este fuera un vasto motor cargado de atronadora destrucción! Y lo estaban probando para descubrir su tremenda capacidad de aniquilar..."

Su voz murió en una garganta seca, ella dejó caer su lívido rostro en ambas manos y permaneció así sentada.

Ambos hombres la miraron en silencio, sin atreverse a interferir.

Finalmente, la chica levantó su pálido rostro de sus manos.

"Eso es lo que estaban haciendo," dijo con voz apagada. "De la tierra inanimada estaban animando cosas, criaturas vivientes, para probar el poder infernal que están almacenando, que están concentrando para mi destrucción."

"¿Cuál es su propósito?" preguntó Cleves con dureza. "¿Qué esperan ganar estos hechiceros mongoles creando cositas vivas con trozos de tierra del jardín?"

"Están poniendo a prueba su poder," susurró la chica.

"¿Como poniendo a punto una inmensa máquina?" murmuró Selden.

"Sí."

"¿Con qué propósito?"

"Para hacer criaturas vivas más grandes de... de arcilla."

"¡Ellos no... no pueden crear!" exclamó Cleves. "No sé cómo, con qué asquerosos trucos, hacen ratas de la tierra. ¡Pero no pueden hacer... nada... nada como... como un hombre!

El cuerpo de Tressa tembló levemente. "Una vez," dijo ella, "en el templo, el príncipe Sanang tomó el polvo que trajeron en sacos de piel de cabra y moldeó el montón de tierra con las manos, de modo que semejaba el cuerpo de un hombre que yacía allí sobre el suelo de mármol bajo el santuario de Erlik. Y... y luego allí en las sombras donde solo ardía la Estrella Oscura —esa lámpara negra llamada la Estrella Oscura— el largo montón de polvo que yacía allí sobre el pavimento de mármol comenzó a... ¡A respirar!"

Se apretó el pecho con manos como para controlar su cuerpo tembloroso: "Yo lo vi. Vi la forma alargada de polvo comenzar a respirar, agitarse, moverse y levantarse lentamente..."

"¡Un truco yazidí!" espetó Cleves, pero ahora también él estaba temblando.

"¡Dios!" susurró la chica. "Solo Alá losabe, el Misericordioso, el

Prolongado Sufridor. Él sabe qué fue lo que las chicas del templo vimos allí, lo que Yulun vio, lo que Sa-n'sa y yo vimos allí levantándose del suelo de mármol como un hombre, y quedar de pie erguido en el oscuro crepúsculo de la Estrella Oscura."

Ella tenía las manos aferradas al pecho, el rostro como el de la muerte.

"Entonces," dijo ella, "vi al Príncipe Sanang sacar su sable de acero indio, y golpeó —una vez solo— y un hombre muerto cayó donde había estado la cosa. Y todo el mármol se inundó de sangre escarlata."

"Un truco," repitió Cleves con el fantasma de su propia voz. Pero su mirada se volvió vacía.

En ese momento, Selden habló en un tono que sonaba débilmente quejumbroso por la reacción emocional: "Hay un camino, un túnel debajo de la maraña de arbustos. Me tomó más de una semana abrirlo a tajos. Es posible llegar a Acre del Loco. Podemos intentarlo con nuestros rifles si usted lo dice, Sra. Cleves. "

La chica alzó la mirada. Un poco de color apareció en sus mejillas. Ella negó con la cabeza: "Puede que sus cuerpos no estén en el jardín," dijo ella como ausente. "Lo que usted vio puede que no haya sido esa parte de ellos, el material que muere por cuchillo o bala. Y es necesario que estos yazidíes mueran."

"¿Puedes tú hacer algo?" preguntó Cleves con voz ronca.

Ella miró a su esposo; trató de sonreír: "Debo intentarlo. Creo que será mejor que no perdamos tiempo, si el señor Selden quiere guiárnos...."

"¿Ahora?"

"Sí, creo que será mejor que vayamos," dijo la chica. Su sonrisa aún permanecía impresa en los labios, pero sus ojos parecían preocupados, como si siguieran los movimientos de algo remoto que pasaba por el horizonte lejano.

14. Un rastro de muerte

El camino a Acre del Loco estaba bajo un enredado dosel de espinas, bajo podridas frutas caídas de abedules grises, a través de túnel tras túnel de caídos escombros sólidamente hilvanados con millones de resistentes hebras de zarzas de gato que cortaban la carne como alambre de espino.

Había sangre sobre Tressa, donde su camisa de franela había sido perforada en una veintena de lugares. Cleves y Selden habían resultado cortados dolorosamente.

Silenciosas corrientes como hilos fluían en la oscuridad bajo la enmarañada masa que los cubría. A veces podían moverse erguidos, más a menudo iban doblados, y había largos tramos en los que tenían que avanzar a rastras sobre manos y rodillas a través de escasos pastos silvestres, tierra blanda y podrida o senderos de musgos de turbera que les enfriaban la febril piel en sus aterciopeladas y gélidas profundidades.

Al mediodía descansaron y comieron, tumbados bajo el techo enmarañado de su túnel.

Cleves y Selden tenían sus rifles. Tressa yacía como una esbelta chica, con las manos cortadas por las zarzas.

Y, mientras ella yacía allí, su esposo hizo una esponja con un puñado de musgo y le lavó la cara y los brazos, limpiando la sangre seca de la piel, mientras la chica lo miraba con ojos graves e inescrutables.

El sol estaba bajo sobre el páramo cuando llegaron a los bosques de Acre del Loco. Salieron cautelosamente de las zarzas, entre helechos y espacios abiertos alfombrados de agujas de pino y hojas muertas que empezaban a arder con un dorado rojizo bajo los rayos del sol.

Tumbados detrás de un enorme roble, permanecieron escuchando un rato. Selden señaló a través del bosque hacia el este, susurrando que la casa estaba allí no muy lejos.

"¿No crees que podríamos arriesgarnos y usar nuestros rifles?" preguntó Cleves en voz baja.

"No. Es el Tchor-Dagh quien se enfrenta a nosotros. Deseo hablar con Sansa," murmuró ella.

Un momento después, Selden le tocó a Tressa el brazo. "¡Dios mío," suspiró él, "quién es esa!"

"Es Sansa," dijo Tressa con calma, y se sentó entre los helechos. Y al instante siguiente, Sansa salió delicadamente de la roja luz del sol y se sentó entre ellos sin hacer ni un ruido.

Nadie habló. La recién llegada miró a Selden, sonrió levemente, se sonrojó, luego vislumbró a Cleves en el claro y un destello malicioso asomó a sus ojos rasgados.

"¿No le dije a mi señor verdades?" preguntó ella en recatado susurro. "Tan cierto como el sol es un dragón y la perla llameante arde entre sus garras, así de cierto arde el alma de Corazón de Llama entre tus protectoras manos. Hay tantas palabras como demonios, mi señor, pero está escrito que Niaz es la más grande de todas las palabras salvo por el nombre de Dios."

Ella dio una carcajada sin ningún sonido, dulcemente maliciosa desde donde estaba sentada entre los helechos.

"Corazón de Llama," le dijo a Tressa, "tú me llamaste y yo hice el esfuerzo."

"Querida," dijo Tressa con su voz emocionante, "los yazidíes están haciendo seres vivos del polvo, como Sanang Noïane hizo aquella cosa en el Templo, y como la mató ante nuestros ojos."

"El Tchor-Dagh," dijo Sansa con calma.

"El Tchor-Dagh," susurró Tressa.

Las suaves manitas de Sansa subieron reptando hasta el cuello de su extraña túnica azul y ella lo agarró. "En el nombre de Dios el Misericordioso," dijo sin un temblor, "Escúchame, Corazón de Llama, y que mi alma sea rescate por la vuestra."

"Te escucho, Sansa."

Sansa dijo, dedos aún agarrando el cuello bordado de su túnica: "Más allá, detrás de los muros, dos Jefes de Torre se medran con el Tchor-Dagh, haciendo seres vivos del insensible polvo que ellos raspan del jardín."

Selden se humedeció los labios resecos. Sansa dijo: "Los yazidíes que han llegado a este páramo son Arrak Sou-Sou, la Ardilla; y Tiyang Khan... ¡Que Dios los recuerde en el Infierno!"

"Que Dios los recuerde," dijo Tressa mecánicamente.

"Y estos dos hechiceros yazidíes," continuó Sansa con frialdad, "han avanzado tanto en el Tchor-Dagh porque ahora deambulan por estos bosques cavando como demonios en busca de las raíces del ginseng; y tú sabes; oh, Corazón de Llama, lo que eso indica."

"¿Crece ginseng en estos bosques?" Exclamó Tressa con un nuevo terror en sus muy abiertos ojos.

"El ginseng crece aquí, pequeño Corazón de Rosa, y las raíces son tan perfectas como los cuerpos humanos. Y Tiyang Khan se agacha en el jardín amurallado moldeando las raíces de ginseng en sus sucias manos, mientras Sou-Sou la Ardilla rasca entre las hojas muertas de la maderas en busca de raíces tan perfectas como un cuerpo humano desnudo. Todo el día Sou-Sou hurga entre los árboles. Todo el día Tiyang acaricia, frota y moldea las raíces de ginseng en sus delgados dedos. Eso es el Tchor-Dagh, Corazón de Llama. Y estos Hechiceros deben ser destruidos."

"¿Están sus cuerpos aquí?"

"Arrak está en el cuerpo. Y así ha de cumplirse: ¡escucha atentamente, Corazón de Rosa en Llamas! Yo me quedaré aquí con..." Miró a Selden y se sonrojó un poco; "con usted, milord. Y cuando la Ardilla venga cavando, así mi señor lo ha de destruir de una bala. Y cuando él oiga a su alma despedirse de su cuerpo, yo haré prisionera su alma y la enviaré a la Estrella Oscura. Y el resto ha de estar en manos de Alá."

Se volvió hacia Tressa y tomó sus manos entre las suyas: "Está escrito en las Páginas de Hierro," susurró Sansa, "que pertenecemos a Erlik y volvemos a él. Pero en el Libro de Oro está escrito de otra manera: «¡Dios nos proteja de Satán que fue lapidado!» ¡Por tanto, en el nombre de Alá! ¡Ahora, Corazón de Llama, cumple con tu deber!"

Un rubor ardiente saltó sobre los rasgos de Tressa.

"¿Es mi alma, entonces, mía?"

"Pertenece a Dios," dijo Sansa con gravedad.

"¿Y... Sanang?"

"Dios es el más grande."

"Pero ¿estaba Dios allí, en el Lago de los Fantasmas?"

"Dios está en todas partes. Así está escrito en el Libro de Oro," respondió Sansa apretándole las manos con ternura.

"Recita el Fatha, Corazón de Llama. Tus labios no se endurecerán, Dios escucha."

Tressa se levantó en la gloria del ocaso y quedó como aturdida, y toda carmesí a los últimos rayos de fuego del sol poniente.

Cleves también se levantó.

Sansa rió silenciosamente: "¡Mi señor quiere ir adonde tú vas, Corazón de Fuego!" Le susurró. "¡Y tus caminos han de ser sus caminos!"

Las mejillas de Tressa ardieron, ella se giró y miró a Cleves.

Entonces Sansa se levantó y puso una mano sobre el brazo de Tressa y sobre el de su esposo: "Escuchad atentamente. Tiyang Khan debe ser destruido. La señal suena cuando el disparo de rifle de mi señor haga un fuerte ruido aquí entre estos árboles."

"¿Puedo yo vencer al Tchor-Dagh?" Preguntó Tressa con firmeza.

"¿No está ese evento ya en manos de Dios, querida?" dijo Sansa suavemente. Sonrió y volvió a sentarse junto a Selden entre las hojas de los helechos caídos.

"Pide a tu querido señor que deje su rifle aquí," añadió ella en voz baja.

Cleves dejó su arma. Selden apuntó hacia el este en silencio.

Así ellos fueron juntos al bosque cada vez más oscuro. En el crepúsculo del espeso follaje que dominaba el jardín, Tressa yacía plana como un lagarto encima del muro. Junto a ella yacía su esposo.

En el jardín debajo de ellos, las flores florecían en matorrales perfumados, rodeados por senderos de planas losas de piedra partidas de la roca. Un pequeño césped, muy verde, centraba el jardín.

Y en este césped, en el claro crepúsculo aún teñido por los sombríos fuegos de la caída del sol, estaba sentado en cuclillas un hombre vestido con una holgada prenda blanca.

Salvo por un trozo de tela blanca retorcida, su cabeza rapada estaba desnuda. Sus nervudos pies también estaban desnudos, con los delgados y atezados dedos enterrados en la hierba.

Los labios de Tressa tocaron la oreja de su esposo: "Tiyang Khan," suspiró ella. "¡Observa lo que hace!"

Allí yacían ambos hombro con hombro, sin apenas osar respirar, ojos fijos en el hechicero mongol, quien, acuclillado, grave y deliberado como un gran simio gris, continuaba ocupado con el oscuro asunto que tan intensamente lo preocupaba.

En un exíguo semicírculo sobre la hierba frente a él, había colocado una docena de raíces silvestres de ginseng. Las raíces eran enormes, asombrosamente modeladas como el cuerpo humano, casi repulsivas en su extraña simetría.

El yazidí había tomado una de estas raíces en sus manos. Allí en cuclillas en la penumbra, comenzó a masajearla entre sus dedos

largos y musculosos, frotando, moldeando, presionando la raíz con acariciadora deliberación.

Su pausada manipulación, durante unos momentos, parecía no producir ningún resultado. Pero poco después la raíz de ginseng adquirió un color más claro y más flexible, cediendo a sus dedos, volviéndose pálida como el marfil, sinuosamente ágil en una simetría más nueva y más delicada.

"¡Mira!" jadeó Cleves agarrando el brazo de su esposa. "¿Qué está haciendo ese hombre?"

"¡El Tchor-Dagh!" susurró Tressa. "¿Ves lo que se retuerce en sus manos?"

La raíz de ginseng se había convertido en el diminuto cuerpo desnudo de una mujer, una criaturita de color blanco marfil que luchaba por escapar entre las manos que la habían creado, entre manos oscuras, poderosas y magistrales, que ahora se abrían pausadamente y liberaban al ser vivo que habían dado forma.

La cosa trepó entre los dedos del Hechicero, saltó a la hierba, corrió un corto tramo y se escondió, se agachó jadeando, casi oculta por la hierba alta. Los sorprendidos observadores del muro aún podían ver a la criatura. Tressa sintió que el cuerpo de Cleves temblaba a su lado. Ella apoyó una mano fría y firme sobre la de él.

"Eso es el Tchor-Dagh," suspiró cerca de su rostro. "El Hechicero Mongol se está volviendo formidable."

"¡Oh, Dios!" murmuró Cleves. "¡Esa cosa que hizo está viva! La vi. Puedo verla allí escondida en la hierba. ¡Está asustada, respira! ¡Está viva!"

Su pistola, que él aferraba en la mano derecha, temblaba. Su esposa le puso la mano encima y negó con la cabeza con cautela.

"No," dijo ella, "eso no sirve."

"Pero lo que ese yazidí está haciendo es... es blasfemia."

"¡Míralo! Su mente está tanteando sigilosamente su camino entre las

leyes y secretos del Tchor-Dagh. Ha encontrado un hilo. ¡Lo está siguiendo a través de los intrincados pasillos hacia el propio laberinto del infierno! Ha creado una cosa diminuta a la imagen del Creador. Intentará crear un ser más grande ahora. ¡Míralo con sus raíces de ginseng!"

Tiyang, asomando como un mono en cuclillas en el crepúsculo cada vez más profundo, moldeaba y masajeaba las raíces de ginseng, una tras otra. Y una tras otra, diminutas criaturas desnudas se escurrían entre sus dedos fuera de sus palmas y se escabulliian entre la hierba.

El césped en penumbra ya estaba vivo con ellas, quienes correteaban por la hierba, entrando entre los macizos de flores, cositas de un blanco fantasmal que brillaban de sombra en sombra como rayos de luna.

La boca de Tressa tocó la oreja de su esposo: "Es por el secreto de la Destrucción que el yazidí busca. Pero primero debe aprender el secreto de la creación. Está aprendiendo, y no debe aprender más de lo que ya ha aprendido."

"Ese yazidí es un hombre vivo. ¿Debo disparar?"

"No."

"Puedo matarlo con el primer disparo."

"¡Escucha!" susurró emocionada, cerrando la mano convulsivamente sobre el brazo de su esposo.

El latigazo del disparo de un rifle aún crepitaba en los oídos de ambos

Tiyang se había puesto de pie de un salto en el crepúsculo, una raíz de ginseng, medio viva, colgaba de una mano y comenzaba a retorcerse.

De pronto, el primer rayo de luna cayó por el muro y, en su brillo, Tressa se levantó de rodillas y alzó la mano derecha.

Entonces fue como si su palma atrapara y reflejara el rayo de la

luna, y lo arrojara como un cegador rayo directamente al oscuro rostro de Tiyang-Khan.

El yazidí cayó como si hubiera sido atravesado por una saeta de acero y quedó tendido sobre la hierba bajo el espeluznante resplandor.

Y donde habían estado sus rasgos, solo había un agujero en la cabeza.

Entonces algo pavoroso ocurrió, pues por todas partes la hierba estaba plagada de las criaturitas desnudas que él había creado, corriendo, trepando, escabullándose, lanzándose hacia el agujero negro que había sido el rostro de Tiyang-Khan.

Se precipitaban dentro del horrible orificio, apiñándose, empujándose unas a otras con tanta violencia que la cabeza se sacudía de un lado a otro sobre la hierba como una masa ondulante, inerte y pringosa a la luz de la luna.

Y luego el cuerpo de Tiyang-Khan, Guardián de la Muralla de Gog y Magog, y Señor de la Séptima Torre, comenzó a arder con fuego blanco, una combustión tenue y reluciente que parecía cubrir las extremidades como una bruma incandescente.

En el muro estaba arrodillada Tressa, el fulgor de su mano alzada fluía encima de la forma ardiente de abajo.

Cleves estaba erguido alto y sombrío junto a su esposa, con la pistola inútil pendiendo en su agarre.

Luego, en el silencio del bosque y muy cerca, oyeron reír a Sansa. Y la voz ansiosa de Selden: "Arrak está muerto. El Sou-Sou cuelga de una roca bocabajo, como una ardilla. ¿Va todo bien con vosotros?"

"Tiyang está de camino a su estrella," dijo Tressa con calma. "En algún lugar del mundo su cuerpo se ha despedido de su mente. Y así su cuerpo puede vivir un poco, ciego, en la oscuridad mental, alimentado por otros y bloqueado de todo el día, toda la noche, hasta el final."

Sansa, en la base del muro, se volvió hacia Selden: "¿He de traer mi

cuerpo conmigo algún día, mi señor?" preguntó ella con recato.

"Oh, Sansa..." susurró él, pero ella le puso una fragante mano sobre los labios y dio una carcajada a la luz de la luna.

15. A la luz del fuego

En 1920, todo el mundo espiritual temblaba bajo el estruendoso impacto de las olas rojas que golpeaban las fronteras de la civilización de polo a polo.

Hasta fuera del pozo del infierno de Asia había hervido la fundida inundación, sumergiendo Rusia, abalándose en olas gigantes sobre Alemania y Austria, empapando Italia, Francia, Inglaterra con su sangrienta cellisca.

Y ahora la Lluvia Roja estaba salpicando los Estados Unidos de costa a costa, y la insensata administración, asustada hasta la estupidez por fin, comenzó un frenético intento de drenar al país de la inmunda inundación y levantar barreras contra el amenazante diluvio.

En todos los estados y ciudades, los agentes federales realizaron arrestos al por mayor, ¡demasiado tarde!

Un millón de mentes ya habían sido pervertidas y dominadas por la terrible Secta de los Asesinos. Otro millón enfermaba bajo el terrible poder psíquico de los yazidíes.

Miles de los discípulos de los yazidíes adoradores del diablo ya habían sido arrestados y retenidos para deportación, pobres y desdichadas criaturas cuyas mentes ya no eran las suyas, sino que habían sido furtivamente sorprendidas, capturadas y dominadas por adeptos mongoles, y colmadas de un feroz odio contra sus hombres.

Aún así, de los Ocho Asesinos yazidíes, sólo dos permanecían vivos en Estados Unidos: Togrul y Sanang, el Desteuctor de Almas.

Yarghouz estaba muerto. Djamouk el Zorro, Kahn de la Quinta Torre estaba muerto. Yaddin-ed-Din, Arrak el Sou-Sou, Gutchlug, Tiyang Khan, todos estaban muertos. Seis Torres se habían tornado oscuras y silenciosas. Fuera de estas había acelerado el último pensamiento maligno, la última forma maligna. La última perversa plegaria había sido dicha a Erlik, Khagan de todas las Tinieblas.

Pero su emisario en la tierra, el príncipe Sanang, aún vivía. Y pisándole los talones a Sanang se movía furtivo Togrul, Tougtchi de Sanang Noïane el Destructor de Almas.

En los Estados Unidos se había producido un cese de la campaña activa de violencia contra los gobernantes. Los infelices embaucadores de los yazidíes, como el I. W. W. y otros radicales, estaban por el momento físicamente inactivos. Cesó el terrorismo crudo con sus más brutales atropellos contra la vida y la ley. Pero dos millones de hoscos ojos, en los que se había extinguido todo pensamiento humano independiente, observaban sin pestañear las detenciones en masa del gobierno, observaban a los aterrorizados funcionarios correr de un lado a otro para ejecutar el mandato de una administración miserable; observaban y esperaban en un pavoroso silencio.

En ese período de ominoso silencio que se apoderó de la tierra, el grupito de hombres del Servicio Secreto que rodeaba a la joven, la única que se interponía entre una civilización temblorosa y la amenaza del propio caos del infierno, estaba convencidi de que Sanang estaba preparando un esfuerzo final y terrible para abrumar por completo el último vestigio de civilización en los Estados Unidos.

Qué forma este plan desarrollaría, ellos no podían ni imaginarlo.

John Recklow envió a Benton a Chicago para vigilar ese centro de infección en busca de la aparición allí del yazidí Togrul.

Selden fue a Boston, donde un grupo con poco intelecto de socialistas de salón de Cambridge estaba hablando demasiado alto y resuelto para complacer incluso a los más tolerantes de Harvard.

Pero ni Togrul ni Sanang se habían materializado hasta ahora en ninguna de las ciudades, y John Recklow merodeaba por los alrededores de Nueva York visitando extraños derroteros y oscuras dependencias donde siempre ardían las lúgubres ascuas de la revolución, esperando al yazidí, que representaba la profunda y vital raíz de este mal psíquico que amenazaba las mentes de toda la humanidad: Sanang, el Destructor de Almas.

Los alojamientos de Recklow estaban escondidos en Westover Court: tres dormitorios, un salón y una cocinita. Tressa Cleves ocupaba un dormitorio, su esposo otro, Recklow el tercero.

Y en este diminuto apartamento oculto entre un grupo de antiguos edificios cuya existencia misma era desconocida para los millones que pululaban por las calles de la ciudad más grande del mundo, aquí en Westover Court, a una docena de pasos del rugido de Broadway, estaba viviendo ahora una joven bajo cuyo poder psíquico descansaba la única esperanza del mundo.

La tarde se había vuelto gris y amarga; aún caían copos irregulares, un pálido crepúsculo se apoderaba de la ciudad nevada, por la cual pasaban trenes y taxis iluminados en neblinosa penumbra.

A las tres de la tarde todas las tiendas estaban iluminadas. Las ventanas sur del Hotel Astor al otro lado de la calle extendían una luz enfermiza sobre los antiguos edificios de Westover Court cuando John Recklow entraba en el pasillo embaldosado, tomaba las escaleras a la izquierda y se dirigía directamente a su apartamento.

Abrió la puerta, entró y se quedó un momento en la entrada sacudiéndose la nieve del sombrero y el abrigo.

La lámpara del salón estaba apagada, pero él podía ver un fuego en la chimenea y Tressa Cleves sentada cerca, con los ojos fijos en las brasas encendidas.

Le dio él las buenas noches en voz baja; ella volvió su encantadora cabeza y asintió, y él acercó una silla al fuego y estiró los zapatos mojados hacia el calor.

"¿Víctor sigue fuera?" preguntó él.

Ella dijo que su esposo aún no había regresado. Sus ojos estaban en el fuego, los de Recklow descansaban en ese rostro sombrío.

"Benton atrapó a su hombre en Chicago," dijo él. "No era Togrul Kahn."

"¿Quién era?"

"Sólo un faquir, un profesor hindú que había estado predicando la sedición a un grupito de grasientos bengaleses de Seattle. He tenido noticias de Selden también."

Ella asintió con indiferencia y levantó los ojos.

"Ni Sanang ni Togrul han aparecido en Boston," dijo él. "Yo creo que están aquí en Nueva York."

La chica no dijo nada.

Después de un silencio: "¿Estás preocupada por tu esposo?" preguntó él abruptamente.

"Siempre estoy intranquila cuando él está ausente," dijo ella en voz baja.

"Por supuesto. Pero supongo que él no lo sabe."

"Supongo que no."

Recklow se inclinó, tomó un carbón con las tenazas y encendió un puro. Recostándose en su sillón, dijo con voz pensativa: "No, supongo que tu esposo no se da cuenta de que estás profundamente preocupada por su bienestar."

La chica permaneció en silencio.

"Supongo," dijo Recklow en voz baja, "que él ni sueña que estás enamorada de él."

Tressa Cleves no movió un músculo. Después de un largo silencio, dijo con su voz uniforme: "¿Cree usted que estoy enamorada de mi esposo, Sr. Recklow?"

"Creo que te enamoraste de él la primera noche que lo conociste."

"Lo hice."

Ninguno de los dos volvió a hablar durante unos minutos. El puro de Recklow salió mal. Él se levantó, encontró otro y regresó al fuego, pero no lo encendió.

"Hace un día de perros, ¿no?" dijo él con un escalofrío, y arrojó un balde de carbón al fuego.

Vieron las llamas azules jugar tras la rejilla.

Tressa dijo: "No pude evitar enamorarme de él más de lo que podía detener el latido de mi corazón. Pero no soñé que nadie lo supiera."

"¿No crees que él debería saberlo?"

"¿Por qué? Él no está enamorado de mí."

"¿Está segura, Sra. Cleves?"

"Sí. Es maravillosamente dulce y amable. Pero no podría enamorarse de una chica que ha sido lo que yo he sido."

Recklow sonrió. "¿Qué has sido, Tressa Norne?"

"Usted lo sabe."

"¿Una chica de templo en Yian?"

"Y en el Lago de los Fantasmas," dijo ella en voz baja.

"¿Qué hay de eso?"

"No puedo decírselo, Sr. Recklow. Sólo que perdí mi alma en el Templo yazidí."

"¡Eso es falso!"

"Ojalá fuera falso. Mi esposo me dice que nada puede dañar el alma de verdad. Yo intento creerle, pero Erlik vive. Y cuando mi alma por fin escape de mi cuerpo, no escapará del Destructor de Almas."

"Eso es monstruosamente falso..."

"No. Le aseguro que el príncipe Sanang destruyó mi alma. Y el fantasma de mi alma pertenece a Erlik. ¿Cómo puede un hombre enamorarse de una chica así?"

"¿Por qué dices que Sanang destruyó tu alma?" preguntó Recklow

mirando a través de la enrojecida luz del fuego ese rostro desviado.

Ella yació inmóvil en su silla por un momento, luego se volvió de repente hacia él: "¡La destruyó! Vino al Lago de los Fantasmas como mi amante. Él pretendía haberlo hecho allí, pero yo no lo quise aceptar, ¡no quise escuchar, ni soportar su toque! Me burlé de él y de su pasión. Me reí de sus Tchortchas. ¡Ellos tenían miedo de mí!"

Ella se levantó a medias de la silla, se agarró los brazos y volvió a sentarse con los ojos encendidos por el recuerdo de los errores.

"¿Cómo me atrevo a mostrarle a mi querido señor que estoy enamorada de él cuando el alma de Sanang sacó mi alma de mi cuerpo un día. ¡Cuando sorprendió mi alma mientras mi cuerpo yacía dormido en el Templo yazidí y se la llevó en sus brazos hacia las mismas puertas del infierno!"

"Buen Dios," susurró Recklow; "¿Qué quieres decir? Tales cosas no pueden suceder."

"¿Por qué no? Suceden. Fui pillada desprevenida. Era una tarde dorada y Yulan, Sansa y yo estábamos comiendo naranjas junto a la fuente en el santuario interior. Y yo me tumbé junto a la piscina e hice el esfuerzo, ¿entiende?"

"Sí."

"Muy bien. Mi alma dejó mi cuerpo dormido y salió por encima de las copas de las flores, ociosamente, sin propósito ni intención, mientras los vientos soplan en verano. Fue en el Bosque de la Polilla Blanca que vi el alma de Sanang bajar destellando como un rayo de fuego y envolve mi alma en llamas! Y, en un instante, estábamos a las puertas del infierno antes de que yo pudiera liberarme de su abrazo. Luego, junto al estanque del Templo, entre las naranjas, grité dormida y mi cuerpo aterrorizado se sentó sollozando y temblando en los brazos de Yulun. Pero el Destructor de Almas había destruido la mía en el Bosque de la Polilla Blanca, la destruyó al atraparme en sus brazos en llamas. Y ahora ya sabe usted por qué una mujer como yo no se atrevo a inclinarse para besar el polvo de los pies de mi querido Señor.¡Aie-a! Aie-a! Yo, que he perdido el alma de mi chica por el que la destruyó en el Bosque de la Polilla

Blanca!"

Ella estaba sentada meciéndose en su silla a la roja luz del fuego, con las manos enmarcando ese hermoso rostro, sus ojos mirando al frente como si vieran abriéndose ante ellos, a través de las sombras de esa habitación, toda la temible magia del Este donde la llama danzante de la ardiente alma de Sanang iluminaba su camino por el bosque encantado hacia el infierno.

Recklow se había puesto pálido, pero su voz fue firme. "Yo no veo ninguna razón," dijo él; "por la que tu esposo no debería amarte."

"Le digo que el alma de mi chica perteneció a Sanang, que fue parte de la suya, por un instante."

"Que está quemada de pura escoria."

"Está quemada."

Recklow guardó silencio. Tressa yacía profundamente en su sillón, retorciendo los blancos dedos.

"¿Qué lo hace retrasarse tanto?" dijo ella. "Envié mi alma dos veces a buscarlo y no pude encontrarlo."

"Envíala otra vez," dijo Recklow, temeroso.

Durante diez minutos la chica yació como dormida, luego sus ojos se abrieron y dijo adormilada: "No puedo encontrarlo."

"¿Descubriste… descubriste algo mientras... mientras estuviste… fuera?" preguntó Recklow con cautela.

"Nada. Hay una densa oscuridad ahí fuera, me refiero a una oscuridad que se acumula sobre toda la tierra. Es como una niebla negra. Cuando los condenados rezan a Erlik, hay una oscuridad que se acumula como una bruma marrón...

Su voz cesó. Las manos se tensaron sobre los brazos de su silla.

"¡Eso es lo que está haciendo Sanang!" Dijo ella con voz jadeante.

"¿El qué?" preguntó Recklow.

"¡Rezando! ¡Eso es lo que está haciendo! ¡Un millón de pervertidas mentes que él ha atrapado y obsesionado se están concentrando en oraciones blasfemas a Erlik! Sanang las está dirigiendo. ¿Entiende el terrible poder de un millón de mentes todas dispuestas, al unísono, hacia la destrucción del bien y el triunfo del mal? ¡Un millón de mentes humanas! ¡Más! Porque eso es lo que está haciendo. Esa es la densa oscuridad que se está acumulando sobre todo el mundo occidental. Es la terrible materialización del poder del mal de las mentes malvadas, todos centrados en el único pensamiento de que el mal debe triunfar y que el bien debe morir."

Estaba sentada, agarrada a los brazos de su silla, pálida, rígida, terriblemente alerta, terriblemente iluminada ahora con respecto al nuevo y espantoso augurio que amenazaba la cordura de la humanidad.

Ella dijo, con su voz firme y sin emociones: "Cuando los Hechiceros yazidíes desean abrumar a un pueblo nómada —a algún *yort* tal vez que haya resistido a los Jeques de las Ocho Torres— entonces el Destructor de Almas cabalga con sus Estandartes Negros hacia el Namaz-Ga, o el Lugar de Oración. Dos puentes de mármol conducen allí. Hay mil cuatrocientas mezquitas allí. Luego vienen los Ocho, cada uno con su sudario, cantando las oraciones por los muertos en el infierno. Y allí los yazidíes rezan blasfemamente con todas sus mentes al feroz unísono. Y yo he visto un pequeño *yort* lleno de Caras Anchas con esos ojos rasgados y barbas ralas, enfermar y morir, y volverse negros al sol como si la plaga hubiera soplado sobre ellos. Y he visto a los Narices Largas y a los barbas tupidas de las ciudades amuralladas marchitarse y perecer en la explosión y la ruina del Namaz-Ga, donde el Destructor de Almas se sentaba en su silla de montar y rezaba a Erlik, y medio millón de yazidíes rezaban en unísona blasfemia."

La cabeza de Recklow descansaba sobre la mano izquierda. La otra, inconscientemente, se había deslizado hacia la pistola, el arma que se había vuelto tan inútil en esta terrible lucha entre esta chica y las desatadas fuerzas del infierno.

"¿Es eso lo que crees que trama Sanang?" preguntó él gravemente.

"Sí, lo sé. Se ha apoderado de las mentes de un millón de hombres en Estados Unidos. Cada anarquista se está concentrando hoy en un esfuerzo mental maligno y supremo bajo la dirección de Sanang, para desear el triunfo del mal y la perdición de la civilización. Ojalá mi esposo regresara a casa."

"¿Tressa?"

Ella giró su rostro, pálido a la luz del fuego: "Si Sanang ha designado un lugar de oración," dijo ella. "él mismo rezará en ese lugar. Ese será el Namaz-Ga para los dos últimos hechiceros yazidíes que aún viven en el Mundo Occidental."

"Eso es lo que quería preguntarte," dijo Recklow en voz baja. "¿Quieres intentarlo una vez más, Tressa?"

"Sí. Enviaré mi alma de nuevo a buscar el Namaz-Ga."

Ella se recostó en su sillón y cerró los ojos.

"Solo que," agregó como para sí misma, "desearía que mi querido señor estuviera a salvo en esta habitación a mi lado. Que los guerreros de Dios sean su escolta. Y que están bien armados y puedan prevalecer sobre los demonios. ¡Aie -a! Ojalá mi señor regresara a casa fuera de la oscuridad. ¿Sr. Recklow?"

"Sí, Tressa."

"Creo que lo he oído en las escaleras."

"Aún no."

"¡Aie-a!" suspiró ella y volvió a cerrar los ojos.

Ella yació como muerta. No se oía ningún sonido en la habitación salvo el suave ronroneo del fuego.

De repente, de la chica dormida estalló una voz asustada: "¡Yulun! ¡Yulun! ¿Dónde está esa doncella amarilla del Baroulass? ¿Qué está haciendo esa joven elegante que pertenece a Togrul Kahn? ¡Yulun! ¡Tengo miedo de ella! ¡Dile a Sansa que vigile que ella no se agite del Lago de los Fantasmas! Advierte a esa joven Hechicera

Baroulass que si se revuelve la destruyo. Y que sé cómo hacerlo a pesar de Sanang y de todas las oraciones del Namaz-Ga ¡Yulun! ¡Sansa! ¡Vigiladla, seguidla, corazones de llama! ¡Mi alma sea rescate para la vuestra! ¡Tokhta!"

Los ojos de la chica se abrieron. Poco después se agitó ligeramente, se pasó una mano por la frente y giró la cabeza hacia Recklow.

"No he podido descubrir el Namaz-Ga," dijo con fatiga. "Ojalá mi esposo quisiera regresar."

16. El lugar de oración

Su esposo la llamó por teléfono unos minutos después: ¡Cincuenta y tres, seis-veintiséis al habla! ¿Quién es?"

"Uve sesenta y nueve," respondió alegremente su joven esposa. "¿Estás bien?"

"Sí. ¿Está ahí MH 2479?"

"Está aquí."

"Muy bien. Hace una hora vi a Togrul Khan en una limusina y lo perseguí en un taxi. Su coche escapó en la niebla, pero fue posible distinguir el número. Una limusina Cadillac vacía llevando ese número está esperando ahora fuera de la calle 44 en la entrada al hotel Astor. El portero la mantendrá hasta que yo termine de telefonear. Dile a MH 2479 que envíe hombres para cubrir este asunto.'

"¡Víctor!"

"Que tenga cuidado, sí, ¿qué pasa?"

"Te ruego que no te metas en este asunto hasta que pueda unirme a ti."

"Entonces, date prisa. Está justo al otro lado de la calle de Westover Court..." Su voz cesó; ella escuchó otra voz, débilmente, y una exclamación de su esposo; luego su voz apresurada por el línea: "El portero acaba de enviar un mensaje de apremio. ¡El número del coche es NY015 F 0379! ¡Tengo que irme! Adió..."

Él dejó la cabina al final de la avenida Peacock, bajó corriendo los escalones de mármol a la izquierda y salió a la acera nevada, pasando en su camino a una joven envuelta en chinchilla hasta los ojos que entraba apresuradamente en el hotel. Cuando llegó al lugar donde estaba la limusina, vio que seguía vacía, aunque la puerta estaba abierta y el motor en marcha. Junto al chófer estaba el

portero con cordones dorados, el portero del carruaje magníficamente uniformado y un policía montado.

"¡Ey!" dijo este último al ver a Cleves; "¿Qué pasa aquí? ¿Por qué están reteniendo este coche?"

Cleves le hizo una seña, susurró y luego se volvió hacia el portero. "¿Por qué me mandaste a buscar? ¿Estaba tratando de salir el chófer?"

"Sí, señor. Una salió corriendo y entró de un salto, y el chofer empieza el motor..."

"¡Una dama! ¿Adónde fue?"

"Era esa joven dama de piel de chinchilla. La que acababa de ver al salir corriendo. ¡Sí, señor! Pues, tan pronto como detuve el coche y llamé a este policía, ella abre la puerta y sale y sube y se pira dentro del hotel otra vez..."

"¡Retenga ese coche, oficial!" interrumpió Cleves. "¡Manténgalo aquí y arreste a cualquiera que entre! Ahora vuelvo..."

Giró y se apresuró hacia el hotel, cruzó la avenida Peacock y examinó a todas las mujeres que pasaba buscando una forma delgada envuelta en chinchilla. No hubo envolturas de chinchilla en la avenida Peacock; ninguna en el comedor donde la gente ya empezaba a reunirse y la orquesta tocaba ahora; ninguna jovencita vestida de chinchilla en la sala de espera ni en el comedor norte.

Entonces, de pronto, al otro lado del abarrotado vestíbulo, vio a una chica esbelta y con la cabeza descubierta con una capa de chinchilla que se alejaba apresuradamente del escritorio del recepcionista, sosteniendo una llave en su blanca mano enguantada.

Antes de que él pudiera dar dos pasos en dirección a la mujer, ella había desaparecido entre la multitud.

Él se abrió paso lo mejor que pudo a través del abarrotado vestíbulo entre una multitud de personas vestidas para la cena, el teatro o cualquier otro alborozo que les esperara en alguna parte de la niebla invernal manchada de luz; pero cuando llegó al escritorio del

recepcionista buscó en vano un abrigo de chinchilla.

Luego se inclinó sobre el escritorio y le dijo al empleado en voz baja: "Soy un agente federal del Departamento de Justicia. Aquí están mis credenciales. Ahora, ¿quién era esa joven con pieles de chinchilla a la que le diste la llave de la puerta hace un momento?"

El empleado se inclinó sobre su mostrador y, bajando la voz, respondió que la dama en cuestión había llegado esa misma mañana desde San Francisco, que se había registrado como Madame Aoula Baroulass y le habían dado una suite en la cuarta planta numerada del 408 al 414.

"¿Pretende usted arrestarla?" añadió el empleado en un susurro extraño.

"No lo sé. Posiblemente. ¿Tienes la llave maestra?"

El empleado se la entregó sin decir una palabra y Cleves corrió hacia el ascensor.

En la cuarta planta la conserje de guardia lo detuvo, pero cuando él murmuró una explicación, ella asintió y se llevó un dedo a los labios.

"Madame se ha ido a su apartamento," susurró ella.

"¿Tiene un sirviente? ¿O amigos con ella?"

"No, señor. La vi hablar en el ascensor con dos caballeros de aspecto extranjero cuando ella llegó esta mañana."

Cleves asintió; la conserje señaló la dirección en silencio, y él fue rápidamente por el pasillo alfombrado hasta llegar a una puerta con el número 408.

Sólo por un segundo vaciló, luego rápidamente colocó la llave maestra y abrió la puerta.

La habitación, un dormitorio, estaba muy iluminada; pero no había nadie allí. Las otras habitaciones, el vestidor, el baño y la sala, estaban todas brillantemente iluminadas por los accesorios del

techo y los soportes de pared; pero no se veía a una persona en ninguna de las habitaciones, ni, salvo por la iluminación, había ninguna señal visible de que alguien habitara el apartamento.

Rápidamente registró el apartamento de un extremo a otro. No había equipaje a la vista, ni ropa, ni artículos de tocador, ni flores en los jarrones, ni revistas ni libros, ni una sola prenda de ropa femenina o de baratijas personales visibles en todo el lugar.

Ni siquiera se había bajado la cama, ni se había intentado ninguna preparación para la comodidad de la noche. Y, a excepción de las luces encendidas, era como si nadie hubiera entrado en el apartamento durante un mes.

Todas las ventanas estaban cerradas, todas las persianas bajadas y las cortinas echadas. El aire, aunque aparentemente puro, tenía esa vaga llaneza que se asocia con una habitación de invitados sin usar cuando se abre para ventilar.

Ahora, deliberadamente, Cleves inició un registro más minucioso del apartamento, mirando detrás de las cortinas, debajo de las camas, en las planchas de ropa, detrás de los sofás.

Luego buscó en los cajones de la cómoda, tocadores, escritorios en busca de algún signo o pista de la chica de las chinchillas. No había polvo por ninguna parte —la dirección del hotel evidentemente era particular—, pero ni siquiera se encontró un alfiler.

En ese momento salió al pasillo y miró de nuevo el número de la puerta. No se había equivocado.

Luego se volvió y aceleró por el largo pasillo hasta donde la conserje estaba parada junto a su escritorio preparándose para salir de servicio tan pronto como la otra conserje llegara para relevarla.

A su pregunta impaciente, ella respondió positivamente que había visto a la chica de las chinchillas abrir la 408 y entrar al apartamento menos de cinco minutos antes de que él llegara en su persecución.

"Y vi que sus luces se encendían tan pronto como entró," agregó la

conserje señalando la lejana ventanita iluminada encima de la puerta.

"Luego salió al apartamento contiguo," insistió Cleves.

"La torre de incendios está a un lado de ella; el armario de cocinas al otro," dijo la conserje. "No podría haber salido de ese apartamento sin salir al pasillo. Y si hubiera salido, yo debería haberla visto."

"¡Le estoy diciendo que ella no está en esas habitaciones!" protestó Cleves.

"Debe estar allí, señor. La vi entrar unos segundos antes de que usted llegara."

En ese momento llegó la otra conserje. No servía de nada discutir. Él dejó la explicación de la situación a la mujer salíente de servicio y, apresurando sus pasos, regresó al apartamento 408.

La puerta, que él había dejado abierta, se había cerrado sola. Él volvió a colocar la llave maestra, entró, se detuvo en el umbral, miró a su alrededor con nerviosismo, con las fosas nasales llenas de pronto de una bocanada de perfume.

Y allí, en la mesa junto a la cama, vio un cuenco de cristal lleno de una masa de orquídeas chinas, grandes racimos olorosos de flores naranjas y blancas como la nieve que saturaban toda la habitación con su refrescante aroma.

Tan asombrado estaba que se quedó inmóvil, con una mano aún en el pomo de la puerta; luego, en un santiamén, había cerrado la puerta con llave desde el interior.

Alguien estaba en ese apartamento. No cabía ninguna duda de eso. Metió la mano derecha en el bolsillo del abrigo y agarró la pistola automática.

Durante diez minutos permaneció así, escuchando, ojeando por la habitación desde la cama hasta las cortinas y hacia el salón. No había ningún sonido en el lugar. Nada se movía.

Ahora, agarrando la pistola pero sin sacarla, comenzó otro sigiloso repaso del apartamento, explorando cada rincón y grieta. Y al terminar no había descubierto nada nuevo.

Cuando por fin notó que, que él hubiese descubierto, no había un ser vivo en el lugar salvo él mismo, un muy leve escalofrío le subió hasta el cuello y hombros, y él contuvo el aliento de pronto y profundamente.

Ahora había vuelto al dormitorio. El perfume de las orquídeas saturaba el aire inmóvil.

Y allí de pie mirándolas vio que, donde sus retorcidos tallos descansaban en el cuenco de agua transparente, algo que se movía, algo brillante como una brasa viva que se deslizaba entre la masa de tallos sumergidos, un pez vivo, brillando en tonos escarlata y agitando el agua con grotescas aletas de hilos tan delicados como filamentos de encaje escarlata.

De un lado a otro los peces nadaban entre el laberinto de tallos de orquídeas. Incluso sus ojos estaban calientes y rojos como rubíes fundidos; y mientras sus branquias carmesí se hinchaban, se relajaban y se hinchaban, los tintes de fuego cereza aumentaban y disminuían sobre su cuerpo gordo y resplandeciente.

Y vagamente, ahora, en el aire saturado de perfume, Cleves pareció sentir una sutil mancha de maldad, algo siniestro en la intensa quietud del lugar, en el pez enjoyado que se deslizaba tan silenciosamente entre las pálidas circunvoluciones de los tallos ahogados.

Allí de pie mirando al pez, el drogado olor de las orquídeas pesaba en su garganta y pulmones, y algo se movió muy levemente en la habitación.

Con escalofríos recorriendo cada miembro, miró a su alrededor por encima del hombro.

¡Había una figura sentada con las piernas cruzadas en medio de la cama!

Luego, en el silencio perfumado, la chica rió.

Durante un minuto, ninguno de los dos se movió. Ningún sonido se había hecho eco de su risa, salvo las pulsaciones amortiguadas de su propio corazón. Pero ahora creció una leve ondulación de agua en el cuenco donde el pez escarlata, repentinamente inquieto, nadaba de un lado a otro como perseguido por una mano invisible.

Con el leve ruido de salpicaduras de agua en sus oídos, Cleves se quedó mirando a la figura en la cama. Debajo de su chinchilla, la chica parecía tener un tinte dorado pálido: cabello, piel, ojos. El escaso jirón de un vestido de noche que llevaba, las joyas en el cuello y el pecho, todo era amarillo, ámbar y oro azafrán.

Y ahora, mirándolo a los ojos, se quitó ella tranquilamente la túnica de piel plateada de los hombros y la dejó caer a su alrededor en la cama. Por un segundo, la ágil y esbelta cosa dorada se reunió allí con tanta gracia como una serpiente enroscada que llenó a Cleves de un rápido desprecio. Entonces, casi instantáneamente, la belleza de la encantadora criatura lo fascinó.

Ella se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las dos rodillas, y la cara entre las manos —como un dorado capullo de rosa entre dos pétalos de marfil— pensó él consternado por la belleza de esta joven criatura, impactado por la monótona confusión de su propio corazón, latiéndole en el pecho como los golpes de una marea creciente.

"¿Qué deseas?" preguntó ella con su voz suave y joven. "¿Por qué has entrado en secreto en mis habitaciones para registrar, y llevando en tu mano una pistola cargada en el fondo del bolsillo?"

"¿Por qué te has escondido hasta ahora?" replicó él con voz leve y laboriosa.

"He estado aquí."

"¿Dónde?"

¡Aquí! Mirándote. Y mirando mi pez escarlata. Su nombre es Dzelim. Tiene casi mil años y es tan sabio como un mago. ¡Míralo,

mi señor! ¡Dando vueltas en su diminuto mundo de cristal! Como un cometa a través del polvo estelar exterior, corriendo la eterna carrera con el Tiempo. Y allá hay una silla. ¿Se sentará mi señor a los pies de su nueva sirvienta?"

Un extraño cansancio físico pareció abrumarle las extremidades y hombros. Él se sentó cerca de la cama, sin apartar la mirada de la cosa dorada y sonriente que estaba allí posada mirándolo con tanta atención.

"¿De quién era la limusina en la que entraste y luego saliste tan abruptamente?" preguntó él.

"Mía."

"¿Qué estaba haciendo el yazidí Togrul Kahn dentro?"

"¿Viste a alguien en mi coche?" preguntó ella cubriéndose un poco los ojos con sus leonadas pestañas.

"Vi a un hombre con una espesa barba teñida de rojo de henna, y el rostro huesudo y los ojos rasgados de Togrul el yazidí."

"¡Que mi alma sea rescate por la tuya, señor mío, pero miente!" dijo ella suavemente. Sus labios se separaban en una sonrisa, pero sus ojos medio velados brillaban como dos topacios.

"¿Esa es tu respuesta?"

Ella levantó una mano e hizo señas con el índice de derecha a izquierda y luego hacia abajo, como si escribiera en turco y en caracteres chinos.

"Está escrito," dijo ella en voz baja, "que pertenecemos a Dios y volvemos a él. ¡Mire en lo qué te has metido, mi señor!"

Él sacó la pistola del abrigo y, sosteniéndola, apoyó la mano en la rodilla.

"Ahora," dijo él con voz ronca, "mientras esperamos la llegada de Togrul Kahn, permanecerás exactamente donde estás, y me dirás exactamente quién eres para que pueda decidir si te arresto como

enemiga forastera que incita a mis compatriotas a asesinar, o dejarte ir como forastera capaz de demostrar su honestidad e inocencia."

La chica se rió: "Ten cuidado," dijo ella. "Mi peligro yace en tu juventud y en la mía, en algún lugar entre tus labios y los míos está mi único peligro para ti, mi señor."

Un rubor le subió a Cleves hasta las sienes y ardió allí.

"Soy la camarada dorada de Azul Celestial," dijo ella aún sonriendo. "Soy el Tercer Immaum en el collar que lleva Keuke donde Yulun pende como una perla rosa y Sansa como una perla en llamas. ¡Mírame, mi señor!"

Había una luz dorada en sus ojos que parecía endurecer los músculos y confundir su visión. Volvió a oír su voz como si estuviera muy lejos:

"Está escrito que hemos de amarnos, mi señor, tú y yo, esta noche, esta noche. Escucha atentamente. Soy tu esclava. Mis labios tocarán tus pies. ¡Mírame, mi señor!"

Él tenía una ceguera deslumbrante en los ojos y en el cerebro. Se tambaleó un poco, aún esforzándose por fijarla con su débil mirada. La mano de su pistola se deslizó lateralmente desde su rodilla, cayó flácida y el arma chocó con la gruesa alfombra. Aún podía ver la forma dorada reluciente de ella, aún oía su voz distante:

"Está escrito que pertenecemos a Dios... ¡Tokhta!"

Sobre sus rodillas se estaba colocando una sábana blanca como la nieve; sobre esta, en su regazo, había un cuchillo desnudo. No se oía ningún sonido en la habitación, salvo el chapoteo del pez escarlata en su cuenco de cristal.

Acercándose más, la chica fijó sus ojos amarillos en el hombre que la miraba con vista agonizante, sentado erguido y hundido hasta las rodillas en su sudario.

Luego, sin hacer ruido, ella desenroscó su flexible cuerpo dorado extendiendo el brazo derecho hacia el cuchillo.

"Echa la cabeza hacia atrás, mi señor, y estira el cuello hacia el dulce filo del cuchillo," susurró con cariño. "¡No! No cierres los ojos. Mírame. Mírame a los ojos. ¡Soy Aoula, la chica del templo de los Baroulass! ¡Soy la amante del Destructor de Almas! Soy un juguete dorado para Sanang Noïane, Príncipe de los yazidíes. ¡Mírame atentamente, mi señor!"

Su suave manita se cerró sobre la empuñadura; el pez escarlata chapoteaba furiosamente en el cuenco, desprendiendo una o dos flores que cayeron a la alfombra y se desvanecieron lentamente en la bruma.

Ahora agarró ella el cuchillo, se deslizó fuera de la cama hasta el suelo y se plantó ante el hombre aturdido.

"Este es el Namaz-Ga," dijo ella con su voz sedosa. "He aquí, este es el Lugar de Oración designado. Mire a tu alrededor, mi señor. Estas son las sombras de poderosos hombres que vienen aquí para verte morir en el Lugar de Oración."

La cabeza de Cleves había caído hacia atrás, pero él tenía los ojos abiertos. Esa chica Baroulass le tomó la cabeza con ambas manos y la giró de un lado a otro. Y sus ojos vidriosos parecían barrer una multitud de hombres sombríos vestidos de blanco que abarrotaban la habitación. Y vio el rostro simétrico y sin sangre de Sanang entre ellos, y la gran barba roja de Togrul; y sus labios rígidos se separaron en un grito pronunciado y se abrieron, flácidos y silenciosos.

Esa hechicerar Baroulass le quitó el sudario de las rodillas y lo extendió sobre la alfombra, moviéndose con pausada gracia sobre sus asuntos y entonando suavemente la Oracioon por los Muertos.

Luego, habiendo hecho sus arreglos, tomó ella de nuevo el cuchillo en su mano derecha y regresó al hombre medio consciente, y se plantó frente a él, inclinándose cerca y mirando con curiosidad sus ojos apagados.

"¡Ayah!" dijo ella sonriendo. "Este es el Lugar de Oración. Y debes agregar tu oración a la nuestra antes de que use mi cuchillo. ¡Bien! Te devuelvo tu poder de expresión. ¡Pronuncia el nombre de Erlik!"

Muy lentamente, él movió los labios secos y le tembló la lengua seca. La palabra que estos formaron fue,

"¡Tressa!"

Al instante, los ojos amarillos de la chica se volvieron incandescentes y su hermosa boca se distorsionó. Con la mano izquierda lo agarró por la barbilla, le obligó a echar atrás la cabeza, exponiendo el cuello y, con todas sus fuerzas, dibujó una línea en ese cuello con el filo del cuchillo.

Pero fueron sólo sus dedos apretados los que barrieron la tensa garganta, dedos apretados y vacíos en los que el cuchillo había desaparecido.

Y cuando la chica Baroulass vio que su mano apretada estaba vacía, sintió sus propias uñas puntiagudas cortando la tierna carne de su propia palma y miró fijamente sus dedos manchados de sangre con repentino terror, los contempló, los abrió, gritó allí de pie y se retorció temblando y gritando como atrapada en una trampa invisible.

Pero ella guardó silencio cuando la puerta de la habitación se abrió silenciosamente tras ella, y fue como si no osara volver la cabeza para enfrentar el fin de todas las cosas que había entrado en la habitación y se acercaba en absoluto silencio.

De pronto vio ella esa sombra en la pared; y su voz brotó de sus labios en un último grito estremecedor.

Entonces llegó llentamente el final, sin un sonido, y ella se hundió de rodillas, gentilmente, arrodillada, luego hacia atrás extendiendo su flexible forma dorada a través del sudario, y yació inerte como una serpiente muerta.

Tressa fue al cuenco de agua y extrajo todas las flores. El pez escarlata ahora agitaba el agua hasta convertirla en una espuma iridiscente, y Tressa zambulló las manos, lo agarró y lo sacó lanzándolo —retorciéndose este y jadeando espuma carmesí— encima del sudario junto a la chica dorada Baroulass. Luego, muy lentamente, cubrió con el sudario las cosas moribundas y retrocedió

hasta la silla donde yacía inconsciente su esposo Se arrodilló a su lado y le tomó la cabeza y la apoyó en el hombro de ella, mirando todo el tiempo la silueta de la chica muerta bajo el níveo sudario.

Después de un largo rato, Cleves se agitó inquieto y abrió los ojos. En ese momento giró la cabeza hacia un lado sobre el hombro de ella.

"Tressa," susurró él.

"Shhh," susurró ella, "ahora todo está bien." Pero ella no apartaba los ojos del sudario, el cual perfilaba ahora las formas inmóviles de dos figuras humanas.

"¡John Recklow!" exclamó Tressa en voz baja.

Recklow entró silenciosamente con la pistola desenfundada. Ella le hizo un gesto, él se inclinó y levantó con cautela el borde del sudario. Una tupida barba roja asomó.

"¡Togrul!" exclamó él; "Pero ¿quién es esta joven criatura que yace muerta al lado de él?"

Entonces Tressa se agarró el cuello de la túnica con la mano izquierda y echó atrás su adorable rostro, mirando hacia arriba con ojos como zafiros mojados por la lluvia: "En el nombre del único Dios," sollozó ella, "si no hay resurrección para las almas muertas, ¡entonces esta noche he destruido en vano! Pues, ¿qué aprovecha a una muchacha si su alma está perdida con un amante y su cuerpo está salvo para su esposo?"

Se levantó de estar de rodillas, las lágrimas aún caían, y fue ella y miró las formas perfiladas bajo el sudario.

Recklow había ido al teléfono para convocar a sus propios hombres y una ambulancia. Ahora, volviéndose hacia Tressa desde su silla: "Dios sabe lo que haríamos sin usted, Sra. Cleves. Creo que esto da cuenta de todos los yazidíes excepto de Sanang."

"Exceptuando al príncipe Sanang," dijo ella con tristeza. Luego fue lentamente hasta donde estaba su esposo en el sillón, se hundió en el suelo y apoyó la mejilla frente a los pies de él.

17. El Destructor de Almas

En esa gran cellisca de nieve que el 4 de febrero azotó la costa este de los Estados Unidos desde Georgia hasta Maine, John Recklow y sus hombres cazaron a Sanang, el último de los yazidíes.

Y Sanang se aferró como un demonio al país que había condenado a la destrucción, incrustando cada garra de nuevo cuando era soltada de golpe, luchando por la supremacía del mal con todo su terrible poder psíquico, esforzándose aún por apoderarse, lisiar y matar los cuerpos y almas de cien millones de estadounidenses.

De nuevo esparció las incontables miríadas de gérmenes de la Peste Negra que él y sus yazidíes habían traído de Mongolia un año antes, y una vez más la plaga se extendió por todo el país y millares tras millares murieron.

Pero ahora los gobiernos Nacional, Estatal y Municipal estaban combatiendo con médicos, enfermeras y policías esta espantosa epidemia que había llegado al mundo de no se sabía dónde. Y los gobiernos Nacional, Estatal y Municipal, despertados por fin, estaban combatiendo la más terrible de las plagas de la anarquía.

Se realizaron incursiones a nivel nacional desde el Atlántico hasta el Pacífico y desde el Golfo hasta los Lagos. Miles de terroristas de todos los matices y colores, cuyas mentes habían sido capturadas y envenenadas por los yazidíes, estaban siendo arrestados. Habían comenzado las deportaciones. Los agentes del gobierno estaban por todas partes limpiando la suciedad que había azotado el cuerpo de la República con mayor profundidad de la que cualquiera había supuesto.

Y parecía, por fin, como si la Peste Roja también estuviera a punto de ser erradicada junto con la Peste Negra llamada Gripe.

Pero solo un pequeño grupo de hombres del Servicio Secreto sabía que un resurgimiento de estos horrores era inevitable a menos que Sanang, el Destructor de Almas, fuese destruido. Y sabían también que sólo una persona en Estados Unidos podía confíar en destruir a

Sanang, el último de los yazidíes, y esa era Tressa Cleves.

Solo gracias por el repentino inicio de la plaga en varias ciudades de la tierra, Recklow tuvo alguna pista sobre el paradero de Sanang.

En Boston, luego en Washington, luego en Kansas City y luego en Nueva York, la epidemia estalló súbitamente. Y en estos lugares de muerte, los hombres del Servicio Secreto siempre encontraban una pista, y allí buscaban a Sanang el Yazidí, para matarlo sin piedad donde pudieran encontrarlo.

Pero nunca encontraban a Sanang Noïane, sólo las espantosas marcas de sus ponzoñosas garras en el cuerpo de la nación enferma —sólo mentes enfermas por la Peste Roja y cuerpos muriendo por la Peste Negra— centros civiles y sociales desorganizados, perturbados, depravados, moribundos.

Cuando la tormenta de nieve estalló sobre Nueva York, debatiéndose entre las agonías de la plaga, y paralizó la metrópoli durante una semana, John Recklow envió una alarma especial, y Nueva York se llenó de hombres del Servicio Secreto para buscar en la ciudad cubierta de nieve un elegante, un joven esbelto y moreno, de ojos un poco rasgados en su rostro teñido de ámbar, que vestía a la moda, vivía fastidiosamente y hablaba inglés perfectamente con una voz deliciosamente modulada.

Y a Nueva York; tres veces golpeada por la anarquía, la peste, y ahora por Dios, se apresuraron desde todas las partes de la nación miles de agentes secretos que habían estado cazando a Sanang en ciudades distantes o que habían estado asaltando las secretas y traidoras reuniones de los engaños mentales.

El agente ZB-303, que era el agente voluntario James Benton, llegó de Boston con su nueva novia que acababa de llegar por Inglaterra, una joven llamada Yulun que desembarcó envuelta en cebellinas y extendió ambas manos encantadoras a Benton en el instante en que ella lo vio en el muelle. Entonces él tomó a la delgada figura vestida con pieles en sus brazos, lo cual fue interesante porque nunca antes se habían conocido en carne y hueso.

Entonces, apenas comenzaba su luna de miel, Benton y Yulun

llegaron desde Boston en respuesta a la llamada de emergencia de Recklow.

Y del otro lado de San Francisco llegó el agente voluntario XLY-371, Alek Selden, trayendo consigo a una chica llamada Sansa a quien él había ido a la costa a encontrar y con quien se había casado inmediatamente después de que ella desembarcara del vapor japonés *Nan-yang Maru*. Lo cual, también, fue notable, pues aunque se reconocieron instantáneamente y sus manos y labios se aferraron al encontrarse, ninguno de los dos había contemplado antes el cuerpo vivo del otro.

El tercer hombre que llegó a Nueva York para la convocatoria de Recklow fue el agente voluntario 53-6-26, Victor Cleves.

Su joven esposa, que sufría un shock nervioso después de la muerte de Togrul Khan y de la chica Baroulass, Aoula, había estado convaleciente en un sanatorio privado en Westchester.

Hasta que llegó hasta su esposo la citación de Recklow, ella lo había visto solo unos momentos todos los días. Pero la llamada al deber parecía haber efectuado una cura milagrosa en la esbelta muchacha de ojos azules que había estado acostada todo el día, día tras día, en su tranquila y soleada habitación, sin apenas abrir los ojos, salvo cuando se le permitía a su esposo entrar durante los pocos minutos que les permitían todos los días.

El médico acababa de irse, después de admitir que la Sra. Cleves parecía estar lo bastante bien como para viajar si ella insistía; y ella y su doncella ya habían comenzado a hacer el equipaje cuando su esposo entró en su habitación.

Ella miró a su alrededor por encima del hombro, luego se puso de rodillas, arrojó un montón de ropa en el baúl ante el que había estado arrodillada y cruzó la habitación hacia él. Luego despidió a su doncella de la habitación. Y cuando la chica se hubo ido: "Estoy bien, Víctor," dijo ella en voz baja. "¿Por qué estás preocupado?"

"No puedo soportar tener que arrastrarte a este horrible asunto una vez más."

"¿Quién sino puede descubrir y vencer a Sanang?" preguntó ella con calma.

El permaneció en silencio.

Así que, durante un momento se quedaron frente a frente en la tranquila y soleada cámara: esposo y esposa quienes ni siquiera habían intercambiado el primer beso —dos criaturas jóvenes más vital e íntimamente unidas que cualquier otro par en la tierra— y aún así completamente separados en cuerpo y alma el uno del otro: dos espíritus solitarios que nunca se habían fusionado; dos cuerpos virginales e inviolables.

Tressa habló primero: "Debo ir. Ese era nuestro trato."

La palabra lo hizo estremecerse como si hubiera sido un golpe repentino. Luego el rostro se sonrojó.

"Trato o sin trato," dijo él, "no quiero que vayas porque temo que no puedas soportar otro impacto como el anterior. Y cada vez has puesto tu propia mente y cuerpo entre esta Nación y la destrucción por la que casi mueres."

"¿Y si muero?" dijo ella en voz baja.

La respuesta que ella aguardaba —quizá la que ella confiaba— no fue la que él dio. Él dijo: "Si mueres en lo que crees que es el cumplimiento de tu deber, seré yo quien te haya matado."

"Eso no sería cierto. Eres tú quien me ha salvado."

"No lo he hecho. No he hecho nada excepto llevarte al peligro de muerte desde que te conocí. Si te refieres espiritualmente, eso también es falso. Te has salvado a ti misma, si es que eso era realmente necesario. Te has redimido a ti misma, si es que es cierto que necesitabas la redención, la cual yo nunca creí... "

"Oh," suspiró ella, "Sanang sorprendió mi alma cuando esta se liberó de mi cuerpo, siguió mi alma al Bosque de la Polilla Blanca, la atrapó allí sola y... ¡la destruyó!"

A él se le habían secado los labios y la garganta cuando vio crecer el

pálido terror en ese rostro.

Al poco tiempo él recuperó la voz: "Tú llamas a ese yazidí, el Destructor de Almas," dijo él, "¡Pero yo te aseguro que no existe tal criatura, no existe tal poder! Supongo que... sé a qué te refieres, habiendo visto lo que llamamos almas disociadas de sus cuerpos físicos, pero que este yazidí pueda hacerte daño espiritual, no lo creo ni por un instante. La idea es monstruosa, te lo aseguro."

"Yo luché contra él, alma contra alma," tartamudeó ella, respirando más rápido e irregularmente. "Luché con Sanang allí en el Bosque de la Polilla Blanca. ¡Llamé a Dios! ¡Llamé a mis dos grandes perros, Bars y Alaga! Recité el Fatha con todas mis fuerzas, luchando convulsivamente cada vez que su alma se apoderaba de la mía. ¡Chillé el nombre de Khidr, suplicando sabiduría! Invoqué a los Diez Imaums, a Ali el León, a los Benditos Compañeros. Luego arranqué mi espíritu de las garras de su alma, ¡pero no había escapatoria!" Se lamentó ella. "Porque por todos lados vi la muralla cubierta de nubes de Gog y Magog, y el bosque resonaba con la risa de Erlik, el disonante regocijo del infierno."

Ella comenzó a temblar y tambalearse un poco, luego, con un esfuerzo, se controló en buena medida.

"Nunca ha habido," comenzó ella de nuevo con labios que temblaban a pesar de ella, "nunca ha habido un momento en nuestras vidas matrimoniales en el que mi alma se haya atrevido a olvidar el Bosque de la Polilla Blanca, que se haya atrevido a buscar la tuya. Dios vive, pero también Erlik. Hay ángeles; pero hay otros tantos demonios. Mi alma está avergonzada, y muy sola, muy sola, pero no es una compañera apta, para la tuya."

Dejó ella caer las manos con indiferencia a su lado y hundió la barbilla.

"Así que crees que ese diablo yazidí atrapó tu alma cuando esta vagaba por alguna parte fuera de tu cuerpo y la destruyó," dijo él.

Ella no respondió, ni siquiera levantó los ojos hasta que él se acercó a ella, más cerca de lo que nunca había estado. Luego ella levantó la

mirada hacia él, pero cerró los ojos cuando él la tomó entre sus brazos y le aplastó el rostro y cuerpo con el de él.

Ahora esos labios rojos estaban sobre los de él; ahora ese rostro, ese corazón, esas extremidades y esos pechos se fundieron en los de él. Su aliento, su pulso, su fuerza fluyeron hacia los de él y se convirtieron en parte de su único ser y de un único pulso y respiración. Y ella sintió ambas almas encenderse, fundirse y arder juntas en un resplandor celestial. Ella sintió que la rápida conflagración aumentaba, abrumaba y la limpiaba de la última y persistente mancha. Sintió que su alma, sin miedo, apretaba el espíritu de su esposo en un blanco abrazo, que se aferraba a este levantada desde infierno, elevándose hacia la cegadora luz del Paraíso.

Lejos, muy lejos, escuchó ella su propia voz cantando en susurros, oyó sus labios pronunciar El Nombre: "¡Ata... Ata! Allahou."

Sus ojos azules se abrieron a través de una bruma —en la cual vio el rostro de su esposo— que crecía en un vasto clamor metálico en sus oídos.

Su esposo la besó larga y silenciosamente; luego, sujetándole la mano, se giró y descolgó el auricular del ruidoso teléfono.

"¡Sí! Sí, soy 53-6-26. Sí, V-69 está conmigo. ¿Cuándo? ¿Hoy? Muy bien. Sí, saldremos de inmediato. Sí, podemos tomar un tren en unos minutos. De acuerdo. Adiós."

Él volvió a tomar a su esposa entre sus brazos.

"La más querida de todo en el mundo," dijo él, "Sanang está acorralado en una hilera de casas cerca del East River, y Recklow ha puesto un cordón alrededor de toda la manzana. ¡Dios mío! ¡No puedo llevarte allí!"

Entonces Tressa sonrió, bajó la cabeza y lo miró a la cara hasta que el esplendor azul claro de su mirada le calmó el tumulto en el cerebro.

"Solo yo sé cómo lidiar con el príncipe Sanang," dijo ella en voz

baja. "Y si John Recklow, o tu, o el Sr. Benton o el Sr. Selden lo mataran con sus pistolas, sería sólo su cuerpo lo que mataran, no la criatura maligna que escaparía de vosotros y regresaría a Erlik."

"¿Debes hacer esto, Tressa?"

"Sí, debo hacerlo."

"Pero si nuestras pistolas no pueden matar a este hechicero, ¿cómo vas a lidiar tú con él?"

"Yo sé cómo."

"¿Tienes la fuerza?"

"Sí. La corporal y la espiritual. ¿No sabes que ya soy parte de ti?"

"Y hemos de estar aún más cerca," murmuró él.

Ella se sonrojó, pero encontró su mirada: "Sí. Seremos un solo ser. Totalmente. Pues ya nuestros corazones y nuestras almas son uno. Y llegaremos a ser una sola mente y un solo cuerpo. "¡Ya no le tengo miedo a Sanang Noïane!"

"¿Ya no tienes miedo de matarlo?" preguntó él en voz baja.

Una luz azul brilló en sus ojos y el rostro de ella quedó inmóvil, blanco y terrible. "¿Muerte al cuerpo? ¡Eso no es nada, mi señor!" dijo ella con voz dura y dulce. "Está escrito que pertenecemos a Dios y que volvemos a Él. ¡Todos los seres vivos deben morir, Corazón del Mundo! Es sólo la muerte de las almas lo que importa. Y se ha llegado a un momento en la historia de la humanidad, creo yo, en que el Destructor de Almas no destruirá más."

Ella lo miró, sonrojada, retiró la mano y atravesó lentamente la habitación hasta el gran ventanal donde florecían macetas de flores. De una jardinera tomó una pizca de tierra seca y la dejó caer en el pecho de su vestido. Luego, mirando hacia el Este, con los brazos bajados y las palmas hacia afuera:

“No hay más dios que Dios," susurró ella, “el misericordioso, el prolongado sufridor, el compasivo, el justo. Pues está escrito que

cuando los cielos se enrollen como un pergamino, toda alma sabrá lo que ha hecho. Y aquellas almas que estén muertas en Jehannum se levantarán de entre los muertos y tendrán su día en el juicio. Ni Erlik las detendrá hasta que todo se haya dicho. Y en ese día, el alma de la muchacha que ha sido dada muerte preguntará por qué fue destruida. Así está escrito."

Entonces Tressa se arrodilló, tocó la alfombra con la frente, enderezó su cuerpo ágil y, mirando por encima del hombro, juntó las manos con fuerza.

Su doncella abrió la puerta. "¡Date prisa con el equipaje de mi señor!" chilló ella felizmente; y, aún de rodillas, levantó la cabeza hacia su esposo y rió hacia sus ojos.

"Deberías llamar al porteador porque estamos casi listos. ¿Vamos a la estación en un trineo? ¡Oh, maravilloso!"

Ella se puso de pie de un salto, extendió la mano y tomó la de él.

"¡Caballos para el señor de Yiort!" gritó ella riendo. "¡Kosh! ¡Llévame a este nuevo mundo blanco que ha nacido hoy de las diez purezas y las diez mil felicidades! ¡Que se ha recreado para ti y para mí, quienes también hemos nacido este día!"

Él apenas conocía a esta brillante y risueña chica de gracia rápida y sus mil pequeños estados de ánimo y alborozo.

Los porteadores vinieron a sacar el equipaje de la habitación; y luego el baúl y bolsas estaban listos y se los llevaron.

El trineo de equipajes partió. Le siguió el propio trineo tintineante de ambos y, Tressa, enterrada en pieles, contempló un mundo deslumbrante e inmaculado, yaciendo de un blanco plateado bajo un cielo tan azul como sus ojos.

"Keuke Mongol Azul Celestial," susurró él cerca de su mejilla carmesí, "¿Sabes que te he amado siempre, siempre?"

"No, no sabía eso," dijo ella.

"Ni yo al principio. Sin embargo, también sucedió desde el

principio, cuando te vi por primera vez."

"Eso es algo delicioso que contar. Dentro de mí se está extendiendo un resplandor de lo más celestial. Quítate el guante de la mano."

Ella se quitó el guante de dedos blancos y buscó al tacto los de él bajo las pieles.

"Aie," suspiró ella, "eres más hermoso que Ali, más maravilloso que la Perla Flamígera. Del hielo y el fuego se ha creado un nuevo mundo para nosotros."

"¡Azul Celestial, querida mía!"

"Ohh," suspiró ella, "¡Tus palabras son más dulces que la brisa en Yian! Seré una novia para ti como nunca la ha habido desde los días de los Benditos Compañeros, que sus nombres sean perfumados y llenos de dulce esencia! ¿De verdad seré una contigo, mi señor?"

"En mente, alma y cuerpo, un solo ser, tú y yo, pequeña Azul Celestial."

"Entre tus dos manos me sostienes como una rosa ardiente, mi señor.Tu dulzura y fuego me penetran el alma. Arderemos juntos entonces hasta que la alfombra del cielo sea enrollada. ¡Kosh! Seremos uno, y ese día no tendré miedo."

El trineo se detuvo con un alboroto tintineante. El tren se hundió en el enterrado depósito de vastas nubes de vapor níveo.

Pero cuando ambos ocuparon los lugares reservados para ellos y el tren avanzó cada vez más rápido hacia Nueva York, el miedo se apoderó de repente de Victor Cleves y su rostro se puso gris por el amenazante tumulto de sus pensamientos.

La chica pareció comprenderlo también, y sus propios rasgos se tornaron serios e inquietos mientras ella se le inclinaba hacia adelante en su asiento.

"Está en las manos de Dios, Corazón del Mundo," dijo ella en voz baja. "Somos uno, tú y yo, o casi. Nada puede dañar mi alma."

"No. Pero el peligro para tu vida..."

"Yo no temo a ningún yazidí."

"Seguramente esa bestia intentará matarte. ¿Y qué puedo hacer yo? Dices que mi pistola es inútil."

"Sí, pero yo te quiero cerca de mí."

"¿Imaginas que voy a dejarte siquiera un segundo? Dios mío," agregó él con voz ahogada, "¿No hay alguna forma de que pueda matar a esta bestia salvaje? ¿Con mis manos desnudas...?"

"Debes dejármelo a mí, Víctor."

"¿Y tú crees que puedes destruirlo? ¿No es así?"

Ella permaneció en silencio un buen rato, inclinada hacia adelante en su asiento y con las manos entrelazadas con fuerza sobre las rodillas.

"Mi esposo," dijo ella finalmente; "lo que tus astrónomos empezaron hace poco a sospechar es cierto, y los Sheiks-el-Djebel lo saben desde hace mucho tiempo. Porque cerca de este mundo en el que vivimos hay otros mundos, planetas que no reflejan la luz. Y hay un mundo oscuro llamado Yrimid, cerca de la tierra, un planeta envuelto en tinieblas, una estrella negra. Y en él habita Erlik. Y está poblado de demonios. Y de él provienen la enfermedad y el mal."

Ella se humedeció los labios. Quedó un rato mirando vagamente directamente frente a ella.

"De este planeta negro viene todo el mal sobre la tierra," continuó ella en voz baja. "Porque está muy cerca de la Tierra. No está ni a cien millas de distancia. Todos los fenómenos extraños que nuestros científicos no pueden explicar se deben a este planeta invisible, todas las nuevas y repentinas pestilencias; todas las convulsiones de la naturaleza; las nuevas perturbaciones de radio; las nuevas así llamadas señales interplanetarias, todo, todo tiene su causa oculta dentro de ese planeta negro y embrujado por los demonios conocido desde hace mucho tiempo por los yazidíes, y por ellos llamado Yrimid o el Mundo de Erlik. A este planeta negro yo enviaré a

Sanang, Destructor de Almas. Lo arrancaré de esta tierra, aunque se aferre a esta con cada garra, y arrojaré su alma a la oscuridad, al otro lado del golfo, empujaré su alma y la arrojaré hacia Erlik como un veloz cohete carbonizado que cae del cielo hacia una noche interminable. Así me esforzaré por lidiar con el príncipe Sanang, Hechicero del Monte Alamut, el último de los Asesinos, Sheik-el-Djebel y Destructor de Almas. Que Dios lo recuerde en el infierno."

Su tren ya entraba en la gran terminal.

Recklow los estaba esperando. Tomó las manos de Tressa entre las suyas y la miró a la cara con seriedad.

"¿Has venido a mostrarnos cómo concluir este homicida asunto?" preguntó él con gravedad.

"Lo intentaré," dijo ella con calma. "¿Dónde habéis acorralado a Sanang?"

"¿Podríais venir de inmediato Víctor y tú?"

"Sí." Ella se volvió y miró a su esposo, quien se había puesto bastante pálido.

Recklow vio la mirada que intercambiaron. No podía haber ningún malentendido sobre lo que les había sucedido a estos dos. Su tragedia había terminado. Por fin estaban unidos. Él lo entendió al instante, se dio cuenta de lo terrible que era esta nueva y trágica situación para ambos.

Sin embargo, también sabía que la salvación de la civilización misma ahora dependía de esta chica. Que ella debiia enfrentarse a Sanang. No había otra cosa posible.

"Las calles están llenas de nieve," dijo él, "pero tengo un cupé y dos caballos fuertes esperando."

Asintió hacia uno de sus hombres que estaba cerca. Cleves le dio el equipaje de mano y los billetes.

"Está bien," dijo Cleves a Recklow en voz baja; y pasó un brazo por el de Tressa.

El cupé esperaba en la calle 42 custodiado por un policía. Cuando entraron y se sentaron, dos policías montados se adelantaron al balanceante vehículo, abrieron un camino entre los monstruosos montículos de nieve y se dirigieron al East River.

"Lo tenemos en alguna parte de una ruinosa hilera de casas vacías, no muy lejos del East River Park. Os llevaré allí. He trazado un cordón de hombres alrededor de toda la manzana. No puede escapar. Pero no me atrevía a correr riesgos con este hechicero yazidí, no me atrevía a dejar que uno de mis hombres entrara a buscarlo, ni se acercara a él, hasta que pudiera exponerle la situación, Sra. Cleves."

"Sí," dijo ella con calma, "esa era la única manera, Sr. Recklow. No habría servido de nada dispararle, no habría servido de nada tomarlo prisionero. Un prisionero, sigue tan mortal como siempre; muerto, su mente aún vive y engendra maldad. Tiene usted toda la razón, me corresponde a mí ocuparme de Sanang."

Recklow se estremeció, a su pesar. "¿Puedes arrancar sus garras de los órganos vitales del mundo y liberar los cerebros enfermos de un millón de personas de la esclavitud de esta mostruosa mente?"

La chica dijo seriamente: "Incluso Satán fue lapidado. Así está escrito. Y fue expulsado. Y habita por los siglos de los siglos en *Abadón*. Ninguna estrella ilumina ese Abismo. Ninguna ilumina el Planeta Negro de Yrimid. Es ahí donde habita el mal. Y allí pertenece Sanang Noïane. "

Y ahora, más allá de los sucios arrabales de la ciudad cubierta de nieve, bajo una gélida neblina, vieron el río donde los barcos yacían bloqueados por témpanos congelados.

Las gaviotas volaban en círculos. En la otra orilla, las fantasmales chimeneas de las fábricas se alzaban gigantescas, alineadas como minaretes.

El cupé, dando tumbos detrás de los policías montados, avanzó hacia la acera y se detuvo. Los dos caballos estaban humeantes, hundidos hasta las rodillas en la nieve. Recklow saltó fuera. Tressa le dio una mano y pasó ágilmente hacia la acera. Luego salió

Cleves, se acercó a ella y volvió a agarrar el brazo de su esposa.

"Bueno," dijo él a Recklow con rudeza; "¿Dónde se esconde ese maldito yazidí?"

Recklow señaló en silencio, pero él y Tressa ya habían levantado la mirada hacia la desolada y ruinosa hilera de abandonadas casas de tres plantas donde todas las persianas estaban sucias y cerradas.

"Se van a demoler y construir viviendas modelo," dijo él brevemente.

Un hombre envuelto en un abrigo de piel se acercó, tomó la mano de Tressa y la besó.

Ella sonrió pálidamente a Benton, habló de Yulun y le deseó felicidad al hombre. Mientras ella aún estaba hablando, Selden se acercó y se inclinó sobre su mano enguantada. Ella le habló muy dulcemente de Sansa, expresándole placer ante la perspectiva de volver a verla en cuerpo.

"Los Selden y nosotros mismos tenemos apartamentos contiguos en el Ritz," dijo Benton. "Hemos reservado una tercera suite para ti y Víctor."

Ella inclinó gravemente su hermosa cabeza, luego se volvió hacia Recklow y dijo que estaba lista.

"No importa qué puerta de entrada yo abra," dijo Recklow. "Todas estas viviendas están conectadas por ratoneras humanas y pasarelas ocultas que van de una casa a otra.¿Cuántos hombres quieres?"

"Quiero cuatro hombres, vosotros y nadie más."

Recklow lideró el camino hasta un escalón cubierto de nieve, sacó una llave del bolsillo, la colocó en la cerradura y abrió la puerta.

Un mohoso escalofrío golpeó los rostros de todos cuando entraron en el pasillo oscuro y vacío. Involuntariamente, todos los hombres sacaron la pistola.

"Debo pediros que hagáis exactamente lo que yp os diga que

hagáis," dijo ella con calma.

"Por supuesto," dijo Recklow, acariciándose el bigote blanco y esforzándose por perforar la oscuridad con sus ojos penetrantes.

Luego Tressa tomó la mano de su esposo. "Ven," dijo ella. Subieron juntos la escalera y los otros tres los siguieron con las pistolas en alto.

Había una vaga luz gris en el segundo piso. Las persianas del fondo rotas la dejaban entrar.

Como si pareciera conocer el camino, la chica los condujo hacia adelante, abrió una puerta en la pared y descubrió una habitación vacía y polvorienta de la casa de al lado.

Por esta dio ella un paso. Los demás la siguieron con las armas preparadas. Ella abrió una segunda puerta y se giró hacia los cuatro hombres.

"Esperadme aquí. Venid solo cuando os llame," les susurró ella.

"Por el amor de Dios, llévame contigo," espetó Cleves.

"¡En el nombre de Dios, quédate donde estás hasta que me oigas decir tu nombre!" dijo ella casi sin aliento.

Luego, ella se giró de pronto, volviendo rápidamente sobre sus pasos, y la vieron pasar por la primera puerta y desaparecer en la primera casa en la que habían entrado.

Un terrible silencio cayó entre ellos. El sonido de los pasos de Tressa sobre las tablas se había desvanecido. No se oía un solo sonido en el frío crepúsculo.

Minuto tras minuto pasó lentamente. Uno a uno, los hombres miraron con miedo a Cleves. Su rostro era espantoso y todos podían ver temblar la mano de su pistola.

Dos veces Recklow miró su reloj de pulsera. La tercera vez dijo, vacilante: "Lleva dentro tres cuartos de hora."

Luego, a lo lejos, oyeron unos pesados pasos en las escaleras. Los pasos se acercaban cada vez más. Cada pistola apuntó hacia la primera puerta mientras la voluminosa figura de un hombre la oscurecía.

"Es uno de mis hombres," dijo Recklow con una voz como un bajo gemido. "¿Dónde diablos está la Sra. Cleves?"

"Vine a decirle que," dijo el agente, "la Sra. Cleves salió de la primera casa hace casi una hora. Se subió al cupé y le dijo al conductor que fuera al Ritz."

"¡Qué!" jadeó Recklow.

"Se ha ido al Ritz," repitió el agente. "Nadie más ha salido. Y yo comencé a preocuparme, no oía nada de usted, Sr. Recklow. Así que entré a ver si..."

"¿Dice que la Sra. Cleves salió de la casa a la que hemos entrado y se subió al cupé y le dijo al conductor que fuera al Ritz?" Preguntó Cleves asombrado.

"Sí, señor."

"¿Dónde está ese cupé? ¿Ha regresado?"

"No había regresado cuando yo entré aquí."

"Pues vuelve y búscalo. Mira en la otra calle," dijo Recklow bruscamente.

El agente se alejó apresuradamente sobre las tablas crujientes. Los cuatro hombres se miraron el uno al otro.

"Lo que hay que hacer es obedecerla y permanecer donde estamos," dijo Recklow con gravedad. "Quién sabe qué peligro podemos causarle si nos movemos de..."

Sus palabras se congelaron en sus labios cuando la voz de Tressa sonó desde la oscuridad al otro lado de la puerta que estaban custodiando:

"¡Víctor, te necesito! ¡Ven a mí, esposo mío!"

Cuando Cleves saltó a través de la puerta hacia la oscuridad al otro lado. Benton rompió el panel de una ventana con toda la fuerza de su hombro y, extendiendo la mano a través del vidrio roto, arrancó las persianas podridas de sus goznes, dejando entrar un torrente de luz enfermiza.

Contra la pared vacía estaba Tressa con ambos brazos extendidos, las manos planas contra el yeso, y cada mano atravesada y clavada en la pared con un cuchillo.

Una sábana blanca yacía a sus pies. Sobre esta descansaba un tercer cuchillo. Y, cuando se agachó sobre una rodilla para recogerlo, todos vislumbraron a un joven esbelto con un elegante atuendo vespertino. Al entrar con el estrépito de la ventana rota en los oídos, el joven se puso en pie de un salto y quedó frente a ellos, cuchillo en mano.

Al instante, todos los hombres le dispararon y las balas despedazaron el yeso hasta convertirlo en humo detrás de él, pero el joven esbelto y de piel oscura se quedó inmóvil, mirándolos con ojos brillantes y un poco rasgados.

Una vez más, el estruendo de la fusilería lo barrió y llenó la habitación de polvo de yeso.

Cleves, frenético de horror, agarró los cuchillos que clavaban las manos de su esposa en la pared y los sacó fuera.

Pero no había sangre, no se veía ninguna herida en sus suaves palmas. Ella le quitó las hojas de aspecto asesino, le lanzó una mirada terrible a Sanang, pateó el sudario por el suelo hacia él y le arrojó ambos cuchillos.

El lugar seguía oscuro por el polvo de yeso y el humo de las pistolas cuando ella avanzó a través de la niebla acre, haciendo un gesto a los cuatro hombres para que se apartaran a un lado.

"¡Sanang!" Gritó ella con voz clara; "¡Que Dios te recuerde en el infierno, porque mis pies han despreciado tu mortaja y tus

cuchillos, que no podrán dejarme cicatrices en las palmas, que nunca traspasarán mi corazón! ¡Cuídate, príncipe Sanang!"

"¡Tokhta!" dijo él con calma. "¡Mi alma sea rescate por la tuya!"

"¡Eso es mentira! ¡Mi alma ya está rescatada! Mi mente es más poderosa. Ya ha detenido la tuya. Ya está conquistando la tuya. Está tomando tu mente y esclavizándola. ¡Está dominando tu voluntad, Sanang! Tu mente se doblega ante la mía ¡Lo sabes! ¡Sabes que se está doblegando! ¡Sientes que se está desmoronando!"

Los ojos de Sanang comenzaron a brillar, pero su rostro marrón pálido se había vuelto casi blanco.

"Te destruí una vez en el Bosque de la Polilla Blanca," dijo él con voz ronca. "No hay resurrección para una muerte así, pequeña Azul Celestial. ¡Mírame! ¡Mi alma y la tuya son una!"

"Lo que estás mirando es mi alma," dijo ella.

"¡Mentira! ¡Tú estás en tu cuerpo!"

La chica rió. "Mi cuerpo yace dormido en el Ritz sobre la cama de mi esposo," dijo ella. "Mi cuerpo es de mi esposo, mi mente le pertenece a él, mi alma ya es una con la suya. ¿No lo sabías, perro de un yazidí? ¡Mírame, Sanang Noïane! ¡Mira mis manos ilesas! Mi mortaja está a tus pies. ¡Y ahí están los cuchillos que no pudieron atravesar mi corazón! ¡Estoy tres veces limpia! ¡Escucha mis palabras, Sanang! ¡No hay otro dios más que Dios!"

El rostro del joven se puso pálido y horrible, sus labios se volvieron flácidos como papadas, pero de estos pliegues caídos de piel lívida estalló su voz siseando, chillando, como arrancada de su propio vientre:

"¡Que Erlik te estrangule! ¡Que te pudras donde estás! ¡Que tu rostro se convierta en una masa retorcida de larvas y tu cuerpo en una corrupción de gusanos vivos! ¡Por lo que me estás haciendo este día, que todos los demonios del infierno te atormenten! ¡Ten cuidado con lo que estás haciendo!" gritaba él; "¡Estás matando mi mente, hechicera! ¡Te has apoderado de mi mente y la estás

aplastando! ¡Estás apagando su luz, bruja yazidí! Estás... estás apagando la última chispa de... la razón... en... mí..."

"¡Sanang!"

El cuchillo del joven cayó al suelo traqueteando, pero él quedó inmóvil con las manos agarrándose la cabeza, quedó inmóvil mientras, grito tras grito, rasgaba los flácidos y abiertos labios, soplando gritos entre horribles pliegues distorsionados.

"¡Sanang Noïane!" Gritó ella con su voz clara; "¡Las Ocho Torres están en tinieblas! ¡La muralla de Gog y Magog ha caído! En el monte Alamut no hay nada vivo. ¡Las mentes de la humanidad vuelven a ser libres!"

Ella avanzó lentamente un paso y se quedó cerca de él entonando en voz baja las Oraciones por los Muertos. Tressa se inclinó y desenrolló la mortaja, se la puso al joven sobre los hombros y se la pasó por la cara, cubriéndole los agonizantes ojos, y lo envolvió así, lentamente, de la cabeza a los pies.

Luego ella recogió los tres cuchillos y los lanzó al aire. No volvieron a caer, desaparecieron. Y entretanto, en voz baja, la chica cantaba las Oraciones por los Muertos mientras se movía en silencio haciendo su oficio.

Amortajado hasta la frente en sus blancos sudarios, la sofocada figura de Sanang estaba erguida, inmóvil como un cadáver envuelto y congelado.

Afuera, la luz del día se había vuelto más gris. Había comenzado a nevar de nuevo y algunos copos entraban por las ventanas rotas y se aferraban a la envoltura de sábana de Sanang.

Y ahora Tressa se acercó a la forma amortajada y quedó frente a esta, mirando fijamente los rasgos delineados del último de los yazidíes.

"Sanang," dijo ella en voz muy baja, "oigo que tu alma se despide de tu cuerpo. ¡Tokhta!"

Luego, bajo la mirada tensa de los cuatro hombres allí reunidos, el

sudario cayó al suelo en un suelto montón de pliegues blancos. No había nadie debajo, ni rastro de Sanang. La forma humana del yazidí había desaparecido, pero una bruma grisácea había llenado la habitación, humeando de la mortaja y, como humo, soplado en una larga serpentina hacia la ventana donde la corriente la arrastraba a través de la nevada y esparcía el último jirón de este bajo el cielo gris.

En la habitación, la bruma se diluyó rápidamente. Los cuatro hombres pudieron ahora verse. Pero Tressa ya no estaba en la habitación. Y en lugar del sudario blanco, había un trozo de alfombra sucia y andrajosa en el suelo. Y sobre esta yacía una rata muerta, aplanada, seca y polvorienta.

"Por amor de Dios," susurró Recklow con voz ronca; ¡Salgamos de esto!"

Cleves, con la pistola convulsivamente apretada, lo miró con terror, pero Recklow lo tomó del brazo y lo apartó, murmurando que Tressa lo estaba esperando y que podría estar enferma, y que no había nada más que esperar en este espantoso lugar.

Fueron los tres con Cleves al Ritz. En el mostrador, el recepcionista dijo que la Sra. Cleves tenía las llaves y que estaba en su apartamento.

Los tres hombres entraron al pasillo con él. Lo vieron intentar abrir la puerta. Lo vieron abrirla y se quedaron un momento después de que esta se cerrara detrás de él. Oyeron girar la llave por dentro.

Al sonido de la puerta cerrándose, llegó a Cleves la doncella.

"La señora está durmiendo en su habitación," le susurró a Cleves.

"¿Cuándo entró?"

"Hace más de dos horas, señor. Le preparé el baño, pero cuando abrí la puerta hace unos momentos, La señora aún estaba dormida."

El asintió. Estaba temblando cuando se quitó el abrigo y dejó caer el sombrero y los guantes en la alfombra.

Desde el recibidor rosa y marfil, él pudo ver la puerta cerrada de la habitación de su esposa. Y durante un rato se quedó mirándola.

Luego, lentamente, cruzó el recibidor, abrió la puerta y entró.

En el dormitorio de Tressa, el teñido crepúsculo era como cenizas de rosas. Cleves fue a la cama y miró aquel sombrío rostro, miró con atención, escuchando. Luego, aterrorizado de pronto, se inclinó y le puso una mano sobre el corazón. Este latía con la tranquilidad de una niña, pero cuando ella se agitó inquieta, giró la cabeza y abrió los ojos, bajo la mano esr corazón saltó como algo salvaje siendo sorprendido, y la nívea piel resplandeció con un tinte exquisito, y cada vez más profundo, cuando ella levantó los brazos y los apretó alrededor del cuello de su esposo para atraerle el tembloroso rostro sobre el de ella.

FIN

Notas de esta versión

La novela original incluye tres notas del autor, numeradas en esta sección como [4], [18] y [19]. El resto son extractos de wikipedia.

Capítulo 1

[1] **Yazidíes**: Los yazidíes (también yezidis o azdanis) son un grupo endogámico, en su mayoría de habla kurmanji (kurdo del norte), de origen étnico indígena de Irak, Siria y Turquía. Forman una minoría preislámica cuyas raíces se remontan probablemente al 2000 a.C. La religión yazidí es monoteísta, se remonta a las antiguas religiones mesopotámicas y también tiene algunas similitudes con las religiones abrahámicas.

De acuerdo con la cosmovisión yazidí, Dios creó el mundo, que ahora está al cuidado de siete seres santos conocidos como ángeles o Heft Sirr (los Siete Misterios). El superior es Melek Taus, el Ángel del Pavo Real, que es considerado por algunos musulmanes y cristianos como Satanás o el Diablo, al asimilarlo al Ángel Caído, Lucifer.

Según la *Enciclopedia de Oriente*, «la razón de la reputación de los yazidíes como "adoradores del diablo" se debe a otro nombre de Melek Taus, Shaytan, el mismo nombre que el Corán da a Satanás». Sin embargo, según el lingüista kurdo Jamal Nebez, la palabra Taus se asemeja al griego y está relacionada con las palabras *Theos*, Zeus, Deus y, según esa interpretación, Melek Taus es un ángel de Dios; por tanto, este no sería una fuente del mal, sino la figura principal de los arcángeles. Así, la fuente del mal está en el corazón y el espíritu de los seres humanos, cosa que también afirma el Nuevo Testamento Cristiano.

Como los yazidíes tienen creencias religiosas desconocidas para los forasteros, muchos no yazidíes han escrito sobre ellos atribuyendo a sus creencias hechos que tienen una dudosa validez histórica. Los yazidíes, quizás debido a su secretismo, también tienen un lugar en el ocultismo moderno.

En el libro de William Seabrook *Aventuras en Arabia* de 1927, el capítulo 14 se titula «Entre los Yezideos» y los describe como «una misteriosa secta diseminada por todo Oriente, la más fuerte en Arabia del Norte, temida y odiada tanto por musulmanes como por cristianos, porque son adoradores de Satanás»

También en 1927 se publica *El horror de Red Hook* de H.P. Lovecraft, donde algunos de los extranjeros asesinos son identificados como pertenecientes al «clan Yezidi de adoradores del diablo».

[2] **Tchortchas**: singular *Tchortcha*, raza o grupo étnico ficticio creado por el autor.

[3] **Hassanis**: singular *Hassani* en el original. Se refiere a los nizaríes, cuyos detractores denominaban *hashshashin* o asesinos, secta de Oriente Medio famosa, a partir del siglo XI en su máximo poder en la dinastía Fatimí, por su actividad estratégica de asesinatos selectivos contra dirigentes políticos, militares y reyes.

El grupo en origen era una comunidad de partidarios del ismaelismo en Irán (por eso recibió el nombre de Orden de los Ismaelitas), es decir, una secta minoritaria del chiismo, a su vez minoritario en un país eminentemente suní. El gran centro de poder ismaelí era el Califato Fatimí, con sede en El Cairo. En el año 1090, para ponerse a salvo de las persecuciones, y dirigidos por el carismático Hasan-i Sabbah, tomaron la fortaleza de Alamut, una posición inexpugnable en las montañas, al sur del mar Caspio.

Los castillos nizaríes eran difícilmente conquistables: se construían en lugares poco accesibles, aprovechando accidentes del terreno y solían estar bien provistos en cuanto a fuentes de agua y alimentos. Desde estos lugares, los nizaríes extendieron su predicación por Irán y Siria, lo que fue visto como una amenaza por los sultanes de la dinastía turca de los selyúcidas, que controlaban Irán. Estos emprendieron varias acciones militares contra los ismailíes, que no tuvieron gran éxito. En revancha, los ismailíes emprendieron su estrategia de asesinatos contra dirigentes políticos o militares. Una de sus primeras víctimas fue Nizam al-Mulk, visir del sultán selyúcida Malik Shah, en 1092.

Dos años más tarde, en 1094, murió el califa fatimí al-Mustansir, cabeza del ismailismo, y estalló una guerra de sucesión entre sus hijos Al-Musta'li y Nizar. Los ismailíes de Irán tomaron partido por este último, que finalmente fue derrotado, provocando una ruptura entre los seguidores de Hasan-i Sabbah (que en lo sucesivo se llamarían nizaríes) y la mayoría de los ismailíes.

[4] **¡Tokhta!**: la nota original del autor dice solo «¡Vigila! / ¡Cuidado! (*Look out!*), dialecto nómada-mongol». En la lengua mongola, Tokhtokh significa «sujeta / contén» o «sujetar / contener» (*hold / holding*).

[5] **Yarlig**: también transcrito jarlig, yarlyk o más correctamente yarlıq, es un edicto, orden escrita o diploma formal de los gobernantes mongoles o chinggisidas. Era uno de los tres tipos de pronunciamientos de derecho no fundamental que tenían efecto de reglamento u ordenanza. Los *jarliq* proporcionaban información importante sobre el funcionamiento del Imperio mongol.

[6] **Erlik**: Según la mitología siberiana, Erlik fue la primera creación de Ülgen, el dios creador, pero el orgullo de Erlik provocó fricciones entre los dos y fue desterrado al inframundo. En los mitos de los pueblos turco y mongol, Erlik estuvo involucrado en la creación de la humanidad y es un maestro del pecado. A veces es representado por un oso totémico. En la mitología turca, Erlik era la deidad del mal, la oscuridad, el señor del inframundo y el juez de los muertos.

[7] **Sheik-el-Djebel**: El nombre Viejo de la Montaña (en árabe Sheij al-Yebal, príncipe de la montaña) no designa a una persona individual, sino que era el título de una serie de jefes que presidieron de 1090 a 1258 la comunidad de orden militar de fanáticos sectarios musulmanes, llamados nizaríes, repartidos por Persia y Siria, aunque tenían sus guaridas en las áreas montañosas. La época de Hasan bin Sabbah (1034 - 1124) ha pasado a la historia como la del auge de la secta.

Hasan bin Sabbah (sobrenombre Alauddin) es el inspirador y jefe de los llamados *hashshashín* o Secta de los Asesinos. La mayor parte de los datos sobre Hasan y sus seguidores proceden de sus enemigos, ya que la documentación generada por la secta fue destruida por los

mongoles cuando arrasaron la fortaleza de Alamut, sede de la misma.

En 1071, Abd al-Malik ibn at-Tash, jefe de los ismailíes en la región, nombró a Hasan como da'i oficial, ordenándole misionero y aconsejándole ir a Egipto para completar sus estudios. Sin embargo, no se dirigió directamente a El Cairo, sino que este fue el inicio de un período de veinte años dedicado a la misión y los viajes, que terminaría cuando Hasan decidió establecerse en Alamut.

[8] **Alamut**: la fortaleza fue tomada en 1090 por los ismailíes dirigidos por el mítico Viejo de la Montaña (Hasan-i Sabbah). Desde Alamut y otras fortificaciones, los nizaríes («asesinos» para sus enemigos), destacaron por la práctica del homicidio político y aterrorizaron durante siglos a los gobernantes de Irán y Siria.

Dominaba un valle en el macizo montañoso de Elburz a una altitud de 2163 m, al sur del mar Caspio y al norte del actual Irán, cerca de la ciudad de Qazvin. El significado del nombre es incierto, aunque la hipótesis más extendida es que etimológicamente significa "nido o enseñanza de águilas".

La primera parte de la saga de juegos *Assassin's Creed* de UbiSoft se basó en la novela *Alamut* (1938) de Vladimir Bartol. El relato está basado en la leyenda de Marco Polo, y tiene como trasfondo un análisis de la manipulación de las conciencias en los regímenes totalitarios.

La leyenda que ha dado fama a Alamut: la de que poseía unos jardines ocultos que imitaban el paraíso, la introdujo en Europa el viajero veneciano Marco Polo (1254 - 1324), quien afirmó haber visitado Alamut y conocido al Viejo de la Montaña, lo cual es poco probable ya que en 1256, las tropas mongolas marchan sobre Irán dirigidas por Hulagu Jan, y Alamut se rinde sin presentar combate debido a la fama de invencibilidad y crueldad de los invasores. Alamut fue arrasada hasta los cimientos por el ejército mongol para impedir su uso por otros posibles oponentes.

Capítulo 3

[9] **Terratenientes**: *Patroons* en el original. *patroon* se denominaba

al terrateniente neerlandés de alto rango de la colonia de Nueva Amsterdam, especialmente después de que esta se convirtiera en una posesión británica y fuese renombrada como Nueva York.

[10] **Gotham**: apodo dado por Washington Irving a la ciudad de Nueva York.

[11] **Johnny**: término informal para definir a *un tipo cualquiera*. También se apelaba como *Johnny* al extranjero angloparlante del viejo continente. También, durante la Guerra Civil, los soldados federados llamaban así a los soldados confederados. Sospecho que en la novela significa lo primero, pero puede que tenga otro significado más preciso en el ámbito neoyorquino que se me escapa.

[12] **jaser**: (del francés) murmurar, chismorrear.

Capítulo 6

[13] **Teufelstuck**: (del alemán), pieza del diablo.

[14] **Himmel**: (del alemán), Cielo.

Capítulo 8

[15] **tee**: (ámbito del golf), zona de tierta plana con forma de T que designa el lugar inicial del primer golpe de cada hoyo.

Capítulo 8

[16] **Lewisita**: nombre común de un compuesto químico sintético de la familia de las arsinas. En estado puro se presenta en forma de un líquido, que adquiere el aspecto de un aceite de color café con un olor similar al del geranio. Por su extrema toxicidad, la lewisita es un compuesto empleado en la fabricación de armas químicas que actúa como agente vesicante e irritante pulmonar, a veces usado en combinación con el gas mostaza.

Capítulo 10

[17] **tug**: el tug o sulde es un palo con pelos de cola de caballo o de

yak de diferentes colores dispuestos de forma circular en la parte superior. Fue izado históricamente como estandarte durante el período del Imperio mongol, y más tarde fue adoptado en kanatos turco-mongoles y turcos derivados y en el Imperio otomano. En el siglo XVIII, también fue adoptado por la caballería eslava (cosacos y jaidamakas), bajo el nombre bunchuk. Todavía es usado por algunas unidades del ejército polaco.

Capítulo 13

[18] **Urdu**: un campamento imperial.

[19] **Mocalla**: una plataforma usada como púlpito musulmán.